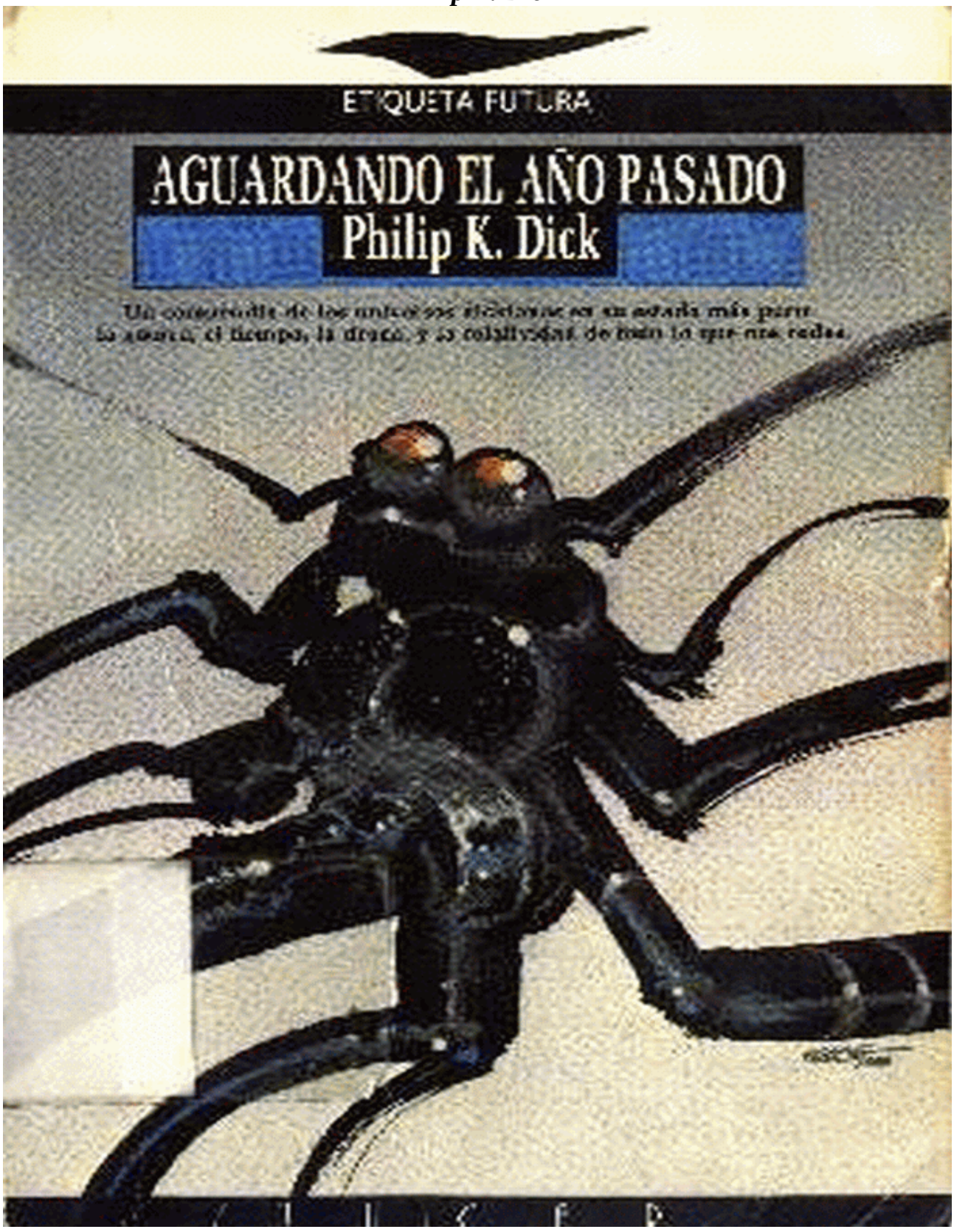
AGUARDANDO AL AÑO PASADO

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

El edificio en forma de apteryx, tan familiar para él, dejó escapar su habitual luz gris humosa cuando Eric Sweetscent plegó su rueda y consiguió meterla en el pequeño espacio reservado para él en el aparcamiento. Las ocho de la mañana, meditó melancólicamente. Y su jefe, el señor Virgil L. Ackerman, ya había abierto las oficinas de la CPTT para el trabajo cotidiano. Era un hombre cuya mente estaba más despejada a las ocho de la mañana que a cualquier otra hora del día, pensó el doctor Sweetscent. Aquello iba contra todos los mandamientos de Dios. Vaya excelente mundo que nos están ofreciendo; la guerra disculpa cualquier aberración humana, incluso las de aquel viejo.

De todos modos se dirigió hacia la cinta rodante..., sólo para detenerse al oír llamar su nombre.

-¡Oiga, señor Sweetscent! ¡Un momento, señor! -La voz nasal y repelente de un robant; Eric se detuvo de mala gana, y la cosa se le acercó, toda brazos y piernas en enérgica agitación-. ¿El señor Sweetscent, de la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana?

Se sintió irritado.

-Doctor Sweetscent, por favor.

-Le traigo una factura, doctor. -El robant extrajo un papel blanco, doblado, de su bolsa metálica-. Su esposa, la señora Katherine Sweetscent, hizo el cargo hace tres meses en su cuenta de Tierra de los Sueños Felices Tiempos Para Todos. Sesenta y cinco dólares, más el dieciséis por ciento de intereses. Es la ley, ¿sabe? Lamento demorarle, pero esto es, ejem, ilegal. -Le miró con ojos atentos mientras él, reluctante, sacaba su talonario de cheques.

-¿Cuál fue la compra? -preguntó, hosco, mientras extendía el cheque.

-Un paquete de Lucky Strike, doctor. Con el verde antiguo, el auténtico. De 1940 aproximadamente, de antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando cambiaron el paquete. «El Lucky Strike verde ha ido a la guerra», ya sabe. -Rió.

No podía creerlo; allí debía haber algún error.

-Pero se supone -protestó- que esto tenía que ser cargado a la cuenta de la compañía.

-No, doctor -declaró el robant-. El cargo es correcto. La señora Sweetscent dejó absolutamente claro que esta compra era para su uso particular. -Y entonces añadió una explicación que él supo inmediatamente que era falsa, aunque no supo decir si su origen estaba en el robant o en Kathy..., al menos no inmediatamente-. La señora Sweetscent -añadió de forma mojigata el robant- está construyendo un Pitts-39.

-Y una mierda. -Le tendió el cheque al robant; mientras éste intentaba cazar el papel al vuelo, siguió andando hacia la cinta rodante.

Un paquete de Lucky Strike. Bien, reflexionó lúgubremente, Kathy ya vuelve a hacer de las suyas. El ansia creativa, que sólo puede hallar una salida gastando. Y siempre por encima y más allá de su sueldo..., que, tuvo que admitirse a sí mismo, era bastante mayor que el suyo. Pero, en cualquier caso, ¿por qué no se lo había dicho? Una compra importante de ese tipo...

La respuesta, por supuesto, era obvia. La propia factura mostraba el problema en toda su deprimente sobriedad. Quince años atrás, pensó, yo hubiera dicho -de hecho, lo dije- que los ingresos combinados de Kathy y míos tenían que ser suficientes para mantener a dos personas adultas semirrazonables a cualquier nivel de opulencia. Incluso teniendo en cuenta la inflación en tiempo de guerra.

Sin embargo, las cosas no habían funcionado en absoluto de aquella manera. Y tenía la profunda y duradera intuición de que las cosas iban a seguir así.

Dentro del edificio de la CPTT, se encaminó hacia el pasillo que conducía a su propia oficina, reprimiendo el impulso de dejarse caer por la oficina de Kathy, escaleras arriba, para una inmediata confrontación. Más tarde, decidió. Después del trabajo, quizá durante la cena. Señor, y le esperaban un montón de asuntos; no tenía energías -y nunca las había tenido en el pasado- para aquellas interminables peleas domésticas.

-Buenos días, doctor.

-Hola -dijo Eric, con una ligera inclinación de cabeza hacia la llamativa señorita Perth, su secretaria; esta vez se había rociado el cuerpo con un producto azul brillante, moteado con destellantes fragmentos que reflejaban las luces del techo de la oficina-. ¿Dónde está Himmel? -No había la menor señal del inspector de control definitivo de calidad, y ya había visto algunos de los representantes de los equipos subsidiarios agruparse en el aparcamiento.

-Bruce Himmel telefoneó para decir que la biblioteca pública de San Diego le está persiguiendo judicialmente y que puede que tenga que acudir al tribunal, de modo que probablemente llegará tarde. -La señorita Perth le sonrió animosamente, mostrando unos inmaculados dientes de ébano sintéticos, una moda que producía escalofríos y que había emigrado con ella el año anterior de Amarillo, Texas-. Los polis de la biblioteca entraron ayer en su apartamento y hallaron más de veinte de sus libros que él les había robado..., ya conoce usted a Bruce, tiene esa fobia acerca de comprobar las cosas..., ¿cómo se dice poner en griego?

Pasó a su oficina interior, que era exclusivamente suya; Virgil Ackerman había insistido en ello como un símbolo conveniente de prestigio..., en vez de un aumento de sueldo.

Y allá, en su oficina, junto a la ventana, fumando un cigarrillo mexicano de dulce aroma y contemplando las austeras colinas amarronadas de la Baja California del sur que rodeaban la ciudad, estaba su mujer, Kathy, de pie. Aquélla era la primera vez que la veía esta mañana; se había levantado una hora antes que él, se había vestido y había desayunado sola, y se había marchado en su propia rueda.

-¿Qué ocurre? -preguntó rígidamente.

-Entra y cierra la puerta. -Kathy se volvió pero no miró hacia él; la expresión de su exquisitamente afilado rostro era pensativa.

Cerró la puerta.

-Gracias por recibirme en mi propia oficina.

-Sabía que ese maldito cobrador de facturas te interceptaría esta mañana -dijo Kathy con voz lejana.

-Casi ochenta verdes -dijo él-. Con los intereses.

-¿La pagaste? -Le miró por primera vez; el aleteo de sus pestañas artificiales negras se aceleró, revelando su preocupación.

-No -dijo sardónicamente-. Dejé que el robant me disparara de pie ahí en medio del aparcamiento. -Colgó la chaqueta en el armario-. Claro que la pagué. Es obligatorio, desde que la Mole ha eliminado todo el sistema de compras a crédito. Me doy cuenta de que no estás interesada en ello, pero si no pagas dentro del plazo de...

-Por favor -dijo Kathy-, no me sueltes discursos. ¿Qué es lo que dijo? ¿Que estoy construyendo un Pitts-39? Mintió; compré el paquete verde de Lucky Strike para un regalo. No construiría ninguna infantilandia sin decírtelo; después de todo, sería tuya también.

-No Pitts-39 -dijo Eric-. Nunca viví allí, ni en el 39 ni en ninguna otra época. -Se sentó ante su escritorio y pulsó su videocom-. Estoy aquí, señora Sharp -informó a la secretaria de Virgil-. ¿Cómo se encuentra hoy, señora Sharp? ¿Llegó bien a casa tras esa reunión para la venta de bonos de guerra la otra noche? ¿Ninguno de esos incitadores a la guerra la golpeó en la cabeza? -Cortó el aparato. Explicó a Kathy-: Lucile Sharp es una ardiente defensora de la conciliación. Creo que es estupendo que una compañía permita que sus empleados se dediquen a la agitación política, ¿no crees? Y más estupendo aún es el hecho duque no te cueste ni un centavo: los mítines políticos son gratuitos.

-Pero tienes que rezar y cantar -dijo Kathy-. Y tienes que comprar esos bonos.

-¿Para quién era el paquete de cigarrillos?

-Para Virgil Ackerman, por supuesto. -Exhaló el humo del cigarrillo en dos columnas gemelas-. ¿Crees que deseo trabajar en alguna otra parte?

-Seguro que lo harías, si te ofreciera alguna ventaja.

-No es lo elevado del sueldo lo que me mantiene aquí, Eric, pese a lo que pienses -dijo Kathy meditativamente-. Creo que estamos ayudando en el esfuerzo de guerra.

-¿Aquí? ¿Cómo?

La puerta de la oficina se abrió; la señorita Perth se silueteó en ella, con sus luminosos, espectaculares, horizontalmente inclinados pechos rozando el marco cuando se volvió hacia él y dijo:

-Oh, doctor, lamento molestarle, pero el señor Jonas Ackerman ha venido a verle..., el sobrino biznieto del señor Virgil viene de los Baños.

-¿Cómo están los Baños, Jonas? -dijo Eric, tendiendo la mano; el sobrino biznieto del propietario de la fuma avanzó hada él y se la estrechó-. ¿Han burbujeado algo especial durante el tomo de noche?

-Si lo hicieron -dijo Jonas-, imitaron a un operario que se fue por la puerta delantera. -Se dio cuenta de la presencia de Kethy-. Buenos días, señora Sweetscent. ¿Sabe?, ví esa nueva config que adquirió usted para nuestro Wash-35, ese coche con forma de escarabajo. ¿Qué era, un Volkswagen? ¿Es así como los llamaban?

-Un Chrysler aerod -dijo Kathy-. Era un buen coche, pero con problemas de suspensión. Un error de ingeniería que le hizo fracasar en el mercado.

-Dios -dijo Jonas, con convicción-. Conocer algo realmente a fondo; tiene que ser extraordinario. Sumergirse en un aspecto determinado del Renacimiento... Yo digo que hay que especializarse en un área determinada hasta... -Se interrumpió al darse cuenta de que los dos Sweetscent mostraban un aspecto lúgubre y taciturno-. ¿He interrumpido algo?

-Los asuntos de la compañía tienen prioridad sobre las distracciones personales -dijo Eric. Se sentía agradecido de la intervención incluso del miembro más joven de la intrincada jerarquía familiar de la compañía-. Por favor, vete, Kathy -dijo a su esposa, sin molestarse en hacer que su tono sonara jovial-. Hablaremos durante la cena. Tengo demasiado que hacer para perder el tiempo discutiendo acerca de si un robant cobrador de facturas es capaz mecánicamente de decir mentiras o no. -Escoltó a su esposa hasta la puerta de la oficina; ella se dejó llevar pasivamente, sin resistencia. En voz baja le dijo-: Como el resto mundo, no le importa burlarse de ti, ¿verdad? Todos lo hacen. Cerró la puerta tras ella.

Jonas Ackerman se encogió de hombros y dijo:

-Bien, eso es el matrimonio en nuestros días. Odio legalizado.

-¿Por qué dice usted eso?

-Oh, capté los matices de esa conversación; podían palparse en el aire como el soplo helado de la muerte. Tendría que haber ley que prohibiera a un hombre trabajar para la misma empresa que su esposa; infiernos, ni siquiera en la misma ciudad. Sonrió, y su delgado y joven rostro se vio repentinamente libre de seriedad. Pero es realmente buena, ¿sabe?; Virgil ha ido gradualmente a todos sus demás proveedores de coleccionables desde que Kathy empezó aquí..., pero por supuesto ella ya debe habérselo mencionado.

-Muchas veces. -Casi cada día, reflexionó cáusticamente.

-¿Por qué no se han divorciado ustedes?

Eric se encogió de hombros, un gesto destinado a mostrar una naturaleza profundamente filosófica. Esperó haberlo conseguido. Evidentemente, el gesto no alcanzó su objetivo, porque Jonas dijo:

-¿Quiere decir que esta situación le gusta?

-Quiero decir -murmuró resignadamente- que estuve casado antes y que no fue mejor, y que si me divorcio de Kathy volveré a casarme..., porque, como dice mi hurgacerebros, no puedo hallar mi identidad fuera del rol de marido y padre y sostenedor de la familia..., y con la próxima ocurrirá exactamente lo mismo porque ése es el tipo de mujeres que selecciono. Es algo muy arraigado a mi temperamento. -Alzó la cabeza y miró a Jonas con una expresión de masoquista desafío, tan buena como pudo encontrar-. ¿Qué deseaba, Jonas?

-Un viaje -dijo alegremente Jonas Ackerman-. A Marte. Para todos nosotros, incluido usted. ¡Una conferencia! Usted y yo podemos ocupar asientos bien lejos del viejo Virgil para no tener que discutir con él de los asuntos de la compañía y del esfuerzo de guerra y de Gino Molinari. Y puesto que tomaremos la nave grande, serán seis horas en cada sentido. Y por el

amor de Dios, no quiero quedarme de pie todo el camino hasta Marte y regreso..., así que asegurémonos de conseguir asientos.

-¿Cuánto tiempo estaremos allí?

-Francamente, no se sentía entusiasmado con el viaje; iba a separarlo demasiado tiempo de su trabajo.

-Sin duda estaremos de vuelta mañana o pasado mañana. Escuche; eso lo sacará fuera del camino de su esposa: Kathy se queda aquí. Es una ironía, pero he observado que cuando el viejo va a Wash-35 nunca le gusta tener a sus expertos en antigüedades a su alrededor..., le gusta meterse en la, hum, magia del lugar..., y cada vez más a medida que se hace viejo. Cuando tenga usted ciento treinta años empezará a comprender..., y yo también, supongo. Mientras tanto, tenemos que aceptarlo tal como es. -Añadió, sombríamente-: Es probable que usted ya lo sepa, Eric, puesto que es su médico. Nunca morirá; nunca tomará la decisión dura, como la llaman, no importa lo que falle y tenga que ser reemplazado dentro de él. A veces lo envidio por ser... optimista. Por gustarle tanto la vida; por pensar que es tan importante. Nosotros somos unos insignificantes mortales; a nuestra edad... -Lanzó una ojeada a Eric-. A unos miserables; treinta o treinta y tres...

-Yo me siento lleno de vitalidad -dijo Eric-. Tengo una larga vida por delante. Y no me dejaré ganar por ella. -Extrajo del bolsillo de su chaqueta la factura que el cobrador robant le había presentado-. Ahora que me acuerdo. ¿Vio usted llegar a Wash-35 un paquete de Lucky Strike con el verde, hará unos tres meses? ¿Una contribución de Kathy.

Después de una larga pausa, Jonas Ackerman dijo:

-Pobre decrépito tonto suspicaz. ¿Es en eso en todo lo que puede meditar? Escuche, doctor; si no puede centrar usted su mente en su trabajo, está acabado; hay veinte cirujanos trasplorg en los archivos de personal del viejo que simplemente están aguardando la posibilidad de trabajar para un hombre como Virgil, alguien de su importancia en la economía y el esfuerzo de guerra. Y usted no es tan bueno como eso. -Su expresión era a la vez compasiva y desaprobadora, una extraña mezcla que tuvo el efecto de despertar bruscamente a Eric Sweetscent-. Personalmente, si me fallara el corazón, lo cual no dudo que ocurrirá cualquiera de estos días, no me sentiría muy inclinado a acudir a usted. Se halla demasiado liado en sus asuntos personales. Vive usted para sí mismo, no para la causa planetaria. Dios mío, ¿m lo recuerda? Estamos luchando en una guerra a vida y muerte. Y estamos perdiendo. ¡Estamos siendo pulverizados cada maldito día que pasa!

Cierto, se dio cuenta Eric. Y tenemos un líder enfermo, hipocondríaco, decaído. Y la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana es una de esas enormes propiedades industriales que mantienen a ese líder enfermo, que consigue apenas sostener a la Mole en su cargo. Sin amistades personales calurosas y bien situadas, como la de Viro Ackerman, Gino Molinari estaría fuera de la política o muerto o en algún asilo de ancianos. Yo lo sé. Y sin embargo..., la vida individual tiene que seguir adelante. Después de todo, reflexionó, yo no elegí liarme en mi vida doméstica en más combates de boxeo con Kathy. Y si tú crees que lo hice o que sigo haciéndolo, eso se debe a que eres mórbidamente joven. No has conseguido pasar de la libertad adolescente al territorio donde yo habito: casado con una mujer que económicamente, intelectualmente, y sí, incluso eso también, eróticamente, es muy superior a ti.

Antes de abandonar, el edificio el doctor Eric Sweetscent se dejó caer por los Baños, preguntándose si Bruce Himmel habría aparecido ya por allí. Lo había hecho; allí estaba, al lado del enorme cesto de desechos lleno de Perezosos Perros Pardos defectuosos.

-Vuelva a convertirlos en groonks -dijo Jonas a Himmel, que sonrió, a su vacía y descoyuntada manera, cuando el más joven de los Ackerman le arrojó una de las esferas defectuosas que había rodado fuera de la línea de ensamblaje de la CPTT por donde pasaban las aptas para ser cableadas a la estructura de control de guía de las espacionaves interplanetarias-. ¿Sabe? -dijo a Eric-, si toma usted al azar una docena de esos sistemas de control, y no los defectuosos sino aquellos que irán a parar a las cajas de embalaje para el

ejército, descubrirá que, comparados con los de hace un año, o incluso con los de hace seis meses, su tiempo de reacción ha aumentado al menos en varios microsegundos.

-¿Quiere decir con eso -murmuró Eric- que nuestros estándares de calidad han descendido?

Parecía imposible. Los productos de la CPTT eran demasiado vitales. Toda la red de las operaciones militares terrestres dependía de aquellas esferas del tamaño de una cabeza.

-Exactamente. -Aquello no parecía preocupar a Jonas-. Porque estábamos rechazando demasiadas unidades. Nuestros beneficios disminuirían.

-A veces desearía que s-siguiéramos todavía en el negocio del guano de murciélago marciano -tartamudeó Himmel. Durante un tiempo, la empresa se había dedicado a la recolección de los excrementos del murciélago orejudo marciano, había conseguido con ello sus primeros beneficios, y así se había situado en posición de subrayar los excelentes aspectos económicos de otra criatura no terrestre, la ameba duplicadora marciana. Este augusto organismo unicelular sobrevivía gracias a su habilidad de imitar otras formas de vida -específicamente aquéllas de su mismo tamaño-, y aunque su habilidad había divertido a los astronautas terrestres y a los oficiales de las Naciones Unidas, nadie había visto en ella un uso industrial hasta que Virgil Ackerman, rodeado por su aura de fama gracias al guano de murciélago, había aparecido en escena. En unas pocas horas había situado la ameba duplicadora frente a una de las caras pieles de su amante de aquellos momentos; la ameba duplicadora la había copiado fielmente, hasta el punto que, para todas las finalidades prácticas, entre Virgil y la muchacha existían ahora dos estolas de visón. Sin embargo, la ameba no había tardado en cansarse de ser una piel, y había recuperado su propia forma. Esta conclusión dejaba bastante que desear.

La respuesta, desarrollada a lo largo de un período de varios meses de pruebas, consistió en matar a la ameba durante su intervalo de imitación y luego someter el cadáver a un baño de productos químicos fijadores que tenían la capacidad de retener a la ameba en aquella forma final; la ameba no se descomponía, y en consecuencia no podía ser distinguida, a partir de aquel momento, del original. No pasó mucho tiempo antes de que Virgil Ackerman hubiera instalado una planta distribuidora en Tijuana, México, y empezara a recibir cargamentos de sucedáneos de pieles de todas las variedades procedentes de sus instalaciones industriales en Marte. Y casi inmediatamente hundió el mercado de pieles naturales de la Tierra.

La guerra, sin embargo, había cambiado todo aquello.

Pero, ¿había algo que la guerra no hubiera cambiado? ¿Y quién hubiera pensado nunca, cuando fue firmado el Pacto de Paz con el aliado de la Tierra, Lilistar, que las cosas iban a ir tan mal? Porque, según Lilistar y su ministro Freneksy, la suya era la potencia militar dominante de la galaxia; sus enemigos, los reegs, eran inferiores tanto militarmente como en cualquier otra forma, y la guerra iba a ser indudablemente corta.

La guerra en sí ya era bastante mala, rumiaba Eric, pero no había nada como perder una guerra para hacerle a uno detenerse y pensar, e intentar, fútilmente, reconsiderar las decisiones pasadas, como el Pacto de Paz, por poner un ejemplo..., un ejemplo que normalmente se le ocurriría a un buen número de terrestres si fueran preguntados. Pero por aquellos días sus opiniones no eran solicitadas ni por la Mole ni por el propio gobierno de Lilistar. De hecho, era creencia universal -abiertamente proclamada tanto en los bares como en la intimidad de las salas de estar- que ni siquiera había sido solicitada la opinión de la Mole.

Tan pronto como se iniciaron las hostilidades con los reegs, la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana pasó del comercio de lujo de pieles de imitación a la industria de guerra, como por supuesto hicieron todas las demás empresas industriales. Una duplicación sobrenaturalmente exacta de los sistemas de guía de los cohetes, las mónadas de control Perezoso Perro Pardo, resultó un desarrollo fantásticamente natural para el tipo de operaciones que la CPTT representaba; la conversión fue rápida e indolora. Y de este modo, ahora, meditativamente, Eric Sweetscent contemplaba aquel cesto de unidades rechazadas,

preguntándose -como había hecho todo el mundo en la compañía en algún momento- cómo podían ser empleadas aquellas unidades subestándar y, sin embargo, aún terriblemente complejas de modo que produjeran algún beneficio económico. Tomó una y la hizo girar entre sus manos; en términos de peso se parecía a una pelota de béisbol, en términos de tamaño a un pomelo. Evidentemente no podía hacerse nada con aquellos fracasos que Himmel había rechazado, y se volvió para arrojar la esfera a la boca de la tolva que devolvería al plástico su original forma celular.

-Espere -croó Himmel. Eric y Jonas le miraron.

-No la fundan -dijo Himmel. Su feo cuerpo se retorció embarazado; sus brazos se anudaron, con los largos y nudosos dedos vibrando. Abrió la boca de una forma idiota mientras murmuraba-: Yo..., ya no lo hago. De todos modos, en términos de materia prima, esa unidad vale sólo un cuarto de centavo. El valor de todo este cesto no llega ni al dólar.

-¿Y bien? -dijo Jonas-. De todos modos, tiene que volver a...

-Yo la compraré -murmuró Himmel. Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones, se tensó hasta encontrar su cartera; fila una larga y ardua lucha, pero finalmente la extrajo.

-¿Comprarla, para qué? -preguntó Jonas.

-He hecho un trato -dijo Himmel, tras una agónica pausa-. Pago medio centavo por cada pieza de Perezoso Perro Pardo rechazada, dos veces su valor, de modo que la compañía saca un beneficio. Así que, ¿por qué debería alguien poner objeciones? -Su voz se elevó hasta un tono muy agudo.

Jonas meditó las palabras, dijo:

-Nadie está poniendo objeciones. Simplemente siento curiosidad hacia lo que hace usted con ellas. -Miró de reojo a Eric como para preguntarle: ¿Qué tiene que decir usted al respecto?

-Hum, las uso -dijo Himmel. Se volvió con gesto hosco y se encaminó hacia una puerta cercana-. Pero todas son mías, porque pago por ellas por adelantado de mi propio sueldo -dijo por encima del hombro, mientras abría la puerta. Defensivamente, con el rostro sombrío por el resentimiento y con las corrosivas huellas de una profunda ansiedad fóbica, se echó a un lado.

Dentro de la habitación -evidentemente un almacén-, una serie de pequeños carritos iban de un lado para otro sobre ruedas del tamaño de un dólar de plata; veinte o más de ellos, esquivándose astutamente en su celosa actividad.

En cada uno de ellos Eric vio a un Perezoso Peno Pardo, cableado a su lugar correspondiente y controlando los movimientos del carrito.

Jonas se frotó un lado de la nariz, gruñó, dijo:

-¿De dónde sacan la energía? -Se inclinó, consiguió parar uno de los carritos cuando pasó rodando junto a su pie; lo alzó, contemplando cómo sus ruedas seguían girando fútilmente.

-Simplemente una barata pila A de diez años de duración -dijo Himmel-. Cuesta otro medio centavo.

-¿Y usted construye esos carritos?

-Sí, señor Ackerman. -Himmel retiró el carrito de sus manos y volvió a depositarlo en el suelo; el carrito se alejó, rodando industriosamente-. Éstos todavía son demasiado nuevos para soltarlos -explicó-. Primero necesitan practicar.

-Y entonces -dijo Jonas-, les concede usted la libertad.

-Exacto. -Himmel asintió con su cabeza de enorme y casi calvo cráneo, y las gafas de montura de cuerno se deslizaron hacia delante en un intento de descabalgar de su nariz.

-¿Por qué? -preguntó Eric.

Ya se había alcanzado el meollo del asunto; Himmel se puso rojo, se agitó miserablemente, y, sin embargo, exhibió un oscuro y defensivo orgullo.

-Porque -dijo bruscamente- se lo merecen.

-Pero el protoplasma no está vivo -señaló Jonas-; murió cuando fue aplicado el spray fijador químico. Usted lo sabe. Desde entonces, todas estas esferas no son más que un circuito electrónico, algo tan muerto como..., bueno, como un robant Himmel respondió con dignidad:

-Pero yo las considero vivas, señor Ackerman. Y sólo por el hecho de que sean inferiores e incapaces de guiar un cohete en el espacio profundo, eso no significa que no tengan derecho a vivir sus limitadas vidas. Las suelto, y rodarán por ahí durante, espero, seis años, o posiblemente más; es suficiente. Eso les proporcionará lo que creo que se merecen.

Jonas se volvió a Eric y dijo:

-Si el viejo supiera esto...

-El señor Virgil Ackerman lo sabe -dijo inmediatamente Himmel, con orgullo-. Lo aprueba. -Rectificó-: O mejor dicho, me permite hacerlo; sabe que le estoy reembolsando a la compañía. Y construyo los carritos de noche, en mi tiempo libre; tengo una pequeña cadena de montaje, naturalmente muy primitiva, pero efectiva, en mi apartamento, allá donde vivo. -Añadió-: Cada noche trabajo aproximadamente hasta la una.

-¿Qué hacen ellos cuando son soltados? -preguntó Eric-. ¿Se limitan a vagar por la ciudad?

-Dios sabe -respondió Himmel. Evidentemente, este aspecto de la cuestión no era de su incumbencia; él había hecho su trabajo construyendo los carritos y conectando los Perezosos Perros Pardos en posición de funcionamiento. Y quizá tenía razón; no podía acompañar cada carrito, defenderlo contra los peligros de la ciudad.

-Es usted un artista -señaló Eric, no seguro de si se sentía divertido, o asqueado, o qué. No se sentía impresionado; de eso estaba seguro: todo el asunto tenía una cualidad extraña, loca..., era absurdo. Himmel trabajando incesantemente allí y en su apartamento, velando para que lo que la fábrica rechazaba pudiera seguir teniendo su lugar bajo el sol..., ¿y a continuación qué? Y esto mientas todas los demás sudaban sobre aquel otro absurdo, mayor y colectivo, de una mala guerra.

Visto en ese contexto, Himmel no parecía tan absurdo. Eran los tiempos. La locura flotaba en la atmósfera, desde la Mole hacia abajo, hasta aquel funcionario de control de calidad, claramente alterado en el más puro sentido clínico, psiquiátrico.

Mientras salía de los Baños junto con Jonas Ackerman, Eric dijo:

-Está barrenado. -Era el término de moda más enérgico para designar la aberración.

-Evidentemente -admitió Jonas, quitando importancia al asunto con un gesto-. Pero esto me da una nueva percepción del viejo Virgil, el hecho que tolere esto y ciertamente no porque le proporcione un beneficio..., oh, no, no es en absoluto por eso. Francamente, me alegro. Pensé que Virgil era más duro; habría esperado que echara inmediatamente a ese pobre chalado fuera de aquí, que lo enviara a un grupo de trabajos forzados camino de Lilistar. Dios, vaya destino hubiera sido ése. Himmel tiene suerte.

-¿Cómo cree que terminará eso? -preguntó Eric-. ¿Piensa que la Mole firmará un tratado separado con los reegs y nos sacará fuera de esta guerra, dejando que los lilistarianos luchen solos..., lo cual es lo único que merecen?

-No puede -dijo llanamente Jonas-. La policía secreta de Freneksy caería inmediatamente sobre la Tierra y haría picadillo de él. Lo echaría a patadas de su puesto y lo reemplazaría de la noche a la mañana por alguien más militante. Alguien a quien le gustara el oficio de proseguir la guerra.

-Pero no pueden hacer eso -dijo Eric-. Es nuestro líder elegido, no el de ellos. -Sabía, sin embargo, que pese a aquellas consideraciones legales Jonas tenía razón. Jonas estaba simplemente evaluando de forma realista a su aliado, enfrentándose a los hechos.

-Nuestra mejor apuesta -dijo Jonas- sería simplemente perder la guerra. Lentamente, inevitablemente, tal como lo estamos haciendo. -Bajó la voz hasta un jadeante susurro-. Odio hablar de forma derrotista...

-Puede hacerlo libremente.

-Eric -dijo Jonas-, es la única forma de salirnos de esto, aunque tengamos que enfrentarnos a un siglo de ocupación de los reegs como castigo por haber elegido al aliado equivocado en la guerra equivocada y en el momento equivocado. Nuestra virtuosa primera aventura con el militarismo interplanetario, y vea cómo la elegimos..., cómo la Mole la eligió. -Hizo una mueca.

-Y nosotros elegimos a la Mole -le recordó Eric. Así que la responsabilidad, en último término, era de ellos.

Allá delante, una figura delgada, tan ligera y seca como una hoja, derivó hacia ellos, llamándoles con una voz fina y chillona.

-¡Jonas! Y usted también, Sweetscent..., ya es hora de que emprendamos el viaje a Wash-35. -El tono de Virgil Ackerman era débilmente malhumorado, el de una madre pájaro cumpliendo con sus fastidiosas tareas; a su avanzada edad, Virgil se había vuelto casi hermafrodita, una mezcla de hombre y mujer en una entidad asexuada, seca, y, sin embargo, vital.

2

Virgil Ackerman abrió el antiguo y vacío paquete de Camel y dijo, mientras aplastaba y alisaba su superficie:

-Impreso, serigrafiado, altorrelieve o bajorrelieve. ¿Qué elige usted, Sweetscent?

-Altorrelieve -dijo Eric.

El viejo observó la marca grababa en el interior de la pestaña doblada del fondo del ahora bidimensional paquete.

-Es bajorrelieve. Tengo derecho a retorcerle el brazo..., treinta y dos veces. -Le dio a Eric una palmada ritual en el hombro, sonriendo alegremente, mostrando sus dientes de marfil estilo natural, pálidos y llenos de animado brillo-. Muy lejos de mi ánimo hacerle daño, doctor; después de todo, puedo necesitar un nuevo hígado en cualquier momento... Pasé unas malas horas la otra noche después de irme a la cama y creo, corríjame si estoy equivocado, que se debió de nuevo a la toxemia. Me sentí todo yo como un tronco.

En el asiento de al lado del de Virgil Ackerman, el doctor Eric Sweetscent dijo:

-¿Hasta qué hora estuvo levantado y qué es lo que hizo?

-Bueno, doctor, estaba esa chica- Virgil sonrió maliciosamente a Harvey, Jonas, Ralf y Phyllis Ackerman, los miembros de la familia sentados a su alrededor en la estilizada y ahusada nave interplanetaria que aceleraba desde la Tierra hacia Wash-35, en Marte-. ¿Necesito decir más?

Su sobrina nieta, Phyllis, dijo severamente:

-Oh, Cristo, eres demasiado viejo. Te volverá a fallar el corazón en mitad del asunto. Y entonces, ¿qué pensará ella, quienquiera que sea? Es indigno morir durante tú ya sabes qué. -Miró desaprobadoramente a Virgil.

La risa de Virgil fue casi un chirrido.

-Si ocurre eso, entonces el control de ritmos vitales en mi muñeca derecha, instalado ahí para tales emergencias, avisará de inmediato al doctor Sweetscent aquí presente, y él acudirá corriendo y allí mismo, sin quitarme de encima de ella, retirará ese viejo y averiado corazón y pondrá en su lugar otro nuevo y flamante, y yo... -dejó escapar una risita, se secó la saliva que se deslizaba por su labio inferior y su barbilla con un pañuelito doblado de lino que extrajo del bolsillo superior de su chaqueta, -yo continuaré -Su piel, delgada como el papel resplandecía, y debajo de ella sus huesos, la silueta de su cráneo, delicado y claramente distinguible, se estremeció con el deleite y la alegría de escandalizarles; ninguno de ellos tenía entrada en aquel mundo suyo, en su vida privada, de la que, gracias a su privilegiada posición, gozaba incluso ahora, pese a los días de privación que la guerra había traído consigo.

-«Mille treu» -dijo Harvey melancólicamente, citando el libreto de Da Ponte-. Pero contigo, viejo petardo, es...; ¿cómo se dice mil millones y tres en italiano? Espero que cuando yo tenga tu edad...

-Tú nunca vas a tener mi edad -gorjeó Virgil, con los ojos bailando y llameando con la vitalidad del regocijo-. Olvídalo, Harvey. Olvídalo y vuelve a tus informes fiscales, resonante ábaco con patas. Nunca te encontrarán muerto en la cama sobre una mujer; te encontrarán muerto sobre... -Virgil buscó la palabra adecuada-, ¡sobre un tintero!

-Por favor -dijo secamente Phyllis, volviéndose para contemplar las estrellas y el negro fondo del espacio.

-Me gustaría preguntarle algo -dijo Eric a Virgil-. Acerca de un paquete de Lucky Strike verde. Hará unos tres meses...

-Su esposa me ama -dijo Virgil-. Sí, era para mí, doctor; un regalo sin condiciones. Así que tranquilice su mente febril; Kathy no está interesada en mi persona. Además, podría traer problemas. Puedo conseguir todas las mujeres que quiera; en cuanto a cirujanos trasplorg, bien... -Reflexionó-. Sí, si pienso en ello, también puedo conseguirlos.

-Exactamente lo que yo le dije a Eric hace poco -señaló Jonas. Le hizo un guiño a Eric, que estoicamente no exhibió ninguna respuesta.

-Pero me gusta Eric -prosiguió Virgil-. Es un tipo tranquilo. Míralo ahora. Sublimemente razonable, siempre el tipo cerebral, frío en cualquier crisis; le he observado trabajar muchas veces, Jonas; lo sé. Y dispuesto a levantarse a cualquier hora de la noche..., no encuentras a muchas personas de este tipo.

-Tú le pagas -dijo secamente Phyllis. Como siempre, permanecía taciturna y retraída; la atractiva sobrina nieta de Virgil; que ocupaba un puesto en el consejo directivo de la compañía, poseía una cualidad penetrante, casi de ave de presa, muy parea la del viejo..., pero sin su taimado sentido de lo peculiar. Para Phyllis, todo era negocio o basura. Eric reflexionó que si hubiera sido ella quien hubiera tropezado con Himmel, ya no habría más pequeños carritos rodando por allí; en el mundo de Phyllis no había lugar para lo inútil. Le recordaba un poco a Kathy. Y, como Kathy, era razonablemente sexy; llevaba el pelo recogido en una larga coleta trenzada, teñida de ultramarino según la última moda, rematada por unos pendientes rotatorios autónomos y (esto era lo que menos le gustaba) un anillo en la nariz, signo de nubilidad entre los altos círculos burgueses.

-¿Cuál es el propósito de esta conferencia? -preguntó Eric a Virgil Ackerman-. ¿No podemos empezarla ahora para ahorrar tiempo? -Se sentía irritable.

-Es un viaje de placer -dijo Virgil-. La posibilidad de alejarnos un poco de los deprimentes asuntos en los que estamos metidos constantemente. Hay un invitado esperándonos en Wash-35; ya debe estar allí... Ha recibido de mí un Cheque en Blanco: le he abierto mi infantilandia, es la primera vez que dejo a nadie que no sea yo gozar libremente de ella.

¿Quién? -preguntó Harv-. Después de todo, técnicamente. Wash-35 es propiedad de la compañía, y nosotros pertenecemos al consejo.

-Probablemente -dijo Jonas con tono ácido- Virgil apostó todas sus postales auténticas de los Horrores de la Guerra con esta persona y las perdió. Así que, ¿qué otra cosa podía hacer excepto abrirle de par en par las puertas del lugar?

-Yo nunca juego con mis postales de los Horrores de la Guerra o mis postales del FBI -dijo Virgil-. Y por cierto, tengo duplicado del Hundimiento del Panay. Eton Hambro, ya sabes, ese cabeza gorda que es presidente del consejo de Empresas Manfrex, me lo regaló el día de mi cumpleaños. Creía que todo el mundo sabía que tenía el archivo completo, pero evidentemente Hombro no. No es extraño que los chicos de Freneksy, estén controlando sus seis fábricas por él estos días.

-Háblanos de Shirley Temple en La pequeña rebelde -dijo Phyllis con tono aburrido, sin dejar de mirar el panorama de las estrellas más allá de la nave-. Cuéntanos cómo...

-Ya has visto la película. -Virgil sonó irritado.

-Sí, pero nunca me canso de ella -dijo Phyllis-. No importa lo mucho que lo intente, no puedo evitar sentirme fascinada por cada miserable milímetro de la cinta. -Se volvió hacia Harv-. Pásame tu encendedor.

Eric se levantó de su asiento y se dirigió al reducido salón de la pequeña nave, se sentó a la mesa y tomó la lista de bebidas. Notaba la garganta seca; aquellas estúpidas discusiones del clan Ackerman siempre le hacían sentir sed, como si tuviera necesidad de algún fluido tranquilizador... quizá, pensó, un sustituto para la leche primordial: el Urmilch de la vida. Yo también me merezco mi propia infantilandia, pensó, medio en broma. Pero sólo medio en broma.

Para todo el mundo excepto Virgil Ackerman, el Washington D.C. de 1935 era una pérdida de tiempo, puesto que sólo Virgil recordaba la auténtica ciudad, la auténtica época y lugar, el entorno ahora largamente superado. En todos sus detalles, sin embargo, Wash-35 consistía en una detalladamente elaborada reconstrucción del específico universo limitado de la infancia que Virgil había conocido, constantemente pulido y mejorado en asuntos de autenticidad por su procurador de antigüedades -Kathy Sweetscent-, pero sin cambiar nunca realmente; permanecía como congelado, unido a un pasado muerto..., al menos en lo que al resto del clan se refería. Pero para Virgil, por supuesto, rebosaba de vida. Allá se sentía realizado. Recuperaba su flaqueante energía bioquímica y luego regresaba al presente, al mundo normal compartido que comprendía y manipulaba en su mayor parte pero del que no se sentía psicológicamente nativo.

Y aquella enorme y regresiva infantilandia había tenido éxito: había creado una moda. A menor escala, otros industriales y gente de dinero -hablando con brutal franqueza, los que se aprovechaban de la guerra- se habían hecho construir también modelos a escala natural de sus mundos infantiles; Virgil había dejado de ser el único. Ninguno de ellos, sin embargo, podía igualarse al de Virgil en complejidad y absoluta autenticidad; artículos antiguos falsificados, no los reales supervivientes, creaban vulgares aproximaciones de lo que había sido la auténtica realidad. Pero sinceramente, reflexionaba Eric, uno tenía que darse cuenta de que no todo el mundo poseía el dinero y la experiencia económica capaces de respaldar aquella inútil aventura, reconocidamente única y exorbitantemente cara y mucho más allá de todas sus demás imitaciones. Y todo ello en medio de una terrible guerra.

Pero, pese a todo eso, seguía siendo, en el fondo, inofensiva. Un poco, reflexionó, como la peculiar actividad de Bruce Himmel con sus muchos carritos cliqueteantes. No mataba a nadie. Y esto era algo que difícilmente podía decirse del esfuerzo nacional..., la guerra santa contra las criaturas alienígenas de Próxima.

Pensar en esto hizo que toda una serie de recuerdos desagradables penetraran en su mente.

Además de los internados en los campos de prisioneros, existía en la Tierra, en la capital de las Naciones Unidas, en Cheyenne, Wyoming, un grupo de reegs capturados a los que les habían sido arrancados los colmillos y que eran mantenidos en exhibición pública por las autoridades militares del planeta. Los ciudadanos podían desfilar ante ellos, y abrir mucho los ojos y la boca, y preguntarse todo el tiempo que quisieran el significado de aquellos seres dotados de exoesqueleto y con seis extremidades, capaces de avanzar en línea recta a gran velocidad sobre dos o cuatro de sus patas. Los reegs no poseían aparato vocal audible; se comunicaban entre ellos mediante elaborados movimientos de sus antenas sensoras. Con terrestres y lilistaria-, nos utilizaban una caja traductora mecánica, y a través de ella los boquiabiertos visitantes tenían la oportunidad de hacer preguntas a sus sumisos cautivos.

Preguntas que, hasta recientemente, habían estado caracterizadas por una monótona y repetitiva uniformidad. Pero ahora había empezado a aparecer, en sutiles etapas, un nuevo tipo de preguntas de ominosa apariencia..., ominosa al menos desde el punto de vista del Establishment. En vista de ello, la exhibición había sido interrumpida bruscamente, y por tiempo indefinido. ¿Cómo podemos conseguir un acercamiento? Los reegs, sorprendentemente, tenían una respuesta. Se reducía a: vive y deja vivir. La expansión de los

terrestres en el sistema de Próxima debía cesar; a cambio los reegs no se ocuparían -como no lo hablan hecho en el pasado- del Sistema Solar.

Pero respecto a Lilistar: los reegs no tenían respuesta a ello, simplemente porque no habían desarrollado ninguna por sí mismos; los lilistarianos habían sido sus enemigos desde hacía siglos, y ahora ya era demasiado tarde para que alguien diera o aceptara una opinión sobre este tema. Y, de todos modos, los «consejeros» lilistarianos habían conseguido ya aposentarse en la Tierra para realizar funciones de seguridad..., como si un organismo parecido a una hormiga, con cuatro brazos y de casi dos metros de altura, pudiera pasar desapercibido por las calles de Nueva York.

La presencia de los consejeros lilistarianos, en cambio, sí pasase fácilmente desapercibida; los lilistarianos eran mentalmente ficomicetosos, pero morfológicamente no podían ser distinguidos de los terrestres. Había una buena razón para ello. En el período musteriense, una flotilla del Imperio Lilistar de Alfa Centauro emigró al Sistema Solar, donde colonizó la Tierra y en cierta extensión también Marte. Un conflicto de índole mortífera había estallado entre los aposentados en ambos planetas, y como consecuencia de ello se había producido una larga y degeneradora guerra, cuyo resultado había sido el declive de ambas subculturas hasta volver a un terrible barbarismo. Debido a las condiciones climáticas de Marte, la colonia de este planeta había terminado por desaparecer; los terrestres, en cambio, habían seguido avanzando a tientas a lo largo de las eras históricas hasta regresar finalmente a la civilización. Desconectada de Alfa por el conflicto lilistariano-reeg, la colonia terrestre se había desarrollado por todo el planeta, había progresado, y finalmente había alcanzado el estadio de lanzar primero un satélite orbital, luego una nave no tripulada a la Luna, y finalmente una nave tripulada..., y finalmente, como su gran obra maestra, fue capaz de contactar de nuevo con su sistema de origen. La sorpresa, por supuesto, fue enorme por ambos lados.

-¿Se le ha comido la lengua el gato? -dijo Phyllis Ackerman a Eric, sentándose a su lado en el pequeño saloncito. Sonrió, un esfuerzo que transfiguró su fino y delicadamente tallado rostro; por un momento su aspecto fue seductoramente atractivo-. Pídame algo de beber, por favor. Para que pueda enfrentarme al mundo de viejos coches y Jean Harlow y el Barón van Richtofen y Joe Louis y..., ¿cómo demonios se llama? -Rebuscó en su memoria, con ojos entrecerrados-. Se me ha ido de la cabeza. Oh, sí, Tom Mix. Y los justicieros de Ralston. Todos esos vaqueros. Los jodidos vaqueros. ¡Y ese cereal! Con esas malditas tapas superiores que había que recortar y mandar. ¿Sabe qué es lo que nos espera? Otra sesión con Anita la Huerfanita y su pequeña banda decodificadora..., tendremos que escuchar los anuncios de Ovaltine, y luego esos números que tendremos que anotar y decodificar..., para descubrir qué es lo que hace Anita los lunes. Dios. -Se inclinó para alcanzar su bebida, y él no pudo resistir mirar con casi profesional interés cómo la parte superior de su vestido cedía hacia delante para mostrar la línea natural de sus pequeños y pálidos pechos.

Puesto de razonable buen humor por este espectáculo, Eric dijo, alegre pero cautelosamente:

-Un día anotaremos los números que nos da el falso anunciante por la falsa radio, los decodificaremos con la banda decodificadora de Anita la Huerfanita y... -el mensaje dirá, pensó lúgubremente: Firmad una paz separada con los reegs. Inmediatamente.

-Lo sé -dijo Phyllis, y terminó por él-: «Es inútil, terrestres. Renunciad ahora. Os habla el monarca de los reegs; escuchad, todos: nos hemos infiltrado en la emisora de radio WMAL de Washington D.C., y vamos a destruiros.» -Bebió sombríamente de su copa de alto pie-. «Y, además, la Ovaltine que habéis estado bebiendo...»

-No iba a decir precisamente eso. -murmuró Eric. Pero había estado horriblemente cerca. Aguijoneado, no pudo evitar el añadir-: Como el resto de su familia, tiene usted un sentido extra que le hace sentir que deba interrumpir a un no consanguíneo antes de que...

-¿Un qué?

-Así es como llaman ustedes a los no Ackerman -dijo Eric hoscamente.

-Oh, siga adelante entonces, doctor. -Sus ojos grises se iluminaron divertidos-. Diga lo que tenga que decir.

Eric suspiró.

-No importa. ¿Quién es el invitado?

Los grandes y pálidos ojos de la mujer nunca habían parecido tan grandes, tan serenos; dominaban y ordenaban con su absoluto universo interior de certitud. De tranquilidad creada por el conocimiento absoluto, invariable, de todo lo que merecía ser conocido.

-Supongamos que aguardamos y lo vemos. -respondió. Y entonces, sin variar la impasibilidad de sus ojos, sus labios empezaron a danzar con una retorcida e incordiante ironía; un momento más tarde un brillo nuevo y distinto prendió en sus ojos, y la expresión de todo su rostro sufrió un completo cambio-. La puerta -dijo perversamente, con ojos brillantes e intensos, la boca crispada en una risita que casi parecía la de una muchacha adolescente- se abre de pronto, y ahí está un silencioso delegado de Próxima. Oh, qué visión. Un hinchado y grasiento enemigo reeg. En secreto, y de forma increíble debido a la vigilancia constante de la policía secreta de Freneksy, un reeg ha acudido oficialmente a negociar... -Se interrumpió, y luego, con voz baja y monótona, terminó: ...una paz separada entre nosotros y ellos. -Con expresión lúgubre y pensativa, desaparecida toda chispa de sus ojos, terminó inquieta su bebida-. Sí, eso ocurrirá algún día. Puedo verlo claramente. El viejo Virgil está ahí sentado, radiante y charloteando como de costumbre. Envía todos sus contratos de guerra, todos hasta el último, directamente a las cloacas, por el desagüe. Volvemos a los viejos tiempos. Al falso visón. A la mierda de murciélago..., cuando toda la fábrica olía hasta los cielos. -Rió secamente, un corto ladrido de desdén-. En cualquier momento a partir de ahora, doctor. Oh, seguro.

-Los polis de Freneksy -dijo Eric, acompasándose al talante de ella-, como muy bien ha señalado usted, caerían sobre Wash-35 tan rápidamente que...

-Lo sé. Es una fantasía, un nostálgico sueño irrealizable, Nacido de unas esperanzas sin esperanza. Asi que no importa el que Virgo decida organizar, o intente llevar adelante, un encuentro así, ¿no cree? Porque no podría tener éxito ni en un millón de años luz. Podría intentarse. Pero no llevarse a la práctica.

-Es una lástima -dijo Eric, medio para sí mismo, profundamente hundido en sus pensamientos.

-¡Traidor! ¿Desea ser enviado a un campo de trabajos forzados?

Tras meditarlo, Eric dijo cautelosamente:

-Lo que yo deseo...

-Usted no sabe lo que desea, Sweetscent; cualquier hombre atrapado en un matrimonio infeliz pierde la capacidad metabiológica de saber lo que desea..., le ha sido arrebatada. Usted es un pequeño y maloliente molusco que intenta hacer lo correcto, pero nunca lo hace debido a que su miserable y pequeño corazón sufriente no está en ello. ¡Mírese ahora! Ha conseguido alejarse de mí...

-No es cierto.

-...para que no haya ninguna posibilidad de contacto físico entre nosotros. Especialmente al nivel de los muslos. Oh, que los muslos desaparezcan del universo. Pero resulta duro conseguirlo, ¿verdad?, apartarse de alguien en estos lugares tan angostos..., aquí en esta estrecha sala. Y, sin embargo, usted lo ha conseguido, ¿no?

Para cambiar de tema, Eric dijo:

-La otra noche oí por la televisión que ese cuadriologista con esa barba tan curiosa, el profesor Wald, ha regresado de...

-No. No es él el invitado de Virgil.

-¿Marm Hastings, entonces?

-¿Ese taoísta excéntrico y loco y estúpido? ¿Está bromeando, Sweetscent? ¿Se trata de eso? ¿Supone que Virgil toleraría un embaucador marginal, que...? -Hizo un gesto obsceno

con el pulgar hacia arriba, dejando al descubierto al mismo tiempo sus blancos, limpios y perfectos dientes-. Quizá -dijo- se trate de leo Norse.

-¿Quién? -Había oído perfectamente el nombre; le sonaba vagamente familiar, y sabía que preguntando estaba cometiendo un error táctico; sin embargo, lo hizo; ésta era su principal debilidad con las mujeres. Las conducía hacia donde él quería..., a veces. Pero en más de una ocasión, especialmente en los momentos más críticos de su vida, en las principales encrucijadas, las seguía ciegamente hacia donde ellas querían conducirle.

Phyllis suspiró.

-La firma de Ian es la que fabrica todos esos nuevos, brillantes, estériles y muy caros órganos artificiales que ustedes implantan tan diestramente en los ricos que se están muriendo; ¿quiere decir, doctor, que no sabe usted con quién está en deuda?

-Lo conozco -dijo Eric irritadamente, sintiendo un profundo pesar-. Con todas esas otras cosas en mi mente, lo había olvidado por un momento, eso es todo.

-Quizá sea un compositor. Como en los días de Kennedy; quizá se trate de Pau Casals. Dios, tiene que ser viejo. Quizá sea Beethoven. Hummm. -Fingió ponderar la cuestión-. Por Dios, creo que dijo algo acerca de eso. Ludwig van algo; ¿existe algún Ludwig van Algo aparte de...?

-Cristo -dijo Eric irritado, cansado de ser incordiado constantemente-. Deje ya eso.

-No se ponga así; no es usted tan grande como eso. Mantener a un asqueroso viejo vivo siglo tras siglo. -Rió, con su suave, dulce y muy íntima risita regocijada.

Eric reunió toda la dignidad que pudo conseguir y dijo:

-También me ocupo de la salud de todos los ochenta mil individuos clave que constituyen la fuerza de trabajo de la CPTP. Y no puedo hacer eso desde Marte, por lo que lamento este viaje. Lo lamento mucho. -Incluida usted, pensó amargamente para sí mismo.

-Vaya proporción -dijo Phyllis-. Un cirujano trasplorg para ochenta mil pacientes..., ochenta mil uno. Pero tiene usted su equipo de robants para ayudarle..., quizás ellos puedan encargarse de todo mientras usted está ausente.

-Un robant es sólo una cosa, y apesta -dijo, parafraseando a T. S. Elliot.

-Y un cirujano trasplorg -dijo Phyllis- es una cosa que se arrastra.

La miró con ojos llameantes. Ella dio un sorbo a su bebida y no mostró ninguna contrición. El se sintió incapaz de alcanzarla; simplemente, tenía demasiada fuerza psíquica para él.

El ombligo de Wash-35, un edificio de apartamentos de ladrillo de cinco pisos donde VirgiI había vivido de pequeño, contenía un auténtico apartamento moderno del año 2055 con todas las comodidades que Virgil podía conseguir en aquellos años de guerra. A varias manzanas de distancia se hallaba, la avenida Connecticut y, a lo largo de ella, tiendas que Virgil recordaba. Allí estaba Gammage, una tienda en la que Virgil había comprado sus cómics y sus caramelos. Cerca de ella, Eric descubrió la forma familiar del Drugstore People's, donde el viejo, en su infancia, había comprado su primer encendedor y su caja de química Gilbert Número Cinco.

-¿Qué ponen esta semana en el cine Uptown? -murmuró Harv Ackerman mientras la nave seguía la línea de la avenida Connecticut para que Virgil pudiera echar una ojeada a aquel querido decorado. Miró.

Era Jean Harlow en Los ángeles del infierno, que todos ellos habían visto al menos dos veces. Harv gruñó.

-Pero no olvides esa encantadora escena -le recordó Phyllis- donde la Harlow dice: «Creo que voy a ponerme algo más cómodo», y luego, cuando regresa...

-Lo sé, lo sé -dijo Harv, irritado-. De acuerdo, ésa me gusta. La nave giró de la avenida Connecticut a la calle McComb, y pronto aparcaba delante del 3039, con su negra verja de hierro forjado y su pequeño césped. Cuando se abrió la escotilla, sin embargo, Eric olió no el aire urbano de una capital terrestre desaparecida hacía mucho tiempo, sino la acremente tenue

y Me atmósfera de Marte; apenas pudo llenar sus pulmones con ella, y se quedó allá de pie, jadeando, sintiéndose mareado y desorientado.

-Voy a tener que quejarme de la climatización -protestó Virgil mientras baja la rampa hasta la acera, ayudado por Jonas y Harv. Sin embargo, no parecía excesivamente molesto; echó a andar con paso vivo hacia la puerta del edificio de apartamentos.

Robants con el aspecto de niños pequeños se pusieron rápidamente en pie, y uno de ellos chilló can perfecta autenticidad:

-¡Hey, Virg! ¿Dónde has estado?

-Tuve que ir a hacer unas compras para mi madre -cloqueó Virgil, con el rostro resplandeciendo con deleite-. ¿Cómo estás, Earl? Hey, conseguí algunos sellos chinos preciosos que me dio mi padre; los obtuvo de su oficina. Los tengo duplicados; te cambio algunos. -Rebuscó en su bolsillo, de pie en el porche del edificio.

-Hey, ¿sabes lo que tengo yo? -chilló un segundo niño robant-. Un poco de hielo seco; dejé que Bob Rougy usara mi Flexie a cambio; puedo darte un poco si quieres.

-Te lo cambio por un libro de bolsillo -dijo Virgil, mientras sacaba su llave y abría la puerta de entrada del edificio-. ¿Qué te parece Buck Rogers y el cometa maldito? Es estupendo.

Mientras el resto del grupo bajaba de la nave, Phyllis dijo a Eric:

-Ofrézcales a los chicos un calendario de 1952 completamente nuevo con la foto de Marilyn Monroe desnuda, y vea lo que te dan a cambio. Al menos media moto.

Cuando la puerta de la casa de apartamentos de abrió, un guardia de la CPTT apareció con retraso.

-Oh, señor Ackerman; no me di cuenta de que había llegado. -El guardia lo acompañó al oscuro vestíbulo enmoquetado.

-¿Todavía está aquí? -preguntó Virgil, con una repentina y evidente tensión.

-Sí, señor. Descansando en el apartamento. Pidió que nadie le molestara durante algunas horas. -También el guardia parecía nervioso.

Virgil se detuvo y preguntó:

-¿Es muy grande su escolta?

-Sólo él, un ayudante, y dos hombres del servicio secreto.

-¿Quién quiere un vaso de Kool-Aid bien fría? -preguntó reflexivamente Virgil por encima del hombro, mientras seguía adelante.

-Yo, yo -dijo Phyllis, imitando el tono entusiasta de Virgil-. Yo quiero una imitación de refresco de lima y frambuesa. ¿Qué quiere usted, Eric? ¿Qué le parece un bourbon con ginebra y lima o un escocés con vodka y cerezas? ¿O no vendían esos calores en 1935?

A Eric; Harv le dijo:

-A mí me gustaría un lugar donde poder echarme y descansar. Este aire marciano me hace sentir tan débil como un gatito. -Su rostro se había cubierto de manchas y tenía mal aspecto-. ¿Por qué no construye un domo? ¿Por qué no mantiene auténtico aire aquí dentro?

-Quizás haya alguna finalidad en ello -dijo Eric-. Simplemente, le impide retirarse aquí de forma definitiva; le hace marcharse al cabo de un tiempo.

Donas se acercó a ellos y dijo:

-Personalmente, a mí me encanta venir a este lugar anacrónico; Harv. Es un museo delicioso. -Dirigiéndose a Eric-: Con toda franqueza, su esposa hace un trabajo espléndido proporcionando artefactos de esta época. Escuche esta..., ¿cómo le llaman?.:., esta radio que suena en ese apartamento.

Escucharon obedientes. Era «Betty y Bob», el antiguo serial, surgiendo de un lejano pasado. E incluso Eric se sintió impresionado; las voces parecían vivas y absolutamente reales. Estaban aquí ahora, no eran meros ecos de sí mismas. Desconocía cómo lo había conseguido Kathy.

Stove, el enorme, apuesto, masculino conserje negro del edificio -o mejor dicho, su simulación robant- apareció ante ellos, fumando su pipa y asintiendo cordialmente a todos.

-Buenos días, doctor. Estos días tenemos un poco de frío. Los chicos van a salir pronto a dar una vuelta en trineo. El mío, Georgie, está ahorrando para comprarse uno.

-Me apunto con una contribución de un dólar de 1934 -dijo Ralf Ackerman; sacando su billetera. En un aparte a Eric, le dijo, sotto voce-: ¿O acaso el viejo papá Virgil piensa que un chico de color no tiene derecho a tener su trineo?

-No se preocupe, señor Ackerman -le aseguró Steve-. Georgie se está ganando su trineo; no quiere propinas, sino una auténtica paga. -El digno robant de color se alejó y desapareció.

-Malditamente convincente -dijo Harv al fin.

-Y tanto -admitió Donas. Se estremeció-. Dios, pensar que el hombre real lleva un siglo muerto. Resulta difícil recordar que estamos en Marte, no en la Tierra ni en nuestra propia época... No me gusta. Prefiero que las cosas parezcan lo que son realmente.

A Eric se le ocurrió algo.

-¿Pone usted objeciones a una cinta estéreo de una orquesta sinfónica tocando, cuando está por la noche en su apartamento?

-No -dijo Jonas-. Pero eso es totalmente distinto.

-No lo es -objetó Eric-. La orquesta no está ahí, el sonido original ha desaparecido, la sala donde fue grabada permanece ahora en silencio; todo lo que posee usted son trescientos cincuenta metros de cinta de óxido de hierro que ha sido magnetizada siguiendo un esquema específico..., es una ilusión tan grande como ésta. Sólo que ésta es completa.

-Quod erat demonstrandum, se dijo, y siguió andando hacia las escaleras. Vivimos diariamente con la ilusión, reflexionó. Cuando el primer bardo entonó la primera canción épica de alguna batalla, la ilusión entro en nuestras vidas; la Ilíada es tan «falsa» como esos niños robant que intercambian sellos de correos en el porche del edificio. Los seres humanos siempre han intentado retener el pasado, mantenerlo vivo de forma convincente; no hay nada malo en ello. Y, desprovisto del pasado, este momento, el presente, tiene muy poco significado, si es que tiene alguno.

Quizá, pensó mientras subía las escaleras, ése sea mi problema con Kathy. No puedo recordar nuestro pasado común; no puedo recordar cuando vivíamos voluntariamente el uno con el otro..., ahora se ha convertido en un acuerdo involuntario, derivado de Dios sabe qué época pasada.

Y ninguno de nosotros lo comprende. Ninguno de nosotros puede desentrañar su significado o su mecanismo motivador. Con una memoria mejor podríamos volvernos hacia algo que pudiéramos aprehender.

Pensó: quizás esto sea la primera señal de la vejez efectuando su temida apariencia. ¡Y para mí a los treinta y cuatro años! Phyllis se detuvo en la escalera, lo esperó.

-Tenga una aventura conmigo, doctor -dijo.

Se amilanó interiormente, sintió calor, sintió terror, sintió excitación, sintió esperanza, sintió desesperación, sintió culpabilidad, sintió ansia.

Dijo:

-Tiene usted los dientes más perfectos que el hombre haya conocido.

-Responda.

-Yo... -Intentó pensar en una respuesta. ¿Podían las palabras responder aquello? Y, ¿tenía que hacerlo en forma de palabras, o no?-. ¿Y ser asado en un incinerador por Kathy..., que ve todo lo que ocurre? -Notó que la mujer le miraba fijamente, la miraba y le miraba, con sus ojos grandes y fijos-. Humm -murmuró, sin excesiva originalidad, y se sintió miserable, y pequeño, y exactamente reducido, hasta su último átomo, a la más simple expresión.

-Pero usted lo necesita -dijo Phyllis.

-Hummm -dijo de nuevo, marchitándose bajo aquel indeseado e inmerecido examen psiquiátrico femenino de lo más profundo de su negra alma; ella lo tenía agarrado, tenía agarrada su alma, y le estaba dando vueltas y vueltas con la lengua. ¡Maldita fuera! Lo había dejado desnudo; había dicho la verdad; la odiaba; ansiaba irse a la cama con ella. Y, por

supuesto, ella lo sabía, lo veía en su rostro, lo leía con sus enormes y execrables ojos, ojos que ninguna mujer mortal tenía derecho a poseer.

-Va a morir sin haberlo experimentado -dijo Phyllis-. Sin un auténtico, espontáneo, relajado, físico...

-Una posibilidad -dijo él roncamente-. En mil millones. De salirme con bien de ello. -Entonces consiguió echarse a reír-. De hecho, el permanecer aquí ahora en estas malditas escaleras ya es una locura. Pero..., ¿a usted qué le importa? -Siguió andando, pasó por su lado, siguió subiendo hacia el segundo piso. ¿Tú que tienes que perder?, pensó. Soy yo; sería yo quien saldría escaldado. Tú puedes manejar a Kathy tan fácilmente como puedes tirar de mí al extremo de esa cuerda que no dejas de tensar y aflojar.

La puerta al apartamento particular, moderno, de Virgil estaba abierta; Virgil había entrado ya. El resto del grupo se metió tras él, el clan consanguíneo primero, por supuesto, luego los simples empleados titulados de la firma.

Eric entró..., y vio al invitado de Virgil.

El invitado; el hombre al que habían venido a ver. Reclinado en un diván, el rostro fláccido y vacío, los labios hinchados, púrpura oscuros e irregulares, los ojos ausentemente fijos en la nada, estaba Gino Molinarí. El supremo líder elegido de la cultura planetaria unificada de la Tierra, y el comandante supremo de sus fuerzas armadas en la guerra contra los reegs.

Tenía la bragueta desabrochada.

3

En la pausa para comer, Bruce Himmel, el técnico a cargo del estadio final del control de calidad en las instalaciones centrales de la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana, dejó su puesto, cruzó las calles de Tijuana hacia el café donde comía tradicionalmente, debido a que era el más barato y, además, le sometía a las menores exigencias sociales posibles. El Xanthus, un pequeño edificio amarillo de madera apretado entre dos tiendas de adobe de mercería y ropa interior, atraía a una variable clientela de trabajadores y tipos masculinos peculiares, en su mayor parte rozando la treintena, que no reflejaban ningún medio en particular de ganarse la vida. Pero dejaban a Himmel solo, y eso era todo lo que él pedía de la vida. Y, sorprendentemente, la vida estaba dispuesta a consumar un trato de este tipo con él.

Mientras se sentaba al fondo del local, empezaba a comer cucharadas de la amorfa masa de chile, y desmigaba trozos del pegajoso, pálido y denso pan que los acompañaba, Himmel vio que una figura se inclinaba sobre él, un anglosajón de enmarañado pelo con una chaqueta de cuero, tejanos, botas y guantes, un individuo cuya apariencia daba la impresión de que venla de una época completamente distinta. Era Christian Plout, el conductor de un antiguo taxi a turbina de Tijuana; llevaba ya una década huído de la Baja California a causa de un desacuerdo con las autoridades de Los Ángeles sobre un asunto relativo a la venta de capstene, una droga derivada de la amanita. Himmel le conocía ligeramente porque Plout, como él, sentía una cierta inclinación hacia el taoísmo.

-Salve, amicus -entonó Plout, deslizándose a una silla delante de Himmel.

-Hola -murmuro Himmel, con la boca llena de abrasador chile-. ¿Qué hay de nuevo? -Plout siempre estaba al corriente de lo último. Dando vueltas durante todo el día por la ciudad con su taxi, se cruzaba casi con todo el mundo. Si ocurría algo, Ghris Plout siempre estaba a mano para ser testigo de ello y, si era posible, sacarle algún beneficio. Plout ejercía un montón de actividades secundarias.

-Escuche -dijo Plout, inclinándose hacia él, su seco rostro color arena fruncido por la concentración-. ¿Ve esto? -Su apretado puño dejó caer sobre la mesa una cápsula; al instante su palma la cubrió, haciéndola desaparecer tan bruscamente como había aparecido.

-Ya la he visto -dijo Himmel, y siguió comiendo. Plout hizo una mueca y continuó:

-Hay, fijase. Esto es JJ-180.

-¿Y eso qué es? -Himmel se sintió de pronto suspicaz; deseó que Plout se fuera del Xanthus a buscar otros posibles clientes.

-JJ-180 -repitió Plout con voz casi inaudible, inclinado hacia delante en su asiento, de modo que su rostro casi tocaba el de Himmel- es el nombre alemán de la droga que está a punto de ser comercializada en Sudamérica como frohedadrina. Una firma de productos químicos alemana la inventó; la casa farmacéutica en Argentina es su tapadera. No pueden introducirla en los Estados Unidos; de hecho, ni siquiera resulta fácil encontrarla aquí en México, si puede usted creerlo. -Sonrió, mostrando sus irregulares y manchados dientes. Incluso su lengua, observó Himmel una vez más, disgustado, tenía un color peculiar, como si estuviera corrompida por alguna sustancia no natural. Se apartó con aversión.

-Creí que podía encontrarse de todo aquí en Tijuana -observó.

-Yo también. Por eso me interesé en esta JJ-180. Así que conseguí un poco.

-¿La ha probado?

-Lo haré esta noche -dijo Plout-. En mi casa. Conseguí cinco cápsulas. Una de ellas para usted. Si está interesado.

-¿Qué es lo que hace?- Aquello parecía pertinente.

Plout, ondulando con algún ritmo interno, dijo:

-Es un alucinógeno. Pero es más que eso. Oh, huau, fuf-fuf. -Sus ojos adquirieron un aspecto vidrioso y pareció retirarse en sí mismo, sonriendo beatíficamente. Himmel aguardó; finalmente, Plout regresó-. Varía de persona a persona. Es algo que tiene que ver con su sentido de lo que Kant llamó las «categorías de la percepción». ¿Comprende?

-Eso significa su sentido del tiempo y el espacio -dijo Himmel, que había leído la Crítica de la razón pura, tanto su esencia como su estilo y prosa. En su pequeño apartamento tenía un ejemplar de una edición de bolsillo, lleno de anotaciones. -¡Correcto! Altera su percepción del tiempo en particular, así que debería ser llamada una droga tempogógica..., ¿correcto? -Plout se sintió transportado por su percepción-. La primera droga tempogógica..., o más bien maltempogógica, para ser precisos. A menos que usted crea en lo que experimenta.

-Tengo que volver a la CPTT -dijo Himmel. Empezó a levantarse.

Plout le hizo sentarse de nuevo y dijo:

-Cincuentas pavos. Estadounidenses.

-¿Q-qué?

-Por una cápsula. Maldita sea, es rara. La primera que haya visto nunca. -Plout permitió una vez más que la cápsula rodara brevemente sobre la mesa-. Odio tener que darlas, pero es una auténtica experiencia; descubriremos el Tao, los cinco. ¿No vale cincuenta dólares estadounidenses descubrir el Tao en medio de esta jodida guerra? Puede que no vuelva a ver usted nunca más la JJ-180; los polis mexs se preparan para interceptar todos los cargamentos procedentes de Argentina o de donde demonios venga. Y es buena.

-¿Es realmente tan distinta de...?

-¡Oh, sí! Escuche, Himmel. ¿Sabe usted lo que estuve a punto de atropellar hace apenas unos instantes? Uno de esos pequeños carritos suyos. Hubiera podido aplastarlo, pero no lo hice. Los veo constantemente; podría aplastar centenares de ellos... Voy a la CPTT cada pocas horas. Le diré algo más: las autoridades de Tijuana están haciéndome preguntas acerca de si sé de dónde proceden esos malditos carritos en miniatura. Yo les digo que no lo sé..., pero ayúdeme, porque si no entramos todos en comunión con el Tao esta noche, mañana yo podría, muy a mi pesar...

-De acuerdo -dijo Himmel con un gruñido-. Le comprará una cápsula. -Buscó su billetera, considerando aquello como una extorsión y no esperando nada, en realidad, a cambio de su dinero. Aquella noche sería un hueco fraude.

Jamás estuvo tan equivocado.

Gino Molinari, supremo líder de la Tierra en su guerra contra los resgs, iba vestido de caqui, como de costumbre, con su única condecoración militar al pecho, su Cruz de Oro de Primera Clase, concedida por la Asamblea General de las Naciones Unidas hacia quince años. Molinari, observó el doctor Eric Sweetscent, necesitaba urgentemente un afeitado; la parte inferior de su rostro estaba recubierta por unas pilosidades oscuras y recias que habían asomado masivamente a la superficie procedentes de las profundidades de su piel. Los cordones de sus zapatos, siguiendo el ejemplo de su bragueta, estaban sueltos.

El aspecto del hombre, pensó Eric, es consternador.

Molinari no alzó la cabeza, y su expresión siguió siendo torpe y desenfocada cuando el grupo de Virgil entró uno a uno en la habitación, le vio, y jadeó su sorpresa. Era, evidentemente, un hombre enfermo y agotado; parecía que la impresión pública general era completamente exacta.

Ante su sorpresa, Eric vio que en la vida real la Mole tenía exactamente el mismo aspecto que cuando aparecía por televisión; no era más alto, ni más robusto, ni más al mando. Parecía imposible pero así era, y, sin embargo, estaba al mando; en todos los sentidos legales había retenido sus parcelas de poder, sin ceder ninguna a nadie..., al menos, no a nadie de la Tierra. Ni, se dio cuenta de pronto Eric, había intentado nunca abandonar, pese a su obviamente deteriorada condición psicofisica. Eso al menos resultaba completamente claro, y el hombre no pretendía ocultarlo con su aspecto absolutamente abandonado, su voluntad de aparecer de esta forma ante una colección de personajes más bien poderosos. La Mole se mostraba tal como era, sin ninguna pose, ninguna postura de militante heroico. O bien había ido demasiado lejos para que le importara, o..., o, pensó Eric, hay en juego algo de demasiada importancia como para que malgaste sus energías en impresionar a la gente, y en especial a aquélla de su propio planeta. La Mole había ido más allá de eso. Para mejor o para peor.

Virgil Ackerman dijo a Eric, en voz baja:

-Usted es médico. Pregúntele si necesita atención médica. -Él también parecía preocupado.

Eric miró a Virgil y pensó: he sido traído hasta aquí por esto. Todo ha sido dispuesto para llegar a esta situación, para que yo me ocupe de Molinari. Todo lo demás, los otros componentes del grupo..., una fachada. Para engañar a los lilistarianos. Ahora lo comprendo; veo de qué se trata y lo que quieren que yo haga. Me doy cuenta de a quién debo curar; éste es el hombre para quien deben existir mis talentos y habilidades a partir de ahora. El deber, así está planteada la situación. Las circunstancias lo exigen: así son las cosas.

Se inclinó y dijo, con tono entrecortado:

-Señor Secretario General... -Su voz tembló. Pero no era el respeto lo que le frenaba, el hombre reclinado en el diván no alentaba ciertamente esa emoción..., sino la ignorancia; simplemente no sabia qué decirle a un hombre que ostentaba un cargo como aquél.-. Soy médico generalista -dijo finalmente, de una forma, se dio cuenta, más bien vacía-, además de cirujano trasplorg, -Hizo una pausa; no hubo ninguna respuesta, visible o audible-. Mientras esté usted en Wash...

Molinari alzó de pronto la cabeza; sus ojos se despejaron. Los enfocó en Eric Sweetscent, y entonces, bruscamente, como con un sobresalto, gruñó con su familiar voz de bajo:

-Al diablo con esto, doctor. Estoy bien. -Sonrió; fue una breve pero innata sonrisa humana, una sonrisa de comprensión hacia los torpes y trabajosos esfuerzos de Eric-. ¡Diviértase! ¡Viva al estilo de 1935! ¿Eso fue durante la prohibición? No, supongo que fue después. Tomaremos una Pepsi-Cola.

-Yo iba a probar una Kool-Aid de frambuesa -dijo Eric, recuperando algo de su aplomo; los latidos de su corazón volvieron a la normalidad.

Molinari dijo jovialmente:

-Vaya constructor que es el viejo Virgil. Tuve oportunidad de echarle un vistazo a todo esto. Debería nacionalizarlo; hay demasiado capital privado invertido aquí, debería emplearse

en el esfuerzo de guerra planetario. -Su tono, medio en broma, era, bajo la capa superficial, completamente serio; resultaba evidente que aquel elaborado artefacto le inquietaba: Molinari, como sabían todos los ciudadanos de la Tierra, vivía una vida ascética, pero extrañamente entrecortada con infrecuentes interludios de indulgencia priápica y sibarítica de los que se hablaba muy poco. De todos modos, se decía que últimamente se libraba cada vez menos a esos excesos.

-Este individuo es el doctor Eric Sweetscent -dijo Virgil-. El maldito mejor cirujano trasplantaórganos de la Tierra, como que sabe usted muy bien por los dossiers personales del cuartel general. En la última década me ha implantado veinticinco..., ¿o son veintiséis?... orgtifs, pero le he pagado bien, por lo que se lleva un buen puñado cada mes. ¡Pero no un puñado tan grande como su siempre amante esposa! -Le sonrió a Eric, adoptando un aire paternal en su descarnado y alargado rostro. Tras una pausa, Eric dijo a Molinari:

-Por eso estoy aguardando el día en que deba trasplantarle a Virgil un nuevo cerebro. -La irritabilidad de su propia voz le sorprendió; probablemente había sido la mención de Kathy lo que la había desencadenado-. Tengo varios preparados. Uno de ellos es un auténtico patoso.

-«Patoso» -murmuró Molinari-. En los últimos meses he perdido el dominio del argot..., demasiado atareado. Demasiados documentos oficiales que preparar; demasiada charla protocolaria. Ésta es una guerra patosa, ¿no es así, doctor? -Sus grandes y oscuros ojos, impregnados de dolor, se fijaron en Eric, y Eric vio algo en ellos en lo que nunca antes se había fijado; vio una intensidad que no era ni normal ni humana. Y era un fenómeno fisiológico, una rapidez de reflejos, debida seguramente a un crecimiento único y superior de los conductos neurales durante la infancia. La mirada de la Mole excedía en su autoridad y astucia, en su poder, a la mirada de cualquier otra persona ordinaria, y en ella Eric vio la diferencia que existía entre todos ellos y la Mole. El conducto primario que unía la mente con la realidad externa, el sentido de la vista, era, en la Mole, mucho más desarrollado que el anticipado por cualquiera que se cruzara en su camino. Y, por encima de todo lo demás, la enormidad de esta capacidad visual poseía el aspecto de la cautela. Del reconocimiento de la inminencia del peligro.

Gracias a esta facultad, la Mole seguía vivo.

Eric se dio cuenta entonces de algo, algo que nunca se le había ocurrido en todos los duros y atroces años de la guerra. La Mole hubiera sido un líder en cualquier época, en cualquier estadio de la sociedad humana. Y... en cualquier lugar.

-Cualquier guerra -dijo Eric, con toda la precaución y tacto de que fue capaz- es una guerra dura y difícil para aquellos que están implicados en ella, secretario, -Hizo una pausa, reflexionó, y luego añadió-: Todos lo comprendemos, señor, cuando nos vemos metidos en ello. Es el riesgo que corre un pueblo, un planeta, cuando entra voluntariamente en un duro y antiguo conflicto que se ha estado desarrollando desde hace largo tiempo entre otros dos pueblos.

Hubo un silencio; Molinari le escrutó en silencio.

-Y los lilistarlanos -dijo Eric- son de nuestra misma raza. Estamos relacionados genéticamente con ellos, ¿no es así?

Frente a esto sólo hubo silencio, un vacío sin palabras que nadie se molestó en llenar. Al fin, como si reflexionara, Molinari se pedorreó ruidosamente.

-Háblele a Eric de sus problemas estomacales -dijo Virgil a Molinari.

-Mis problemas -dijo Molinari, e hizo una mueca.

-La única razón por la que les hemos reunido a ustedes dos... -empezó Virgil.

-Sí -gruñó bruscamente Molinari, asintiendo con su enorme cabeza-. Lo sé. Y todos ustedes lo saben también. Fue exactamente por esto.

-Estoy tan seguro como lo pueda estar de los impuestos y de los sindicatos que el dador Sweetscent puede ayudarle, secretario -prosiguió Virgil-. Los demás nos iremos a esas habitaciones de ahí al lado, para que ustedes dos puedan hablar en privado. -Con desusada

circunspección, se alejó y, uno a otro, el clan consanguíneo y los demás empleados de la firma desfilaron fuera de la estancia, dejando a Eric Sweetscent a solas con el secretario general.

Al cabo de una pausa, Eric dijo:

-Bien, señor; háble me de sus problemas abdominales. -En cualquier caso, un enfermo era un enfermo; se sentó en el sillón ergonómico frente al secretario general de las Naciones Unidas y, adoptando una reflexiva postura profesional, aguardó.

4

Aquella noche, mientras Bruce Himmel subía pesadamente la destartalada escalera de madera que conducía al apartamento de Chris Plout en el deprimente sector mexicano de Tijuana, una voz femenina dijo desde la oscuridad a sus espaldas:

-Hola, Brucie. Parece como si toda la CPTT en pleno estuviera aquí esta noche; Simon Ild ha venido también.

La mujer se reunió con él en lo alto de las escaleras. Era la sexy Katherine Sweetscent, con su afilada lengua; se la había encontrado un cierto número de veces antes en las reuniones organizadas por Plout, de modo que no le sorprendió verla ahora. La señora Sweetscent llevaba una versión ligeramente modificada del vestido que solía llevar en el trabajo; eso tampoco le sorprendió. Para la misteriosa asamblea de aquella noche, Kathy había venido desnuda de cintura para arriba, excepto por supuesto los pezones. Éstos habían sido, no pintados en el sentido estricto del término, sino más bien recubiertos con una materia viva, sintiente, una forma de vida marciana, de modo que cada uno poseía una conciencia. De este modo, cada pezón respondía alerta a todo lo que ocurría a su alrededor.

El efecto que produjo sobre Himmel fue inmenso.

Detrás de Kathy Sweetscent subía Simon Ild; a la escasa luz, su rostro sensiblero, rollizo y no educado mostraba una expresión vacua. Era una persona de la que Himmel hubiera pasado perfectamente; por desgracia, le recordaba demasiado a un mal simulacro de sí mismo. Y para él no había nada más insoportable que eso.

La cuarta persona reunida allí en la habitación de techo bajo, sin calefacción, del atestado apartamento con olor a comida rancia de Chris Plout, era un individuo que Himmel reconoció de inmediato..., reconoció y se quedó mirando, porque era un hombre al que conocía de haber visto sus fotos en la parte de atrás de las sobrecubiertas de los libros. Pálido, con gafas, cuidadosamente peinado, vistiendo un caro y distinguido traje de tela importada de lo y con el aspecto de estar un tanto incómodo, tenía de pie ante él a la autoridad taoísta de San Francisco, Marm Hastings, un hombre delgado pero extremadamente atractivo, mediados los cuarenta y, como Himmel sabía perfectamente, muy bien considerado por sus libros sobre el tema del misticismo oriental. ¿Por qué estaba Hastings allí? Obviamente para probar la JJ-180; Hastings tenla reputación de ensayar al menos una experiencia con toda nueva droga alucinógena que aparecía, legal o no. Para Hastings, aquello estaba relacionado con la religión.

Pero por todo lo que Himmel sabía, Marm Hastings nunca se había dejado ver allí en Tijuana en el apartamento de Chris Plout. ¿Qué indicaba esto respecto a la JJ-180? Meditó sobre ello mientras se retiraba a un rincón, observando lo que ocurría a su alrededor. Hastings estaba ocupado examinando la biblioteca de Plout sobre drogas y religión; no parecía interesado en los demás presentes, casi como si sintiera desdén hacia su misma existencia. Simon Ild, como de costumbre, se había acurrucado en el suelo, sobre un almohadón, y había prendido un retorcido y amarronado cigarrillo de marijuana; lanzaba vacuas bocanadas, aguardando la aparición de Chris. Y Kathy Sweetscent..., estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, masajeándose pensativamente las pantorrillas, como si estuviera preparándose para volar, situando su esbelto y musculoso cuerpo en estado de alerta. Acuciándolo, decidió, con deliberados esfuerzos casi de yoga.

Aquella demostración física lo alteró; apartó la mirada. No estaba en sintonía con el énfasis espiritual del acontecimiento. Pero nadie podía decirle nada a la señora Sweetscent; era casi autista.

Luego Chris Plout, con una bata roja y descalzo, entró procedente de la cocina; escrutó la habitación a través de sus gafas oscuras para ver si ya era hora de empezar.

-Marm -dijo-, Kathy, Bruce, Simon, y yo, Christian; estamos los cinco. Una aventura hacia lo inexplorado a través de una nueva sustancia que acaba de llegar de Tampico a bordo de un barco platanero... Aquí la tengo. -Extendió su palma abierta; en ella estaban las cinco cápsulas-. Una para cada uno de nosotros..., Himmel, Bruce, Simon, Marm y yo, Christian; nuestro primer viaje mental juntos. ¿Regresaremos todos? ¿Y seremos trasladados, como dice Bottom?

Himmel pensó: como Peter Quince le dice a Bottom, en realidad.

En voz alta dijo:

-Bottom, has sido trasladado.

-Querrá decir traducido -murmuró alguien.

-¿Perdón? -dijo Chris Plout, frunciendo el ceño.

-Estoy citando -explicó Himmel.

-Oh, vemos, Chris -dijo malhumoradamente Kathy Sweetscent-. Vayamos al asunto y empecemos. -Arrebató, con éxito, una de las cápsulas de la palma de Chis-. Yo ya tengo la mía -dijo-. Ahí va. Y sin agua.

-Me pregunto, ¿es lo mismo sin agua? -dijo, suavemente Marm Hastings, con su acento casi inglés. Sin mover ni un músculo de sus ojos, consiguió examinar detenidamente a la mujer de la cabeza a los pies; su cuerpo reflejó una severa censura. Himmel se sintió ultrajado; la finalidad de todo aquel asunto, ¿no era elevarles a todos por encima de la carne?

-Es lo mismo -le informó Kathy-. Todo es lo mismo, cuando penetras a través de la realidad absoluta; todo es una enorme imprecisión. -Tragó, tosió. La cápsula había desaparecido.

Himmel tendió la mano y tomó la suya. Los demás le imitaron.

-Si la policía de la Mole nos sorprende -dijo Simon, a nadie en particular-, nos veremos todos en el ejército, sirviendo en primera línea del frente.

-O trabajando en un campo dé trabajo en Lilistar -añadió Himmel. Todos estaban tensos, aguardando a que la droga hiciera efecto; siempre ocurría así, esos cortos segundos antes del despegue-. Por el buen viejo Freneksy, tal como es traducido al inglés. Bottom, tú eres traducido como Freneksy-. Rió nerviosamente. Katherine Sweetscent le miró con ojos intensamente fijos.

-Señorita -dijo Marm Hastings a la mujer, con voz imperturbada-. Me pregunto si no nos hemos conocido antes; me parece usted familiar. ¿Pasa usted mucho tiempo en el área de la Bahía? Tengo un estudio y una casa diseñada por un arquitecto en las colinas de West Marin, cerca del océano..., allí celebramos a menudo seminarios; la gente viene y va libremente. Pero yo la recuerdo. Oh, si.

-Mi condenado esposo..., nunca me dejaría -dijo KatheriIte Sweetscent-. Gano lo suficiente para mí misma, soy más que independiente a nivel económico..., y, sin embargo, tengo que soportar los chillidos y espantosos ruidos que hace siempre que intento algo original por mí misma. Trato con antigüedades -añadió-, pero las cosas viejas terminan por aburrir; me encantaría...

Marm Hastings interrumpió, dirigiéndose a Chris Plout: -¿De dónde proviene esta JJ-180, Plout? Dijo usted Alemania, creo. Pero vea, tengo un cierto número de contactos en institutos farmacéuticos, tanto públicos como privados, en Alemania, y ninguno de ellos me ha mencionado nunca nada llamado JJ-180. -Sonrió, pero era una sonrisa astuta, que exigía una respuesta. Chris se encogió de hombros.

-Eso es lo que me dijeron cuando me la pasaron, Hastings. Tómelo o déjelo. -No estaba preocupado; sabía, coma todos los demás, que baja aquellas circunstancias no podía exigírsele ningún certificado de origen.

-Entonces no se trata realmente de Alemania -dijo Hastings, con un leve asentimiento-. Entiendo. ¿Es posible que esta JJ-180, o frohedadrina como la llaman también... proceda completamente de fuera de la Tierra?

Tras una pausa, Chris dijo:

-No lo sé, Hastings. No lo sé.

Dirigiéndose a todos, Hastings dijo, con su educada y severa voz:

-Han habido casos de drogas no terrestres ilegales antes. Ninguna de ellas de mucha importancia. Principalmente derivadas de la flora marciana, y ocasionalmente de los líquenes ganimedianos. Supongo que ustedes habrán oído hablar de ellos; todos parecen informados sobre el tema, como debería ser. O al menos... -Su sonrisa se hizo más amplia, pero sus ojos, tras sus gafas sin montura, eran fríos como los de un pez-. Al menos parecen satisfechos respecto al pedigree de esta JJ-180 por la que han pagado a este hombre cincuenta dólares estadounidenses.

-Estoy satisfecho -dijo Simon Ild a su estúpida manera-. De todos modos, ya es demasiado tarde; le hemos pagado a Chris, y todos hemos tomado las cápsulas.

-Cierto -admitió razonablemente Hastings. Se sentó en uno de los desvencijados sillones de Chris-. ¿Alguien nota ya algún cambio? Por favor, díganlo apenas lo observen. -Miró a Katherine Sweetscent-. ¿Sus pezones parecen como si me estuvieran mirando, o es sólo mi imaginación? En cualquier caso, me hacen sentir decididamente incómodo.

-De hecho -dijo Chris Plout con voz tensa-, creo que yo siento algo, Hastings. -Se pasó la lengua por los labios, intentando humedecerlos-. Disculpe. Yo..., para ser franco, estoy solo aquí. Ninguno de ustedes está conmigo.

Marm Hastings lo estudió.

-Sí -prosiguió Chris-. Estoy solo en mi apartamento. Ninguno de ustedes existe siquiera. Pero los libros y los muebles, todo lo demás, sí existe. Entonces, ¿con quién estoy hablando? ¿Alguien me responde? -Miró a su alrededor, y resultaba evidente que no podía ver a ninguno de ellos; su mirada pasó de largo sobre todos.

-Mis pezones no le miran ni a usted ni a nadie -dijo Kathy Sweetscent a Hastings.

-No puedo oírles -dijo Chris, presa de un repentino pánico-. ¡Respondan!

-Estamos aquí -dijo Simon Ild, y soltó una risita.

-Por favor -dijo Chris, y ahora su voz era suplicante-. Digan algo: no hay más que sombras. No... no hay vida. Sólo veo cosas muertas. Y esto apenas está empezando..., tengo miedo de lo que va a pasar a continuación; de lo que ya está pasando.

Marm Hastings apoyó una mano en el hombro de Chris Plout. La mano pasó a través de Plout.

-Bien, creo que los cincuenta dólares han valido la pena -dijo Kathy Sweetscent en voz muy baja, desprovista de ironía. Se dirigió hacia Chris, acercándosele más y más.

-No lo intente -dijo Hastings con tono suave.

-Lo haré -dijo ella. Y caminó a través de Chris Plout. Pero no reapareció al otro lado. Se había desvanecida; sólo quedaba Plout, suplicando aún que alguien le contestara, agitando las manos en el aire en busca de compañeros que ya no podía percibir.

Aislamiento, pensó para sí mismo Bruce Himmel. Cada uno de nosotros se ha visto desgajado de todos los demás. Terrible. Pero..., no durará mucho. ¿No durará?

Por el momento no lo sabía. Y, para él, nada había empezado todavía.

-Esas molestias -murmuró el secretario general de las Naciones Unidas Gino Molinari, tendido de espaldas en el amplio diván rojo de fabricación artesana en la sala de estar del apartamento de Virgil Ackerman en Wash-35- se hacen generalmente más intensas por la noche. -Había cerrado los ojos; su ancho y carnoso rostro colgaba fláccido, las cerdosas mejillas se agitaban mientras hablaba-. Me han examinado; el doctor Teagarden es mi médico

de cabecera principal. Me han hecho infinitas pruebas, con una atención particular hacia las enfermedades malignas.

El hombre está hablando como un papagayo, pensó Eric; ésta no es su forma natural de hablar. Su preocupación ha arraigado en su mente; ha pasado por este ritual un millar de veces, con multitud de médicos. Y..., sigue sufriendo.

-No hay ninguna enfermedad maligna -prosiguió Molinari-. Eso parece haber quedado establecido definitivamente. -Eric se dio cuenta de pronto de que sus palabras constituían una sátira de la pomposa dicción médica. La Mole sentía una inmensa hostilidad hacia los médicos, puesto que habían fracasado en ayudarle-. Generalmente, el diagnóstico es gastritis aguda. O espasmos en la válvula del píloro. O incluso un histérico revivir de los dolores de parto que mi esposa experimentó hace tres años. -Terminó, casi para sí mismo-: Poco antes de morir.

-¿Qué me dice de su dieta? -preguntó Eric.

La Mole abrió cansadamente los ojos.

-Mi dieta. No como, doctor. Absolutamente nada. Me sostiene el aire; ¿no ha leído usted eso en los homeoperiódicos? No necesito comida como todos ustedes, simples schulps. Yo soy diferente. -Su tono era urgentemente, agudamente amargo.

-¿Y eso interfiere con sus deberes? -preguntó Eric.

La Mole le miró de forma escrutadora.

-¿Cree usted que es algo psicosomático, esa pseudociencia pasada de moda que intentaba hacer a la gente moralmente responsable de sus dolencias? -Escupió, furioso. Su rostro se crispó, y su piel ya no era fláccida..., estaba tensa, como hinchada por dentro-. ¿Para poder escapar así de mis responsabilidades? Escuche, doctor; sigo teniendo mis responsabilidades... y el dolor. ¿Puede llamarse a eso una compensación neuropsicológica secundaria?

-No -admitió Eric-. Pero, de todos modos, no estoy calificado para la medicina psicosomática; tendría que acudir usted a...

-Los he visto a todos -dijo la Mole. De pronto se puso en pie, se tambaleó ligeramente, miró a Eric-. Dígale a Virgil que vuelva aquí; no sirve de nada que malgaste usted su tiempo interrogándome. Y de todos modos, no quiero ser interroga. No quiero saber nada de ello. -Se dirigió con paso incierto hacia la puerta, tirando hacia arriba de sus colgantes pantalones caqui mientras lo hacía.

-Secretario -dijo Eric-, supongo que sabe usted que puede hacer que le extirpen el estómago. En cualquier momento. Y que implanten en su lugar un orgtif. La operación es sencilla y casi siempre da resultado. Sin examinar más a fondo su caso no debería decirle esto, pero es probable que usted tenga que hacerse reemplazar el estómago uno de esos días. Con riesgo o sin riesgo. -Estaba seguro de que Molinari sobreviviría; el miedo del hombre era palpablemente fóbico.

-No -dijo Molinari en voz muy baja-. No lo haré; la elección es mía. Prefiero morir.

Eric le miró fijamente.

-Por supuesto -dijo Molinari-. Aunque sea el secretario general de las Naciones Unidas. ¿No se le ha ocurrido pensar que puedo desear morir, que estos dolores, el desarrollo de esta enfermedad física o psicosomática, puede ser para mí una forma de salirme de todo esto? No quiero seguir. Quizá. ¿Quién sabe? ¿Qué le importa, además, a nadie? Pero al infierno con elle. -Abrió bruscamente la puerta-. ¡Virgil! -tronó con una voz sorprendentemente viril-. Por el amor de Dios, entre y empecemos la fiesta. ¿Sabía usted que se supone que esto era una fiesta? -A Eric, por encima del hombro-. Apuesto a que el viejo le dijo que se trataba de una conferencia seria para resolver los problemas militares, políticos y económicos de la Tierra. En media hora. -Sonrió, mostrando sus grandes y blancos dientes.

-Francamente -dijo Eric-, me alegra oír que se trata de una fiesta. -La sesión con Molinari había sido tan difícil para él como lo había sido para el secretario. Y, sin embargo..., tenía la Intuición de que Viro Ackerman no iba a dejar que la cosa terminara ahí. Virgil

deseaba que se hiciera algo por la Mole; deseaba ver que los problemas del hombre terminaran, por una buena y práctica razón.

El derrumbamiento de Gino Molinari significaría el fin del Control de Virgil sobre la CPTT. El manejo directo de los recuraos económicos de la Tierra era sin duda el objetivo prioritario de los representantes de Freneksy; probablemente tenían establecida ya su agenda con todo detalle.

Virgil Ackerman era un avezado hombre de negocios.

-¿Cuánto le paga el viejo carcamal? -preguntó de pronto Molinari.

-M-muy bien -dijo Eric, cogido por sorpresa.

Molinari le miró fijamente, dijo:

-Me habló mucho de usted. Antes de esta reunión. Me hizo un panegírico de lo bueno que es. De que gracias a usted él aún sigue vivo mucho tiempo después de que le hubiera correspondido morir, y todo eso. -Ambos sonrieron-. ¿Qué quiere usted beber, doctor? A mí me gusta todo. Y me gustan las costillas asadas, y la comida mexicana, y las chuletas de cerdo, y las gambas a la plancha untadas con salsa de rábanos y mostaza... Trato bien mi estómago.

-Bourbon -dijo Eric.

Un hombre entró en la habitación, miró a Eric. Tenía una expresión gris y hosca, y Eric se dio cuenta de que era uno de los hombres del servicio secreto de la Mole.

-Éste es Toro Johannson -explicó la Mole a Eric-. Él me mantiene vivo; es mi doctor Eric Sweetscent. Pero lo hace con su pistola. Muéstrale al doc tu pistola, Tom; muéstrale cómo puedes acertarle a cualquiera, en el momento que desees, a la distancia que desees. Aciértale a Virgil cuando cruce la puerta, directamente en su deteriorado corazón; luego el doc podrá meterle un flamante corazón nuevo en su lugar. ¿Cuánto tiempo toma la operación, doc? ¿Diez, quince minutos? -La Mole lanzó una estrepitosa carcajada. Luego hizo una seña perentoria a Johannson-. Cierra la puerta.

El guardaespaldas hizo lo indicado; la Mole miró cara a cara a Eric Sweetscent.

-Escuche, doctor. Esto es lo que quiero preguntarle. Supongamos que me somete usted a operación trasplorg, retirando mi viejo estómago y poniendo otro completamente nuevo, y algo va mal. No dolerá, ¿verdad? Porque yo estaré anestesiado. ¿Puede hacer eso? -Escrutó el rostro de Eric-. Me comprende, ¿verdad? Sé que sí. -Tras ellos, junto a la puerta cerrada, el guardaespaldas permanecía de pie impasible, manteniendo fuera a todos los demás, impidiendo que pudieran oír. Aquello era sólo para Eric. Una confidencia total.

-¿Por qué? -preguntó Eric al cabo de un tiempo-. ¿Por qué no usar simplemente la infalible pistola de Johannson? Si es eso lo que usted quiere...

-En realidad no sé por qué -dijo la Mole-. No hay ninguna razón en particular. La muerte de mi esposa, quizá. Llámelo las responsabilidades que pesan sobre mí..., y que no consigo asumir como debería, al menos según muchos. Yo no estoy de acuerdo; creo que lo hago bien. Pero ellos no comprenden todos los factores de la situación. -Y, finalmente, admitió-: Y estoy cansado.

-Bien..., puede hacerse -murmuró Eric, pensativo.

-¿Y usted podría hacerlo? -Los ojos del hombre llamearon, ardientes y fijos en él. Evaluándole con el transcurso de cada segundo.

-Sí, podría hacerlo. -Él, personalmente, mantenía un punto de vista algo anticuado respecto al suicidio. Pese a su código, la infraestructura ética de la medicina, creía (y eso se basaba en algunas experiencias muy reales de su propia vida) que si un hombre deseaba morir tenía derecho a hacerlo. No poseía ninguna racionalización elaborada para justificar esta creencia; ni siquiera había intentado construir una. La proposición, para él, parecía evidente en sí misma. No había ningún cuerpo de pruebas que demostrara que la vida fuera en sí misma una panacea. Quizá lo fuera para algunas personas; evidentemente, no lo era para muchas otras. Para Gino Molinari era una pesadilla. El hombre estaba enfermo, se sentía culpable, abrumado por una enorme y realmente desesperada tarea: ni siquiera tenía la

confianza de su propia gente, la población de la Tierra, y no gozaba del respeto o la confianza o la admiración de la gente de Lilistar. Y luego, por encima y más allá de todo eso, estaban las consideraciones personales, los acontecimientos de su propia vida, empezando con la repentina e inesperada muerte de su esposa y terminando con los trastornos de su estómago. Y, además, se dio dienta Eric con una repentina comprensión, debían existir muchas más cosas. Factores conocidos solamente por la Mole. Factores decisivos que no tenía intención de revelar.

-¿Haría usted algo así? -preguntó Molinari. Tras una larga, larga pausa, Eric dijo:

-Sí, lo haría. Sería un acuerdo entre nosotros dos. Usted pídalo, y yo lo haré, y todo terminará ahí. Será un asunto privado.

-Sí -asintió la Mole, y en su rostro se reflejó el alivio; pareció relajarse un tanto, experimentar una cierta paz-. Ahora puedo ver por qué Virgil le recomendó.

-Yo mismo estuve a punto de hacerlo conmigo -dijo Eric-. No hace mucho.

La Mole volvió bruscamente la cabeza, miró a Eric Sweetscent tan intensamente que pareció como si penetrara en su yo físico y sondeara lo que había en la parte más profunda y silenciosa de él.

-¿De veras? -dijo al cabo de un momento.

-Sí -asintió. Así que puedo entender, pensó para sí mismo, puedo simpatizar con usted incluso sin conocer las razones exactas.

-Pero yo -dijo la Mole- quiero saber las razones.

-Fue algo tan próximo a la lectura telepática de su mente que Eric se sintió asombrado; fue incapaz de apartar la vista de aquellos penetrantes ojos y se dio cuenta, entonces, de que no había ningún talento parapsicológico en la Mole: había sido algo más rápido y más fuerte que eso.

La Mole tendió su mano; en un reflejo, Eric la aceptó. Y, cuando hubiera debido soltarla, descubrió que la presión del otro seguía; la Mole no le liberó, sino que aumentó la presión, hasta que el dolor ascendió por el brazo de Eric. La Mole estaba intentando verle mejor, intentando, como había hecho Phyllis Ackerman no hacía mucho, descubrir todo lo que pudiera sobre él. Pero de la mente de la Mole no brotó ninguna teoría insustancial; la Mole insistía en la verdad, y articulada por el propio Eric Sweetscent. Tenía que decirle a la Mole lo que había ocurrido; no había otra elección.

De hecho, en su caso había sido un asunto de escasa importancia. Algo que si lo contaba -y de hecho nunca había sido tan estúpido como para contárselo a nadie, ni siquiera a su hurgacerebros profesional- hubiera sonado absurdo, le hubiera hecho aparecer, y con toda razón, como un idiota. O, peor aún, como un desquiciado.

Había sido un incidente entre él y...

-Su esposa -dijo la Mole, mirándole fijamente, sin apartar ni un instante sus ojos de él. Y siguió aferrando su mano.

-Si -asintió Eric-. Con referencia a mis cintas Ampex..., del gran actor de mediados del siglo XX Jonathan Winters.

El pretexto para su primera invitación a Kathy Lingrom había sido precisamente su fabulosa colección. Ella había expresado su deseo de verla, de dejarse caer algún día por su apartamento -si era invitada- para ver algunas escenas seleccionadas.

-Y ella leyó algo psicológico en el hecho de que tuviera usted esas cintas -dijo la Mole-. Algo «significativo» acerca de usted.

-Sí -asintió sombríamente Eric.

Kathy, sentada una noche en su sala de estar, tendida perezosamente como un gato sobre unos almohadones, sus pechos desnudos débilmente verdes a causa de la luz que emanaba del ligero barniz que les habla aplicado (a la última moda), contemplando fijamente la pantalla y; por supuesto, riendo -¿quién podría no hacerlo?-, había dicho:

-¿Sabes?, lo mejor que tenía Winters era su talento para interpretar los papeles más diversos. Y, una vez en un papel, se sumergía en él hasta lo más profundo; parecía como si creyera en su realidad.

-¿Es eso malo? -había preguntado Eric.

-No. Pero me dice por qué tú gravitas hacia Winters. -Kathy había hecho girar entre sus dedos el helado vaso de su bebida, y sus pestañas habían descendido pensativamente-. Es esa cualidad residual en él que nunca acababa de quedar sumergida por su papel. Quiere decir que te resistes a la vida, al papel que interpretas en ella..., siendo un cirujano trasplorg, supongo. Alguna parte infantil, inconsciente, en ti, no quiere integrarse en la sociedad humana.

-Bien, ¿es eso malo? -había intentado preguntar burlonamente, deseando, incluso entonces, volver aquella difícil conversación pseudopsiquiátrica hacia áreas más agradables..., áreas claramente definidas en su mente, mientras contemplaba sus puros, desnudos, pálidos pechos verdes parpadeando con su propia luminosidad.

-Es engañoso -había dicho Kathy.

Entonces, oyendo aquello, algo dentro de él había gruñido, y algo dentro de él gruñó ahora. La Mole pareció oírlo, tomar nota.

-Estás engañando a la gente -había dicho Kathy-. A mí, ejemplo. -En aquel punto, afortunadamente, ella había cambiado de tema. Se había sentido agradecido por ello. Y sin embargo..., ¿por qué le preocupaba tanto?

Más tarde, cuando ya se habían casado, Kathy le había pedido seriamente que guardara su colección de cintas en su estudio y no fuera, en la porción compartida del apartamento. La colección, le había dicho, hacía que se sintiera vagamente vejada. Pero no sabía por qué..., o al menos no lo había dicho. Y cuando por las noches él sentía la antigua ansia de visionar una escena o una cinta, Kathy se quejaba.

-¿Por qué? -preguntó la Mole.

No lo sabía; no lo había sabido entonces, y seguía sin comprenderlo ahora. Pero había sido un aviso ominoso; había visto su aversión, aunque se le escapara su importancia, y su incapacidad de captar el significado de lo que estaba ocurriendo en su vida matrimonial le hacía sentir profundamente intranquilo. Mientras tanto, a través de la intercesión de Kathy, había sido contratado por Virgil Ackerman. Su esposa había hecho posible que su vida diera un notable salto en la jerarquía ecosoc -económica y social-. Y, por supuesto, sentía gratitud hacia ella; ¿cómo no? Su ambición básica se había visto cumplida.

Los medios a través de los que se había visto cumplida no le sorprendían como algo abrumadoramente importante: muchas esposas ayudaban a sus maridos a trepar por los altos peldaños de sus carreras. Y viceversa. Y sin embargo...

Aquello inquietaba a Kathy, pese a que había sido idea suya.

-¿Ella le proporcionó su trabajo aquí? -preguntó la Mole, frunciendo el ceño-. ¿Y después de eso se puso contra usted por ello? Creo que empiezo a ver muy claramente el cuadro. -Se dio unos golpecitos en uno de sus dientes delanteros, el ceño fruncido, el rostro hosco.

-Una noche, en la cama... -De detuvo, sintiendo dificultad en seguir hablando. Aquello había sido algo demasiado íntimo. Y terriblemente demasiado desagradable.

-Quiero saber el resto -dijo la Mole. Eric se encogió de hombros.

-Bien..., dijo algo acerca de estar «cansada de la hipocresía en la que estamos viviendo». La «hipocresía», por supuesto, se refería a mi trabajo.

Tendidos en la cama, desnudos, el suave pelo de ella enroscado en torno a sus hombros -por aquellos días lo llevaba muy largo-, Kathy había dicho:

-Te casaste conmigo para conseguir tu trabajo. No te esfuerzas en conseguir por ti mismo lo que deseas; un hombre debería abrirse su propio camino. -Sus ojos se habían llenado de lágrimas, y había hundido el rostro en la almohada para llorar..., o al menos para fingirlo.

-¿«Esforzarme»? -había dicho él, desconcertado. La Mole interrumpió:

-Elevarse por encima de los demás. Conseguir un trabajo mejor. Eso es lo que quieren dar a entender cuando dicen esto.

-Pero a mí me gusta mi trabajo -había respondido él.

-Así que te conformas -había dicho Kathy, con voz sorda y amargada- con parecer tener éxito. Cuando realmente no es así. -Y luego, con voz desdeñosa, había añadido-: Y en la cama eres horrible.

Él se había puesto en pie y se había dirigido a la sala de estar de su apartamento, y se había sentado a solas allí durante un rato, y luego, instintivamente, había ido a su estudio y había puesto una de sus más atesoradas cintas de Johnny Winters en el proyector. Durante un rato había permanecido miserablemente sentado en el estudio, contemplando a Johnny ponerse un sombrero después de otro y convertirse en una persona distinta debajo de cada uno de ellos. Y entonces...

Kathy había aparecido en la puerta, esbelta y desnuda, con el rostro contorsionado.

-¿La has encontrado ya?

-¿Encontrado qué? -Había desconectado el proyector.

-La cinta que destruí -había dicho ella.

Se la había quedado mirando, incapaz de comprender lo que acababa de decir.

-Hace unos días -su tono, desafiante, le había golpeado como un puño-, estaba sola aquí en el apartamento; me sentía deprimida, tú estabas atareado implantándole no sé qué a Virgil, y puse una cinta; la puse bien; seguí todas las instrucciones. Pero algo fue mal. La borré.

La Mole gruñó sombríamente.

Se supone que usted debía decir aquí: «No importa». Él lo sabía; lo había sabido entonces, lo sabía ahora. Pero, con voz estrangulada, había dicho:

-¿Qué cinta? -No lo recuerdo. Su voz se había alzado, fuera de control.

-¡Maldita sea!, ¿qué cinta? -Había corrido hacia la estantería donde estaban todas las cintas; tomado el primer estuche, sacado la cinta de un tirón, metido en el proyector.

-Lo sabía -había dicho Kathy en voz muy baja y débil, mientras le miraba con tembloroso desdén-. Sabía que tus... cintas significan más para ti de lo que yo pueda significar nunca.

-¡Dime qué cinta! -había suplicado él-. Por favor.

-No, ella no se lo dijo -murmuró pensativamente la Mole-. Ahí residía la base de todo el asunto. Iba a tener que pasarlas usted todas antes de poder descubrir cuál era. Un par de días pasando cintas. Un trabajo terrible.

-No -había dicho Kathy con una voz baja, amarga, casi frágil. Ahora su rostro reflejaba odio hacia él-. Me alegra haberlo hecho. ¿Sabes qué voy a hacer ahora? Voy a destruirlas todas. Él se la había quedado mirando. Torpemente.

-Te lo mereces -había dicho Kathy-, por encerrarte en ti mismo y no darme todo tu amor. Aquí es donde perteneces realmente, a este rincón, temblando como un animal presa del pánico. ¡Mírate! Tienes un aspecto despreciable..., temblando, a punto de echarte a llorar. Porque alguien estropeó una de tus, INCREÍBLEMENTE importantes cintas.

-Pero -había dicho él-, son mi único hobby. El hobby de toda mi vida.

-Como un niño masturbándose -había dicho Kathy.

-Esas cintas..., son irreemplazables. Sólo tengo copias de algunas de ellas. La del show de Jack Paar...

-¿Y? ¿Sabes algo, Eric? ¿Quieres que te diga por qué te gusta realmente observar a otros hombres en las cintas?

La Mole gruñó; su rostro denso, pesado, de mediana edad, se crispó mientras escuchaba.

-Porque -había dicho Kathy- eres un marica.

-Uf -murmuró la Mole, y parpadeó.

-Eres un homosexual reprimido. Sinceramente, dudo que te des cuenta de ello a un nivel consciente, pero ahí está. Mírame; mira. Aquí estoy; una mujer perfectamente atractiva, disponible para ti en cualquier momento que me desees.

-Y gratis -dijo la Mole en un aparte, haciendo una mueca. -Y, sin embargo, te encierras aquí con estas cintas y no en el dormitorio jodiendo conmigo. Espero..., Eric, espero por Dios haber estropeado esa cinta... -Entonces se había apartado de la puerta-. Buenas noches. Y que te diviertas contigo mismo. -Su voz, increíblemente, se había vuelto controlada, incluso plácida. Desde su posición agachada junto a la estantería, él había saltado sobre Kathy. La había alcanzado mientras ella se alejaba por el pasillo, de espaldas a él, esbelta y blanca y desnuda. La había aferrado, fuertemente, clavando profundamente los dedos en su brazo. La había obligado a dar la vuelta. Parpadeando, sobresaltada, ella le había mirado.

-Voy a... -había dicho él, y su voz se había quebrado. Voy a matarte, había empezado a decir. Pero; en las no agitadas profundidades de su mente, durmiendo bajo el frenesí de su histeria, una fría y racional fracción de su yo estaba empezando a susurrarle con una helada voz: no lo digas. Porque si lo haces, entonces ella te tendrá. Ella nunca olvidará. Te hará sufrir durante tanto tiempo como vivas. Se trata de una mujer a la que nadie puede herir porque conoce las técnicas; sabe cómo devolver la herida. Multiplicada por mil. Sí, ésta es su sabiduría, saber cómo hacerlo. Por encima de todas las demás cosas.

-Suél-ta-me. -Sus ojos habían llameado. Él la había soltado.

Tras una pausa, mientras se frotaba el brazo, Kathy había dicho:

-Quiero esta colección de cintas fuera de este apartamento mañana por la noche. De otro modo hemos terminado, Eric.

-De acuerdo -había dicho él, asintiendo con la cabeza.

-Y luego -había proseguido Kathy- te diré todo lo demás que quiero. Quiero que empieces a buscar un trabajo mejor pagado. En otra compañía. Así no tropezará contigo cada vez que me doy la vuelta. Y luego..., veremos. Posiblemente podamos seguir juntos. Sobre unas nuevas bases, más justas para mí. Unas bases que consigan que intentes prestar un poco de atención a mis necesidades, además de a las tuyas. -Sorprendentemente, su voz había sonado perfectamente racional y controlada. Notable.

-¿Se desembarazó usted de las cintas? -preguntó la Mole. Eric asintió.

-Y pasó los siguientes años dirigiendo sus esfuerzos a controlar su odio hacia su mujer.

Eric asintió de nuevo.

-Y el odio hacia ella -dijo la Mole- se convirtió en odio hacia sí mismo. Porque no podía soportar el tenerle miedo a una pequeña mujer. Pero una persona muy poderosa..., observe que he dicho «persona», no «mujer».

-Esos golpes bajos -murmuró Eric-. Como borrar mi cinta...

-El golpe bajo -interrumpió la Mole- no fue que ella borrara su cinta. Fue su negativa a decirle cuál era la cinta que había borrado. Y el que dejara tan claro que había gozado con la situación. Si ella se hubiera mostrado apenada..., pero una mujer, una persona, así, nunca se muestra apenada por nada. Nunca. -Guardó silencio durante un rato-. Y usted no puede abandonarla.

-Estamos unidos -dijo Eric-. El daño ya está hecho. -El dolor mutuamente infligido aquella noche, sin que nadie pudiera intervenir, oír lo que ocurría y acudir en su ayuda. Ayuda, pensó Eric. Ambos necesitamos ayuda. Porque esto seguirá, se irá haciendo cada vez peor, nos corroerá más y más hasta que al final, compasivamente... Pero eso podía tomar décadas.

De modo que Eric podía comprender el anhelo de morir de Gimo Molinari. Él, como la Mole, podía verlo como una liberación, la única liberación existente en la que podía confiar..., ola única que parecía existir, dados los esquemas de ignorancia y hábitos y la estupidez de los participantes. Dada la ecuación atemporal humana.

De hecho, sentía que un lazo considerable le unía a Molinari.

-Uno de nosotros -dijo la Mole, perspicaz- sufre de una forma insoportable a nivel íntimo, oculto del público, diminuto y no importante. El otro sufre a la gran manera romana, como un dios agonizante atravesado por una lanza. Extraños. Completamente opuestos. El microscosmos y el macrocosmos.

Eric asintió.

-De todos modos -dijo la Mole, soltando la mano de Eric y dándole una palmada en el hombro-, estoy haciendo que se sienta usted mal. Disculpe, doctor Sweetscent; dejemos ese tema. -Se volvió hacia su guardaespaldas-. Puedes abrir la puerta. Ya hemos terminado.

-Espere -dijo Eric. Pero entonces se dio cuenta de que no sabía cómo seguir, cómo decirlo.

La Mole lo hizo por él.

-¿Le gustaría pasar a formar parte de mi equipo? -dijo bruscamente Molinari, rompiendo el silencio-. Puede arreglarse; técnicamente, sería usted movilizado. -Hizo una pausa y luego añadió-: Por supuesto, puede dar por sentado que pasaría a ser mi médico personal.

Intentando que sonara casual, Eric dijo:

-Estoy interesado.

-Naturalmente, no sería una cosa duradera. Sería solamente un principio. Un modo de iniciar la separación de nosotros dos.

-Por supuesto -asintió. Muy cierto. Y muy atractivo, cuando lo enfocaba de este modo. Pero la ironía consistía precisamente en que eso era hacia lo que Kathy lo había estado empujando durante todos aquellos años-. Tendré que hablar de ello con mi esposa -empezó, y luego enrojeció-. Y con Virgil también -murmuró-. Él tendrá que dar su aprobación.

La Mole le miró con pensativa severidad y dijo, con una voz lenta y sombría:

-Hay un inconveniente. No verá mucho a Kathy, es cierto. Pero estando conmigo va a ver mucho a nuestros... -Hizo una mueca-. Nuestros aliados. ¿Cree que va a gustarle verse rodeado de lilistarianos? Puede que empiece a experimentar también algunos espasmos en las tripas en plena noche..., y quizá peor, otros... desórdenes psicosomáticos, algunos de los cuales no podrá anticipar, pese a su profesión.

-Las noches ya son bastante malas para mí ahora -dijo Eric-. De esta forma puede que tenga alguna compañía.

-¿Yo? -dijo Molinari-. Yo no soy compañía, Sweetscent, ni para usted ni para nadie. Por la noche es como si me desollaran vivo. Me retiro a las diez y normalmente me meto en la cama a las once; yo... -Se interrumpió, pensativo-. No, la noche no es lo mejor del día para mí; en absoluto.

Podía verse claramente en el rostro del hombre.

5

La noche de su regreso de Wash-35, Eric Sweetscent encontró a su esposa en su apartamento del otro lado de la frontera, en San Diego. Kathy había llegado antes que él. El enfrentamiento, por supuesto, era inevitable.

-De vuelta del pequeño y rojo Marte -observó ella mientras cerraba la puerta de la sala de estar tras él-. ¿Dos días haciendo qué? ¿Jugando a las canicas y ganándoles a todos los demás chicos y chicas? ¿O cambalacheando fotos de Tom Mix? -Kathy se sentó en el centro del diván, con un vaso en la mano, el pelo peinado hacia atrás y prietamente anudado, dándola el aspecto de una quinceañera; llevaba un vestido negro liso, y sus piernas eran largas y suaves, sorprendentemente delgadas en los tobillos. Iba descalza, y cada uña de sus pies exhibía una brillante calcomanía que reflejaba, se inclinó para ver, una escena en color de la conquista normanda. La uña del dedo gordo de cada pie resplandecía con una imagen demasiado obscena para que se atreviera a contemplarla; fue a colgar su chaqueta en el armarlo. -Nos alejamos un poco de la guerra -dijo.

-¿Nos? ¿Tú y Phyllis Ackerman? ¿O tú y alguna otra persona?

-Todos estaban allí. No sólo Phyllis. -Se preguntó qué podía prepararse para cenar; su estómago vacío se quejaba. Y, sin embargo, no le dolía. Quizá eso viniera más tarde.

-¿Hay alguna razón especial por la que yo no fui invitada? -La voz de Kathy restalló como un látigo letal, haciendo que se le erizara la piel; el animal bioquímico natural que había en él temía la conversación que iba a seguir y que había permanecido almacenada para él..., y también para ella. Evidentemente, ella, como él, sentía el impulso de lanzarse de cabeza; estaba tan atrapada e impotente como él mismo.

-Ninguna en especial. -Se dirigió a la cocina, notándose algo torpe, como si el ataque inicial de Kathy hubiera aplanado sus sentidos.. La sucesión de muchos de tales encuentros le había enseñado a escudarse a nivel somático, siempre que le era posible. Pero sólo los maridos viejos, cansados, experimentados, sabían cómo hacerlo. Los recientes..., se veían obligados a respuestas diencefálicas, reflexionó. Y resultaba duro para ellos.

-Quiero una respuesta -dijo Kathy, apareciendo tras él en la puerta-. Respecto a por qué fui deliberadamente excluida. Dios, qué atractiva era, físicamente, su esposa; iba desnuda, por supuesto, debajo de su bata negra, y cada curva de su cuerpo le enfrentaba con su sabrosa familiaridad. ¿Pero dónde estaba la mentalidad suave, flexible, familiar, que encajaba con aquella forma táctil? Las Furias habían hecho que la maldición -la maldición de la casa de los Sweetscent, como ocasionalmente pensaba en ella- llegara con todas sus fuerzas; se enfrentaba a un ser que a nivel fisiológico era la perfección sexual y a nivel mental...

Algún día, la dureza, la inflexibilidad, la invadiría totalmente; la bondad anatómica se calcificaría. ¿Y entonces qué? Su voz ya contenía algo de aquello, era distinta ahora de lo que la recordaba de hacía algunos años, incluso algunos meses. Pobre Kathy, pensó. Porque cuando los mortales poderes del frío y el hielo alcancen tus ingles, tus pechos, caderas y nalgas junto con tu corazón -seguro que ya estaban profundamente arraigados en su corazón-, entonces ya no habrá mujer. Y no sobrevivirás a ello. No importa lo que yo o cualquier otro decida hacer.

-Fuiste excluida -dijo con extremo cuidado- porque eres una incordiante.

Los ojos de ella se abrieron mucho; por un instante se llenaron de alarma y simple sorpresa. No comprendía. Por un instante se vio arrastrada hacia atrás a un nivel simplemente humano; la agresividad ancestral que había en ella fue abatida.

-Como lo sigues siendo ahora -añadió él-. Así que déjame solo; quiero prepararme algo, de cena.

-Llama a Phyllis Ackerman para que te la prepare -dijo Kathy. La suprema autoridad, el desdén conjurado a partir de la malformada criptosabiduría secular, había vuelto. Casi psiónicamente, con el talento de una mujer, había intuido su ligero roce romántico con Phyllis en su viaje a Marte. Y en el propio Marte, durante su estancia de una noche...

Colmadamente, pensó que ni siquiera sus realzadas facultades podían descubrir aquello. La ignoró y empezó, de una forma metódica, a calentar una cena de pollo congelado en el horno a infrarrojos, de espaldas a su esposa.

-Adivina lo que hice mientras estabas fuera -dijo Kathy.

-Tomaste un amante.

-Probé una nueva droga alucinógena. La obtuve de Chris Plout; tuvimos una pequeña reunión en su casa, a la que asistió nada menos que el mundialmente famoso Marm Hastings. Me estuvo cortejando mientras estábamos bajo la influencia de la droga y fue..., bien, fue una pura visión.

-¿De veras? -dijo Eric, disponiendo las cosas en la mesa.

-Cómo adoraría tener un hijo suyo -soñó Kathy.

-«Adoraría». Cristo, vaya lenguaje decadente. -Se volvió hacia ella, cayendo en la trampa-. ¿Hicisteis...? Kathy sonrió.

-Bueno, quizá fuera una alucinación. Pero no lo creo. Te diré por qué. Cuando volví a casa...

-¡Ahórratelo! -Se dio cuenta de que estaba temblando. El videófono de la sala de estar sonó.

Eric fue a cogerlo y, cuando alzó el receptor, vio en la pequeña pantalla gris los rasgos de un hombre llamado capitán Otto Dorf, uno de los consejeros militares de Gino Molinari. Dorf había estado en Wash-35, ocupándose de las medidas de seguridad; era un hombre de rostro delgado con ojos estrechos y melancólicos, un hombre absolutamente dedicado a la protección del secretario.

-¿Doctor Sweetscent?

-Sí -dijo Eric-. Pero yo no...

-¿Será suficiente una hora? Nos gustaría enviar un helicóptero a recogerle a las ocho, su hora local.

-Una hora bastará -dijo Eric-. Haré las maletas y estaré aguardando en el vestíbulo de mi edificio de apartamentos. Colgó y regresó a la cocina.

-Oh, Dios mío -dijo Kathy-. Oh, Eric..., ¿no podemos hablar? Oh, querido... -se dejó caer sentada junto a la mesa y enterró la cabeza entre sus brazos-. No hice nada con Marm Hastings; es apuesto y yo tomé la droga, pero...

-Escucha -dijo él, mientras seguía preparándose su cena-. Todo esto fue arreglado hoy mismo en Wash-35. Virgil quiere lo haga. Tuvimos una larga y tranquila charla. Las necesidades de Molinari son en estos momentos mayores que las de Virgil. Y en realidad puedo seguir ocupándome de los trasplorg de Virgil aunque tendré mi base en Cheyenne. -Añadió-: He sido movilizado; a partir de mañana seré médico de les fuerzas militares de las Naciones Unidas, afecto al estado mayor del secretario Molinari. No hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo; Molinari firmó el decreto correspondiente esta misma noche.

-¿Por qué? -Alzó la vista hacia él, agitada por el terror- Para poder salirme de esto. Antes de que uno de los dos...

-No gastaré más dinero.

-Hay una guerra en curso. Mueren hombres. Molinari está enfermo y necesita ayuda médica. El que tú gastes o no dinero...

-Pero tú pediste este trabajo.

-De hecho, lo supliqué -dijo Eric tras una pausa-. Fue la lucha más dura que tuve que librar con Virgil en una sola sentada, en un solo lugar.

Ella se había tranquilizado un poco; parecía más relajada.

-¿Qué tipo de paga recibirás?

-Más de lo que te imaginas. Y seguiré cobrando mi sueldo de la CPTT, además.

-¿Hay alguna forma de que yo pueda venir contigo?

-No -Ya se había ocupado de aquello.

-Sabía que me abandonarías cuando finalmente consiguieras algún éxito..., has estado intentando apartarte de mí desde que nos conocimos. -Los ojos de Kathy se llenaron de lágrimas-. Escucha, Eric; me temo que esa droga que tomé es adictiva. Estoy terriblemente asustada. No tienes ni idea de lo que hace; creo que procede de algún lugar de fuera de la Tierra, quizá Lilistar. ¿Qué ocurrirá si sigo tomándola? ¿Qué ocurrirá si, a causa de que tú te marches...?

Él se inclinó y sujetó uno de sus brazos.

-Tendrías que mantenerte alejada de toda esa gente; te lo he dicho un maldito montón de veces...- Era inútil hablar con ella; podía ver lo que se extendía entre ellos dos. Kathy tenía allí un arma con la que podía atraerle de nuevo hacia ella. Sin él, se destruiría con su implicación con Plout, Hastings y compañía; abandonarla no haría más que empeorar la situación. El mal que había entrado en ellos a lo largo de los años no podía ser contrarrestado por el acto que tenía en mente, y sólo en la infantilandia marciana de Virgil podía haber imaginado otra cosa.

La llevó al dormitorio y la depositó suavemente en la cama.

-Ah -dijo ella, y cerró los ojos-. Oh, Eric...- Suspiró. Sin embargo, no pudo. Eso tampoco. Se apartó de ella, sintiéndose miserable, se sentó en el borde de la cama.

-Tengo que abandonar la CPTT -dijo finalmente-. Y tú tienes que aceptarlo.- Acarició su pelo-. Molinari se está cayendo a pedazos; quizá yo no pueda ayudarle, pero al menos puedo intentarlo. ¿Lo comprendes? Éste es el auténtico...

-Estás mintiendo -dijo Kathy.

-¿Cuándo? ¿De qué modo? -Siguió acariciando su pelo, pero se había convertido en una acción mecánica, sin volición ni deseo.

-Podrías haberme hecho el amor ahora, en este instante, si fuera por eso por lo que me abandonas. -Volvió a abrocharse la bata-. No te importo. -Su voz rezumaba certidumbre; lo reconoció en el tenso y agudo tono. Siempre aquella barrera, aquella imposibilidad de atravesarla. Esta vez no perdió el tiempo intentándolo; simplemente siguió acariciándola, mientras pensaba: Le ocurra lo que le ocurra, siempre la tendré sobre mi conciencia. Y ella lo sabe también. Así que queda absuelta del peso de la responsabilidad, y eso, para ella, es lo peor que puede ocurrirle. Lástima, pensó, que haya sido incapaz de hacerle el amor.

-Mi cena está lista -dijo, levantándose.

Ella se sentó.

-Eric, voy a pagarte como te mereces por abandonarme. -Se alisó la bata-. ¿Entiendes?

-Sí -dijo, y se dirigió hacia la cocina.

-Dedicaré toda mi vida a ello -exclamó Kathy, desde el dormitorio-. Ahora tengo una razón para vivir. Es maravilloso tener al fin una meta; es excitante. Después de todos estos inútiles y horribles años contigo. Dios, es como volver a nacer.

-Que tengas suerte -dijo él.

-¿Suerte? No necesito suerte; necesito habilidad, y creo que la tengo. Aprendí mucho durante ese episodio bajo los efectos de la droga. Me gustaría poder decirte de qué se trata; es una droga increíble; Eric..., cambia toda tu percepción del universo, y especialmente de las demás personas. Nunca vuelves a verlas del mismo modo que antes. Tendrías que probarla. Te ayudaría.

-Nada puede ayudarme -dijo él.

Sus palabras sonaron en los oídos de ella como un epitafio.

Ya casi había terminado de hacer las maletas -y hacía rato que había cenado- cuando sonó el timbre del apartamento. Era Otto Dorf, que había llegado ya con el helicóptero militar, y Eric fue a abrirle la puerta.

Dorf echó una ojeada al apartamento y dijo:

-¿Ha tenido oportunidad de decirle adiós a su esposa, doctor?

-Sí, -Al cabo de un instante añadió-: Ella se ha ido; esto solo. -Cerró la última maleta y la llevó junto a su compañera al lado de la puerta-. Estoy listo. -Dorf tomó una de las maletas, y se dirigieron juntos al ascensor-. No se lo tomó muy bien -observó a Dorf mientras bajaban.

-No estoy casado, doctor -dijo Dorf-. No entiendo de esas cosas.

-Su actitud era correcta y formal.

En el helicóptero estacionado delante del edificio aguardaba otro hombre. Tendió una mano cuando Eric subió a la cabina.

-Doctor; encantado de conocerle. -El hombre, oculto en las sombras, explicó-: Soy Harry Teagarden, jefe del equipo médico del secretario. Me alegra que se una usted a nosotros; el secretario no me informó por anticipado, pero no importa... actúa invariablemente de modo impulsivo.

Eric estrechó su mano, la mente puesta aún en Kathy.

-Sweetscent -dijo.

-¿Cómo encontró a Molinari cuando se entrevistó con él? -Parecía cansado.

-Se está muriendo -dijo Teagarden. Eric le miró rápidamente y preguntó:

-¿De qué? En nuestros días, con la cantidad de orgtifs disponibles...

-Estoy familiarizado con las actuales técnicas quirúrgicas, créame. -El tono de Teagarden era seco-. Ya vio usted lo fatalista que es. Evidentemente, desea ser castigado por

habernos conducido a esta guerra. -Teagarden guardó silencio mientras el helicóptero ascendía en el cielo nocturno, y luego prosiguió-: ¿Se le ha ocurrido pensar alguna vez que Molinari se las arregló para que perdiéramos la guerra? ¿Que desea fracasar? No creo que la idea sedes haya ocurrido ni siquiera a sus más encarnizados enemigos políticos. La razón de que le diga esto es que no disponemos de mucho tiempo. En este mismo momento Molinari está en Cheyenne sufriendo un terrible ataque de gastritis aguda..., o como quiera usted llamarlo. A causa de sus vacaciones en Wash-35. Es incapaz de levantarse de la cama.

-¿Alguna hemorragia interna?

-Todavía no. O quizá sí, y Molinari no nos haya dicho nada. Con él todo es posible; es reservado por naturaleza. En realidad, no confía en nadie.

-¿Y está usted positivamente seguro de que no existe ningún tumor maligno?

-No hemos podido localizar ninguno. Pero Molinari no nos permite efectuar todas las pruebas que desearíamos; se niega en redondo. Está demasiado ocupado, dice. Papeles que firmar, discursos que escribir, leyes que presentara la Asamblea General. Intenta llevarlo todo él. Parece incapaz de delegar autoridad, y cuando lo hace establece organizaciones de control que inmediatamente se ponen a rivalizar entre ellas..., es su forma de protegerse. -Teagarden miró curioso a Eric-. ¿Qué le dijo a usted en Wash-35?

-No mucho. -No tenía intención de revelar el contenido de su conversación. Evidentemente, Molinari había querido que fuera algo entre ellos dos solos. De hecho, se dio cuenta Eric, ésa era la razón principal de su traslado a Cheyenne. Tenía algo que ofrecer a Molinari que los demás médicos no tenían, una extraña contribución por parte de un doctor... Se preguntó cómo reaccionaría Teagarden si se lo contara. Probablemente, y por muy buenas razones, lo haría arrestar. Y fusilar.

-Sé por qué se ha unido usted a nosotros -dijo Teagarden. Eric gruñó.

-¿De veras? -Lo dudaba.

-Molinari se limita a seguir sus inclinaciones instintivas, y quiere conseguir un doble control incluyendo sangre nueva en nuestro equipo. Pero nadie pone ninguna objeción a ello; de hecho, nos sentimos agradecidos..., todos estamos desbordados de trabajo. Supongo que ya sabrá que el secretario tiene una numerosa familia, más numerosa aún que la de Virgil Ackerman, el pater familias de su antigua empresa.

-Creo haber leído que tiene tres tíos, seis sobrinos, una tía, una hermana, un hermano mayor que...

-Y todos ellos viven en Cheyenne -dijo Teagarden-. Permanentemente. Colgados de él, intentando arrancarle pequeños favores, mejor comida, alojamiento, sirvientes..., supongo que capta el cuadro. Y... -Hizo una pausa-. Debo añadir que también tiene una amante.

Eso Eric no lo sabía. Nunca había sido mencionado, ni siquiera por la prensa hostil al secretario.

-Se llama Mary Reineke. La conoció antes de la muerte de su esposa. Oficialmente, Mary es su secretaria personal. En lo que a mí respecta, me gusta. Ha hecho mucho por él, tanto antes como después de la muerte de su esposa. Sin ella, probablemente no hubiera sobrevivido. Los lilistarianos la odian, no acabo de comprender por qué. Quizá se me ha pasado por alto algún hecho.

-¿Cuántos años tiene? -Supuso que su edad estaría en torno a los cincuenta.

-Tan joven como es humanamente posible. Prepárese, doctor. -Teagarden rió quedamente-. Cuando la conoció, iba a la escuela superior. Y trabajaba por las tardes como mecanógrafa. Quizá le pasó a máquina algún documento..., nadie lo sabe seguro, pero su primer encuentro fue puramente profesional.

-¿Puede hablarse con ella de la enfermedad de él?

-Sin ningún problema. De hecho, es la única que ha conseguido que tome fenobarbital y, cuando lo intentamos, pathabamato. El fenobarbital le hacía dormir, decía, y el pathabamato le secaba la boca. Así que naturalmente los tiraba a la basura. Mary consiguió que volviera a tomarlos. Es italiana. Y él también lo es. Puede discutir con él de una forma

que le recuerda su infancia, su mama quizás..., o su hermana o su tía; todos le chillan y él se lo tolera, pero no escucha a nadie, excepto a Mary. Vive en un discreto apartamento en Cheyenne, protegida por los hombres del servicio secreto..., a causa de los lilistarianos. Molinari teme que ellos... -Teagarden se interrumpió.

-¿Que ellos qué?

-La maten o la incapaciten de algún modo. Que eliminen la mitad de sus procesos mentales, la conviertan en un vegetal descerebrado; poseen todo un espectro de técnicas a las que recurrir. No creía usted que nuestros tratos con nuestros aliados fueran tan duros en la cima, ¿verdad? -Teagarden sonrió-. Es una guerra dura. Así es como actúan los lilistarianos con nosotros, nuestro aliado superior al lado del cual sólo somos una pulga. De modo que imagine cómo nos tratarían nuestros enemigos, los reegs, si nuestras líneas de defensa cedieran y consiguieran entrar.

Durante un tiempo volaron en silencio; nadie se molestó en hablar.

-¿Qué cree usted que ocurriría -dijo finalmente Eric- si Molinari desapareciera de escena?

-Bueno, podrían ocurrir dos cosas. Que su sucesor fuera más pro lilistariano, o menos. ¿Qué otras posibilidades hay, y por qué lo pregunta? ¿Cree que vamos a perder a nuestro paciente? Si lo perdemos, doctor, perderemos también nuestro trabajo y posiblemente nuestras vidas. Su única justificación ahora para la existencia, doctor Sweetscent, y la mía, es la continuación de la presencia visible de un italiano de mediana edad con un poco de exceso de peso que vive en Cheyenne, Wyoming, con su enorme familia y su amante de dieciocho años, que sufre de trastornos gástricos y le encanta comer por la noche gambas a la plancha con salsa de rábano y mostaza. No me importa lo que le hayan dicho o lo que haya fumado usted; no va a insertar más orgtifs en Virgil Ackerman durante largo tiempo; no va a tener la oportunidad, porque mantener con vida a Gino Molinari es una tarea que va a ocuparle todas sus horas. -Teagarden parecía ahora irritable y trastornado; su voz, en la oscuridad de la cabina del helicóptero, era entrecortada-. Esto es demasiado para mí, Sweetscent. No va a tener usted ninguna otra vida excepto Molinari; lo va a tener siempre encima, tendrá que escuchar todo lo que él le diga sobre todos los asuntos imaginables de la Tierra, le pedirá su opinión acerca de todo, desde los anticonceptivos hasta las setas, cómo cocinarlas, hasta Dios, y hasta qué haría usted si..., etcétera, etcétera. Para un dictador, y dése cuenta de que eso es lo que es, aunque no nos guste utilizar esa palabra..., es una anomalía. En primer lugar, es probablemente el mayor estratega político vivo; ¿de qué otro modo supone que llegó al cargo de secretario general de las Naciones Unidas? Le tomó veinte años de lucha ininterrumpida; apartó a todos los oponentes políticos con los que se enfrentó, de todos los países de la Tierra. Luego se mezcló con los lilistarianos. A eso se le llama política exterior. En política exterior, sin embargo, el maestro estratega fracasó, porque en aquel punto una extraña oclusión se apoderó de su mente. ¿Sabe usted cómo se la llama? Ignorancia. Molinari pasó todo su tiempo aprendiendo cómo patear a la gente en las ingles, y con Freneksy eso no sirvió. No pudo tratar con Freneksy de una manera mejor de lo que lo hubiéramos hecho usted o yo..., posiblemente peor.

-Entiendo -dijo Eric.

-Pero Molinari siguió adelante pese a todo. Hizo un alarde. Firmó el Pacto de Paz que nos metió en la guerra. Y aquí es donde Molinari difiere de todos los gordos, ampulosos, pretenciosos dictadores del pasado. Se echó la culpa sobre sus hombros; no dimitió a un ministro de asuntos exteriores aquí o ejecutó a un consejero político de estado allí. La culpa fue de él, y él lo sabe. Y eso lo está matando, centímetro a centímetro, día a día. Empezando por las entrañas. Ama la Tierra. Ama a la gente, a toda, tanto a la que se lava como a la que no; ama a esa retorcida pandilla de sanguijuelas que son su familia. Ejecuta a la gente, arresta a la gente, pero no le gusta hacerlo. Molinari es un hombre complejo, doctor. Tan complejo que...

-Una mezcla de Linwln y Mussolini -interrumpió secamente Dorf.

-Es una persona distinta con cada persona que conoce -prosiguió Teagarden-. Cristo, ha hecho cosas tan podridas, tan malditamente retorcidas, que le harían poner a usted los pelos de punta. Tenía que hacerlas. Algunas de ellas nunca se dirán en público, ni siquiera por parte de sus enemigos políticos. Y ha sufrido por tener que hacerlas. ¿Ha conocido usted alguna vez a alguien que realmente aceptara la responsabilidad y la culpa de sus actos, antes? ¿Lo ha conocido? ¿Lo ha conocido su esposa?

-Probablemente no -admitió Eric.

-Si usted o yo aceptáramos realmente alguna vez la responsabilidad moral de lo que hemos hecho a lo largo de nuestra vida..., caeríamos muertos o nos volveríamos locos. Los seres vivos no fueron creados para comprender lo que hacen. Tome a los animales que atropellamos por la carretera o los animales que comemos. Cuando yo era muchacho, uno de mis trabajos mensuales era salir a envenenar a las ratas. ¿Ha visto usted alguna vez morir a un animal envenenado? Y no sólo uno sino docenas de ellos, mes tras mes. Yo no lo sentía. La vergüenza. El peso. Afortunadamente, nada de eso quedaba registrado en mí..., no podía, porque de otro modo no hubiera podido resistirlo. Y así es como avanza toda la raza humana. Toda menos la Mole. Así es como lo llaman. -Teagarden añadió, pensativo-: «Lincoln y Mussolini.» Yo pienso más en el Otro, unos dos mil años antes.

-Es la primera vez que oigo a alguien comparar a Gino Molinari con Cristo -dijo Eric-. Ni siquiera en su propia prensa.

-Quizá -murmuró Teagarden- sea porque yo soy la primera persona con la que habla usted que vive en torno a la Mole las veinticuatro horas del día.

-¿No le ha hablado ninguna vez a Mary Reineke de su comparación? -preguntó Dorf-. Ella le diría que en realidad es un bastardo. Un cerdo en la mesa y en la cama, un lascivo de mediana edad con la violación en sus ojos, que tendría que estar en la cárcel. Ella le tolera... porque es caritativa. -Dorf rió secamente.

-No -dijo Teagarden-, no es eso lo que diría Mary..., excepto cuando está dolida, que es casi una cuarta parte del tiempo. No sé realmente lo que diría Mary Reineke; quizá ni siquiera lo intentara. Simplemente lo acepta tal como es, intenta mejorarle, pero aunque no mejore, y no lo hace, ella le sigue amando. ¿Ha conocido usted alguna vez ese otro tipo de mujer? ¿La que ve posibilidades en uno? Y que posee el tipo de ayuda necesario...

-Sí -dijo Eric. Deseó cambiar de tema; le hacía pensar en Kathy. Y no quería hacerlo.

El helicóptero seguía su camino hacia Cheyenne.

Kathy estaba en la cama, sola, medio dormida, mientras la luz del sol matutino prendía en las variadas texturas de su dormitorio. Todos los colores tan familiares para ella de su vida matrimonial con Eric se individualizaban ahora, separándose unos de otros a medida que avanzaba la luz. Aquí, donde vivía, Kathy había establecido poderosos espíritus del pasado, atrapados dentro de una mezcolanza de períodos: una lámpara de los inicios de Nueva Inglaterra, una cómoda de auténtico arce ojo de perdiz, un escritorio lacado en blanco... Permanecía tendida con los ojos medio abiertos, consciente de cada objeto y de todos los hilos conectores que la implicaban en su adquisición. Cada uno era un triunfo sobre un rival; algún coleccionista competidor que había fracasado, y no podía impedir el contemplar a veces su colección como un cementerio, donde pululaban los fantasmas de los derrotados persistiendo en sus intentos en sus inmediaciones. Pero no le importaba su actividad en su vida cotidiana; al fin y al cabo, era más fuerte que ellos.

-Eric -dijo, soñolienta-, por el amor de dios, levántate y prepara el café. Y ayúdame a salir de la cama. Empújame, o háblame. -Se volvió hacia él, pero no había nadie allí. Se sentó bruscamente. Luego saltó de la cama y se dirigió descalza hacia el guardarropa, temblando.

Se estaba poniendo un jersey gris, ligero, pasándoselo con dificultad por la cabeza, cuando se dio cuenta de que había un hombre observándola. Se había reclinado en el marco de la puerta mientras ella se vestía, sin hacer ningún movimiento para anunciar su presencia; prenda estar disfrutando contemplando su operación de vestirse, pero de pronto se apartó de la puerta, se enderezó y dijo:

-¿Señora Sweetscent?

Tendría unos treinta años, con una boca dura y oscura y unos ojos más bien intranquilizadores. Además, llevaba el uniforme gris parduzco que lo identificaba claramente como miembro de la policía secreta de Lilistar que actuaba en la Tierra. Ere la primera vez que veía tan de cerca a uno de ellos.

-Sí -dijo, casi inaudiblemente. Acabó de vestirse, se sentó en la cama para ponerse los zapatos, sin apartar los ojos de él-. Soy Kathy Sweetscent, la esposa del doctor Eric Sweetscent, y si no le importa...

-Su esposo está en Cheyenne.

-¿De veras? -Se puso en pie-. Tengo que prepararme el desayuno; por favor, déjeme pasar. Y muéstreme la autorización que le permite estar aquí. -Tendió la mano, aguardó.

-Mi autorización -dijo el lilistariano de gris- me indica que registre este apartamento en busca de una droga ilegal, la JJ-180. Frohedadrina. Si posee usted alguna cantidad de ella, entréguemela e iremos directamente a la comisaría de policía de Santa Mónica. -Consultó su bloc de notas-. Ayer por la noche en Tijuana, en el 45 de la calle Ávila, usted utilizó oralmente la droga en compañía de...

-¿Puedo llamar a mi abogado?

-No.

-¿Quiere decir que no tengo ningún derecho legal?

-Estamos en tiempo de guerra.

De pronto sintió miedo. No obstante, consiguió hablar con razonable calma.

-¿Puedo llamar a mi empresa y decir que no voy a ir? El policía de gris asintió. De modo que se dirigió al videófono y llamó a Virgil Ackerman a su casa en San Fernando. Al cabo de un momento el arrugado rostro pajaril del hombre apareció en la pantalla, como un búho acabado de despertar.

-Oh, Kathy. ¿Dónde está el reloj? -Virgil miró a su alrededor.

-Ayúdeme, señor Ackerman -dijo Kathy-. La policía de Lilist... -Dejó de hablar, porque el hombre de gris había cortado la comunicación con un brusco movimiento de su mano. Se encogió de hombros y colgó.

-Señora Sweetscent -dijo el hombre de gris-, me gustaría presentarle al señor Rogar Corning. -Hizo un gesto, y un lilistariano vestido con un anodino traje de negocios y llevando una cartera bajo el brazo avanzó desde el vestíbulo del apartamento-. Señor Corning, ésta es Kathy Sweetscent, la esposa del doctor Sweetscent.

-¿Quién es usted? -preguntó Kethy.

-Alguien que puede sacarla del apuro, querida -dijo agradablemente Corning-. ¿Podemos sentarnos en su sala de estar y hablar un poco de ello?

Kathy se dirigió a la cocina, pulsó los botones de huevos pesados por agua, tostadas y café solo.

-No hay JJ-180 en este apartamento. A menos que ustedes mismos la pusieran durante la noche. -Recogió la comida, la llevó a la mesa en su bandeja de un solo uso, y se sentó. El olor del café venció los restos de miedo y sorpresa que aún había en ella; se sintió de nuevo capaz, desaparecida la intimidación. Corning dijo:

-Tenemos una secuencia fotográfica de su velada en el 45 de la calle Ávila. Desde el momento en que siguió usted a Bruce Himmel escaleras arriba hasta dentro del apartamento. Sus palabras iniciales fueron: «Hola, Bruce: Parece como si toda la CPTT en pleno...»

-No exactamente -dijo Kathy-. Le llamé Brucie. Siempre le llamo Brucie, porque es tan torpe y tan hebefrénico. -Bebió su café, sosteniendo con mano firme su taza de un solo uso-. ¿Prueba su secuencia fotográfica lo que había en las cápsulas que tomamos, señor Corning?

-Corning -corrigió amablemente el hombre-. No, Katherine, no lo prueba. Pero si lo hace el testimonio de dos de los otros participantes. O lo hará cuando sea presentado bajo juramento ante un tribunal militar. -explicó-: Porque esto cae fuera de la jurisdicción de sus tribunales civiles. Nosotros nos encargaremos de todos los detalles del proceso.

-¿Por qué? -inquirió.

-La JJ-180 sólo puede ser adquirida al enemigo: En consecuencia, la utilización por parte de usted, y eso es algo que podemos establecer delante de nuestros tribunales, constituye un acto de colaboración con el enemigo. En tiempo de guerra, la petición del tribunal será, naturalmente, pena de muerte. -Se dirigió al policía uniformado de gris-. ¿Tiene usted consigo la declaración del señor Plout?

-Está en el helicóptero. -El hombre de gris se dirigió hacia la puerta.

-Siempre creí que había algo subhumano en Chris Plout -dijo Kathy-. Ahora pienso en los otros..., ¿quién más tenía algo subhumano la otra noche? ¿Hastings? No. ¿Simon Ild? No.

-Todo esto puede evitarse -dijo Corning.

-Pero yo no deseo evitarlo -dijo Kathy-. El señor Ackerman me oyó por el videófono; la CPTT enviará a un abogado. El señor Ackerman es amigo del secretario Molinari; no creo...

-Podemos matarla, Kathy -dijo Corning-. Antes de esta noche. El tribunal puede reunirse esta mañana; ya está todo dispuesto.

Al cabo de un tiempo -había dejado de comer-, Kathy dijo:

-¿Por qué? ¿Tan importante soy? ¿Qué es lo que hay en la JJ-180? Yo... -Dudó-. Lo que probó la otra noche no me hizo mucho. -Inmediatamente deseó que Eric no se hubiera ido. Tuvo la convicción de que aquello no hubiera ocurrido con él allí. Hubieran tenido miedo.

Se puso a llorar, en silencio; permaneció sentada, los hombros hundidos sobre su plato, las lágrimas deslizándose por sus mejillas y cayendo para desaparecer en él. Ni siquiera intentó cubrirse el rostro; se llevó la mano a la frente, se apoyó en el brazo, sin decir nada.

-Su posición -señaló Corning- es seria, pero no desesperada; eso es una diferencia. Podemos llegar a un acuerdo..., para eso estoy yo aquí. Deje de llorar, siéntese erguida y escúcheme, e intentaré explicárselo. -Abrió su cartera.

-Entiendo -dijo Kathy-. Quiere que espíe a Marm Hastings. Van tras de él porque aquella vez en la televisión abogó por firmar una paz separada con los reegs. Jesús, están ustedes infiltrados por todo el planeta. Nadie está seguro. -Se puso en pie, con un gruñido de desesperación, fue al dormitorio en busca de un pañuelo.

-¿Vigilaría a Hastings por nosotros? -preguntó Corning cuando regresó.

-No. -Agitó la cabeza. Mejor muerta, pensó.

-No se trata de Hastings -dijo el policía lilistariano uniformado.

-Queremos a su esposo -señaló Corning-. Nos gustaría que le siguiera a Cheyenne y siguiera su vida con él como hasta ahora. Comida y cama, creo que lo llaman los terrestres. Tan pronto como pueda arreglarse eso.

Ella le miró fijamente.

-No puedo.

-¿Por qué no puede?

-Hemos roto. Él me ha dejado. -No pudo comprender por qué, si sabían todo lo demás, no sabían aquello.

-Las resoluciones de este tipo dentro de un matrimonio -dijo Corning, como si hablara con la sabiduría de una infinidad de eras- siempre pueden verse reducidas a la categoría de un malentendido temporal. La llevaremos a uno de nuestros psicólogos, tenemos varios de ellos residiendo aquí en este planeta, y él le enseñará las técnicas que debe utilizar para curar esa herida entre usted y Eric. No se preocupe, Kathy; sabemos lo que ocurrió aquí esta noche. En realidad esto nos ha dado una ventaja; nos ha ofrecido la oportunidad de hablar con usted a solas.

-No. -Agitó la cabeza-. Nunca volveremos a estar juntos. Yo no quiero estar con Eric. Ningún psicólogo, ni siquiera de los suyos, puede cambiar eso. Odio a Eric, y odio toda esa mierda en la que está metido. Les odio a ustedes, los lilistarianos, y todo el mundo en la Tierra siente lo mismo... Desearía que se fueran de este planeta, desearía que nunca nos hubiéramos metido en esta guerra. -Les miró con ojos llameantes, impotente, frenética.

-Tranquilícese, Kathy. -Corning no se inmutó.

-Dios, me gustaría que Virgil estuviera aquí; él no les teme..., es una de las pocas personas en la Tierra...

-Nadie en la Tierra posee ese status -dijo Corning con aire ausente-. Ya es hora de que se enfrente a la realidad; ¿sabe?, podemos llevarla con nosotros a Lilistar, en vez de matarla..., ¿ha pensado alguna vez en eso, Kathy?

-Oh, Dios. -Se estremeció. No me lleves a Lilistar, se dijo, rezando en silencio. Al menos déjame quedarme aquí en la Tierra con la gente a la que conozco. Volveré con Eric; le suplicaré que me acepte de nuevo-. Escuchen -dijo en voz alta-. No me preocupa Eric. No es lo que puedan hacerle a él lo que me asusta. -Soy ya misma, pensó.

-Sabemos eso, Kathy -dijo Corning, asintiendo-. De modo que tendría que alegrarse de ello, si lo examina sin dejarse arrastrar por las emociones. Por cierto... -Corning rebuscó en la cartera y extrajo un puñado de cápsulas; dejó una sobre la mesa de la cocina, y la cápsula rodó y cayó al suelo-. No queremos ofenderla, Kathy, pero... -Se encogió de hombros-. Es adictiva. Desde que se toma la primera vez, como usted hizo en el 45 de la calle Ávila la otra noche. Y Chris Plout ya no podrá proporcionarle más. -Recogió la cápsula de JJ-180 que había caído al suelo de la cocina, se la tendió a Kathy.

-No es posible -dijo débilmente ella, rechazándola-. No después de una sola vez. He tomado docenas de drogas antes, y nunca... -Entonces le miró fijamente-. Son ustedes unos bastardos -dijo-. No lo creo y, aunque fuera cierto, puedo librarme de la adicción..., hay clínicas.

-No para la JJ-180. -Devolvió la cápsula a su cartera y añadió casualmente-: Nosotros podemos librarla de su adicción, no aquí sino en una clínica en nuestro propio sistema..., quizá más tarde podamos arreglar eso. O puede seguir con ella, y nosotros podemos proporcionarle las que necesite durante el resto de su vida. Que no va a ser larga.

-No iría a Lilistar ni siquiera para librarme de la drogadependencia -dijo Kathy-. Iría a los reegs; es su droga..., usted lo dijo. Deben saber mucho más de ella que ustedes, puesto que la inventaron. -Se volvió de espaldas a Corning y se dirigió hacia el armario de la sala de estar, tomó su chaqueta-. Me voy a trabajar. Adiós. -Abrió la puerta del apartamento. Ninguno de los dos lilistarianos hizo nada por detenerla.

Entonces tiene que ser cierto, pensó. La JJ-180 debe ser tan adictiva como dicen. No tengo una maldita posibilidad; ellos lo saben, y yo lo sé también. Tengo que cooperar con ellos o intentar escapar todo el camino hasta las líneas reegs, donde se originó, e incluso entonces seguiré siendo adicta; no habré conseguido nada. Y los reegs probablemente me matarán.

-Tome mi tarjeta, Kathy -dijo Corning. Avanzó hasta ella, le tendió la pequeña cartulina blanca-. Cuando descubra que necesita usted la droga, que debe adquirirla a cualquier precio... -Metió la tarjeta en el bolsillo superior de su chaqueta-. Entonces venga a verme. La estaremos esperando, querida; arreglaremos las cosas para que reciba la provisión que necesita. -Añadió, como si se le ocurriera de pronto-: Por supuesto que la droga es adictiva, Kathy; por eso se la dimos. -Le sonrió.

Kathy cerró la puerta tras ella y echó a andar ciegamente hacia el ascensor, aturdida hasta el punto de que ya no le quedaba nada, ni siquiera el miedo. Sólo un vago vacío en su interior, el vacío dejado por la extinción de toda esperanza, incluso de la capacidad de concebir una posibilidad de escape.

Pero Virgil Ackerman podía ayudarla, se dijo a sí misma mientras entraba en el ascensor y pulsaba el botón. Iré a verle; él sabrá exactamente qué debo hacer. Nunca trabajaré para los lilistarianos, adicta o no; no cooperaré con ellos contra Eric.

Pero sabía que, antes de que transcurriera mucho tiempo, lo haría.

6

Fue a primera hora de la tarde, mientras estaba sentada en su oficina de la CPTT arreglando las cosas para la compra de un artefacto de 1935, un disco Decca en bastante buen estado de las Hermanas Andrews cantando Bei Mir Du Schón, cuando Kathy Sweetscent notó los primeros síntomas de la abstinencia.

Sus manos empezaron a pesarle enormemente.

Guardó con extremado cuidado el delicado disco. Y había una alteración fisiognómica en todos los objetos a su alrededor. En el 45 de la calle Ávila, bajo la influencia de la JJ-180, había experimentado el mundo como algo consistente en entidades aéreas, penetrables y benignas, como otras tantas burbujas; se había sentido capaz -al menos en su alucinación- de pasar a través de ellas a voluntad. Ahora, en el entorno familiar de su oficina, experimentó una transformación de la realidad a lo largo de las líneas de una ominosa progresión: las cosas ordinarias, mirara hacia donde mirara, parecían ganar densidad. Ya no eran susceptibles a ser movidas o cambiadas, o afectadas de cualquier forma, por ella.

Y, desde otro punto de vista, experimentó simultáneamente el opresivo cambio como teniendo lugar dentro de su propio cuerpo. Desde cualquier punto de vista, la relación entre ella, sus poderes físicos, y el mundo exterior, se había alterado hacía peor; tuvo la impresión como si su impotencia creciera progresivamente en un sentido físicamente literal..., a cada momento que pasaba era menos lo que podía hacer. El disco Decca de treinta centímetros, por ejemplo, se hallaba al alcance de sus dedos, pero supongamos que tendiera la mano hacia él. El disco la aludiría. Su mano, torpe bajo un peso desacostumbrado, lastrada por el aumento interno de su densidad; aplastaría o rompería el disco; el concepto mismo de realizar alguna acción intrincada o que requiriera una cierta habilidad con referencia al disco parecía fuera de toda cuestión. Los refinamientos del movimiento ya no eran una propiedad que le perteneciera; sólo quedaba la burda y hundiente masa.

Se dio cuenta de que aquello le decía algo acerca de la JJ-180; pertenecía al tipo de los estimulantes talámicos. Y ahora, en su período de retirada, sufría de la falta de energía talámica. Esos cambios, experimentados como si tuvieran lugar en el mundo exterior y en su cuerpo, eran en realidad minúsculas alteraciones del metabolismo de su cerebro. Pero...

Este conocimiento no la ayudó. Porque esos cambios en ella misma y en el mundo no eran creencias; eran experiencias auténticas, informadas a través de las canales sensoriales normales, impuestas a su conciencia contra su voluntad. Como estímulos, no podían ser evitados. Y..., la alternación de la fisionomía del mundo siguió; el final aún no estaba a la vista. Pensó, presa del pánico: ¿Hasta dónde va a llegar? ¿Cuánto más voy a tener que soportar? Ciertamente no mucho más..., la impenetrabilidad de incluso los más pequeños objetos a su alrededor parecía ahora casi infinita; se sentó rígidamente, incapaz de moverse, incapaz de empujar su enorme cuerpo hacia cualquier nueva interrelación con los aplastantemente pesados objetos que la rodeaban y parecían apretarse más y más contra ella.

Y, pese a que los objetos en su oficina se arracimaban masivamente contra ella, se volvían, a otro nivel, remotos; retrocedían de una forma significativa, aterradora. Se dio cuenta de que estaban perdiendo su animación, sus -por así decirlo- almas activas. Las animae que habitaban en ellos se marchaban a medida que sus poderes de proyección psicológica se deterioraban. Los objetos habían perdido su herencia de lo familiar; se iban volviendo, a grados, fríos, remotos y... hostiles. Y, en el vacío dejado por el declive de su relación con ellas, las cosas que la rodeaban alcanzaron su aislamiento original de las fuerzas domesticadoras que normalmente emanaban de la mente humana; se volvieron toscas, burdas, pobladas de dentadas aristas capaces de cortar, desgarrar, provocar heridas fatales. No se atrevió a moverse. La muerte, en toda su potencialidad, era inherente a cada objeto; incluso el cenicero de latón labrado a mano en su escritorio se había convertido en algo irregular, y en su falta de simetría obtenía planos de proyección, emitía superficies que, como espinas, podían abrirla en canal si era lo bastante estúpida como para acercarse demasiado a él.

El videocom de su escritorio zumbó. Lucile Sharp, la secretaria de Virgil Ackerman, dijo:

-Señora Sweetscent, el señor Ackerman quiere verla en su oficina. Sugiero que lleve consigo el nuevo disco de Bei Mir Bist Du Schön que compró hoy; expresó su interés hacia él.

-Sí -dijo Kathy, y el esfuerzo casi la sepultó; dejó de respirar y permaneció sentada con su caja torácica inerte, sintiendo que los procesos fisiológicos básicos se retardaban bajo la presión, muriendo a grados. Y luego, de alguna forma, consiguió hacer una inspiración, llenó sus pulmones y luego expulsó el aire, temblorosa, jadeante. Por el momento había escapado. Pero las cosas iban empeorando. ¿Qué vendría a continuación? Se levantó de la silla, permaneció en pie. Así que esto es lo que se siente cuando se está enganchada a la JJ-180, pensó. Consiguió coger el disco Decca. Sus oscuros bordes eran como hojas de navaja clavándose en sus manos mientras se dirigía con él hacia la puerta. Su hostilidad hacia ella, su inanimado y, sin embargo, feroz deseo de infringir sobre ella destrucción, se convirtió en algo abrumador; se estremeció ante el contacto del disco.

Y lo soltó.

El disco cayó sobre la gruesa moqueta, afortunadamente sin romperse. Pero, ¿cómo recogerlo de nuevo? ¿Cómo liberarlo del conjunto que ahora lo rodeaba? Porque el disco ya no parecía una entidad separada; se había fusionado. Con la moqueta, el suelo, las paredes, y ahora todo en la oficina presentaba una sola, indivisible, incambiable superficie, sin ningún punto de ruptura. Nadie podía entrar ni salir en aquel espacio cúbico; todo él estaba ya lleno, completo..., nada podía cambiar porque todo estaba ya presente.

Dios mío, pensó Kathy mientras miraba, de pie inmóvil, al disco a sus pies. Ni yo misma puedo liberarme; voy a permanecer aquí, y me encontrarán de este modo, y sabrán que algo terrible ha pasado. ¡Esto es catalepsia!

Estaba aún de pie allí, inmóvil, cuando la puerta de la oficina se abrió y Jonas Ackerman entró enérgicamente, con una expresión jovial en su suave y juvenil rostro, se dirigió hacia ella, vio el disco en el suelo, se agachó sin el menor problema, lo alzó con suavidad y lo depositó sobre sus manos extendidas.

-Jonas -dijo ella con voz lenta y densa-. Yo... necesito ayuda médica. Estoy enferma.

-¿Enferma cómo? -La miró preocupado, su rostro se frunció, agitándose, pensó ella, como un nido de serpientes. Su emoción la abrumó; era una fuerza fétida, mareante-. Dios mío -dijo Jonas-, vaya momento que ha elegido... Eric no está hoy aquí, está en Cheyenne, y aún no hemos traído al nuevo médico que debe reemplazarle. Pero puedo llevarla a la Clínica del Gobierno en Tijuana. ¿Qué le ocurre? -Sujetó su brazo, clavando los dedos en su carne-. Creo que sólo está preocupada porque Eric se ha ido.

-Lléveme arriba -consiguió decir Kathy-. A Virgil.

-Muchacha, suena usted horrible -dijo Jonas-. Sí, la acompañaré con gusto arriba, a ver al viejo; quizás él sepa qué hacer. -La guió hacia la puerta de la oficina-. Será mejor que coja yo el disco; parece como si fuera a caérsele de nuevo.

Tal vez no tomara más de dos minutos llegar a la oficina de Virgil Ackerman, pero para ella el intervalo consumido fue enorme. Cuando se halló finalmente delante de Virgil, estaba agotada; jadeaba penosamente, incapaz de hablar. Aquello había sido demasiado para ella.

Mirándola primero con curiosidad, y luego con alarma, Virgil dijo, con su fina y penetrante voz:

-Kathy, será mejor que se vaya hoy a casa; procúrese una buena cantidad de revistas femeninas y algo de beber, métase en la cama y...

-...me deje sola -se oyó decir a sí misma.- Cristo -murmuró; y luego, desesperadamente-: No me deje sola, señor Ackerman; ¡por favor!

-Bien, tranquilícese -dijo Virgil, observándola aún atentamente-. Puedo ver que el hecho de que Eric se haya ido a Cheyenne...

-No -dijo ella-. Estoy bien. -De hecho, su estado había mejorado un poco; tenla la sensación como si se hubiera embebido un poco de las fuerzas de él, quizás a causa de que él tenía tantas-. Aquí tiene un artículo espléndido para Wash-35. -Se volvió hacia Jonas para

coger el disco-. Fue una de las canciones más populares de su época. Ésta y The Music Goes Round and Round. -Tomó el disco, lo colocó delante de él en el gran escritorio. No voy a morir, pensó; voy a superar esto y recobraré la salud-. Le diré qué más tengo en perspectiva, señor Ackerman. -Se sentó en una silla junto al escritorio, deseando conservar las energías que tenla ahora-. Una grabación particular que alguien hizo, en su época, del programa de Alexander Woollcott El pregonero de la ciudad. Así que la próxima vez que vayamos a Wash-35 podremos escuchar la auténtica voz de Woollcott, y no una imitación, como estamos haciendo ahora.

-¡El pregonero de la ciudad! -exclamó Virgil con una alegría infantil-. ¡Mi programa favorito!

-Estoy razonablemente segura de poder conseguirlo -dijo Kathy-. Por supuesto, hasta que no haya pagado el dinero siempre puede producirse alguna interferencia. Tengo que volar a Boston para hacer los arreglos finales; la grabación está allí, en posesión de una solterona más lista que una zorra, una tal Edith B. Scruggs. La grabación fue hecha con un fonógrafo Packard Bell, me dijo ella en su correspondencia.

-Kathy -dijo solemnemente Virgil Ackerman-, si realmente consigue usted una auténtica grabación de la voz de Alexander Woollcott..., voy a subirle el sueldo, Dios es testigo. Señora Sweetscent, querida, estoy enamorado de usted por todo lo que hacía por mí. El programa de radio de Woollcott, ¿lo emitían por la WMAL o por la WJSV? Investigue eso por mí, ¿quiere? Revise esos ejemplares del 35 del Washington Post..., y por cierto, eso me recuerda algo. Ese American Weekly con el artículo sobre el Mar de los Sargazos. Creo que finalmente decidiremos eliminarlo de Wash-35, porque cuando yo era chico mis padres no compraban la prensa de Hearst; sólo lo vi cuando...

-Un momento, señor Ackerman -dijo Kathy, alzando una mano.

El hombre inclinó la cabeza, expectante.

-¿Sí, Kathy?

-¿Qué pasaría si yo fuera a Cheyenne a reunirme con Eric?

-Pero... -gimió Virgil, gesticulando-. ¡La necesito aquí!

-Sólo por un tiempo -dijo ella. Quizás aquello fuera suficiente, pensó. Tal vez no pidieran más que eso-. Usted le dejó ir a él -añadió-, y él es el encargado de mantenerlo a usted con vida; es mucho más vital que yo.

-Pero Molinari le necesita. Y él no la necesita a usted; no está construyendo ninguna infantilandia; no está interesado en absoluto en el pasado..., está hinchado de futuro, como si fuera un adolescente. -Virgil pareció trastornado-. No puedo prescindir de usted, Kathy; perder a Eric ya fue bastante malo, pero el trato en su caso fue que puedo mandarle a buscar en cualquier momento que tenga alguna dificultad. Tenía que dejarle marchar; de hecho, estoy mortalmente asustado sin él. Pero no usted. -Su tono se convirtió en un lamento-. No, eso sería demasiado. Eric me juró cuando estuvimos en Wash-35 que usted no deseaba ir con él. -Lanzó una muda mirada a Jonas, como recabando su ayuda-. Haz que se quede, Jonas.

Jonas se frotó pensativo la barbilla y le dijo a ella:

-Usted no ama a Eric, Kathy. He hablado con usted y con él; ambos me han contado su vida en común. Estén tan distanciados el uno del otro como es posible estarlo sin llegar a cometer un crimen... No comprendo esto.

-Yo también creía lo mismo -murmuró Kathy- cuando él estaba aquí. Pero me engañaba. Ahora me he dado cuenta, y estoy segura de que él siente igual.

-¿Está segura? -dijo Jonas agudamente-. Llámele. -Indicó el videófono en el escritorio de Virgil-. Vea lo que él dice. Francamente, creo que ustedes dos están mejor separados, y no tengo la menor duda de que Eric lo sabe.

-Si me disculpan -dijo Kathy-. Quiero volver a mi oficina. -Sentía un terrible dolor en el estómago, y se notaba espantosamente asustada. Su dañado cuerpo adicto a las drogas ansiaba un poco de alivio y se imponía ferozmente sobre su voluntad; la impulsaba con urgencia a seguir a Eric a Cheyenne. Pese a lo que Ackerman dijera. No podía detenerse, e incluso ahora,

en medio de su confusión, podía leer claramente el futuro; no podía escapar a la droga JJ-180..:, los lilistarianos habían tenido razón. Tendría que volver a ellos, ir a la dirección que Corning le había dado en su tarjeta. Dios, pensó, si sólo pudiera decírselo a Virgil. Tengo que decírselo a alguien.

Y entonces pensó: se lo diré a Eric. Él es médico; él podrá ayudarme. Iré a Cheyenne para eso, no por ellos.

-¿Me hará un favor? -le estaba diciendo Jonas Ackerman-. Por el amor de Dios, Kathy; escuche. -Apretó de nuevo su brazo.

-Estoy escuchando -dijo ella, irritada-. Y suélteme. -Apartó el brazo de un tirón, retrocedió ante él, sintiendo rabia-. No me trate así; no puedo soportarlo. -Le miró con ojos llameantes.

Cuidadosamente, con voz deliberadamente calmada, Jonas dijo:

-Dejaremos que siga a su esposo a Cheyenne, Kathy, si promete usted aguardar veinticuatro horas antes de irse.

-¿Para qué? -No podía comprenderlo.

-Para permitir que este período inicial de shock ante la separación tenga una posibilidad de desaparecer -explicó Jonas-. Espero que en veinticuatro horas vea usted lo bastante claro como para cambiar de opinión. Y mientras tanto... -Miró a Virgil; el viejo asintió aprobadoramente-. Yo me quedaré con usted. Día y noche, si es necesario.

-Y un infierno hará usted -respondió ella, sorprendida-. No voy a...

-Sé que le ocurre algo -dijo Jonas suavemente-. Esto es obvio. No creo que debamos dejarla sola. Hago mía la responsabilidad de cuidar de que no le ocurra nada. -Añadió, en voz muy baja-: Es usted demasiado valiosa para nosotros como para permitirle que haga algo definitivo. -De nuevo, y esta vez con dura firmeza, sujetó su brazo-. Vamos; la acompañaré de vuelta a su oficina... Le hará bien sumergirse en su trabajo, y yo me limitaré a quedarme sentado, sin interferir. Esta noche, después del trabajo, volaremos a Los Ángeles; cenaremos en Spingler's, sé que a usted le gusta el marisco. -La condujo hacia la puerta de la oficina.

Ella pensó: me saldré de esto. No eres lo bastante hábil, Jonas; en algún momento, hoy, quizás esta noche. Te perderé e iré a Cheyenne. O más bien, pensó con una náusea y un rebrotar de su terror de antes, te perderé, me alejaré de ti, me deslizaré por ese laberinto que es la ciudad nocturna de Tijuana, donde ocurren todo tipo de cosas, algunas terribles, otras maravillosas y llenas de belleza. Tijuana será demasiado para ti. Es ya casi demasiado para mí. Y la conozco bastante bien; he pasado tanto tiempo, toda mi vida, en Tijuana de noche.

Y mira cómo han resultado las cosas, pensó amargamente. Deseaba encontrar algo puro y místico en la vida, y en vez de ello me he visto en manos de gente que nos odia, que domina nuestra raza. Nuestros aliados, pensó. Deberíamos estar luchando contra ellos; ahora me resulta claro. Si alguna vez consigo ver a Molinari a solas en Cheyenne -y quizá lo consiga-, le diré esto, le diré que tenemos el aliado equivocado y el enemigo equivocado.

-Señor Ackerman -dijo, volviéndose con urgencia a Virgil-. Tengo que ir a Cheyenne para decirle algo al secretario. Nos afecta a todos nosotros; tiene que ver con el esfuerzo de guerra.

-Dígamelo a mí, y yo se lo transmitiré -respondió secamente Virgil Ackerman-. Hay más posibilidades de este modo; usted nunca conseguirá verle..., no a menos que sea uno de sus bambinos o primos.

-Es eso precisamente -dijo ella-. Soy su hija. -Aquello tenía sentido para ella; todos los terrestres eran hijos del secretario de las Naciones Unidas. Y todos habían esperado que su padre les condujera a la seguridad. Pero, de alguna forma, él había fracasado.

Siguió sin resistirse a Jonas Ackerman.

-Sé lo que está usted intentando -le dijo al hombre-. Está queriendo utilizar esta oportunidad, con Eric lejos y yo en este terrible estado, para obtener una ventaja sexual sobre mí.

Jonas se echó a reír.

-Bien, veremos. -Su risa, para ella, no sonó culpable; sonó suavemente confiada.

-Sí -admitió Kathy, pensando en el policía lilistariano Corning-. Veremos si consigue algo de mí. Personalmente, yo no apostaría nada. -No se molestó en apartar la grande y decidida mano de Jonas de su hombro; sabía que volvería a reaparecer allí.

-¿Sabe? -dijo él-, si no la conociera tanto, diría por la forma en que actúa que está usted bajo los efectos de una sustancia que llamamos JJ-180. -Añadió-: Pero no puede ser, porque no hay forma alguna en que pueda conseguirla.

Kathy se detuvo, le miró y dijo:

-¿Qué…? -No pudo continuar.

-Es una droga -explicó Jonas-. Desarrollada por una de nuestras subsidiarias.

-¿No fue desarrollada por los reegs?

-La frohedradina, o JJ-180, fue desarrollada en Detroit, el año pasado, por una firma llamada Hazeltine que controla la CPTT. Es una importante arma en la guerra..., o lo será cuando se halle en fase de producción, lo cual será a finales de este mismo año. -¿Porque es tan adictiva? -dijo ella, aterida.

-Infiernos, no. Muchas drogas son adictivas, empezando por los derivados del opio. Debido a la naturaleza de las alucinaciones que causa a quienes la usan. Es alucinógena, como lo era el LSD -explicó.

-Háble me de las alucinaciones -pidió Kathy.

-No puedo; es información militar clasificada.

Ella no pudo evitar una aguda risa.

-Oh, Dios..., así que la única forma en que puedo descubrirlo es tomándola.

-¿Y cómo podría? No se halla disponible, e incluso cuando esté en fase de producción no podremos permitir, bajo ninguna circunstancia, que nuestra población la use..., ¡es tóxica! -La miró fijamente-. Ni siquiera hable de usarla; cada animal de prueba al que fue administrada murió. Olvide incluso que la he mencionado; pensé que a lo mejor Eric le había hablado de ella..., no hubiera debido suscitar el tema, pero ha estado actuando usted de una forma tan extraña; me hizo pensar en la JJ-180 porque tengo tanto miedo, todos los tenemos, de que alguien, de alguna forma, pueda conseguir infiltrarla en el mercado interior, alguien de nuestra propia gente.

-Esperemos que esto no ocurra nunca -dijo Kathy. Sintió deseos de reír, sin embargo; todo aquello parecía una locura. Los lilistarianos habían obtenido la droga de la Tierra, pero fingían haberla conseguido de los reegs. Pobre Tierra, pensó. Ni siquiera podemos atribuirnos la paternidad de ese nocivo y destructivo producto químico que destruye la mente, esa poderosa arma de guerra, como dice Jonas. ¿Y quién la está utilizando? Nuestros aliados. ¿Y sobre quiénes? Sobre nosotros. La ironía es completa; forma un circulo. Realmente, es de justicia cósmica que una terrestre sea una de las primeras en convertirse en adicta a ella. Donas dijo, con el ceño fruncido:

-Usted me ha preguntado si le JJ-180 no había sido desarrollada por el enemigo; eso sugiere que ha oído hablar de ella. De modo que Eric se la mencionó. No tiene importancia; sólo el conocimiento de sus propiedades es clasificado, no su existencia. Los reegs saben que estamos experimentando con drogas bélicas desde hace décadas, desde el siglo XX. Es una de las especialidades de la Tierra. -Rió suavemente.

-Quizás ganemos después de todo -dijo Kathy-. Eso debería alegrar a Gino Molinari. Quizá consiga mantenerse en su puesto con la ayuda de unas cuantas armas milagro más. ¿Acaso él cuenta con ello? ¿Lo sabe?

-Por supuesto que Molinari lo sabe; la Hazeltine le ha mantenido informado de cada fase de su desarrollo. Pero por el amor de Dios, no vaya usted y...

-No le meteré en problemas, no se preocupe -dijo Kathy. Creo que voy a convertirte también en un adicto a la JJ-180, se dijo. Eso es lo que te mereces; lo que se merece cualquiera que haya ayudado a desarrollarla, que conozca su existencia. Quédate conmigo noche y día durante las próximas veinticuatro horas, pensó. Come conmigo, vete a la cama

conmigo, y cuando haya pasado todo estarás tan marcado por la muerte como yo. Y luego, pensó, quizá pueda meter también a Eric en ello. El más que nadie.

La llevaré conmigo a Cheyenne, decidió. Infectaré a todo el mundo allí, a la Mole y a todos los que le rodean. Y por una muy buena razón.

Se verán obligados a descubrir un antídoto que rompa la adicción. Sus propias vidas dependerán de ello, no sólo la mía. Y por mí sola no valdría la pena intentarlo; ni siquiera Eric lo habría hecho, y evidentemente a Corning y su gente no les importa..., a nadie le importo, si lo miras fríamente.

Probablemente no era eso en absoluto lo que Corning y los que había encima de él tenían en mente enviándola a Cheyenne. Pero no le preocupaba; aquello era lo que iba a hacer.

-Será introducida en su suministro de agua -estaba explicando Jonas-. Los reegs..., mantienen enormes depósitos centrales de agua, como hizo en su tiempo Marte. La JJ-180 será introducida allí y difundida por todo el planeta. Admito que suena desesperado por nuestra parte, una... ya sabe. Pero en realidad es muy racional y razonable.

-No lo estoy criticando en absoluto -dijo Kathy-. De hecho, creo que la idea suena brillante.

Llegó el ascensor; entraron y bajaron.

-Y pensar que el ciudadano normal de la Tierra no sabe nada de esto -dijo Kathy-. Sigue alegremente con su vida cotidiana..., jamás se le ocurre pensar que su gobierno ha desarrollado una droga que, si te expones a ella una sola vez, te convierte en..., ¿cómo lo ha dicho usted, Jonas? ¿Algo menos que un robant? Ciertamente, menos que un ser humano. Me pregunto dónde lo situaría usted en la escala de la evolución.

-Yo nunca le he dicho que una exposición a la JJ-180 cree adicción -observó Jonas-. Eric debe haberle dicho eso.

-Con los reptiles del período jurásico -decidió Kathy-. Cosas con pequeños cerebros e inmensas colas. Criaturas sin casi mentalidad; sólo máquinas de reflejos actuando en respuesta a los estímulos exteriores, haciendo todos los movimientos pero en realidad no estando allí. ¿Correcto?

-Bueno -dijo Jonas-, serán los reegs quienes van a recibir la droga; no voy a malgastar mis lágrimas con los reegs.

-Yo derramaría mis lágrimas por cualquiera -dijo Kathy- que se viera enganchado por la JJ-180. La odio; desearía... -Se interrumpió-. No me haga caso; sólo estoy trastornada por la partida de Eric. Estaré bien. -Se preguntó a sí misma cuándo tendría una oportunidad de buscar a Corning. Y obtener más cápsulas de la droga. Resultaba claro ahora que se había convertido en una adicta. Tenía que enfrentarse a ello.

Sólo sintió resignación.

A mediodía, en el limpio, moderno pero excesivamente pequeño apartamento proporcionado por las oscuras disposiciones de las altas autoridades gubernamentales en Cheyenne, el doctor Eric Sweetscent terminó de leer el historial médico de su nuevo paciente..., referido a lo largo de todo el voluminoso dossier simplemente como «señor Brown». El señor Brown, reflexionó mientras volvía a colocar el historial en su caja de plástico irrompible, es un hombre enfermo, pero su enfermedad simplemente no puede ser diagnosticada, al menos de la forma habitual. Porque -y esto era lo extraño, para lo que Teagarden no le había preparado- el paciente había mostrado, a lo largo de los años, síntomas de importantes trastornos orgánicos, síntomas no asociados con desórdenes psicosomáticos. En una ocasión había habido un tumor maligno en el hígado en plena metástasis..., y, sin embargo, el señor Brown no había muerto. Y el tumor había desaparecido. Al menos, no estaba allí ahora; las pruebas realizadas a lo largo de los dos últimos años lo demostraban. Finalmente se había realizado una operación exploratoria, y el hígado del señor Brown ni siquiera había mostrado la degeneración normal en un hombre de su edad.

Librodot

Era el hígado de un joven de diecinueve o veinte años. Y esta peculiaridad había sido observada en otros órganos sometidos a un atento examen. Pero la vitalidad del señor Brown, en sus líneas generales, estaba fallando; se hallaba palpablemente en un proceso de declive..., parecía considerablemente más viejo que su edad cronológica, y el aura que le rodeaba era la de una mala salud. Era como si su cuerpo, a un nivel puramente fisiológico, estuviera haciéndose más y más joven, mientras que su esencia, el conjunto de su Gestalt psicobiológico, envejeciera de una forma natural..., de hecho empezara a fallar visiblemente. Fuera cual fuese la fuerza fisiológica que le mantenía orgánicamente, el señor Brown no recibía de ella ningún beneficio, excepto por supuesto el hecho de que no había muerto del tumor maligno de su hígado, o del anterior detectado en su bazo, o del cáncer de próstata seguramente fatal que había pasado desapercibido durante su tercera década.

El señor Brown estaba vivo..., apenas. Su cuerpo en general estaba desgastado y en un profundo estado de deterioro; su sistema circulatorio, por ejemplo. La presión sanguínea de Brown era de 220..., pese a los vasodilatadores administrados oralmente; su vista ya habla resultado afectada por ello. Y, sin embargo, reflexionó Eric, Brown superaría indudablemente esto, como había superado todas sus demás afecciones; un día simplemente se saldría de ello, pese a que se negaba a someterse a la dieta prescrita y no respondía a la reserpina.

El hecho más sobresaliente era que, simplemente, el señor Brown había sufrido en un momento u otro de su vida casi todas las enfermedades graves conocidas, desde infartos pulmonares a hepatitis. Era un simposio ambulante de enfermedades; nunca completamente sano, nunca funcionando correctamente; en cualquier momento determinado alguna porción vital de su cuerpo se hallaba afectada. Y luego...

De alguna forma, se curaba a sí mismo. Y sin el empleo de orgtifs. Era como si Brown practicara alguna especie de medicina homeopática o curandera, algún estúpido remedio de hierbas que nunca había revelado a los médicos que le atendían. Y probablemente nunca lo haría.

Brown necesitaba estar enfermo. Su hiponcondría era real; no se limitaba simplemente a los síntomas histéricos..., él enfermaba realmente, con afecciones que normalmente convertían al paciente en un caso terminal. Si esto era histeria, una variedad de una afección puramente psicológica, Eric nunca se había hallado ante un caso semejante. Y, sin embargo, pese a ello, Eric tenía la intuición de que todas esas enfermedades habían existido por una razón; eran engendradas desde la complejidad de las profundidades no descubiertas de la psique del señor Brown.

Tres veces en su vida había padecido el señor Brown cáncer. Pero, ¿cómo? Y..., ¿por qué?

Quizá fuera una consecuencia de su deseo de morir. Y, cada vez, el señor Brown se había detenido al borde del abismo, y había retrocedido. Necesitaba estar enfermo..., pero no morir. El deseo suicida, entonces, era espurio.

Era importante saber esto. Si ere así, el señor Brown lucharía por sobrevivir..., lucharía contra aquello para lo que había contratado a Eric.

En consecuencia, el señor Brown iba a ser un paciente tremendamente dificil. Por decirlo de algún modo. Y todo esto, sin lugar a dudas, funcionaba a un nivel subconsciente; el señor Brown ignoraba con toda seguridad la existencia de aquellos dos impulsos, gemelos y opuestos.

Sonó el timbre de la puerta del apartamento. Fue a contestar..., y se halló frente a un individuo de aspecto oficial vestido con un elegante traje civil. El hombre presentó su identificación y dijo:

Servicio secreto, doctor Sweetscent. El secretario Molinari le necesita; sufre grandes dolores, así que será mejor que se apresure.

-Por supuesto. -Eric fue a buscar rápidamente su chaqueta al armario; un momento más tarde él y el hombre del servicio secreto corrían hacia la rueda aparcada.

-¿Más trastornos abdominales? -preguntó Eric.

-Ahora los dolores parecen haberse trasladado a su costado izquierdo -dijo el hombre del servicio secreto mientras pilotaba la rueda en medio del tráfico-. En la zona del corazón.

-¿Lo ha descrito diciendo que parecía como si una mano enorme se lo estuviera estrujando?

-No, se limita a permanecer tendido y a gemir. Y pide por usted. -El hombre del servicio secreto parecía tomarse aquello como algo normal; evidentemente, ya estaba acostumbrado. Al fin y al cabo, el secretario siempre estaba enfermo.

Finalmente llegaron frente a la Casa Blanca de las Naciones Unidas, y Eric bajó casi en marcha. Si sólo pudiera implantarle un orgtif, pensó; aquello terminaría con todo el asunto.

Pero le resultaba claro, ahora que había leído el historial, que Molinari rechazaba los trasplantes de oros por principio. Si aceptara un trasplante se recuperaría; la ambigüedad de su existencia -flotar entre la salud y la enfermedad- cesaría. Sus impulsos gemelos se resolverían a favor de la salud. El delicado dinamismo psíquico se vería alterado, y Molinari sería entregado a una de las dos fuerzas que luchaban por dominarle. Y eso era algo que no podía permitirse.

-Por aquí, doctor. -El hombre del servicio secreto le condujo por un pasillo hasta una puerta frente a la que montaban guardia varios policías uniformados. Se echó a un lado, y Eric entró.

En el centro de la habitación, en una enorme y desordenada cama, estaba Gino Molinari, tendido de espaldas, contemplando un aparato de televisión instalado en el techo.

-Me estoy muriendo, doctor -dijo Molinari, volviendo hacia él la cabeza-. Creo que estos dolores provienen ahora del corazón. Es probable que siempre fuera el corazón. -Su rostro, hinchado y enrojecido, brillaba por el sudor.

-Le haremos un electrocardiograma -dijo Eric.

-No. Ya me lo hicieron, hará unos diez minutos; no mostró nada. MI enfermedad es demasiado malditamente sutil para que sus instrumentos la detecten. Eso no significa que no esté ahí. He oído hablar de personas que tenían unas coronarias terribles y les han hecho electrocardiogramas y no han mostrado nada; ¿no es eso un hecho? Escuche, doctor. Yo sé algo que usted no sabe. Usted se pregunta por qué tengo estos dolores. Nuestros aliados..., nuestros socios en esta guerra. Han ideado un plan maestro que incluye apoderarse de la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana; me han mostrado el documento: se sienten tan confiados... Ya poseen un agente infiltrado en su fuma. Le digo esto por si acaso muero repentinamente debido a esta enfermedad; puede ocurrir en cualquier momento, usted lo sabe.

-¿Se lo ha dicho a Virgil Ackerman? -preguntó Eric. -Empecé a hacerlo, pero..., Cristo, ¿cómo puede uno decirle algo así a un viejo? Ni siquiera comprende el tipo de cosas que ocurren en una guerra total; esto no es nada, este apoderarse de las industrias más importantes de la Tierra. Probablemente sólo es el principio.

-Ahora que lo sé -dijo Eric-, creo que debería decírselo a Virgil.

-De acuerdo, dígaselo -admitió Molinari con voz rasposa-. Quizás encuentre usted una forma. Yo estuve a punto de hacerlo en Wash-35, pero... -Hizo una mueca de dolor-. Haga algo por mí, doctor; ¡esto me está matando!

Eric le administró una inyección intravenosa de morprocaína, y el secretario de las Naciones Unidas se apaciguó.

-Usted no sabe -murmuró Molinari con una voz sorda y relajada- lo que es enfrentarse a esos lilistarianos, doctor. Hice todo lo posible por quitárnoslos de encima. -Tras una pausa, añadió-: Ahora ya no siento el dolor; lo que haya hecho usted parece que ha dado resultado.

-¿Cuándo piensan seguir adelante con su intento de apoderarse de la CPTTP ¿Pronto?

-Dentro de unos días. Una semana. Su plan de operaciones es elástico. Una de las filiales de la empresa elabora una droga en la que están interesados..., usted probablemente no lo sepa. Tampoco lo sé yo. De hecho no sé nada, doctor; ése es el secreto de mi situación. Nadie me dice nada. Ni siquiera usted; qué es lo que va mal en mí, por ejemplo..., apuesto a que no me lo dirá.

Eric se volvió a uno de los hombres del servicio secreto que estaban observando y preguntó:

-¿Dónde puedo encontrar una cabina videofónica?

-No se vaya -dijo Molinari desde su cama, medio alzándose-. El dolor va a volver de inmediato; lo sé, puedo asegurárselo. Lo que quiero es que traiga aquí a Mary Reineke; necesito hablar con ella, ahora que me siento mejor. ¿Sabe, doctor?, no le he dicho nada de eso, no le he contado lo enfermo que estoy. Y usted tampoco lo hará; ella necesita mantener una imagen idealizada de mí. Las mujeres son así; para poder amar a un hombre tienen que alzar la vista para mirarle, tienen que glorificarle, ¿entiende?

-Pero cuando le ve tendido en la cama, ¿no piensa...

-Oh, ella sabe que estoy enfermo; sólo que no sabe que se trata de algo fatal, ¿entiende?

-Prometo que no le diré que se trata de algo fatal -asintió Eric.

-¿Lo es? -Los ojos de Molinari se desorbitaron, alarmados.

-No por todo lo que sé -dijo Eric. Cautelosamente, añadió-: De todos modos, he sabido por su historial que ha sobrevivido usted a varias enfermedades habitualmente fatales, incluido un cáncer de...

-No quiero hablar de ello. Me siento deprimido cuando me recuerdan todas las veces que he padecido cáncer.

-Creí que...

-¿Que iba a olvidarlo una vez recuperado? No, porque quizá la próxima vez no me recupere. Quiero decir, antes o después ganará él, y antes de que haya podido terminar mi trabajo. ¿Y qué le ocurrirá entonces a la Tierra? Imagínelo; haga una suposición.

-Iré a llamar a la señorita Reineke -dijo Eric, y se dirigió hacia la puerta de la habitación. Uno de los hombres del servicio secreto se unió a él para indicarle el camino al videófono.

Una vez fuera en el pasillo, el hombre del servicio secreto dijo en voz baja:

-Doctor, hay un enfermo en el nivel tres, uno de los cocineros de la Casa Blanca; se desvaneció de pronto, hará una hora. El doctor Teagarden está con él, y quiere que acuda usted para una consulta.

-Está bien -dijo Eric-. Iré a verle antes de videofonear. -Siguió al hombre del servicio secreto hacia el ascensor. Encontró al doctor Teagarden en el dispensario de la Casa Blanca.

-Le necesito -dijo de inmediato Teagarden- porque es usted un especialista en oros; se trata de un caso claro de angina de pecho, y vamos a necesitar un trasplorg de urgencia. Supongo que al menos se trajo usted consigo un corazón.

-Sí -murmuró Eric-. ¿Tiene este paciente un historial de dolencias cardíacas?

-No hasta hace dos semanas -dijo Teagarden-. Guando sufrió un ataque ligero. Entonces le administramos dorminil, por supuesto, dos veces al día. Y pareció recuperarse. Pero ahora...

-¿Cuál es la relación entre la angina de este hombre y la afección del secretario?

-¿Relación? ¿Acaso hay alguna?

-¿No le parece extraño? Los dos hombres desarrollan la misma afección casi al mismo tiempo...

-Pero en el caso de McNeil -dijo Teagarden, conduciendo a Eric hacia la cama-, el diagnóstico es incuestionable. Mientras que con el secretario Molinari no puede hacerse ningún diagnóstico preciso de angina; los síntomas no están ahí. Así que no veo ninguna relación. De todos modos -añadió apresuradamente-, éste es un lugar lleno de tensiones, doctor; la gente suele ponerse enferma regularmente.

-De todos modos, sigue pareciendo...

-En cualquier caso -interrumpió Teagarden-, el problema es puramente técnico; transplantar un nuevo corazón, y basta. -Es una lástima que no podamos hacer lo mismo arriba. -Eric se inclinó sobre la cama donde estaba tendido el paciente McNeil. Así que aquél era el hombre que sufría la dolencia que Molinari creía que tenía él. ¿Quién fue el primero?, se preguntó Eric. ¿McNeil o Gino Molinari? ¿Cuál fue la causa y cuál el efecto..., suponiendo

que exista una tal relación, lo cual es mucho suponer, incluso en el mejor de los casos? Como muy bien señala Teagarden.

Pero sería interesante saber, por ejemplo, si alguien de por allí sufrió cáncer de próstata cuando Gino lo tuvo..., así como los demás cánceres, infartos, hepatitis y cualquier otra cosa.

Valdría la pena revisar los historiales médicos de todo el personal de la Casa Blanca, conjeturó.

-¿Necesita que le ayude en el trasplorg? -preguntó Teagarden-. Si no, iré arriba con el secretario. Hay una enfermera de la Casa Blanca que puede ayudarle; estaba aquí hace un minuto.

-No le necesito. Lo que sí me gustaría es una lista de todas las enfermedades actuales que sufre la gente del lugar; cualquiera que esté en contacto físico cotidiano con Molinari, sean miembros del personal o visitantes ofíciales que acuden con frecuencia..., sea cual sea su cargo o puesto. ¿Puede conseguirlo?

-Con el personal, sí -dijo Teagarden-. Pero no con los visitantes; no tenemos historiales médicos de ellos. Evidentemente. -Miró a Eric con ojo crítico.

-Tengo la sensación -dijo Eric- de que en el momento mismo en que trasplantemos un nuevo corazón a McNeil, los problemas del secretario desaparecerán. Y los exámenes posteriores nos mostrarán que a partir de esta fecha el secretario se recuperó de una grave angina de pecho.

La expresión de Teagarden se agitó, se hizo opaca.

-Bien -dijo, y se encogió de hombros-. Metapsíquica y cirugía. Hemos conseguido una rara combinación con usted, doctor.

-¿Diría usted que Molinari posee la suficiente empatía como para desarrollar cualquier enfermedad que sufra toda persona a su alrededor? Y no me refiero a un plano únicamente histérico; me refiero a una genuina experiencia. Sufrirla.

-Una facultad empática así, si pretende usted dignificar el término llamándolo de este modo, no existe, que yo sepa -dijo Teagarden.

-Pero usted ha visto el historial -señaló suavemente Eric. Abrió su maletín del instrumental y empezó a montar las herramientas robant que iba a necesitar para el trasplante del corazón artificial.

7

Después de la operación -necesitó solamente media hora de trabajo por su parte-, Eric Sweetscent, acompañado por dos hombres del servicio secreto, se dirigió al apartamento de Mary Reineke.

-Es una idiota -dijo gratuitamente el hombre de su izquierda.

El otro hombre del servicio secreto, mayor y más canoso, replicó:

-¿Idiota? Ella sabe lo que hace actuar a la Mole; nadie más ha sido capaz de conseguirlo.

-No hay nada que conseguir -dijo el primer hombre del servicio secreto, el más joven-. No es más que la reunión de dos vacíos, y el resultado no es más que otro vacío un poco mayor.

-Sí, un vacío un poco mayor. El ha alcanzado la Secretaría de las Naciones Unidas; ¿crees que tú o cualquier otro hubiera podido hacer lo mismo? Aquí está su apartamento. -El hombre más viejo del servicio secreto se detuvo y señaló una puerta-. No se sorprenda cuando la vea -indicó a Eric-. Quiero decir, cuando vea que apenas es una chiquilla.

-Ya me lo han dicho -señaló Eric. Y llamó al timbre-. Lo sé todo respecto a ella.

-«Lo sé todo respecto a ella» -se burló el hombre del servicio secreto de su izquierda-. Magnífico por su parte..., teniendo en cuenta que no la ha visto nunca. Quizá sea usted el próximo secretario de las Naciones Unidas cuando la Mole sucumba al fin.

La puerta se abrió. Una muchacha sorprendentemente pequeña, morena, hermosa, con una camisa de hombre de seda roja con los faldones por encima de unos ajustados pantalones, les miró. Llevaba en la mano unas tijeras para las cutículas; evidentemente estaba arreglándose las uñas, que Eric vio que eran largas y luminosas.

-Soy el doctor Sweetscent. Me he unido al equipo médico de Gino Molinari. -Estuvo a punto de decir al equipo de su padre; retuvo las palabras apenas a tiempo.

-Lo sé -dijo Mary Reineke-. Y él quiere verme; se siente peor. Un minuto. -Se volvió para buscar una chaqueta, desapareció momentáneamente.

-Una pequeña universitaria -murmuro el hombre del servicio secreto a la izquierda de Eric. Agitó la cabeza-. Para cualquier tipo que no fuera él, eso sería un delito capital.

-Oh, cállate -restalló su compañero, mientras Mary Reineke regresaba enfundada en una pesada chaqueta azul marino de estilo marinero, con grandes botones.

-Pareja de chicos listos -dijo a los hombres del servicio secreto-, largaos; quiero hablar con el doctor Sweetscent sin que peguéis vuestras gordas y sucias orejas a mis palabras.

-De acuerdo, Mary. -Sonriendo, los dos hombres del servicio secreto se alejaron. Eric se quedó a solas en el pasillo con la muchacha enfundada en su pesada chaqueta, pantalones ajustados y zapatillas.

Caminaron unos instantes en silencio, y luego Mary dijo:

-¿Cómo se encuentra?

Cautelosamente, Eric respondió:

-En muchos aspectos excepcionalmente sano. Casi increíblemente sano. Pero...

-Pero se está muriendo. Constantemente. Está enfermo, pero sigue y sigue..., me gustaría que terminara todo; me gustaría que él... -Hizo una pausa, pensativa-. No, no deseo eso. Si Gino muriera, yo sería echada de aquí a patadas. Junto con todos los primos y tíos y bambinos. Habría una limpieza general de toda la basura que llena el lugar. -Sus palabras eran sorprendentemente amargas e intensas; Eric la miró atentamente; sorprendido-. ¿Ha venido usted aquí para curarle? -preguntó.

-Bien, puedo intentarlo. Al menos, puedo...

-¿O está usted aquí para administrarle..., cómo lo llaman? El golpe final, ya sabe. El golpe algo.

-El golpe de gracia -dijo Eric.

-Si -asintió Mary Reineke-. ¿Y bien? ¿Para qué ha venido usted? ¿O no lo sabe? ¿Está usted tan confuso como él, es eso?

-No estoy confuso -dijo Eric; tras una pausa.

-Entonces sabe cuál es su deber. Es usted el hombre de los orgtifs, ¿no? El gran cirujano trasplorg..., he leído sobre usted en el Time, creo recordar. ¿No opina usted que el Time es una revista altamente informativa en todos los campos? La leo de principio a fin cada semana, especialmente las secciones médica y científica.

-¿Va usted... a la escuela? -preguntó Eric.

-Tengo un título. De estudios superiores, no universitario; no siento ningún interés hacia eso que llaman «enseñanza a alto nivel».

-¿Qué es lo que quiere ser?

-¿Qué quiere decir usted con eso? -Le miró, suspicaz. -Quiero decir: ¿qué carrera desea seguir?

-No necesito ninguna carrera.

-Pero usted no podía saber esto; mientras estudiaba no tenía forma alguna de decir que iba a terminar... -hizo un gesto-, aquí en la Casa Blanca.

-Por supuesto que lo sabía. Siempre lo supe, durante toda mi vida. Desde que tenía tres años.

-¿Cómo?

-Yo era..., soy..., uno de esos precogs. Podía predecir el futuro. -Su tono era tranquilo.

-¿Todavía puede hacerlo?

-Seguro.

-Entonces no necesita preguntarme por qué estoy aquí; puede mirar hacia delante y ver lo que hago.

-Lo que usted hace -señaló Mary- no es lo bastante importante; no queda registrado. -Sonrió, mostrando unos hermosos y regulares dientes blancos.

-No puedo creer eso -protestó él, picado en su amor propio.

-Entonces sea usted su propio precog; no me pregunte lo que sé si no está interesado en los resultados. O es incapaz de aceptarlos. Éste es un ambiente de degollina, aquí en la Casa Blanca; siempre hay un centenar de personas chillando para intentar llamar la atención de Gino, las veinticuatro horas del día. Uno tiene que luchar para abrirse camino entre todas ellas. Eso es lo que enferma a Gino... lo que le hace fingir que está enfermo.

-«Fingir» -repitió Eric.

-Es un histérico; usted sabe que aunque cree que tiene todas las enfermedades del mundo, no las tiene. Es su forma de quitarse a la gente de encima; simplemente está demasiado enfermo para atenderlos a todos. -Rió alegremente-. Usted lo sabe..., lo examinado. En realidad no tiene nada.

-¿Ha leído usted su historial?

-Por supuesto.

-Entonces sabe que Gino Molinari ha tenido cáncer en tres ocasiones distintas.

-¿Y? -Hizo un gesto-. Cáncer histérico. -En la profesión médica no existe...

-¿En qué cree usted, en sus libros de texto o en lo que ve con sus propios ojos? -Lo estudió intensamente-. Si espera sobrevivir aquí, será mejor que empiece a ser realista; será mejor que empiece a detectar los hechos cuándo los encuentre. ¿Cree usted que Teagarden se alegra de su presencia? Es usted una amenaza para su status; ya ha empezado a buscar formas de desacreditarle..., ¿o no se ha dado cuenta de ello?

-No -dijo-. No me he dado cuenta de ello.

-Entonces no tiene usted ninguna posibilidad. Teagarden conseguirá sacarlo de aquí tan rápido que... -Se interrumpió. Ante ellos estaba la puerta del enfermo y las dos hileras de hombres del servicio secreto-. ¿Sabe por qué Gino tiene realmente todos esos dolores? Para que lo mimen. Para que la gente lo cuide como si fuera un bebé; quiere ser un bebé de nuevo, para no tener así las responsabilidades de un adulto. ¿Entiende?

-Las teorías como ésta -dijo Eric- suenan tan perfectas, tan resbaladizas, tan fáciles de presentar...

-Pero son ciertas -indicó Mary-. En este caso al menos. -Pasó junto a los hombres del servicio secreto, abrió la puerta y entró. Se dirigió a la cama de Gino, le miró y dijo-: Ponte en pie, maldito perezoso.

Gino abrió los ojos y se agitó penosamente.

-Ah, eres tú. Lo siento, pero yo...

-Nada de lo sientes -dijo Mary con voz seca-. No estás enfermo. ¡Levántate! Me avergüenzas; todo el mundo se avergüenza de ti. Sólo estás asustado, actúas como un bebé..., ¿cómo esperas que te respete cuando actúas de este modo?

Al cabo de un momento, Gino dijo:

-Quizá no espere que lo hagas. -Parecía más deprimido que enojado por las invectivas de la muchacha. Miró a Eric-. ¿La ha oído, doctor? -dijo melancólicamente-. Nadie puede detenerla; entra aquí mientras yo me estoy muriendo y me habla de este modo..., quizá ésa sea la razón de que me esté muriendo. -Se frotó tentativamente el pecho y el estómago-. Ya no lo siento. Creo que esta inyección que me dio me ha ido bien; ¿qué era?

No la inyección, pensó Eric, sino la intervención quirúrgica de abajo, en McNeil. Tu dolencia ha desaparecido porque un ayudante de cocinero del personal de la Casa Blanca tiene ahora un corazón orgtif Yo estaba en lo cierto.

-Si te encuentras bien... -empezó a decir Mary.

-De acuerdo -suspiró Molinari-. Me levantaré; pero déjame solo, ¿quieres, por el amor de Dios? -Se agitó, luchando por ponerse en pie-. De acuerdo..., me levantaré; ¿estarás satisfecha así? -Su voz se convirtió en un grito de furia.

Mary Reineke se volvió a Eric:

-¿Lo ve? Puedo hacer que salga de la cama; puedo conseguir que se ponga de nuevo en pie como un hombre.

-Mis felicitaciones -murmuró hoscamente Gino, mientras se levantaba temblorosamente de la cama-. No necesito a ningún médico, sólo te necesito a ti. Pero he observado que fue el doctor Sweetscent quien me libró de mis dolores, no tú. ¿Qué has hecho tú nunca, excepto gritarme? Si estoy de nuevo en pie es gracias a él. -Pasó junto a ella, se dirigió al armario en busca de su bata.

-Me odia -dijo Mary a Eric-. Pero en el fondo sabe que tengo razón. -Parecía perfectamente tranquila y segura de sí misma; permaneció de pie con los brazos cruzados, observando al secretario mientras éste se ataba el cinturón de su bata azul y se ponía sus zapatillas de ante.

-Así es siempre -murmuró Molinari a Eric, señalando a Mary con la cabeza-. Ella lo gobierna todo..., según sus deseos.

-¿Tiene que hacer siempre lo que ella dice? -preguntó Eric. Molinari se echó a reír.

-Por supuesto. ¿Por qué no?

-¿Qué ocurrirá si no lo hace? ¿Conseguirá ella que el cielo se desplome sobre su cabeza?

Molinari asintió con la cabeza.

-Sí, ella es capaz de hacer que se desplome cualquier cosa. Es un auténtico talento psiónico..., lo que se llama ser una mujer. Como su esposa Kathy. Me alegra tenerla aquí; me gusta. No me importa que me chille..., después de todo, me he levantado de la cama y eso no me ha hecho ningún daño; ella tenía razón.

-Siempre sé cuándo finges que estás enfermo -dijo Mary.

-Venga conmigo, doctor -dijo Molinari a Eric-. Tienen que enseñarme algo; quiero que usted lo vea también.

Seguidos por los hombres del servicio secreto, cruzaron el pasillo y penetraron en una habitación cerrada y custodiada que Eric vio que era una sala de proyección; la pared del fondo consistía en una pantalla visara permanente a gran escala.

-Soy yo pronunciando un discurso -explicó Molinari a Eric mientras se sentaban. Hizo una seña, y una cinta de vídeo se puso en funcionamiento, proyectada sobre la gran pantalla-. Será transmitida mañana por la noche, por todos los canales de televisión. Quiero su opinión por anticipado, en caso de que haya algo que deba cambiar. -Miró tímidamente a Eric, como si hubiera algo más que no había dicho.

¿Por qué quiere mi opinión?, se preguntó Eric mientras contemplaba la imagen del secretario de las Naciones Unidas llenar la pantalla. La Mole, con toda la parafernalia militar de gala que lo identificaba como el comandante supremo de las fuerzas armadas de la Tierra: medallas y cintas y bandas y, por encima de todo, la rígida gorra de mariscal, cuya visera ocultaba en parte el redondo rostro de recia mandíbula, de modo que solamente era visible la parte inferior, la cerdosa barbilla, con una desconcertante mueca.

Y las mejillas, sorprendentemente, no colgaban; se habían convertido, por alguna razón que Eric no podía adivinar, en firmes y decididas. Era un rostro severo, como una roca, el que aparecía en la pantalla, firme y decidido y fortalecido por una autoridad interna que Eric no había visto antes en la Mole..., ¿o sí?

Sí, pensó. Pero había sido hacía años, cuando la Mole había accedido a su cargo, cuando era más joven y no tenía sobre sus hombros todas sus aplastantes responsabilidades. Y ahora, en la pantalla, la Mole habló. Y su voz…, era la vieja voz original de tiempos pasados; era exactamente tal como había sido hacía una década, antes de aquella terrible guerra que estaban perdiendo.

Molinari rió suavemente a su lado y dijo, hundido en el mullido asiento al lado de Eric:

-Tengo buen aspecto, ¿verdad?

-Lo tiene. -El discurso se desarrolló en la pantalla, sonoro, incluso conteniendo, aquí y allá, una huella de sorprendente majestuosidad. Y era precisamente esto lo que Molinari había perdido: se había convertido en alguien digno de lástima. En la pantalla, el hombre maduro y digno vestido con todas sus galas militares se expresaba claramente con una voz que restallaba las frases sin vacilar; el secretario de las Naciones Unidas, en la cinta de vídeo, exigía e informaba, no suplicaba, no se dirigía al electorado de la Tierra en petición de ayuda..., le decía lo que había que hacer en aquel período de crisis. Y así era como tenía que ser. ¿Pero cómo lo habían conseguido? ¿Cómo había podido el suplicante inválido hipocondríaco, aquejado por sus eternos sufrimientos, alzarse por encima de sí mismo hasta conseguir aquello? Eric estaba desconcertado.

A su lado; Molinari dijo:

-Todo esto es falso. No soy yo. -Sonrió con deleite cuando Eric le miró primero a él, luego a la pantalla.

-Entonces, ¿quién es?

-No es nadie. Es un robant. La Empresa General de Robants Domésticos lo hizo para mí..., este discurso es su primera aparición. Es muy bueno, idéntico a como era yo antes; sólo el verlo me hace sentir de nuevo joven. -Y, se dio cuenta Eric, el secretario de las Naciones Unidas que tenía a su lado se parecía ahora un poco más a su antiguo yo; parecía haber rejuvenecido mientras permanecía sentado allá contemplando a su simulacro en la pantalla. La Mole, por encima y más allá de todos los demás, se sentía arrastrado por el espectáculo amañado; él era el primer converso-. ¿Quiere ver el modelo? Es alto secreto, por supuesto..., sólo tres o cuatro personas saben de su existencia, además de Dawson Cutter de la EGRD, por supuesto. Pero ellos lo mantienen a un nivel confidencial; están acostumbrados a realizar material confidencial dentro de su contrato de material de guerra. -Dio una palmada a Eric en la espalda-. Va a entrar usted en uno de esos secretos de estado; ¿cómo se siente? Así es como funcionan los estados modernos; hay cosas que el electorado no sabe, no debe saber por su propio bien. Todos los gobiernos han funcionado así, no sólo el mío. ¿Imagina que sólo es el mío? Si es cierto, todavía le queda mucho por aprender. Utilizo un robant para hacer mis discursos porque en estos momentos yo no... -hizo un gesto- presento una imagen visual adecuada, pese a lo que puedan hacer conmigo los técnicos en maquillaje. Es un trabajo imposible. -Ahora parecía hosco, ya no bromeaba-. Así que accedí. Hay que ser realista. -Se hundió en su asiento, pensativo.

-¿Quién escribió el discurso?

-Yo, por supuesto. Aún puedo elaborar un manifiesto político que refleje la situación, que le diga a la gente cómo estamos resistiendo y adónde vamos y qué es lo que tenemos que hacer. Mi mente afín sigue aquí. -Se palmeó la abultada frente-. De todos modos, sin embargo, necesité un poco de ayuda.

-«Ayuda» -hizo eco Eric.

-Un hombre al que quiero que conozca..., un joven y brillante abogado que «chía como consejero confidencial para mí; sin sueldo. Don Festenburg, un mago; se sentirá usted tan impresionado con él como yo. Tiene un don para remodelar; condensar, extractar la sustancia de las cosas y presentarla en unas pocas frases destiladas... Yo siempre he tendido a explayarme demasiado; todo el mundo sabe eso. Pero ya no, no con Festenburg a mi lado. Él ha programado ese simulacro..., realmente ha salvado mi vida.

En la pantalla, su imagen sintética estaba diciendo con energía:

-...y reuniendo el destello colectivo de nuestras distintas sociedades nacionales, nosotros, como terrestres, presentamos una formidable asociación, más que sólo un planeta, pero comprensiblemente menos; por el momento, que un imperio interplanetario del orden de Lilistar..., aunque quizá...

-Yo..., preferiría no tener que contemplar el simulacro -decidió Eric.

Molinari se encogió de hombros.

-Es una ocasión única, pero si no está usted interesado o le inquieta... -Miró fijamente a Eric-. Quizá prefiera conservar su imagen idealizada de mí; quizás imagine que la cosa que está hablando ahí en la pantalla es real. -Se echó a reír-. Creí que un médico, al igual que un abogado o un sacerdote, podría resistir la impresión de ver la vida tal como es; creí que la verdad era su pan de cada día. -Se inclinó ansioso hacia Eric; su asiento emitió una protesta bajo su cuerpo, cediendo bajo el excesivo peso-. Soy demasiado viejo. Ya no puedo hablar de una forma brillante. Dios sabe que me gustaría hacerlo. Pero esto es una solución; ¿acaso sería mejor que renunciara?

-No -admitió Eric. Eso no resolvería sus problemas.

-De modo que utilizo un sustituto robant, para que recite las frases que Don Festenburg le ha programado. Lo importante es: seguimos adelante. Y eso es lo que importa. De modo que aprenda a vivir con ello, doctor; sea adulto. -Su rostro, ahora, era frío, obstinado.

-De acuerdo -dijo Eric al cabo de un momento.

-Molinari le dio una palmada en el hombro y dijo, con voz muy baja:

-Los lilistarianos no saben nada acerca de este simulacro y del trabajo de Don Festenburg; no quiero que lo descubran, doctor, porque me gusta impresionarles también a ellos. ¿Comprende? De hecho, he enviado una copia de este vídeo a Lilistar; ya está en camino. ¿Quiere saber la verdad, doctor? Francamente, estoy más interesado en impresionarles a ellos que a nuestra propia población. ¿Le sorprende eso? Dígamelo sinceramente.

-Me sorprende -admitió Eric- como un preocupante comentario de nuestra situación actual.

La Mole le miro con aire sombrío.

-Quizá sí. Pero de lo que no se da usted cuenta es de que esto no es nada; si tuviera usted alguna idea de...

-No me diga más. No ahora.

En la pantalla, la imitación de Gino Molinari tronaba y retumbaba, gesticulando hacia la invisible audiencia televisiva.

-De acuerdo, de acuerdo -aceptó Molinari, algo ablandado-. Lamento haberle preocupado con mis problemas. -Abatido ahora, con el rostro más colgante y surcado de arrugas que nunca, volvió de nuevo su atención a la pantalla, a la saludable, vigorosa, completamente sintética imagen de lo que él había sido.

En la cocina de su apartamento, Kathy Sweetscent alzó con dificultad un cuchillo pequeño, intentó cortar una cebolla, pero descubrió con incredulidad que de alguna forma se había hecho un corte en el dedo; se inmovilizó, sujetando en silencio el cuchillo, contemplando las rojas gotas que se deslizaban de su dedo y se mezclaban con el agua que había salpicado su muñeca. Ya no podía manejar ni siquiera los objetos más habituales. ¡Maldita droga!, pensó con una amarga furia. A cada minuto que pasa me hace más impotente. Ahora todo es superior a mí. ¿Cómo demonios voy a prepararme la cena?

De pie a su lado, Jonas Ackerman dijo, preocupada:

-Hay que hacer algo con usted, Kathy. -La observó mientras ella iba al cuarto de baño en busca de un vendaje autoadhesivo-. Ahora está derramando los vendajes por todos lados; ni siquiera puede manejar eso. Si me dijera lo que le ocurre -se quejó-, quizá...

-Póngame el vendaje; ¿quiere? -Aguardó en silencio mientras Jonas aplicaba el vendaje autoadhesivo sobre su dedo cortado-. Se trata de la JJ-180 -estalló bruscamente, sin premeditación-. Estoy enganchada, Jonas. Los lilistarianos lo hicieron. Por favor ayúdeme, sáqueme de esto. ¿Quiere?

Jonas se estremeció y dijo:

-Yo..., no sé exactamente lo que hay que hacer. Se trata de una droga tan nueva. Por supuesto, nos pondremos en contacto inmediatamente con nuestra subsidiaria. Y toda la compañía la respaldará, incluido Viro.

-Hable con Virgil ahora mismo.

-¿Ahora? Su sentido del tiempo, Kathy; la urgencia no es más que una consecuencia de la droga. Le veré mañana.

-Maldita sea, no quiero a morir a causa de esa drogar Así que mejor véalo esta noche, Jonas; ¿entiende?

Tras una pausa, Jonas dijo:

-De acuerdo. Le llamaré.

-Las videolíneas estarán intervenidas. Por los lilistarianos.

-Ésta es una idea paranoide. Inducida por la droga.

-Les temo -dijo ella, temblando-. Pueden hacer cualquier cosa. Vaya a ver a Virgil cara a cara, Jonas; llamarle no es suficiente. ¿O no le importa lo que pueda ocurrirme?

-¡Por supuesto que me importa! De acuerdo, iré a ver al viejo. ¿Pero estará bien sola?

-Sí -dijo Kathy-. Me sentaré en la sala de estar y no haré nada. Me limitaré a esperar a que vuelva usted con algún tipo de ayuda. ¿Qué puede ocurrirme si no intento hacer nada, si me limito a quedarme sentada ahí?

-Puede sumirse en un estado de agitación morbosa. Puede verse dominada por el pánico..., echar a correr. Si es cierto que se halla usted bajo los efectos de la JJ-180...

-¡Es cierto! -dijo con fuerza-. ¿Cree que estoy bromeando?

-De acuerdo -dijo Jonas, renunciando. La condujo hasta el diván de la sala de estar, la ayudó a sentarse-. Dios, espero que está usted bien..., espero no estar cometiendo un error. -Se le notaba sudoroso y pálido, el rostro crispado por la preocupación-. La veré de nuevo en media hora, Kathy. Cristo, si algo va mal, Eric nunca me perdonará, y no podré culparle por ello. -La puerta del apartamento se cerró tras él. Ni siquiera dijo adiós.

Se quedó sola.

Fue inmediatamente al videófono y tecleó un número.

-Un taxi. -Dio su dirección y colgó.

Un momento más tarde, con la chaqueta echada sobre los hombros, salió apresuradamente del edificio y penetró en la nocturnidad de la calle.

Cuando el taxi autónomo la recogió, dio la dirección de la tarjeta que Corning le había dado.

Si puedo conseguir una nueva dosis de la droga, pensó, mi mente se aclarará y podré razonar lo que tengo que hacer; tal como estoy ahora no puedo pensar. Cualquier cosa que decida en este estado será inútil. Me debo a mí misma restablecer el funcionamiento normal -o al menos el funcionamiento que desea- de mis facultades; sin eso no puedo sobrevivir y estoy condenada. Sé, pensó furiosa, que la única salida de esto es el suicidio; es sólo cuestión de horas, como máximo. Y Jonas no podrá ayudarme en tan poco tiempo.

La única forma en que podía librarme de él, se dijo, es la que he elegido; contarle mi adicción. De otro modo no se hubiera separado de mí, y nunca hubiera tenido la oportunidad de acudir a Corning en busca de más droga. Conseguí la oportunidad que necesitaba, pero ahora los Ackerman saben lo que me ocurre e intentarán más que nunca mantenerme alejada de Cheyenne e impedir que me reúna con Eric. Quizá debiera ir allí esta misma noche, sin regresar siquiera a mi apartamento. Irme tan pronto como consiga las cápsulas. Dejarlo todo atrás, abandonarlo.

¿Hasta qué punto puede una volverse loca?, se preguntó. Y sólo había sido necesario exponerse a una cápsula de JJ-180 para conseguir esto; ¿qué ocurrirá cuando las tome repetidamente..., o incluso tan sólo dos veces?

El futuro, para ella, era piadosamente oscuro. Francamente, no lo sabía.

-Su destino, señora. -El taxi se posó en el tejado de un edificio-. Será un dólar y veinte centavos estadounidenses, más veinticinco centavos de propina.

-Que te jodan a ti y a la propina -dijo Kathy, abriendo el bolso; sus manos temblaban, apenas fue capaz de sacar el dinero.

-Sí, señora -dijo obedientemente el taxi autónomo.

Pagó y salió. Una tenue luz de guía le mostró su camino descendente. Vaya edificio destartalado para ser ocupado por los lilistarianos, pensó. Seguramente no era lo bastante bueno para ellos; pero tenían que fingir ser terrestres. Su único consuelo era más bien amargo: los lilistarianos, como los terrestres, estaban perdiendo la guerra, terminarían siendo derrotados. Apoyándose en ese pensamiento, incrementó su paso, se sintió más confiada; no solamente odiaba a los lilistarianos: podía, por un momento, despreciarlos.

Reconfortada por este pensamiento, alcanzó el, apartamento ocupado por los lilistarianos, llamó al timbre, y aguardó.

Fue el propio Corning quien abrió; vio, tras él, a otros lilistarianos, en obvia conferencia: In camera, se dijo a sí misma; les estoy interrumpiendo. Peor para ellos; fue él quien me dijo que viniera.

-Señora Sweetscent. -Corning se volvió hacia los demás a sus espaldas-. ¿No es ése un nombre agradable? Dulce aroma. Pase, Kathy. -Mantuvo la puerta abierta.

-Tráigamelo aquí fuera. -Kathy no se movió del pasillo-. Voy camino de Cheyenne; le alegrará saberlo. Así que no me haga perder el tiempo. -Tendió la mano.

Una expresión de lástima -increíble- cruzó el rostro de Corning; la dominó soberbiamente. Pero ella la había visto, y esto la impresionó, más que cualquier otra cosa que le hubiera ocurrido hasta entonces, incluida la propia adicción o sus sufrimientos cuando la droga había dejado de causar efecto... Nada podía impresionarla más que la lástima de Corning. Si soy capaz de conmover a un lilistariano... Se estremeció. Oh, Dios, pensó; tengo realmente problemas. Debo estar encaminándome a paso acelerado hacia la muerte.

-Mire -dijo, con voz que quiso que fuera razonable-. Mi adicción puede que no dure siempre. He descubierto que usted me mintió; la droga procede de la Tierra, no del enemigo, y pronto o más tarde nuestra subsidiaria conseguirá librarme de ella. Así que no tengo miedo. -Aguardó mientras Corning iba en busca de la droga; al menos supuso que eso era lo que había ido a buscar. Había desaparecido en alguna parte.

Uno de los otros lilistarianos la observó fríamente y dijo:

-Puede usted difundir esa droga por todo Lilistar durante una década, y no encontrará a nadie lo bastante inestable como para sucumbir a ella.

-Correcto -admitió Kathy-. Ésa es la diferencia entre ustedes y nosotros; parecemos iguales, pero interiormente ustedes son fuertes y nosotros somos débiles. Maldita sea; les envidio. ¿Cuánto tiempo va a necesitar el señor Corning?

-Volverá dentro de un momento -dijo el lilistariano. Y, dirigiéndose a uno de sus compañeros-: Es hermosa.

-Sí, hermosa como un animal -respondió el otro-. ¿Así que te gustan los animales hermosos? ¿Es por eso por lo que fuiste asignado aquí?

Corning regresó.

-Kathy, le daré tres cápsulas. No tome más de una a la vez. De otro modo su toxicidad será probablemente fatal para su corazón.

-De acuerdo. -Aceptó las cápsulas-. ¿Tiene una copa o un vaso de agua para tomar una ahora mismo?

Le trajo un vaso, aguardó irradiando simpatía hacia ella mientras Kathy tragaba la cápsula.

-Hago esto -explicó ella- para aclarar mi mente y poder planear lo que tengo que hacer. Dispongo de amigos que me están ayudando. Pero iré a Cheyenne porque un trato es un trato, incluso con ustedes. ¿Puede darme el nombre de alguien allí..., ya sabe, alguien que pueda proporcionarme más cuando las necesite? Si las necesito, quiero decir.

-No tenemos a nadie en Cheyenne que pueda ayudarla. Me temo mucho que va a tener que volver aquí cuando se le acaben estas tres.

-Su infiltración en Cheyenne no ha tenido mucho éxito, entonces.

-Me temo que no. -Coming no parecía preocupado, sin embargo.

-Adiós -dijo Kathy, apartándose de la puerta-. Oh, mírense -añadió, dirigiéndose al grupo de lilistarianos dentro del apartamento-. Dios, son detestables. Tan seguros de sí mismos. ¿Qué tipo de victoria es la que…? -Se interrumpió; ¿de qué serviría?-. Virgil Ackerman sabe lo que me ocurre. Apuesto a que puede hacer algo; él no les teme, es demasiado importante.

-De acuerdo -dijo Corning, asintiendo-. Siga abrazando esa consoladora ilusión, Kathy. Mientras tanto, asegúrese de no contárselo a nadie más, porque si lo hace, entonces no habrá más cápsulas. No hubiera debido decírselo a los Ackerman, pero dejaré pasar eso; después de todo, su mente estaba enturbiada por la ausencia de la droga..., era algo que esperábamos. Lo hizo en un estado de pánico. Buena suerte, Kathy. Volveremos a saber pronto de usted.

-¿No puedes darle más instrucciones ahora? -dijo un lilistariano a espaldas de Corning; tenía unos ojos soñolientos, como los de un sapo, y arrastraba las palabras al hablar.

-Sería incapaz de retener nada -dijo Corning-. Ya le estamos exigiendo mucho; ¿no ves lo abrumada que está?

-Dale un beso de despedida -sugirió el lilistariano. Avanzó unos pasos-. O, si eso no la anima lo suficiente...

La puerta del apartamento se cerró ante el rostro de Kathy. Aguardó unos momentos, inmóvil, y luego echó a andar de vuelta por el pasillo hacia la rampa de ascenso. Mareada, pensó; estoy empezando a sentirme desorientada..., espero poder conseguir un taxi. Una vez esté dentro del taxi todo volverá a ir bien. Jesús, pensó, me han tratado de mala manera; hubiera debido importarme, pero no me importa. No mientras tenga esas dos cápsulas de reserva de JJ-180. Y pueda conseguir más.

Las cápsulas eran como una forma concentrada de la propia vida, y al mismo tiempo todo lo que contenían estaba constituido por una absoluta ilusión. Qué lío, pensó confusamente, mientras salía al tejado y miraba a su alrededor en busca de la luz roja parpadeante de un taxi autónomo. Un... auténtico lío.

Encontró un taxi, y estaba sentada en él camino de Cheyenne cuando se dio cuenta de que la droga estaba empezando a hacer efecto.

Su manifestación inicial fue desconcertante. Se preguntó si podía inferir alguna pista de su auténtica acción a partir de ello; le pareció algo terriblemente importante, e intentó con todas sus energías mentales captar hasta el último detalle. Tan simple, y, sin embargo, tan significativo.

El corte en su dedo había desaparecido.

Examinó el lugar, allí sentada, tocándose la perfecta y suave piel. Ningún corte. Ninguna cicatriz. Su dedo era exactamente igual que antes..., como si el tiempo hubiera hecho marcha atrás. El vendaje autoadhesivo había desaparecido también, y eso parecía confirmar la idea, hacerlo todo claramente comprensible, incluso a sus facultades que se deterioraban rápidamente.

-Mira mi mano -le dijo al taxi, tendiéndola hacia delante-. ¿Ves la señal de alguna herida? ¿Creerás que me hice un profundo corte hace apenas media hora?

-No, señora -dijo el taxi mientras circulaban por encima del llano desierto de Arizona, en dirección norte, hacia Utah-. Parece que no se haya hecho nada.

Ahora comprendo lo que hace la droga, pensó. Por qué hace que los objetos y las personas se vuelvan insustanciales. No es tan mágico, y no es meramente alucinógeno; mi corte ha desaparecida realmente..., esto no es una ilusión. ¿Recordaré esto luego? Quizás, a causa de la droga, lo olvide; nunca habrá habido un corte, al cabo de un cierto tiempo, a medida que la acción de la droga se difunda y engulla más y más de mí.

-¿Tienes algo para escribir? -preguntó al taxi.

-Aquí, señora. -De una ranura en el asiento frente a ella apareció una tablilla con una hoja de papel y un estilo unido a ella.

Cuidadosamente, Kathy escribió: La JJ-180 me hizo retroceder hasta antes de que me cortara el dedo.

-¿A qué día estamos? -preguntó al taxi.

-18 de mayo, señora.

Intentó recordar si la fecha era correcta, pero se sentía atontada; ¿estaba perdiendo ya la noción de las cosas? Había sido una buena idea escribir la nota. ¿La había escrito realmente? La tablilla con el estilo estaban en su regazo.

La nota decía: La JJ-180 me hizo.

Y eso era todo; el resto no era más que una confusa sucesión de garabatos sin ningún significado.

Y, sin embargo, sabía que había completado la frase, fuera la que fuese; ahora podía recordarlo. Como por reflejo, examinó su mano. ¿Pero qué tenía que ver su mano con aquello?

-Taxi -dijo apresuradamente, mientras sentía que el equilibrio de su personalidad se diluía-, ¿qué te pregunté hace un instante?

-La fecha.

-Antes de eso.

-Me pidió algo para escribir, señora.

-¿Y antes?

El taxi pareció dudar. Pero quizá sólo fuera su imaginación.

-No, señora; nada antes que eso.

-¿Nada acerca de mi mano?

Ahora no cabía ninguna duda: los circuitos del taxi vacilaron. Finalmente dijo, con voz crujiente:

-No, señora.

-Gracias -dijo Kathy, y se reclinó en su asiento, frotándose la frente y pensando. Todo es tan confuso. Entonces no se trata de algo meramente subjetivo; ha habido un auténtico cortocircuito en el tiempo, que ha implicado tanto a mí como a lo que me rodea.

El taxi, como disculpándose por no haber podido ayudarla, dijo:

-Puesto que el viaje va a tomar varias horas, señora, ¿no quiere ver un poco la televisión? La pantalla está situada directamente delante de usted; sólo tiene que apretar el pedal.

Por puro reflejo, conectó la pantalla con la punta del pie. Cobró vida de inmediato, y Kathy se halló contemplando una imagen familiar, la de su líder, Gino Molinari, en medio de un discurso.

-¿Es satisfactorio este canal? -preguntó el taxi, aún como si se disculpara.

-Oh, sí -respondió-. De todos modos, cuando él sale por televisión, lo hace simultáneamente en todos los canales.

-Esa era la ley.

Y, sin embargo, allí también, en aquel espectáculo familiar, algo extraño le absorbió. Miró la pantalla y pensó: parece más joven. Como lo recuerdo de cuando yo era niña. Exuberante, lleno de animación y siempre gritando, con los ojos vivos con aquella antigua intensidad; su yo original que nadie habla olvidado, aunque hacía mucho tiempo que habla desaparecido ya. Sin embargo, obviamente no hacía tanto tiempo; lo estaba viendo con sus propios ojos, y se sintió más desconcertada que nunca.

¿Me está haciendo esto la JJ-180?, se preguntó, y no obtuvo respuesta.

-¿Le gusta ver al señor Molinari? -preguntó el taxi.

-Sí -dijo Kathy-, me gusta verle.

-¿Puedo atreverme a pronosticar -dijo el taxi- que obtendrá el cargo por el que está luchando, el de secretario de las Naciones Unidas?

-Estúpida máquina robant autónoma -dijo Kathy, con un estremecimiento-. Hace años que ocupa este cargo. -¿Años?, pensó. Sí, la Mole tenia este aspecto durante su campaña,

hacía décadas..., quizás era eso lo que habla confundido los circuitos del taxi-. Perdona -dijo-. ¿Pero dónde demonios has estado últimamente? ¿Aparcado en una autofac, en un taller de reparaciones? ¿Durante veintidós años?

-No, señora. En servicio activo. Es usted, si me permite decirlo, la que parece un tanto confusa. ¿Necesita asistencia médica? En este momento sobrevolamos el desierto, pero pronto pasaremos por encima de St. George, Utah.

Se sintió violentamente irritable.

-Por supuesto que no necesito asistencia médica; estoy perfectamente. -Pero el taxi tenía razón. La influencia de la droga había caldo ya sobre ella con todas sus fuerzas. Se sintió enferma y cerró los ojos, apretando los dedos contra su frente, como si quisiera apartar la zona cada vez más amplia de su realidad psicológica, su yo privado, subjetivo. Estoy asustada, se dio cuenta. Siento como si mi cascarón estuviera a punto de desprenderse; esta vez me está golpeando de una forma mucho más dura que antes, no es lo mismo, quizá porque estoy sola en vez de con un grupo. Pero tengo que resistir. Si puedo.

-Señora -dijo de pronto el taxi-, ¿le importaría repetir su destino? Lo he olvidado. -Los circuitos cliquetearon en rápida sucesión, como si se sintiera mecánicamente embarazado-. Ayúdeme, por favor.

-No sé dónde vas -dijo ella-. Eso es asunto tuyo; apáñatelas. Vuela en círculos si no puedes recordarlo. -¿Qué le importaba a ella dónde iban? ¿Qué tenía que ver eso con ella?

-Empezaba con Ch -dijo el taxi, esperanzado.

-Chicago.

-Creo que no. De todos modos, si está usted segura... -Sus mecanismos vibraron cuando varió el rumbo.

Tú y yo estamos metidos en esto, se dio cuenta Kathy. En esta fuga inducida por la droga. Cometiste un error, señor Corning, dándome la droga sin supervisión. ¿Corning? ¿Quién era Corning?

-Sé dónde íbamos -dijo de pronto-. A Corning.

-No existe ese lugar -dijo llanamente el taxi.

-Tiene que existir. -Sintió un repentino pánico-. Comprueba de nuevo tus datos.

-¡De veras, no existe!

-Entonces estamos perdidos -dijo Kathy, con repentina resignación-. Dios, esto es horrible. Tengo que estar en Coming esta noche, y no existe ese lugar; ¿qué voy a hacer? Sugiéreme algo. Dependo de ti; por favor, no me dejes divagar de esta forma..., creo que estoy perdiendo la razón.

-Pediré ayuda administrativa -dijo el taxi-. Del servicio central en Nueva York. Un momento. -Guardó silencio durante unos instantes-. Señora, no hay servicio central en Nueva York, o si lo hay no puedo comunicarme con él.

-¿Hay algo en Nueva York?

-Emisoras de radio, montones de ellas. Pero no transmisiones de televisión, ni nada en la frecuencia modulada o en la ultrafrecuencia; nada en la banda que utilizamos nosotros. En estos momentos estoy captando una emisora de radio que está emitiendo algo titulado Mary Marlin. Una pieza para piano de Debussy sirve como tema musical.

Kathy conocía el serial; al fin y al cabo, era una coleccionista de antigüedades, y, además, era su trabajo.

-Conecta la radio para que yo pueda oírlo -indicó.

Un momento más tarde oyó una voz femenina contándole a otra mujer el relato detallado de sus sufrimientos, una historia deprimente. Que llenó a Kathy con una frenética excitación.

Están equivocados, pensó, con su mente funcionando a pleno rendimiento. Esto no va a destruirme. Olvidaron que esta época es mi especialidad..., la conozco tan bien como el presente. Para mí no hay nada amenazador o desintegrador en esta experiencia; de hecho, es una oportunidad.

-Deja conectada la radio -le dijo al taxi-. Y sigue volando. -Atentamente, escuchó el serial mientras el taxi seguía su camino.

8

Contra toda naturaleza y razón, era de día. Y el taxi autónomo sabia la imposibilidad; su voz chirrió dolorida cuando exclamó a Kathy:

-¡En la carretera de abajo, señora! ¡Un coche antiguo que no puede existir! -Su voz se desplomó-. ¡Mírelo por usted misma! ¡Mire!

Kathy miró hacia abajo y asintió.

-Sí. Un Ford modelo A de 1932. Y estoy de acuerdo contigo; ya no hay ningún Ford modelo A desde hace generaciones. -Reflexionó rápidamente y con precisión, luego dijo-: Quiero que tomes tierra.

-¿Dónde? -Decididamente, al taxi no le gustaba la idea. -En el pueblo de ahí delante. Aterriza en cualquier tejado. -Se sentía tranquila. Pero su mente estaba dominada por una comprensión: era la droga. Y sólo la droga. Esto duraría únicamente mientras la droga actuara dentro del ciclo de su metabolismo cerebral; la JJ-180 la había traído hasta allí sin advertencia previa, y la JJ-180 terminaría llevándola de vuelta a su propia tiempo..., también sin advertencia-. Quiero encontrar un banco -dijo en voz alta-. Y abrir una cuenta. Así... -Y entonces se dio cuenta de que no llevaba consigo dinero de aquella época; en consecuencia, no había la menor posibilidad de que pudiera hacer ningún tipo de operación financiera. Así pues, ¿qué podía hacer? ¿Nada? Llamar al presidente Roosevelt y advertirle de lo de Pearl Harbor, decidió cáusticamente. Cambiar la historia. Sugerir que en el futuro no se desarrollara la bomba atómica. Se sintió impotente..., y, sin embargo, abrumada por su poder potencial; experimentó ambas sensaciones a la vez, y notó que la mezcla era radicalmente desagradable. ¿Llevarme de vuelta algún artefacto del presente para Wash-35? ¿O dedicarme a algún tipo de investigación, dilucidar alguna disputa histórica? ¿Secuestrar al auténtico Babe Ruth, arrastrarla conmigo para que viva en nuestra empresa marciana? Eso seguramente le impartiría verosimilitud.

-Virgil Ackerman -dijo lentamente- vive en esta época como un niño pequeño. ¿No te sugiere nada esto?

-No -dijo el taxi.

-Esto me proporciona un enorme poder sobre él. -Abrió su bolso-. Le entregaré algo. Las monedas que llevo conmigo, algunos billetes. -Susurrarle la fecha en que los Estados Unidos entrarán en la guerra, pensó. Luego podrá utilizar ese conocimiento, de alguna forma..., encontrará el sistema; siempre ha sido listo, mucho más listo que yo. Dios, pensó, si pudiera meter la mano en ello. ¿Decirle que invierta en qué? ¿En la General Dynamics? ¿Apostando por Joe Louis en cada pelea? ¿Comprar propiedades en Los Ángeles? ¿Qué puedes decirle a un niño de ocho o nueve años cuando posees un conocimiento completo y exacto de los próximos ciento veinte años?

-Señora -dijo quejumbrosamente el taxi-, hemos estado volando tanto tiempo que se me está agotando el combustible. Se estremeció.

-Pero deberías tener el suficiente para al menos cincuenta horas -protestó.

-Andaba corto -admitió el taxi, reluctante-. Es culpa mía; lo siento. Iba camino a una estación de servicio cuando usted me contrató.

-Maldito mecanismo estúpido -murmuró Kathy, furiosa. Pero así estaban las cosas; no podían alcanzar Washington D.C.; al menos estaban a mil quinientos kilómetros de distancia. Y esta época, por supuesto, carecía del superrefinado protonex de alto índice que el taxi necesitaba. Y entonces, bruscamente, supo lo que tenía que hacer. El taxi, involuntariamente, le había dado la idea. El protonex era el mejor combustible jamás desarrollado..., y era un derivado del agua del mar. Todo lo que tenía que hacer era enviar por correo una lata de

protonex al padre de Virgil Ackerman, dándole las instrucciones pertinentes para que lo analizara y luego lo patentara.

Pero no había forma alguna en que pudiera enviar nada por correo, no sin el dinero suficiente para comprar los sellos. En el bolso tenía unos cuantos sellos sin usar, pero por supuesto eran de su propia época, de 2025... Se maldijo, furiosa y abrumada. Lo tengo aquí, ante mis propias narices, la solución de lo que tengo que hacer..., y no puedo hacerlo.

-¿Cómo puedo enviar una carta en este período temporal sin sellos de la época? -le preguntó al taxi-. Respóndeme a esto.

-Envíe la carta sin sellos y sin remitente, señora. La oficina postal la entregará, y le cobrará el franqueo al destinatario.

-Sí -dijo-. Por supuesto.

-Pero no podía enviar el protonex como carta; tendría que hacer un paquete y llevarlo a una oficina postal, y no se lo admitirían sin el franqueo correspondiente-. Escucha -dijo-, ¿Tienes transistores en tus circuitos?

-Algunos. Pero los transistores no sirven de nada cuando...

-Dame uno. No me importa para lo que te sirva; arráncalo y dámelo; cuanto más pequeño sea, mejor.

Al cabo de un momento, un minúsculo transistor cayó rodando por la abertura en el asiento; lo recogió antes de que llegara al suelo.

-Esto ha dejado inutilizado mi radiotransmisor -se quejó el taxi-. Tendré que facturárselo; y será caro, porque...

-Cállate -dijo Kathy-. Y aterriza en ese pueblo; baja tan pronto como puedas. -Escribió apresuradamente en el papel de la tablilla: «Esto es un componente de una radio del futuro, Virgil Ackerman. No se lo muestre a nadie; guárdelo hasta principios de los años cuarenta. Entonces llévelo a la Westinghouse Corp. o a la General Electric o a cualquier firma de electrónica (radio). Le hará rico. Soy Katherine Sweetscent. Recuerde mi nombre, luego.»

El coche se posó torpemente en el tejado de un edificio de oficinas en el centro de la pequeña ciudad. Abajo, en las aceras, los rústicos transeúntes, con su aspecto absolutamente pasado de moda, se quedaron mirando con las bocas abiertas.

-Pósate en la calle -rectificó Kathy sus instrucciones al taxi-. Tengo que echar esto al correo. -Encontró un sobre en su bolso, escribió apresuradamente la dirección de Virgil en Wash-35, metió el transistor y la nota en el sobre y lo cerró. Debajo de ellos, la calle y sus antiguos y obsoletos coches ascendieron lentamente.

Un momento más tarde corría hacia un buzón; echó la carta, luego se apoyó en él, jadeando.

Lo había hecho. Había asegurado el futuro económico de Virgil y, en consecuencia, el suyo propio. Aquello lanzaría definitivamente la carrera de ambos.

Puedes irte al infierno, Eric Sweetscent, se dijo. Ahora ya no tendré que casarme nunca contigo; te he dejado atrás.

Y entonces se dio cuenta, con desánimo: tendré que casarme contigo de todos modos, para conseguir el nombre. Para que Virgil pueda identificarme en el futuro, en nuestra propia época. Así que lo que había hecho no había servido absolutamente para nada.

Regresó lentamente al taxi aparcado.

-Señora -dijo el taxi-, ¿puede ayudarme a encontrar combustible, por favor?

-No vas a encontrar el combustible que necesitas aquí -dijo Kathy. Su obstinada negativa, o incapacidad, a comprender la situación la enloquecía-. A menos que puedas funcionar con gasolina de sesenta octanos, lo cual dudo mucho.

Un transeúnte, un hombre de mediana edad que llevaba un sombrero de paja, se detuvo a medio dar un paso al ver el taxi autónomo, la llamó.

-Hay, señora. ¿Qué es eso? ¿Un arma secreta de la marina de los Estados Unidos para jugar a la guerra?

-Exacto -respondió Kathy-. Y, además, luego, servirá para detener a los nazis. -Mientras subía de nuevo al taxi, dijo al grupo de gente que se había reunido cautamente alrededor del vehículo, a una discreta distancia-: Recuerden esta fecha: 7 de diciembre de 1941; será un día inolvidable. -Cerró la portezuela del taxi-. Vámonos -le dijo a éste-. Podría decirles tantas cosas..., pero no creo que sirviera de mucho. No son más que un puñado de patanes del Medio Oeste. -Aquel pueblo, decidió, pertenecía a Kansas o a Missouri, por su aspecto. Francamente, repelía.

El taxi se elevó, obediente.

Los lilistarianos tendrían que ver Kansas en 1935, se dijo Kathy. Si lo hicieran, no se preocuparían en conquistar la Tierra; considerarían que no valía la pena.

-Aterriza en un prado -le dijo al taxi-. Nos quedaremos allí hasta volver a nuestro propio tiempo. -Probablemente ya no faltaba mucho; tenía la impresión de una devoradora insustancialidad allí en aquella época..., la realidad fuera del taxi había adquirido una cualidad gaseosa que reconoció de su anterior encuentro con la droga.

-¿Está usted bromeando? -dijo el taxi-. Es imposible que nosotros...

-El problema -murmuró Kathy pensativamente- no es regresar a nuestro propio tiempo; el problema es hallar una forma de permanecer bajo la influencia de la droga hasta poder realizar algo de auténtica importancia. -El tiempo no era aún lo suficientemente largo.

-¿Qué droga, señora?

-Ninguna que sea asunto tuyo -respondió Kathy-. Maldita no entidad autónoma de circuitos husmeadores. -Encendió un cigarrillo y se reclinó en su asiento, sintiéndose débil. Había sido un día duro, y sabía muy agudamente que aún le esperaban otros peores.

El joven de rostro cetrino, que sorprendentemente exhibía ya una prominente barriga, como si físicamente se dejara arrastrar por los placeres más terrenales en aquella capital financiera y política del planeta, estrechó húmedamente la mano de Eric Sweetscent y dijo:

-Soy Don Festenburg, doctor. Es un placer saber que se ha unido usted a nosotros. ¿Le apetece uno a la antigua?

-No, gracias -rechazó Eric. Había algo en Festenburg que no le gustaba, pero no podía precisar qué era. Pese a su obesidad y su mala complexión, Festenburg parecía amistoso, y a todas luces era competente; y, al fin y al cabo, eso último era lo que contaba. Pero... Eric meditó mientras observaba a Festenburg prepararse su bebida. Quizá sea porque creo que nadie debería hablar por el secretario, decidió. Me pongo en contra de cualquiera que haga lo que hace él.

-Puesto que estamos solos -dijo Festenburg, mirando a su alrededor-, me gustaría sugerirle algo que quizá me haga más agradable a sus ojos. -Sonrió intencionadamente-. Puedo decir cuáles son sus sentimientos; soy sensible, doctor, aunque mi apariencia dé otra impresión. Supongamos que le sugiero que ha sido llevada a cabo con éxito una elaborada artimaña, que le ha convencido incluso a usted. El viejo, seboso, completamente desanimado e hipocondríaco Gino Molinari que usted ha conocido y ha aceptado como el auténtico secretario de las Naciones Unidas... -Festenburg agitó perezosamente su bebida, sin apartar los ojos de Eric-. Ese es el simulacro robant. Y la figura robusta, enérgica, que vio en la cinta de vídeo hace un rato, es el hombre auténtico. Y esta artimaña tiene que ser mantenida, por supuesto, para engañar a nuestros queridos aliados, los lilistarianos.

-¿Qué? -Le miró, con la boca abierta-. ¿Por qué querría nadie...?

-Los lilistarianos nos considerarán inofensivos, indignos de su atención militar, mientras nuestro líder sea palpablemente débil. Visiblemente incapaz de cumplir con sus responsabilidades... En otras palabras, no sea un rival, una amenaza para ellos, en ningún sentido.

Tras una pausa, Eric consiguió decir:

-No lo creo.

-Bien -dijo Festenburg, encogiéndose de hombros-, es una idea interesante desde el punto de vista intelectual de la torre de marfil, ¿no cree? -Se dirigió hacia Eric, agitando el

contenido de su vaso. Se detuvo muy cerca de él, arrojó su fétido aliento al rostro de Eric y añadió-: Podría ser. Y hasta que someta usted a Gino a un intenso examen físico no lo sabrá, porque todo lo que hay en ese historial que leyó..., puede haber sido falsificado. Pensado para apoyar ese enorme fraude. -Sus ojos parpadearon con inmisericorde regocijo-. ¿Cree usted que estoy loco? ¿Que sólo estoy jugando, como un esquizoide, con las ideas, por pura diversión, sin tener en cuenta las consecuencias? Quizá sí. Pera usted no puede probar que lo que acabo de decirle no es cierto y, mientras tanto, así están las cosas... -Dio un enorme sorbo a su bebida, luego hizo una mueca-. No lamente lo que vio en esa videocinta Ampex. ¿De acuerdo?

-Pero como usted muy bien dice -señaló Eric-, lo sabré tan pronto como tenga la oportunidad de examinar a Molinari. -Y, pensó, eso será pronto-. De modo que, si me disculpa, me gustaría terminar con esta conversación. Todavía no he tenido tiempo de instalarme satisfactoriamente en mi apartamento.

-Su esposa..., ¿cuál es su nombre? ¿Kathy? ¿No ha venido con usted? -Don Festenburg le guiñó un ojo-. Así podrá divertirse libremente. Puedo echarle una mano en eso. Es mi departamento: las tierras inexploradas de lo ilícito, de lo salvaje, de lo... digamos peculiar. En vez de lo anormal. Pero usted viene de Tijuana; es probable que no pueda enseñarle nada.

-Puede enseñarme a deplorar no sólo lo que vi en la videocinta, sino... -Eric se interrumpió. La vida personal de Festenburg era, al fin y al cabo, asunto exclusivamente suyo.

-...también a su creador -terminó Festenburg por él-. Doctor, ¿sabe usted que en la Edad Media, en las cortes gobernantes, había personas que vivían en botellas, pasaban allí todas sus vidas..., arrugados, por supuesto, metidos en ellas cuando aún eran unos bebés, y a las que sólo se les permitía crecer, en una cierta medida, más allá de lo que daba de sí la botella? Ahora no tenemos esas cosas. Sin embargo..., Cheyenne es el equivalente actual de la corte de los reyes; podría enseñarle unas cuantas monstruosidades, si está interesado. Quizá desde un punto de vista puramente médico..., una especie de curiosidad profesional y desinteresada...

-Creo que todo lo que usted desee enseñarme no conseguirá más que hacer que me sienta menos complacido de mi decisión de venir a Cheyenne -dijo Eric-. Así que, francamente, no veo de qué me iba a servir.

-Espere -señaló Festenburg, alzando una mano-. Sólo un ejemplo. Un espécimen en particular. Bien sellado herméticamente, bañado en una solución que lo mantiene ad infinitum, o, como usted probablemente preferirá, ad nauseam. ¿Puedo llevarle hasta allí? Se halla en lo que aquí en la Casa Blanca denominamos sala 3- C. -Festenburg se dirigió hacia la puerta, la mantuvo abierta para Eric.

Tras una pausa, Eric le siguió.

Con las manos en los bolsillos de sus pantalones sin planchar, Festenburg abrió camino pasillo tras pasillo hasta que finalmente se detuvieron en un nivel subterráneo, frente a dos hombres del servicio secreto de alta graduación estacionados frente a una puerta reforzada con metal y señalada: ALTO SECRETO. PROHIBIDA LA ENTRADA AL PERSONAL NO AUTORIZADO.

-Yo estoy autorizado -dijo alegremente Festenburg-. Gino me ha concedido la dirección de esta madriguera; tiene gran confianza en mí, y gracias a ello va a ver usted un secreto de estado que normalmente no se le permitiría ver ni en un millar de años. -Mientras pasaba junto a los hombres uniformados del servicio secreto y abría la puerta, añadió-: Sin embargo, encontrará un aspecto decepcionante en ello; voy a mostrárselo, pero no se lo voy a explicar. Me gustaría explicárselo, pero..., muy simplemente, no puedo.

En el centro de la fría y tenebrosa estancia Eric vio un ataúd. Como Festenburg había dicho, estaba herméticamente cerrado; una bomba resonaba apagadamente en algún lugar, como si su tarea fuese mantener a una temperatura extremadamente baja lo que fuera que contenía el ataúd.

-Mírelo -dijo secamente Festenburg.

Haciendo una deliberada pausa, Eric encendió un cigarrillo, luego se acercó.

En el ataúd, tendido de espaldas, yacía Gino Molinari, con el rostro agónicamente crispado. Estaba muerto. Podía verse la sangre, gotas secas en su cuello. Su uniforme estaba desgarrado, manchado de lodo. Las dos manos estaban alzadas, los dedos engarfiados, como si incluso ahora estuviera intentando luchar contra lo que fuera -quien fuera- que lo había matado. Sí, pensó Eric, estoy contemplando los resultados de un asesinato; éste es el cuerpo del líder, atravesado por las balas de un arma capaz de dispararlas a enorme velocidad; el cuerpo del hombre estaba retorcido, casi desgarrado. Había sido un ataque salvaje..., y había tenido éxito.

-Bien -dijo Festenburg al cabo che un rato, inspirando profundamente-, hay varias formas en que se puede explicar esto..., este espécimen al que me gusta llamar Exhibición Número Uno de la Feria de Fenómenos de Cheyenne. Supongamos que se trata de un robant. Aguardando aquí, entre bastidores, el momento en que Gino lo necesite. Construido por la EGRD, por el talento y la inventiva de Dawson Cutter, al que debería conocer usted algún día.

-¿Para qué puede necesitar esto Molinari?

Festenburg se rascó la nariz y dijo:

-Por varias razones. En caso de un intento de asesinato, un intento fracasado, podría ser exhibido, a fin de calmar las cosas mientras Gino se oculta. O..., podría ser en beneficio de nuestros sanguinarios aliados; puede que Gino tenga en algún rincón de su mente la idea de que puede ser necesario poner en marcha un plan increíblemente complejo, barroco, algo que implique su retirada de su cargo bajo las presiones ejercidas sobre él.

-¿Está usted seguro de que es un robant? -Eric tenía la impresión de que la cosa que había dentro del ataúd era real. -Ni siquiera creo que lo sea, y mucho menos lo sé. -Festenburg alzó la cabeza, y Eric vio que los hombres del servicio secreto habían entrado en la estancia; evidentemente, no iba a ser posible inspeccionar el cadáver.

-¿Cuánto tiempo lleva aquí?

-Sólo Gino lo sabe, y él no lo dice; cuando se lo pregunto, se limita a sonreír astutamente. «Espera, Don», me dice, a su furtiva manera. «Tengo pensado un gran uso para él.»

-Y si no es un robant...

-Entonces es Gino Molinari el que está tendido aquí, reventado a agujeros por una ametralladora. Un arma primitiva y pasada de moda, pero que evidentemente puede matar a su víctima más allá incluso de la posibilidad de una reparación trasplorg; puede ver que la caja craneal está acribillada..., el cerebro está destruido. Pero si es Gino, ¿de dónde viene? ¿Del futuro? Hay una teoría, que tiene que ver con su firma, la CPTT. Una de sus subsidiarias ha desarrollado una droga que permite a su usuario moverse libremente por el tiempo. ¿Ha oído hablar de ella? -Estudió intensamente a Eric.

-No -admitió Eric. El rumor era más o menos nuevo para él. -De todos modos, aquí está el cadáver -dijo Festenburg-. Tendido en este ataúd día tras día, volviéndome loco. Quizá proceda de algún presente alterno en el que Gino fue asesinado, apeado a la brava de su cargo por un grupo disidente político de terrestres respaldado por los lilistarianos. Pero hay una ramificación a esa teoría, que es la que realmente me atormenta. -El tono de Festenburg era ahora sombrío; su talante ya no era burlón-. Implica algo acerca del enérgico y viril Gino Molinari que es el actor principal de esa videocinta que vio usted hace poco; que él tampoco es un robant, y que la EGRD no lo construyó porque él también es un auténtico Gino Molinari surgido de otro presente alterno. Un presente en el cual la guerra no llegó a desarrollarse, o quizá en el que la Tierra ni siquiera llegó a mezclarse con Lilistar. Gino Molinari se ha refugiado en un mundo más sosegado y ha enviado aquí a su sosías sano para que le eche una mano. ¿Qué piensa usted, doctor? ¿Es posible eso? Desconcertado, Eric dijo:

-Si supiera algo acerca de esa droga...

-Imaginé que lo sabía. Me siento decepcionado; ésa fue la razón que me impulsó a traerle aquí. De todos modos, hay otra posibilidad..., lógicamente. Sugerida por este cuerpo

asesinado de aquí. -Festenburg dudó-. Odio mencionarlo, porque es ten extraño que hace que todas mis demás conjeturas parezcan sospechosas por asociación.

-Adelante -dijo tensamente Eric. -No existe Gino Molinari.

Eric gruñó. Buen Dios, pensó.

-Todos ellos son robants. El sano que vemos por la videocinta, el cansado y enfermo que ha conocido aquí, éste muerto en su ataúd... Que alguien, posiblemente la EGRD, ha amañado todo esto para impedir que los lilistarianos se apoderen del planeta. Hasta ahora han estado utilizando al enfermo -Festenburg hizo un gesto-. Y ahora han sacado al sano, y han grabado la primera cinta con él. Y puede que haya más. Lógicamente, ¿por qué no? Incluso he intentado imaginar qué otras alternativas podían existir. Dígamelas usted. Además de las tres que conocemos, ¿qué queda?

-Obviamente -dijo Eric- queda la posibilidad de construir uno con poderes por encima de la norma. Más allá del simplemente sano. -Entonces pensó en la milagrosa recuperación de Molinari, una enfermedad terminal tras otra-. Pero quite ése ya lo tengamos. ¿Ha leído usted su historial médico?

-Sí -asintió Festenburg-. Y en él se refleja una cualidad muy interesante. Ninguna de las pruebas fue realizada por ninguna de las personas que figuran en su equipo médico actual. Teagarden no autorizó ninguna de ellas; las pruebas son anteriores a él, y por todo lo que sé, Teagarden, como usted, nunca ha conseguido someter a Gino ni siquiera al más superficial de los exámenes físicos. Ni creo que nunca lo consiga. Como tampoco creo que lo consiga usted, doctor. Aunque pase muchos años aquí.

-Tiene usted una mente realmente hiperactiva -murmuró Eric.

-¿Soy un caso glandular?

-Eso no tiene nada que ver con el asunto. Pero ciertamente se ha sacado usted de la cabeza un buen número de ideas interesantes.

-Basadas en hechos -señaló Festenburg-. Quiero saber detrás de qué va Gino. Creo que es un hombre malditamente listo, creo que puede superar a los lilistarianos cualquier día de la semana, y si dispusiera de los recursos económicos y el respaldo de la población que ellos tienen, estaría en el asiento del conductor, sin la menor duda. Tal como están las cosas, está a cargo de un miserable planeta, mientras que ellos poseen un imperio que ocupa todo un sistema de doce planetas y ocho lunas. Francamente, es una maravilla que haya conseguido lo que ha conseguido. ¿Sabe, doctor?, usted está aquí para descubrir qué es lo que enferma a Gino. Yo digo que no es éste el problema. Resulta evidente qué es lo que lo pone enfermo: la propia maldita situación en que nos hallamos. La auténtica pregunta es: ¿Qué es lo que lo mantiene con vida? Ése es el auténtico misterio. El milagro.

-Supongo que tiene usted razón. -A regañadientes, tuvo que admitir que, pese a sus repelentes cualidades, Festenburg era inteligente y original; había conseguido ver claramente el problema. No era extraño que Molinari lo hubiera contratado.

-¿Ha conocido a la fierecilla colegiala?

-¿Mary Reineke?

Eric asintió.

-Cristo, eso sí que es trágico: ese hombre enfermo, consiguiendo apenas resistir día tras día con el peso del mundo, de toda la Tierra, sobre sus espaldas, sabiendo que está perdiendo la guerra, sabiendo que los reegs van a caer de un momento a otro sobre nosotros si por algún milagro no lo hace Lilistar..., y además con Mary también sobre sus espaldas. Y la última y empollante ironía es que Mary, aun siendo una fierecilla obcecada, egoísta, exigente, y cualquier otra cosa que quiera usted decir de ella como defecto básico de carácter..., es la única que lo mantiene en pie; ya la ha visto usted hacerle salir de la cama y meterse en su uniforme, de nuevo en funcionamiento. ¿Conoce usted el zen, doctor? Esto es una paradoja zen, porque desde un punto de vista lógico Mary tendría que ser la paja final que deslomara al camello que es Gino. Hace que uno reconsidere todo el papel de la adversidad en la vida humana. Si quiere que le diga la verdad, doctor, la detesto. Y ella también me detesta a mí,

naturalmente. Nuestra única conexión funciona a través de Gino; ambos queremos que consiga lo que está persiguiendo.

-¿Le han mostrado la videocinta del Molinari sano?

Festenburg alzó rápidamente la vista hacia él.

-Un pensamiento muy inteligente. ¿Ha visto Mary la cinta? Sí, o quizá no... No, por todo lo que yo sé. Pero si acepta usted mi teoría de los presentes alternos, y la persona de esa cinta no es un robant; si ese magnético, devorador, impulsivo semidiós es un ser humano, y si Mary llega a verlo..., puede suponer usted la continuación: el otro Molinari desaparecerá. Porque lo que usted vio en la cinta es exactamente lo que Mary Reineke desea, insiste, que debe ser Gino.

Era un pensamiento extraordinario. Eric se preguntó si Gino era consciente de aquel aspecto de la situación; si era así, aquello podía explicar por qué había aguardado tanto tiempo en emplear aquella táctica.

-Me pregunto -dijo a Festenburg- cómo el Gino enfermo, el que conocemos, puede ser un robant, teniendo en cuenta la existencia de Mary Reineke.

-¿Y bien? ¿Por qué no?

-Para decirlo de una forma delicada..., ¿no se sentiría Mary un tanto resentida de ser la amante de un producto de la Empresa General de Robants Domésticos?

-Estoy empezando a sentirme un poco cansado, doctor -dijo Festenburg-. Escribamos la palabra fin sobre esta conversación..., y vaya usted a terminar de arreglar el nuevo y lujoso apartamento que le ha sido concedido por sus leales servicios aquí en Cheyenne. -Se dirigió hacia la puerta; los dos policías secretos de alta graduación se hicieron a un lado.

-Le daré una opinión mía -dijo Eric-. Después de conocer a Gino Molinari, me niego a creer que la EGRD pueda construir algo tan humano y...

-Pero usted no ha conocido al que filmaron -dijo suavemente Festenburg-. Es interesante, doctor. Eligiendo a sus sosias de entre todos los presentes alternos contenidos en la densa maraña del tiempo, Gino puede haber coleccionado un conjunto capaz de enfrentarse a nuestros aliados. Tres o cuatro Gino Molinari, reunidos en comité, pueden ser algo formidable...; ¿no lo cree así? Piense en la ingeniosidad combinada, piense en los atolondrados, ingeniosos, alocados planes que pueden elaborar trabajando colectivamente. -Mientras abría la puerta, añadió-: Ha conocido al enfermo y ha tenido un atisbo del sano..., ¿no se siente impresionado?

-Sí -admitió Eric.

-¿Votaría ahora con aquellos que quieren verlo destituido? Y, sin embargo, cuando intenta usted delimitar qué ha hecho que sea impresionante..., descubre que no hay nada. Si estuviéramos ganando la guerra, o haciendo retroceder la infiltración de los lilistarianos en nuestro planeta..., pero no hay nada de eso. De modo que, ¿qué es lo que ha hecho específicamente Gino, doctor, para impresionarle? Dígamelo. -Aguardó.

-Yo..., supongo que no puedo decirlo de una forma específica. Pero...

Un empleado de la Casa Blanca, un robant uniformado, apareció y se detuvo frente a Eric Sweetscent.

-El secretario Molinari le ha estado buscando, doctor. Le espera en su oficina; le acompañaré.

-Oh -dijo Festenburg, con aspecto repentinamente apenado y un tanto nervioso-. Evidentemente, le he retenido demasiado tiempo.

Sin más comentario, Eric siguió al robant hacia el ascensor. Probablemente se trataba de algo importante; tenía esa intuición. En su oficina, Molinari estaba sentado en una silla de ruedas, con una manta sobre las rodillas, el rostro gris y hundido. -¿Dónde estaba usted? -dijo apenas vio a Eric-. Bueno, no importa; escuche, doctor..., los lilistarianos han convocado una conferencia, y quiero que esté usted conmigo en ella. Quiero tenerle constantemente a mano, sólo por si acaso. No me siento bien, y desearía que esa maldita reunión pudiera ser evitada o

al menos pospuesta algunas semanas. Pero ellos insisten. -Accionó la silla de ruedas hacia la salida de la oficina-. Venga conmigo. Va a empezar en cualquier momento.

-He conocido a Don Festenburg.

-Un tipo brillante, ¿verdad? Tengo una fe completa en él para nuestro éxito final. ¿Qué le mostró?

Parecía irrazonable decirle a Molinari que habla estado contemplando su cadáver, especialmente teniendo en cuenta que el hombre acababa de decir que no se encontraba bien. Así que se limitó a decir:

-Me llevó a dar una vuelta por el edificio.

-Festenburg tiene a su cargo todo el lugar..., debido a la confianza que he depositado en él. -En un recodo del pasillo, un nutrido grupo de estenógrafas, traductores, oficiales del Departamento de Estado y guardias armados se unieron a Molinari; su silla de ruedas desapareció en medio de la masa y no volvió a aparecer. Eric, sin embargo, pudo seguir oyéndole hablar, explicándole lo que les esperaba allá delante-. Freneksy está ahí. De modo que va a ser duro. Tengo una idea de lo que quieren, pero tendremos que aguardar y ver. Mejor no anticiparnos; de otro modo lo único que conseguimos es hacerles su trabajo, y ellos se aprovechan y sacan ventaja de la situación.

Freneksy, pensó Eric con una sensación de temor. El primer ministro de Lilistar, aquí personalmente en la Tierra.

No era extraño que Molinari se sintiera enfermo.

9

Los miembros de la delegación de la Tierra en la apresuradamente convocada conferencia ocupaban sus sitios a un lado de la larga mesa de roble, y ahora, en el otro lado, las personalidades de Lilistar empezaron a salir de los pasillos laterales y a ocupar sus sillas. En general no parecían siniestros; de hecho, parecían tan abrumados y preocupados como los terrestres por las tensiones de conducir la guerra. Evidentemente no tenían tiempo que malgastar.

-La traducción -dijo un lilistariano en inglés- se efectuará por medios humanos y no a través de una máquina, porque cualquier máquina podría conservar un registro permanente, lo cual es contrario a nuestros deseos aquí.

Molinari gruñó, asintió.

Entonces apareció Freneksy; la delegación lilistariana y algunos miembros de la terrestre se pusieron en pie como muestra de respeto; los lilistarianos aplaudieron suavemente mientras el hombre calvo, delgado, con un cráneo extrañamente redondeado, ocupaba su sitio en el centro de la delegación y abría, sin ningún preliminar, una cartera de documentos.

Pero sus ojos. Eric observó, cuando Freneksy alzó brevemente la vista hacia Molinari y sonrió un aleteante saludo, que Freneksy tenía lo que Eric consideró -y reconoció gracias a su práctica- como unos ojos de paranoico. Una vez aprendido a reconocer esto, el resto de la identificación llegaba generalmente rápido. No era la brillante e inquieta mirada de la suspicacia normal, sino una mirada inmóvil, una concentración de la totalidad de las facultades interiores hasta formar una única e inalterable concentración psicomotora. Aquello no surgía de la voluntad de Freneksy; de hecho, el lilistariano se sentía impotente, impulsado a enfrentarse tanto a sus compatriotas como a sus adversarios de esta forma, con aquella interminable fijeza. Era una contención que hacía imposible una comprensión empática; los ojos no reflejaban ninguna realidad interior; devolvían exactamente su propia imagen al observador. Los ojos cortaban en seco la comunicación; eran una barrera que no podía ser penetrada a este lado de la tumba.

Freneksy no era un burócrata y no se subordinaba -no podía aunque lo intentara- a este oficio. Freneksy seguía siendo un hombre..., en el peor sentido de la palabra; retenía, en

medio de la ajetreada actividad de la conducta oficial, la esencia de lo puramente personal, como si para él todo fuera deliberado e intencional..., una confrontación entre personas, no entre tesis abstractas o ideales.

Lo que hace el ministro Freneksy, se dio cuenta Eric, es privar a todos los demás de la dignidad de su oficio. De la realidad generadora de seguridad de su posición establecida. Enfrentados a Freneksy, se convertían en lo que eran al nacer: aislados e individualizados, sin el apoyo de las instituciones a las que se suponía representaban.

Tomemos a Molinari. Por su cargo, la Mole era el secretario de las Naciones Unidas; como individuo, se había disuelto -como correspondía- en su función. Pero, enfrentado al ministro Freneksy, reaparecía el hombre desnudo, desventurado, solitario..., y era requerido a que permaneciera frente al ministro en su desgraciada infinitud. La relatividad normal de la existencia, vivida con los demás en un fluctuante estado de más o menos adecuada seguridad, se había desvanecido.

Pobre Gino Molinari, pensó Eric. Porque, frente a Freneksy, la Mole hubiera podido muy bien no ser nunca el secretario de las Naciones Unidas. Y, mientras tanto, el ministro Freneksy se volvía cada vez más frío, más sin vida; no ardía con el deseo de destruir o dominar: simplemente cogía lo que su antagonista poseía..., y le dejaba sin nada y en ningún lugar, literalmente.

En este punto le resultó perfectamente claro a Eric por qué la sucesión de enfermedades letales de Molinari no habían terminado siendo fatales. Las enfermedades no eran simplemente un síntoma de la tensión bajo la que vivía; eran simultáneamente una solución a esa tensión.

Todavía no podía determinar exactamente cómo funcionaban las enfermedades a fin de convertirse en una respuesta a Freneksy. Pero tenía la profunda y aguda intuición de que pronto podría; la confrontación entre Freneksy y Molinari estaba a tan sólo unos minutos de distancia, y cualquier cosa que tuviera la Mole tenía que ser puesta en juego, si la Mole quería sobrevivir.

Al lado de Eric, un oficial menor del Departamento de Estado murmuró:

-Se nota una opresión aquí dentro, ¿no cree? Desearía que abrieran alguna ventana o pusieran en marcha el sistema de acondicionamiento de aire.

Ningún sistema de acondicionamiento de aire limpiará este aire, pensó Eric. Porque la opresión emana de aquellos que están sentados delante de nosotros y no desaparecerá hasta que ellos se marchen..., y quizá ni siquiera entonces.

Molinari se inclinó hacia Eric y dijo:

-Siéntese aquí a mi lado. -Echó hacia atrás la silla-. Escuche, doctor, ¿lleva su maletín del instrumental consigo?

-Está en mi apartamento.

Molinari envió inmediatamente a un robant a buscarlo. -Quiero que lleve su maletín siempre consigo. -Carraspeó, luego se volvió hacia aquéllos sentados al otro lado de la mesa-. Ministro Freneksy, tengo una, esto, declaración que me gustarla leer; la declaración resume la posición actual de la Tierra con respecto a...

-Secretario -dijo repentinamente Frenoksy en inglés-, antes de que lea usted ninguna declaración, me gustaría describir la situación de la guerra en el Frente A. -Freneksy se puso en pie, un ayudante desenrolló inmediatamente una proyección cartográfica sobre la pared del fondo. La habitación se sumergió en las sombras.

Con un gruñido, Molinari volvió a guardarse la declaración escrita dentro de la chaqueta de su uniforme; no le habían dado ocasión de leerla. Se le habían anticipado de una forma muy evidente en el establecimiento de prioridades. Y, para un estratega político, aquello era una grave derrota. La iniciativa, si alguna vez había sido suya, le había sido retirada.

-Nuestros ejércitos combinados -afirmó Freneksy- están acortando sus líneas por motivos estratégicos. Los reegs están empleando extraordinarias cantidades de hombres y material en esta zona. -Indicó un sector en el mapa; se hallaba a medio camino entre dos

planetas del sistema de Alfa-. No podrán seguir manteniéndose así durante mucho tiempo; predigo un quebrantamiento de sus fuerzas antes de un mes, tiempo terrestre, a partir de ahora. Los reegs no comprenden todavía que ésta va a ser una guerra larga. La victoria; para ellos, tiene que llegar pronto, o no llegará. Nosotros, en cambio... -Freneksy señaló la totalidad del mapa con un barrido de su puntero-. Somos maduramente conscientes del significado estratégico general de esta lucha, y de todo el tiempo que nos falta aún en términos de tiempo y de espacio. También, las líneas reegs se hallan demasiado extendidas. Si se produjera una batalla importante aquí -Freneksy señaló el lugar-, no podrían prestar apoyo a sus fuerzas situadas en este lugar. Además, tendremos veinte divisiones más de primera línea en acción a finales de este año terrestre; esto es una promesa, secretario. Todavía tenemos algunas clases por movilizar aquí en la Tierra, mientras que los reggs han agotado todos sus efectivos. -Hizo una pausa.

Molinari murmuró:

-¿Le han traído ya su maletín, doctor?

-Todavía no -dijo Eric, buscando al robant con la mirada; no había regresado.

Inclinándose hacia Eric, la Mole susurró:

-Escuche. ¿Sabe lo que he estado experimentado últimamente? Ruidos en la cabeza. Una especie de zumbido..., ya sabe, en los oídos. Zuum, zuum. ¿Le dice algo esto?

El ministro Freneksy continuó:

-También disponemos de nuevas armas, desarrolladas en el Planeta Cuatro del Imperio; se quedará usted asombrado, secretario, cuando vea los vídeos de su empleo en operaciones tácticas. Son devastadoras en su precisión. No intentaré describirlas en detalle ahora; prefiero aguardar hasta que las cintas estén disponibles. Yo personalmente supervisé su diseño y construcción.

Con su cabeza casi tocando la de Eric, Molinari susurró:

-Y cuando vuelvo la cabeza de un lado a otro, noto un clero crujido en la nuca. ¿Puede oírlo?- Movió la cabeza hacia un lado, luego hacia el otro, luego hacia arriba y hacia abajo, de una forma un tanto rígida-. ¿De qué se trata? Resuena de una forma infernalmente desagradable en mis oídos.

Eric no dijo nada; estaba observando a Freneksy, sin prestar apenas atención al hombre que tenía a su lado.

-Secretario -dijo Freneksy, haciendo una pausa-, considere este aspecto de nuestro esfuerzo conjunto; la producción reeg de impulsores espaciales se ha visto severamente restringida gracias al éxito de nuestras bombas W. Los que han salido más recientemente de sus cadenas de montaje, según informes de nuestros servicios de inteligencia, son poco fiables, y se han producido un cierto número de contaminaciones altamente destructivas en el espacio profundo a bordo de sus naves.

El robant entró en la sala con el maletín del instrumental de Eric.

Ignorando el hecho, Freneksy prosiguió, con voz dura e insistente:

-También señalaré, secretario, que en el Frente Azul las brigadas terrestres no han actuado como se esperaba, sin duda debido a la carencia de un equipo adecuado. La victoria, por supuesto, es inevitable para nosotros..., a la larga. Pero en estos momentos debemos velar para que nuestras tropas que mantienen la línea contra los reegs no se vean en posición de enfrentarse al enemigo desprovistas de un material adecuado. Es criminal permitir que los hombres luchen bajo esas circunstancias; ¿no está usted de acuerdo, secretario? -Sin hacer ninguna pausa, Freneksy prosiguió-: En consecuencia, supongo que se dará usted cuenta de la urgencia de incrementar la producción de la Tierra en productos bélicos estratégicos y armas de todo tipo. Molinari vio el maletín del instrumental de Eric y suspiró aliviado.

-Lo tiene -dijo-. Bien. Téngalo a punto por si acaso. ¿Sabe usted de dónde creo que proceden estos ruidos en la cabeza? Hipertensión.

-Podría ser -dijo cautelosamente Eric.

Ahora el ministro Freneksy había dejado de hablar; su inexpresivo rostro pareció hacerse más severo, más tenso en el vacío de su propia intensidad, el no ser que parecía constituir su principal cualidad. Irritado por la falta de atención de Molinari, Freneksy, decidió Eric, estaba saliendo del pozo de su antiexistencia. Arrojando sus principios sobre la sala de conferencias y los reunidos en ella, como si quisiera obligarles a separarse los unos de los otros, paso a paso.

-Secretario -dijo Freneksy-, esto es ahora lo más crucial, Mis generales en el campo me dicen que la nueva arma ofensiva reeg, su...

-Espere -graznó Molinari-. Quiero conferenciar con mi colega aquí a mi lado. -Se inclinó tan cerca de Eric que su blanda mejilla empapada en sudor se apretó contra su cuello, y le susurró-: ¿Y sabe qué más? Creo que empiezo a tener problemas con la vista. Como si fuera a quedarme completamente ciego. Esto es lo que quiero que haga, doctor; tómeme la presión, ahora, aquí mismo. Sólo para asegurarnos que no es peligrosamente alta. Francamente, creo que lo es.

Eric abrió su maletín del instrumental junto al mapa en la pared, el ministro Freneksy dijo:

-Secretario, debemos prestar atención a este detalle decisivo antes de que podamos continuar. Las tropas terrestres no resisten bien contra la nueva bomba homeostática de los reegs; en consecuencia, me gustarla retirar a un millón y medio de los trabajadores de mis fábricas y movilizarlos, reemplazándolos en las fábricas del Imperio por trabajadores terrestres. Esto es una ventaja para usted, secretario, en el sentido que los terrestres dejarán de luchar y morir en las líneas y en cambio estarán a salvo en las fábricas del Imperio. De todos modos, esto tiene que hacerse pronto o no servirá de nada. -Añadió-: Esto explica mi deseo de una conferencia inmediata al máximo nivel.

Eric leyó en el disco indicador una presión de 290, una elevación no natural, alta y ominosa.

-Malo, ¿verdad? -dijo Molinari, apoyando la cabeza entre sus brazos-. Haz venir a Teagarden- indicó a un robant-. Quiero que consulte con el doctor Sweetscent; dile que se prepare para hacer un diagnóstico sobre la marcha.

-Secretario -dijo Freneksy-, no podemos proseguir a menos que preste usted atención a lo que digo. Mi petición de un millón y medio de hombres y mujeres terrestres para trabajar en las fábricas del Imperio..., ¿lo ha oído? Esta petición crucial debe ser cumplida de inmediato; el transporte de esas personas debe iniciarse no más tarde que a finales de esta misma semana, tiempo de la Tierra.

-Hummm -murmuró Molinari-. Sí, ministro, lo he oído; estoy sopesando la petición.

-No hay nada que sopesar -exigió Freneksy-. Debe hacerse si queremos mantener la línea en el Frente C, donde la presión reeg es ahora casi insostenible. Es inminente una gran ofensiva, y las brigadas terrestres no tienen...

-Tendré que consultar con mi secretario de trabajo -dijo Molinari, tras una larga pausa-. Obtener su aprobación. -¡Necesitamos ese millón y medio de terrestres!

Molinari rebuscó en su chaqueta y extrajo sus hojas de papel dobladas.

-Ministro, esta declaración que yo...

-¿Tengo su promesa? -exigió Freneksy-. ¿Para que podamos pasar a otros asuntos?

-Estoy enfermo -dijo Molinari. Hubo un silencio.

Finalmente, Freneksy dijo, pensativo:

-Soy consciente, secretario, de que su salud no es buena desde hace unos años. En consecuencia, me he tomado la libertad de traer conmigo a un médico del Imperio a esta conferencia. Éste es el doctor Gornel. -En el extremo más alejado de la mesa, un lilistariano de flaco y anguloso rostro hizo una breve inclinación de cabeza a la Mole-. Me gustaría que él le examinara, con vistas a efectuar una corrección permanente de sus problemas físicos.

Gracias, ministro -dijo Molinari-. Su amabilidad en traer al doctor Gornel es profundamente apreciada. Sin embargó, tengo a mi propio médico a mi lado, el doctor

Sweetscent. El y el doctor Teagarden van a efectuar una exploración para determinar las causas de mi hipertensión.

-¿Ahora? -exclamó Freneksy, y mostró, por primera vez, un rastro de genuina emoción: sorprendida rabia.

-Mi presión sanguínea es peligrosamente alta -explicó Molinari-. Si prosigue, perderé mi visión. De hecho, ya estoy sufriendo problemas en la vista. -En voz baja, dijo a Eric-: Doctor, todo a mi alrededor se ha vuelto como impreciso; creo que me estoy quedando ciego. ¿Dónde demonios está Teagarden?

-Puedo buscar la fuente de la hipertensión, secretario -dijo Eric-; tengo aquí los instrumentos de diagnóstico necesarios. -Buscó de nuevo en su maletín-. De momento le administraré una inyección de sales radiactivas que se difundirán por su torrente sanguíneo...

-Lo sé -dijo Molinari-. Y se acumularán en la fuente de la vasoconstricción. Adelante. -Se enrolló una manga y tendió su velludo brazo; Eric apretó la cabeza autolimpiadora del tubo inyector contra una vena cerca del codo y apretó el pistón. El ministro Freneksy dijo con aire severo:

-¿Qué ocurre ahora, secretario? ¿Podemos seguir con la conferencia?

-Sí, adelante -dijo Molinari, agitando la cabeza-. El doctor Sweetscent está efectuando simplemente una exploración de... -Los asuntos médicos me aburren- interrumpió Freneksy-. Secretario, hay otra proposición que deseo que conozca. En primer lugar, me gustarla que mi médico, el doctor Gornel, pasara a formar parte de forma permanente de su equipo médico para supervisar su salud. En segundo lugar, he sido informado por la contrainteligencia del Imperio que opera aquí en la Tierra que un grupo de terrestres descontentos, deseosos de poner fin a la participación de la Tierra en la guerra, está planeando su asesinato; en consecuencia, deseo, por su seguridad, proporcionarle una guardia armada permanente de tropas de comando lilistarianas que, con su extremado valor y determinación y eficiencia, protegerán su persona en todo momento. Su número es de veinticinco, un número adecuado, dada su calidad única.

-¿Qué? -dijo Molinari. Se estremeció-. ¿Qué ha encontrado, doctor? -Parecía confuso, incapaz de mantener su atención fija al mismo tiempo en Eric y en el desarrollo de la conferencia-. Espere, ministro. -Dirigiéndose a Eric, murmuro-: ¿Qué demonios ha encontrado, doctor? ¿O me lo ha dicho ya? Lo sienta. -Se pasó una mano por la frente-. ¡Estoy ciego! -Su voz estaba llena de pánico-. ¡Haga algo, doctor!

Eric examinó el gráfico que rastreaba el movimiento de las sales radiactivas en el sistema circulatorio de Molinari y dijo:

-Parece haber un estrangulamiento en la arteria renal que pasa a través de su riñón derecho. Una oclusión que...

-Lo sé -asintió Molinari-. Sabía que el estrangulamiento estaba en mi riñón derecho; me ha ocurrido otras veces antes. Tendrá que operar, doctor, y eliminar la oclusión antes de que me mate. -Parecía demasiado débil para alzar la cabeza; permaneció sentado, medio hundido en su silla, el rostro entre sus manos-. Dios, me siento terriblemente mal -murmuró. Luego alzó la cabeza y dijo a Freneksy-: Ministro, debo someterme de inmediato a una operación correctiva para aliviar esta oclusión arterial. Tendremos que posponer esta discusión. -Se puso en pie, se tambaleó, y luego cayó ruidosamente de espaldas; Eric y el hombre que tenía al otro lado lo sujetaron, lo ayudaron a sentarse de nuevo en su silla. La Mole parecía increíblemente pesado e inerte; Eric apenas podía sostenerle, incluso con ayuda. -La conferencia debe continuar -declaró Freneksy.

-De acuerdo -jadeó Molinari-. Me someteré a la operación mientras usted habla. -Hizo un débil signo con la cabeza a Eric-. No aguarde a Teagarden; empiece.

-¿Aquí? -murmuró Eric.

-Tendrá que ser aquí -dijo Molinari, con voz estrangulada-. Elimine la oclusión, doctor, o moriré. Me estoy muriendo ya..., lo sé. -Se derrumbó contra la mesa. Y esta vez no intentó

volver a levantarse; permaneció como estaba. Como un enorme saco desechado, arrojado allí sobre la mesa.

En el otro extremo de la sala, el vicesecretario de las Naciones Unidas, Rick Prindle, dijo a Eric:

-Empiece, doctor. Como él ha dicho, es urgente; usted lo sabe. -Evidentemente, él, como los demás presentes, habían pasado por aquello antes.

-Secretario -señaló Freneksy-, ¿da usted poderes al señor Prindle para que ocupe oficialmente su lugar en las negociaciones Tierra-Lilistar?

No hubo respuesta por parte de Molinari; había perdido el conocimiento.

Eric extrajo de su maletín una pequeña unidad quirúrgica homeostática; bastaría -esperaba- para la delicada operación. Horadando su camino y cerrando el paso a sus espaldas a medida que avanzaba, el instrumento penetraría la capa dérmica y luego el epiplón hasta alcanzar la obstrucción renal, donde, si funcionaba correctamente, iniciaría la construcción de una derivación plástica para la sección arterial; sería más seguro, por el momento, que intentar retirar la oclusión.

La puerta se abrió y el doctor Teagarden entró en la sala; se apresuró hacia Eric, vio a Molinari inconsciente con la cabeza apoyada en la mesa, dijo:

-¿Está usted preparado para operar?

-Sí, tengo el equipo; estoy preparado.

-Nada de orgtifs, por supuesto.

-No es necesario.

Teagarden tomó la muñeca de Molinari, midió su pulso; luego extrajo un estetoscopio, desabrochó la chaqueta y la camisa del secretario, le auscultó.

-Débil e irregular. Será mejor que lo enfriemos.

-Sí -admitió Eric, y extrajo un equipo de enfriamiento de su maletín.

Freneksy se acercó para mirar y dijo:

-¿Van a hacer descender su temperatura corporal durante la operación?

-Sí, lo pondremos fuera de circuito -dijo Eric-. Los procesos metabólicos...

-No quiero oír -exclamó Freneksy-. Los asuntos biológicos no me interesan; lo que me preocupa es el hecho evidente de que el secretario es incapaz de proseguir en estos momentos con la discusión. Una discusión para la cual hemos viajado un buen número de años luz. -Su rostro reflejaba una difusa ira desconcertada que no podía reprimir.

-No tenemos elección, ministro -dijo Eric-. Molinari se está muriendo.

-Me doy cuenta de eso -admitió Freneksy, y se alejó, apretando los puños.

-Técnicamente está muerto -dijo Teagarden, escuchando aún el corazón de Molinari-. Ponga inmediatamente en acción el enfriamiento, doctor.

Eric sujetó con rapidez el equipo de enfriamiento al cuello de Molinari, puso en marcha el circuito de compresión autónomo. Empezó a irradiar frío; lo dejó y dedicó su atención al instrumento quirúrgico.

El ministro Freneksy conferenciaba, hablando en su propio idioma, con el médico del Imperio; de pronto alzó la cabeza y dijo crispadamente:

-Me gustaría que el doctor Gomel ayudara en esta operación. El vicesecretario Prindle alzó inmediatamente la voz.

-No podemos permitirlo. Molinari ha dado órdenes estrictas de que sólo los médicos de su equipo, elegidos personalmente por él, toquen su persona. -Hizo una seña a Toro Johannson y a su grupo de hombres del servicio secreto; se acercaron a Molinari.

-¿Por qué? -preguntó Freneksy.

-Están familiarizados con su historial clínico -dijo rígidamente Prindle.

Freneksy se encogió de hombros, se alejó; ahora parecía más desconcertado aún, incluso asombrado.

-Me resulta inconcebible -dijo en voz alta, de espaldas a la mesa- que se tolere que ocurra esto, que el secretario Molinari pueda permitir que su condición física se deteriore hasta tal punto.

-Esto, ¿ha ocurrido ya antes? -preguntó Eric a Teagarden.

-¿Quiere decir si Molinari ha muerto durante una conferencia con los lilistarianos? -Teagarden sonrió reflexivamente-. Cuatro veces. Aquí mismo en esta habitación, incluso en esta misma silla. Creo que puede empezar ya.

Eric colocó el instrumento quirúrgico homeopático en la parte inferior del costado derecho de Molinari y lo activó; el dispositivo, del tamaño de una bala de cristal, entró inmediatamente en actividad, expulsando primero un fuerte anestésico local y luego empezando su tarea de abrirse camino hacia la arteria renal y el riñón.

El único sonido en la habitación era ahora el zumbido emitido por el instrumento; todo el mundo, incluido el ministro Freneksy, lo observaron desaparecer de su vista, enterrándose en el pesado, inmóvil y fláccido cuerpo.

-Teagarden -dijo Eric-, sugiero que efectuemos -retrocedió unos pasos y encendió un cigarrillo- una investigación en busca de algún caso de hipertensión que haya ocurrido hace poco en alguna parte aquí en la Casa Blanca, otra arteria renal parcialmente obstruida o...

-Ya ha sido detectado. Una camarera en el tercer piso. Malformación hereditaria, como era lógico. Pero que en la mujer alcanzó su crisis en las últimas veinticuatro horas debido a una sobredosis de anfetaminas; empezó a perder la vista, y decidimos operar..., eso era lo que estaba haciendo cuando fui avisado para que viniera aquí. Estaba terminando ya.

-Entonces, usted lo sabe -dijo Eric.

-¿Saber qué? -La voz de Teagarden era baja, inaudible para los que estaban al otro lado de la mesa-. Hablaremos de eso más tarde. Pero puedo asegurarle que no sé nada. Y usted tampoco.

El ministro Freneksy se acercó a ellos y dijo:

-¿Cuándo podrá el ministro Molinari reanudar la discusión? Eric y Teagarden se miraron.

-Es difícil decirlo -murmuró finalmente Teagarden. -¿Horas? ¿Días? ¿Semanas? La última vez fueron diez días. -El rostro de Freneksy se crispó con impotencia-. Simplemente no puedo aguardar tanto tiempo aquí en la Tierra; la conferencia tendrá que ser aplazada hasta mucho más tarde si hay que esperar más de setenta y dos horas. -Tras él, su equipo consultor, sus consejeros militares e industriales y de protocolo, estaban ya guardando sus notas en sus carteras, cerrándolas. -Probablemente aún no esté lo bastante recuperado dentro del período de dos días calculado generalmente para casos como éste -dijo Eric-; su condición general es demasiado... Volviéndose hacia Prindle, el ministro Freneksy dijo:

-¿Y usted declina toda autoridad como vicesecretario para hablar en su nombre? ¡Esta situación es abominable! Resulta evidente por qué la Tierra... -Se interrumpió-. El secretario Molinari es un amigo personal mío -dijo entonces-. Me siento profundamente preocupado por su bienestar. ¿Pero por qué tiene que soportar Lilistar el peso mayor en esta guerra? ¿Por qué la Tierra arrastra indefinidamente los pies detrás de nosotros? Ni Prindle ni los dos médicos respondieron.

Freneksy se dirigió a su delegación en su propio idioma; se levantaron en masa, obviamente preparados para irse.

La conferencia, a causa de la repentina y casi fatal enfermedad de Molinari, había sido suspendida. Al menos por ahora. Eric sintió un alivio abrumador.

Molinari había escapado gracias a su enfermedad. Pero sólo temporalmente.

Sin embargo, eso era algo. Eso era suficiente. El millón y medio de terrestres exigidos por Lilistar para sus fábricas no serían enviados... Eric miró a Teagarden, intercambió un breve destello de comprensión y aceptación. Mientras tanto, el instrumento quirúrgico seguía cumpliendo con su tarea, sin ninguna ayuda, zumbando sordamente.

Una enfermedad psicosomática, hipocondríaca, había protegido la vida de muchas personas, y eso hizo que Eric volviera a pensar en el valor de la medicina, el efecto de proporcionar una «curación» definitiva a la condición de Molinari.

Creyó, mientras escuchaba al instrumento quirúrgico zumbar suavemente, prosiguiendo su trabajo dentro del cuerpo de Molinari, que estaba empezando a comprender la situación..., y lo que realmente necesitaba de él el moribundo secretario de las Naciones Unidas que yacía derrumbado sobre la mesa de conferencias, sin ver ni oír, en un estado donde los problemas de la discusión con el ministro Freneksy no existían.

Más tarde, en su bien custodiado dormitorio, Gino Molinari se sentó apoyado en unos almohadones, contemplando débilmente el homeoejemplar del New York Times que habla sido puesto a su disposición.

-No hay ninguna objeción a que lea, ¿verdad, doctor? -preguntó débilmente.

-Supongo que no -dijo Eric. La operación había sido un éxito total; la elevada presión sanguínea había sido restablecida a un nivel normal, adecuado a la edad y condición general del paciente.

-Mire lo que son capaces de divulgar esos periódicos -murmuró Molinari, y pasó a Eric la primera sección.

CONFERENCIA POLÍTICA SUSPENDIDA BRUSCAMENTE A CAUSA DE LA ENFERMEDAD DEL SECRETARIO. DELEGACIÓN LILISTARIANA ENCABEZADA POR FRENEKSY EN AISLAMIENTO.

-¿Cómo consiguen averiguar esas cosas? -se quejó malhumorado Molinari-. Dios, hacen que me sienta mal; pone en evidencia que fallé en un momento crucial. -Miró fijamente a Eric-. Si hubiera tenido valor me hubiera opuesto a la petición de Freneksy de esa fuerza de trabajo terrestre. -Cerró débilmente los ojos-.Sabía que iba a producirse esa petición. Lo sabía ya desde hacía una semana.

-No se culpe -dijo Eric. ¿Cuánto del dinamismo psicológico de fuga era comprensible para Molinari? Nada, evidentemente; Molinari no sólo no captaba el propósito de su enfermedad..., sino que ni siquiera lo aprobaba. Y así, seguía funcionando a un nivel subconsciente.

¿Pero durante cuánto tiempo puede seguir esto?, se preguntó Eric. Con una dicotomía tan intensa entre las aspiraciones conscientes y la voluntad subconsciente de escapar..., quizá, finalmente, se produjera alguna enfermedad que el secretario no consiguiera eludir; no sólo sería fatal, sino que seria definitiva.

La puerta de la habitación contigua se abrió; apareció Mary Reineke.

Tomándola del brazo, Eric la condujo fuera al pasillo, cerrando la puerta a sus espaldas.

-¿No puedo verle? -preguntó ella, indignada.

-Dentro de un minuto. -La estudió, incapaz todavía de determinar hasta qué punto comprendía ella la situación-. Quiero preguntarle algo. ¿Se ha sometido Molinari a alguna terapia o análisis psiquiátrico que usted sepa? -En su historial no había ninguna mención de ello, pero una idea rondaba por su cabeza.

-¿Por qué debería? -Mary jugueteó con la cremallera de su falda-. No está loco.

Evidentemente, aquello era cierto; asintió. -Pero su estado físico...

-Giro tiene mala suerte. Por eso siempre está enfermo. Usted sabe que ningún psiquiatra podrá hacer que cambie su suerte. -Al cabo de unos instantes, Mary Reineke añadió con reluctancia-: Sí, consultó a un analista el año pasado, unas cuantas veces. Pero eso es alto secreto; si los homeoperiódicos supieran... -Déme el nombre del analista.

-Un infierno haré. -Sus negros ojos restallaron con hostil triunfo; le miró duramente-. Ni siquiera se lo diría al doctor Teagarden, y él me cae bien.

-Tras ser testigo de una de las enfermedades de Gino en acción, creo que debo...

-El analista -interrumpió Mary- está muerto. Gino lo hizo matar.

Eric la miró fijamente.

-Adivine por qué. -La muchacha sonrió con la malicia de una quinceañera, una deliciosa crueldad sin objetivo que le hizo retroceder por unos momentos a su propia adolescencia. A los martirios que tales muchachas le habían ocasionado-. Fue algo que el analista dijo. Acerca de las enfermedades de Gino. No sé qué fue, pero supongo que iba por el buen camino..., como cree ir usted. ¿Así que realmente quiere ser usted tan listo como eso?

-Usted -murmuró Eric -me recuerda al ministro Freneksy.

Ella se apartó de él y se dirigió hacia la puerta de Gino.

-Ahora quiero entrar a verle; adiós.

-¿Sabe usted que Gino murió hoy en esa sala de conferencias?

-Si, era lógico. Sólo por unos breves instantes, por supuesto; no lo suficiente como para que se deterioraran sus células cerebrales. Y por supuesto, usted y Teagarden lo enfriaron inmediatamente; también sé eso. ¿Por qué le recuerdo a Freneksy, ese piojoso? -Se volvió hacia él, estudiándole intensamente-. No soy como él, en absoluto. Sólo está intentando pincharme para que le diga algo.

-¿Qué es lo que cree que quiero que me diga? -preguntó Eric.

-Acerca de los impulsos suicidas de Gino. -Habló como constatando un hecho-. Los tiene; todo el mundo lo sabe. Por eso fui traída aquí por su familia, para estar seguros de que alguien pasara todas las noches con él, acurrucada contra él en la cama cuando duerme u observándole mientras pasea de un lado para otro cuando le resulta imposible dormir. No puede estar a solas por la noche; me necesita a mí para tener a alguien con quien hablar. Y yo puedo razonar con él..., ya sabe, restablecer su perspectiva a las cuatro de la madrugada. Es duro y difícil, pero lo hago. -Sonrió-. ¿Entiende ahora? ¿Tiene también a alguien que haga eso por usted, doctor? ¿A las cuatro de la madrugada?

Eric agitó negativamente la cabeza.

-Es una lástima. Lo necesita. Es una lástima que yo no pueda hacerlo también por usted, pero uno ya es suficiente. De todos modos, no es usted mi tipo. Pero buena suerte..., quizás encuentre a alguien como yo. -Abrió la puerta y desapareció. Él se quedó de pie a solas en el pasillo, sintiéndose fútil. Y, de pronto, extremadamente solo.

Me pregunto qué pasó con los archivos del analista, pensó mecánicamente, dirigiendo de nuevo sus pensamientos a su trabajo. Sin duda Gino los hizo destruir, para que no cayeran en manos de los lilistarianos.

Todo esto es lógico, pensó. Es a las cuatro de la madrugada cuando las cosas se hacen más difíciles. Pero no hay nadie como tú, muchacha, pensó. Nadie.

-¿Doctor Sweetscent?

Alzó la vista. Un hombre del servicio secreto se le había acercado.

-¿Sí?

-Doctor, hay una mujer fuera que dice que es su esposa; desea ser admitida en el edificio.

-Es imposible -dijo Eric, con un repentino miedo. -¿Quiere venir conmigo y ver si puede identificarla, por favor?

Automáticamente, echó a andar al lado del hombre del servicio secreto.

-Dígale que se marche -murmuro. No, pensó, eso no serviría de nada; no puedes resolver así tus problemas, como un niño agitando una varita mágica-. No tengo la menor duda de que se trata de Kathy -admitió-. Al foral me siguió hasta aquí. En el nombre de Dios..., qué maldita suerte. Dígame, ¿se ha sentido usted así alguna vez? -preguntó al hombre del servicio secreto-. ¿Se ha sentido alguna vez incapaz de vivir con alguien con el que pese a todo tiene que vivir?

-No -dijo lacónicamente el hombre del servicio secreto, siguiendo su camino.

10

Su esposa estaba en un rincón del edificio anexo que era la sala de recepción de la Casa Blanca, leyendo un homeoperiódico, el New York Times; llevaba una chaqueta oscura y una buena cantidad de maquillaje. Su piel, sin embargo, parecía pálida, y sus ojos daban la impresión de ser enormes y estar llenos de angustia.

Cuando él entró en la sala, alzó la vista y dijo:

-Estoy leyendo algo acerca de ti; parece que operaste a Molinari y le salvaste la vida. Felicidades. -Le sonrió, pero era una sonrisa débil y temblorosa-. Llévame a algún lado y proporcióname una taza de café; tengo mucho que contarte.

-No tienes nada que contarme -respondió él, incapaz de eliminar el sorprendido desánimo en su voz.

-Tuve una inspiración después de que te fueras -dijo Kathy.

-Yo también. Fue que habíamos hecho lo correcto separándonos.

-Sorprendente, porque mi inspiración fue precisamente lo contrario -dijo ella.

-Entiendo. Resulta evidente. Estás aquí. Escucha: según la ley, no tengo que vivir contigo. Todo lo que se me exige... -Primero tendrías que escuchar lo que tengo que decirte -interrumpió firmemente Kathy-. No es moralmente correcto que simplemente te marches; eso resulta demasiado fácil.

Él suspiró. La filosofía casera siempre conseguía sus objetivos.

-De acuerdo -aceptó-. No puedo hacer eso, del mismo modo que no puedo negar honestamente que eres mi esposa. Así que vamos a tomar ese café. -Se sentía fatalista. Quizá fuera una forma atenuada de su instinto autodestructivo. En cualquier caso, había cedido; la tomó del brazo y la guió por el pasillo, más allá de los guardias de la Casa Blanca, hacia la cafetería más cercana. -Tienes mal aspecto -dijo-. Tu color. Y estás demasiado tensa.

-He pasado unos malos momentos -admitió ella- desde que te fuiste. Creo que realmente dependo de ti.

-Simbiosis -murmuró él-. Malo.

-¡No es eso!

-Por supuesto que lo es. Esto lo demuestra. No, no voy a volver contigo sobre las antiguas bases. -Se sentía, al menos por el momento, decidido; estaba preparado para luchar contra ello, aquí y ahora. La miró y dijo:

-Kathy, pareces enferma.

-Eso es porque has estado este tiempo con la Mole; te has acostumbrado a un entorno de enfermedad. Estoy perfectamente, sólo un poco cansada.

Pero parecía... más pequeña. Como si algo se hubiera reducido en ella, como si se hubiera marchitado. Era casi... envejecimiento. Pero no exactamente. ¿Podía haber causado tanto daño su separación? Lo dudaba. Su esposa, desde que la había visto par última vez, se había vuelto frágil, y aquello no le gustaba; pese a su animosidad, se sintió preocupado.

-Será mejor que te sometas a un multifásico -dijo-. Un chequeo completo.

-Cristo -murmuró Kathy-, estoy bien. Quiero decir, estaré bien, si tú y yo arreglamos nuestros malentendidos y...

-El terminar con una relación -señaló él- no es un malentendido. Es una reorganización de la vida. -Tomó una taza para ella y otra para él, las llenó en el expendedor, pagó al robant cajero.

Guando estuvieron sentados a la mesa, Kathy encendió un cigarrillo y dijo:

-De acuerdo, supongamos que lo admito; sin ti me derrumbo por completo. ¿No te importa?

-Me importa, pero eso no significa...

-Tu idea es dejar simplemente que me derrumbe y muera.

-Tengo a un hombre enfermo que ocupa todo mi tiempo y toda mi atención. No puedo curarte a ti también. -Especialmente, pensó, cuando en realidad no lo deseo.

-Pero todo lo que tienes que hacer es... -Suspiró, dio un sorbo al café; su mano temblaba, observó él, en un pseudo-Parkinson-. Nada. Simplemente aceptarme de vuelta. Entonces estaré bien.

-No -dijo él-. Francamente, no lo creo. Estás más enferma que eso; tiene que haber alguna otra causa. -No estoy en la profesión médica por error, pensó. Puedo diagnosticar un cuadro mórbido cuando lo veo. Pero no pudo diagnosticar más allá de aquello-. Creo que tú sabes qué es lo que te afecta -señaló claramente-. Podrías decírmelo, si quisieras. Esto me hace sentir más desconfiado que nunca; no me estás diciendo todo lo que deberías, no estás siendo honesta ni responsable, y ésta es una maldita base sobre la que...

-¡De acuerdo! -Le miró fijamente-. ¡Estoy enferma; lo admito! Pero déjame decirte simplemente que es asunto mío; no tienes por qué preocuparte por ello.

-Diría -murmuró él lentamente- que se han producido daños neurológicos.

Alzó vivamente la cabeza; todo el color que le quedaba se borró de su rostro.

-Creo -dijo él de pronto- que voy a hacer algo que en realidad pienso que puede ser prematuro y excesivamente drástico, pero lo voy a intentar y ver qué sale de ello. Voy a hacer que te arresten.

-Buen Dios, ¿por qué? -Le miró, presa del pánico, ahora incapaz de hablar; alzó las manos como para defenderse, volvió a dejarlas caer.

El se levantó, se dirigió a la empleada de la cafetería.

-Señorita -dijo-, ¿puede avisar a los hombres del servicio secreto que acudan a mi mesa? -Señaló hacia el lugar.

-Sí, señor -dijo la mujer, parpadeando pero sin inmutarse. Se volvió hacia un muchacho que, sin pronunciar palabra, se metió rápidamente en la cocina.

Eric regresó a su mesa, volvió a sentarse frente a Kathy. Siguió bebiendo su café, intentando mantenerse tranquilo y preparándose para la escena que se avecinaba.

-Razono -dijo- que es por tu bien. Por supuesto, todavía no lo sé seguro. Pero creo que así lo descubriré. Y supongo que tú lo sabes también.

Pálida, atrapada por el temor, Kathy imploró:

-Me marcará, Eric; volveré a San Diego... ¿De acuerdo?

-No -dijo él-. Tú misma te metiste en esto viniendo hasta aquí; lo convertiste en asunto mío. Así que vas a tener que sufrir las consecuencias. Como dicen ellos. -Se sentía completamente racional y controlado; era una mala situación, pero captaba las posibilidades de algo inminente que podía ser mucho peor.

-De acuerdo, Eric -dijo Kathy roncamente-. Te diré de qué se trata. Soy adicta a la JJ-180. Es la droga de la que te hablé, esa droga que todos, incluido Marm Hastings; tomamos. Ahora ya lo sabes. No tengo nada más que decir; eso lo explica todo. Y sólo he tomado otra dosis desde entonces. Una sola toma ya crea adicción. Como sin duda te has dado cuenta; después de todo, eres médico.

-¿Quién más lo sabe? -Jonas Ackerman.

-¿La conseguiste a través de la CPTT? ¿De nuestra subsidiaria?

-S-sí. -Fue incapaz de afrontar su mirada. Finalmente añadió-: Por eso Jonas lo sabe; me proporcionó más... pero no le digas eso a nadie. Por favor.

-No lo haré -dijo Eric. Su mente había empezado a funcionar de nuevo como correspondía, gracias a Dios. ¿Era ésa la droga a la que Don Festenburg se había referido indirectamente? El nombre JJ-180 despertaba recuerdos dormidos; intentó centrarlos-. Cometiste un terrible error -dijo-, por lo que recuerdo haber oído acerca de la frohedadrina, que es como la llaman también. Sí, la Hazeltine la elabora.

Un hombre del servicio secreto apareció junto a la mesa.

-¿Sí, doctor?

-Sólo deseaba informarle que esta mujer es mi esposa, como ella dice. Y que me gustaría que se tomaran las disposiciones necesarias para que pudiera quedarse aquí conmigo.

-De acuerdo, doctor. Efectuaremos con ella todos los controles de rutina, pero estoy seguro de que no habrá ningún problema. -El hombre del servicio secreto hizo una inclinación con la cabeza y se marchó.

-Gracias -dijo finalmente Kathy.

-Considero la adicción a una droga tan tóxica una enfermedad grave -dijo Eric-. En realidad, algo peor que un cáncer o un ataque cardíaco masivo. Es evidente que no puedo abandonarte en estas condiciones. Probablemente deberás ser internada en un hospital; supongo que ya eres consciente de ello. Contactaré con la Hazeltine, descubriré lo que saben..., pero tienes que comprender que puede que no haya esperanzas.

-Sí. -Inclinó la cabeza en un asentimiento espasmódico. -De todos modos, pareces tener mucho valor. -Adelantó una mano, tomó una de las de ella; estaba fría y reseca. Como sin vida. La soltó-. Siempre ha habido algo que he admirado en ti..., no eres cobarde. Por supuesto, eso es lo que te ha metido precisamente en esta situación, tener el valor de probar una nueva sustancia sin saber nada de ella. Bien, así que volvemos a estar juntos. -Unidos el uno al otro por tu drogodependencia posiblemente fatal, pensó con malhumorada desesperación. Vaya razón para reanudar nuestro matrimonio. Aquello era un poco demasiado para él.

-Tú también eres un buen tipo -dijo Kathy.

-¿Tienes más droga?

Ella dudó.

-N-no.

-Estás mintiendo.

-No pienso entregarla. Antes te abandonaría e intentaría arreglármelas por mí misma. -Su miedo se había convertido, momentáneamente, en un obstinado desafió-. Mira, si estoy enganchada con la JJ-180 no puedo darte la que tengo..., ¡eso es lo que significa estar enganchada! No quiero tomar más; pero tengo que tomarla. De todos modos, no es mucha. -Se estremeció-. Me hace desear estar muerta; no hace falta decirlo. Dios, no sé cómo me metí en esto.

-¿Qué es lo que se siente? Tengo entendido que tiene algo que ver con el tiempo.

-Sí, pierdes tu punto fijo de referencia; pasas fácilmente hacia delante y hacia atrás. Lo que me gustaría es ponerme al servicio de alguien o de algo, hallar una utilidad para el periodo en cuyas manos me encuentro. ¿Quizás el secretario pudiera utilizarme? Erie, quizá pudiera conseguir sacarnos a todos de la guerra; podría advertir a Molinari antes de que firme el Pacto de Paz. -Sus ajos resplandecieron esperanzados-. ¿No crees que valdría la pena intentarlo?

-Quizá sí. -De todos modos, recordó las afirmaciones de Festenburg sobre el tema; tal vez Molinari ya estaba utilizando la JJ-180. Pero evidentemente la Mole no había intentado, o no había sido capaz, de hallar el camino hasta los días pre-pacto. Quizá la droga afectara a cada persona de una forma distinta y única. Muchos estimulantes, muchas drogas alucinógenas lo hacían.

-¿Puedo tener acceso a él a través de ti? -preguntó Kathy.

-Bien..., supongo que sí. -Pero algo cobró vida en su interior y le hizo ponerse alerta-. Tomará tiempo, de todos modos. En estos momentos se está recuperando de la operación del riñón, como al parecer ya sabes.

Ella asintió con la cabeza, haciendo un gesto de dolor.

-Jesús, me siento horrible, Eric. Como si no fuera a sobrevivir. Ya sabes..., como ante la inminencia de un desastre. Proporcióname unos cuantos tranquilizantes; quizás ayuden un poco. -Tendió la mano, y Eric vio de nuevo la intensidad de su temblor. Parecía peor que antes.

-Te llevaré al edificio de la enfermería -decidió, poniéndose en pie-. Por el momento. Mientras pienso qué hacer. Sin embargo, preferiría no administrarte ninguna medicación; puede que lo único que haga sea potenciar la droga. Con una nueva sustancia, nunca sabes...

-¿Quieres saber lo que hice, Eric, mientras estabas pidiendo que avisaran al hombre del servicio secreto? -interrumpió Kathy-. Eché una cápsula de JJ-180 en tu taza de café. No te rías; estoy hablando en serio. Es cierto, y tela has bebido. Ahora también eres un adicto. Los efectos empezarán en cualquier momento; será mejor que salgas de la cafetería y te vayas a tu apartamento, porque son enormes. -Su voz era llana y tensa-. Lo hice porque creí que ibas a hacerme arrestar; dijiste que lo harías, y te creí. Así que es culpa tuya. Lo siento... Desearía no haberlo hecho, pero de todos modos ahora tienes un motivo para curarme; tienes que hallar una solución. No podía depender solamente de tu benevolencia; ya hemos tenido demasiados problemas entre nosotros, ¿no crees?

-He oído decir esto acerca de los adictos en general -consiguió decir Eric-; les gusta enganchar a otra gente.

-¿Me perdonas? -dijo Kathy, levantándose también.

-No -respondió él. Se dio cuenta de que se sentía furioso y desorientado a la vez. No sólo no te perdono, pensó, sino que voy a hacer todo lo posible para negarte una cura; nada significa más para mí ahora que volverte la espalda. Ni siquiera mi propia curación. Sintió un puro, un absoluto odio hacia ella. Sí, aquello era muy propio de Kathy: así era su esposa. Por eso precisamente había intentado alejarse de ella.

-Estamos juntos en esto -dijo Kathy.

Tan firmemente como le fue posible, caminó hacia la salida de la cafetería, paso a paso, por entre las mesas y la gente. Abandonándola.

Casi lo consiguió. Casi.

Todo regresó a él. Pero totalmente distinto. Cambiado. Frente a él, Don Festenburg se reclinó en su asiento y dijo:

-Es usted afortunado. Pero será mejor que se lo explique, Tome. Aquí tiene el calendario. -Le pasó un objeto de cobre;

Tic miró por encima del escritorio-. Se ha trasladado usted un poco más de un año hacia delante. -Eric miró. Con ojos miopes. Unas adornadas inscripciones-. Estamos a 17 de junio de 2056. Usted es uno de los pocos afortunados a los que la droga afecta de este modo. La mayoría de ellos van al pasado y se apuntan a la fabricación de universos alternos; ya sabe, jugar a Dios, hasta Que finalmente la destrucción nerviosa es demasiado grande y la Degeneración se apodera de ellos.

Eric intentó pensar en algo útil que decir. No pudo.

-Ahórrese el esfuerzo -indicó Festenburg, viendo su forcejeo-. Déjeme hablar a mí; usted sólo va a estar aquí unos minutos, así que permítame decírselo. Hace un año, cuando le administraron la JJ-180 en el edificio de la cafetería, tuve la suerte de entrar en aquel momento; su esposa se había puesto histérica y usted, por supuesto..., desapareció. Fue detenida inmediatamente por el servicio secreto, y admitió su adicción y lo que había hecho.

-Oh. -La habitación cayó y se alzó cuando asintió reflexivamente.

-Bien..., ¿se siente mejor? Resumiendo, le diré que ahora Kathy está curada, aunque no vale la pena entrar en detalles; no tiene importancia.

-¿Qué hay de...?

-Sí, su problema. Su adicción. Hace un año no había cura para ella. De todos modos, le alegrará saber que ahora si la hay. Se consiguió hará un par de meses, y he estado aguardando a que usted apareciera..., en la actualidad sabemos lo suficiente sobre la JJ-180 como para que yo haya podido calcular casi al minuto cuándo y dónde aparecería usted. -Festenburg metió la mano en el bolsillo de su arrugada chaqueta y, extrajo una botellita de cristal llena de pequeñas pastillas-. Este es el antídoto que actualmente elabora la subsidiaria de la CPTT. ¿Lo quiere? Si lo toma ahora, veinte miligramos, quedará libre de su acción apenas regrese a su tiempo de origen. -Sonrió, su chupado rostro se contrajo de una forma no natural-. Pero..., hay problemas.

-¿Cómo va la guerra? -preguntó Eric. Despectivamente, Festenburg dijo:

-¿Y qué le importa? Buen Dios, Sweetscent; su vida depende de las pastillas que hay en esta botella..., ¡usted no sabe lo que significa esa adicción!

-¿Sigue vivo Molinari? Festenburg agitó la cabeza.

-No dispone más que de unos minutos y quiere saber el estado de salud de la Mole. Escuche. -Se inclinó hacia Eric, los labios curvados hacia abajo en una mueca que parecía un puchero, el rostro hinchado por la agitación-. Quiero hacer un trato con usted, doctor. Le pido sorprendentemente poco a cambio de esta medicación. Por favor, llegue a un acuerdo conmigo: la próxima vez que tome la droga, si no consigue desintoxicarse, irá a diez años en el futuro, y será ya demasiada lejos, demasiado tarde.

-Demasiado tarde para usted, pero no para mí -dijo Eric-. La cura seguirá existiendo.

-¿Ni siquiera va a preguntarme qué es lo que deseo a cambio?

-No.

-¿Por qué no?

Eric se encogió de hombros.

-No me siento cómodo; me veo sometido a presión y no me gusta..., correré mis riesgos con la droga sin usted. -Era suficiente con saber que existía una cura. Ese conocimiento anulaba su ansiedad y le dejaba libre de hacer lo que quisiera-. Obviamente, mi mejor apuesta es utilizar la droga tan a menudo como sea posible psicológicamente, dos o tres veces, yendo más y más en el futuro a cada ocasión, y luego, cuando sus efectos destructivos sean demasiado grandes...

-Incluso una sola utilización -dijo Festenburg con los dientes encajados- causa daños cerebrales irreversibles. Maldito estúpido... ya la ha utilizado usted demasiado. Vio a su esposa; ¿desea sufrir ese mismo daño?

Eric meditó profundamente aquello, y al cabo de un momento dijo:

-Para lo que voy a obtener de ella, sí. Cuando la haya usado dos veces conoceré el resultado de la guerra y, si el resultado es desfavorable, posiblemente me halle en situación de aconsejar a Molinari cómo evitarlo. ¿Qué es mi salud comparado con eso?- Guardó silencio; el asunto le parecía perfectamente claro. No había nada que discutir: permaneció sentado, aguardando a que los efectos de la droga lo arrancaran de allí. Aguardando regresar a su propio tiempo.

Festenburg abrió la botellita, derramó las pequeñas pastillas blancas; cayeron al suelo, y las redujo a polvo con el tacón.

-¿Se le ha ocurrido pensar -dijo Festenburg- que dentro de diez años la Tierra puede estar tan destruida por la guerra que la subsidiaria de la CPTT ya no se halle en condiciones de proporcionar este antídoto?

No se le había ocurrido; se sobresaltó, consiguió no manifestarlo.

-Veremos -murmuró.

-Francamente, no tengo ningún conocimiento del futuro. De todos modos, sí tengo conocimiento del pasado..., de su futuro. -Extrajo un homeoperiódico, lo volvió hacia Eric y lo extendió sobre el escritorio-. La fecha es seis meses después de su experiencia en la cafetería de la Casa Blanca. Supongo que le interesará.

Eric leyó los titulares:

SWEETSCENT, IMPLICADO COMO PRIMER IMPULSOR EN UN COMPLOT CONTRA EL SECRETARIO EN FUNCIONES DE LAS NACIONES UNIDAS DONALD FESTENBURG, DETENIDO POR EL SERVICIO SECRETO.

Festenburg retiró bruscamente el periódico, estrujándolo en una pelota y arrojándolo a sus espaldas.

-No le voy a decir lo que le ocurrió a Molinari..., descúbralo por sí mismo, puesto que no está interesado en llegar a un acuerdo racional conmigo.

Tres una pausa, Eric dijo:

-Ha tenido usted todo un alío para imprimir un ejemplar falso del Times. Creo recordar que esto se ha hecho ya antes en la historia política... Stalin se lo hizo a Lenin durante el

último año de Lenin. Hizo imprimir una edición de Pravda completamente falsa y se la dio a Lenin, que...

-Mi uniforme -dijo frenéticamente Festenburg, con el rostro enrojecido y tembloroso, como si estuviera a punto de estallar-. ¡Mire las insignias de mis hombreras!

-¿Por qué no pueden ser falsas también? No estoy diciendo que lo sean, o que lo sea tampoco el homeoperiódico. -Después de todo, no estaba en posición de saber si lo eran o no-. Simplemente estoy diciendo que podrían serlo, y que eso es suficiente para hacer que mantenga en suspenso mi opinión.

Con un enorme esfuerzo, Festenburg consiguió recuperar un control parcial de sí mismo.

-De acuerdo; juega usted a ser cauteloso. Toda esta experiencia le desorienta..., lo comprendo. Pero doctor, sea realista por un momento; ha visto el periódico, sabe que, de una forma que no le he especificado, sucedí a Molinari como secretario de las Naciones Unidas. Aparte el hecho de que, seis meses después de su propio tiempo, fue usted detenido con las manos en la masa conspirando contra mí. Y...

-Secretario de las Naciones Unidas en funciones -corrigió Eric.

-¿Qué?

-Eso significa una situación provisional. Transitoria. Y yo no fui, o no seré, detenido «con las manos en la masa». El periódico informa simplemente de una acusación; no habla de juicio ni de condena. Tal vez pude demostrar mi inocencia. Tal vez todo fue una trampa, maquinada por usted. Recuerde de nuevo a Stalin durante aquel último año de Lenin, la llamada...

-¡No me dé lecciones en mi propio campo! Sí, conozco la situación a la que se refiere; sé hasta qué punto Stalin engañó al agonizante Lenin. Y conozco el complot del doctor, paranoicamente ideado por el propio Stalin durante su última enfermedad. De acuerdo... -La voz de Festenburg se afamó-. Lo admito. Este homeoperiódico que acabo de mostrarle..., está falsificado. Eric sonrió.

-Y no soy secretario de las Naciones Unidas en funciones -prosiguió Festenburg-. Pero respecto a lo ocurrido realmente..., dejaré que lo adivine usted mismo. Y no va a ser capaz de hacerlo; va a regresar a su propio tiempo dentro de pocos instantes, sin saber nada, absolutamente nada, del mundo del futuro..., mientras que si hubiera llegado a un acuerdo conmigo hubiera podido saberlo todo. -Miró intensamente a Eric.

-Supongo -dijo Eric- que soy un estúpido.

-Más que eso: es usted un perverso polimórfico. Podría regresar armado con unas armas increíbles, en sentido figurado, por supuesto, para salvarse a sí mismo, a su esposa, a Molinari. Y a cambio de ello se pasará un año hirviendo en su propio jugo..., suponiendo que sobreviva tanto tiempo a su adicción a la droga. Veremos.

Por primera vez Eric sintió la mordedura de la duda. ¿Estaba cometiendo un error? Después de todo, ni siquiera había escuchado lo que se le pedía a cambio para consumar el trato. Pero ahora el antídoto había sido destruido; era demasiado tarde. Todo aquello no era más que hablar.

Eric se puso en pie y echó una rápida mirada por la ventana a la ciudad de Cheyenne.

La ciudad estaba en ruinas.

Mientras permanecía inmóvil allá, mirando, sintió que la realidad de la habitación, la sustancialidad de lo que estaba viendo, se difuminaba; osciló, se alejó de él, y quiso aferrarla, retenerla.

-Mucha suerte, doctor -dijo huecamente Festenburg, y luego él también se convirtió en un jirón de bruma que se enroscó indistinto a su alrededor, mezclándose con los desintegrados restos del escritorio, las paredes de la habitación, los objetos que un momento antes habían sido absolutamente estables.

Se tambaleó..., y se esforzó por recuperar el equilibrio. No lo consiguió, se sumergió en la vertiginosa experiencia de la ingravidez..., y luego, con el dolor golpeando fuertemente en

su cabeza, alzó la vista, vio a su alrededor las mesas y la gente de la cafetería de la Casa Blanca.

Se había formado un grupo a su alrededor. Preocupado pero vacilante. Reacios a tocarle, permanecían como meros espectadores.

-Gracias por la ayuda -gruñó, y se puso tambaleante en pie. Los espectadores se retiraron, culpables, a sus mesas, dejándole solo. Solo..., excepto Kathy.

-Estuviste fuera unos tres minutos -dijo ella.

Él no respondió; no tenía deseos de hablar con ella, de saber nada de ella. Sentía náuseas y le temblaban las piernas; parecía como si su cabeza estuviera hendida y fragmentada, y pensó: Así es como se siente uno ante un envenenamiento con monóxido de carbono. Tal como está descrito en los antiguos libros de texto. La sensación de verse embebido de muerte en su estado puro.

-¿Puedo ayudarte? -preguntó Kathy-. Recuerdo cómo me sentí yo la primera vez.

-Te llevaré a la enfermería -dijo Eric. La sujetó por el brazo; el bolso de ella golpeó contra su costado-. Debes llevar tu provisión en el bolso -dijo, y se lo arrancó de un tirón.

Un momento más tarde sostenía dos cápsulas alargadas en la palma de su mano. Se las metió en el bolsillo y le devolvió el bolso a Kathy.

-Gracias -dijo ella, con una enorme ironía.

-Gracias también a ti, querida. Hemos conseguido acumular unas enormes dosis de amor el uno por el otro en esta nueva fase de nuestra relación matrimonial. -La condujo fuera de la cafetería; ella se dejó llevar sin resistencia.

Me alegro de no haber hecho un trato con Festenburg, pensó. Pero Festenburg no dejaría de ir tras de él; aquello no era el final.

De todos modos, poseía una ventaja sobre Festenburg, una que el demacrado escritor de discursos, en aquellos momentos al menos, no poseía.

A raíz de su encuentro dentro de un año, conocía las ambiciones políticas de Festenburg. Sabía que, de alguna forma, intentaría un golpe de estado, y buscaría apoyos para él. El uniforme de secretario de las Naciones Unidas podía ser falso, pero las aspiraciones de Festenburg no lo eran.

Y era muy posible que Festenburg todavía no hubiera iniciado aún aquella fase de su carrera.

Festenburg, en este momento del tiempo, no podría coger a Eric Sweetscent por sorpresa, porque, a un año en el futuro, sin él saberlo ahora, le había mostrado sus cartas. Y, haciéndolo, no había tenido en cuenta las implicaciones de su acto.

Era un gran error político por su parte, e irreparable, además. Sobre todo en vista del hecho de que había otros estrategas políticos en escena, algunos de ellos con enormes capacidades. Uno de ellos era Gino Molinari.

Después de conseguir que su esposa fuese admitida en la enfermería de la Casa Blanca, hizo una llamada videofónica a Jonas Ackerman a la CPTT en Tijuana.

-Así que sabe usted lo de Kathy -dijo Donas. No pareció feliz.

-No voy a preguntarle por qué lo hizo usted -dijo Eric-. Le llamo para...

-¿Hace qué?. -El rostro de Jonas se convulsionó-. ¿Le dijo ella que yo le administré la droga, eso hizo? No es cierto, Eric. ¿Por qué lo haría? Pregúnteselo usted mismo.

-Hablaremos más tarde de ello. -Ahora no había tiempo-. Primero quiero saber si Virgil sabe algo acerca de la JJ-180.

-Sí, pero no más que yo. No hay mucho...

-Déjeme hablar con Virgil.

Reacio, Jonas pasó la llamada a la oficina de Virgil. Al cabo de un momento Eric se halló frente al rostro del viejo, que adoptó una expresión de sincero abandono cuando vio quién llamaba.

-¡Eric! He leído en los periódicos... que ya le ha salvado una vez la vida a Molinari. Sabía que lo haría. Bien, si puede hacer lo mismo cada día... -Dejó escapar una risita divertida.

-Kathy es adicta a la JJ-180. Necesito ayuda; tengo que sacarla de ello.

Las complacidas emociones desaparecieron del rostro de Virgil.

-¡Eso es horrible! ¿Pero qué puedo hacer yo, Eric? Me gustaría hacer algo, por supuesto. Todos aquí queremos a Kathy. Pero usted es el médico, Eric; usted tiene que poder hacer algo por ella. -Intentó seguir hablando, pero Eric le interrumpió:

-Dígame cómo ponerme en contacto con su subsidiaria. La que elabora la JJ-180.

-Oh, sí. La compañía Hazeltine, de Detroit. Déjeme ver... con quién puede hablar allí. Quizá con el propio Bert Hazeltine. Espere un momento; Donas está aquí en mi oficina. Quiere decirle algo.

El rostro de Jonas apareció en la pantalla.

-Estaba intentando decirle, Eric, que cuando supe de la situación de Kathy contacté inmediatamente con la Hazeltine. Ya han enviado a alguien; está camino de Cheyenne; imaginé que Kathy se presentaría ahí cuando desapareció. Manténganos informados a Virgil y a mí de cualquier progreso que consigan. Buena suerte. -Desapareció de la pantalla, evidentemente aliviado de haber contribuido.

Eric dio las gracias a Virgil y colgó. Se dirigió inmediatamente a la sala de recepción de la Casa Blanca para ver si el representante de la compañía Hazeltine había llegado ya.

-Oh, sí, doctor Sweetscent -dijo la muchacha, comprobando su libro de entradas-. Dos personas llegaron hace apenas un instante; intentamos localizarle a usted en las salas y en las cafeterías. -Leyó los nombres en el libro-. Un tal señor Bert Hazeltine y una mujer, la señorita Bachis..., estoy intentando descifrar su letra. Sí, creo que es Bachis. Los enviamos a su apartamento.

Cuando llegó a su apartamento encontró la puerta abierta; en la pequeña sala de estar había sentadas dos personas, un hombre de edad madura, bien vestido, con una chaqueta larga, y una mujer rubia rozando los cuarenta; llevaba gafas, y sus rasgos eran duros y profesionalmente competentes.

-¿Señor Hazeltine? -dijo Eric, y entró con la mano tendida. Tanto el hombre como la mujer se pusieron en pie.

-Hola, doctor Sweetscent. -Bert Hazeltine estrechó su mano-. Le presento a Hilda Bachis; pertenece a la Comisión de Control de Narcóticos de las Naciones Unidas. Hemos tenido que informar de la situación de su esposa, doctor; es la ley. Sin embargo...

-No estamos interesados en detener o castigar a su esposa, doctor -dijo crispadamente la señorita Bachis-; queremos ayudarla, como usted. Ya hemos dispuesto las cosas para verla, pero pensamos que sería mejor hablar primero con usted y luego bajar a la enfermería.

Hazeltine dijo con voz suave:

-Su esposa, ¿tiene ahora una provisión abundante de la droga?

-Nada -dijo Eric.

-Entonces déjeme explicarle -señaló Hazeltine- la diferencia entre habituación y adicción. En la adicción...

-Soy médico -le recordó Eric-. No tiene que explicármelo. -Se sentó, sintiendo aún en él los efectos residuales de la droga; la cabeza seguía zumbándole, y le dolía el pecho cuando respiraba.

-Entonces se da cuenta de que la droga ha penetrado en el metabolismo de su hígado y ahora ese metabolismo necesita una continuidad. Si se le niega la droga, ella morirá en... -Hazeltine hizo un cálculo-. ¿Cuánta ha tomado?

-Dos o tres cápsulas.

-Sin ella, probablemente morirá en un plazo de veinticuatro horas.

-¿Y con ella?

-Vivirá aproximadamente unos cuatro meses. Por entonces, doctor, puede que hayamos conseguido un antídoto; no piense que no lo estamos intentando. Hemos probado incluso el trasplante orgtif, extirpando el hígado y sustituyéndolo...

-Entonces necesitará más droga -señaló Eric, y pensó en sí mismo-. Supongamos que sólo la ha tomado una vez. ¿Significa eso...?

-Doctor -dijo Hazeltine-, ¿acaso no lo comprende? La JJ-180 no fue diseñada como un medicamento; es un arma bélica. Fue creada para causar una adicción absoluta can una sola dosis; fue creada para producir un daño extenso en los nervios y en el cerebro. Es inodora e insípida; uno no puede detectarla cuando le es administrada, digamos, con la comida o la bebida. Desde un principio nos enfrentamos con el problema de que nuestra propia gente pudiera sufrir accidentalmente adicción; estábamos aguardando hasta conseguir un antídoto, y entonces utilizar la JJ-180 contra el enemigo. Pero... -miró con ojo crítico a Eric-. Su esposa no sufrió accidentalmente la adicción, doctor. La droga le fue administrada deliberadamente. Sabemos dónde la consiguió. -Miró a la señorita Bachis.

-Su esposa no pudo conseguirla de la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana -dijo la señorita Bachis-, porque la Hazeltine no ha enviado ninguna cantidad de esa droga a su empresa madre.

-Nuestros aliados -dijo Bert Hazeltine-. El protocolo del Pacto de Paz; tenemos que remitirles una muestra de cada nueva arma bélica producida en la Tierra. Las Naciones Unidas nos obligaron a remitir una cantidad de JJ-180 a Lilistar. -Su rostro pareció hundirse, casa que en él era síntoma de un profundo resentimiento.

-Las muestras de JJ-180 -dijo la señorita Bachis-, por razones de seguridad, fueron enviadas a Lilistar en cinco contenedores separados, en cinco transportes distintos. Cuatro llegaron a Lilistar. Uno no; los reegs lo destruyeron con una automina. Y, desde entonces, nos han llegado rumores persistentes a través de nuestros servicios de inteligencia que operan en el Imperio que agentes lilistarianos han traído la droga de vuelta a la Tierra, para utilizarla contra nuestra gente.

Eric asintió.

-De acuerdo; no la obtuvo de la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana. -¿Pero qué importaba dónde la hubiera conseguido Kathy?

-De modo que su esposa -dijo la señorita Bachis- ha sido abordada por los agentes de la inteligencia lilistariana, y en consecuencia no puede ser mantenida aquí en Cheyenne; ya hemos hablado con el servicio secreto, y será trasladada de vuelta a Tijuana o a San Diego. No hay alternativa; ella no lo ha admitido, por supuesto, pero tiene que haber recibido nuevas dosis a cambio de actuar como agente lilistariano. Ése puede ser el motivo de que le haya seguido a usted hasta aquí.

-Pero -dijo Eric-, si interrumpen ustedes su suministro de la droga...

-No pensamos hacerlo -dijo Hazeltine-. Al contrario; el método más seguro de librar a su esposa de los agentes de Lilistar es proporcionársela directamente. Ésta es nuestra política en esos casos..., y su esposa no es el primero, doctor; nos hemos encontrado con otros antes, y puede creerme, sabemos lo que tenemos que hacer. Es decir, dentro del limitado número de posibilidades que tenemos abiertas. En primer lugar, necesita la droga simplemente para seguir con vida; sólo eso ya hace esencial el seguir proporcionándosela. Pero hay otro hecho que debe usted saber. El embarque que fue enviado a Lilistar pero fue destruido por una mina reeg..., sabemos ahora que los reegs consiguieron recuperar parte de los restos de esa nave. Consiguieron una pequeña pero significativa cantidad de JJ-180. -Hizo una pausa-. Y ellos también están trabajando en un antídoto. Hubo un silencio en la habitación.

-Nosotros no disponemos de ningún antídoto aquí en la Tierra -prosiguió Hazeltine, tras una pausa-. Lilistar, por supuesta, ni siquiera lo está intentando, pese a lo que puedan haberle dicho a su esposa; simplemente están utilizando su provisión de la droga, sin duda utilizándola tanto contra nosotros que contra el enemigo. Son cosas que pasan. Pero..., puede que ya exista un antídoto entre los reegs; sería injusto y moralmente impropio no decirle esto.

No estoy sugiriendo que pueda usted pasarse al enemigo; no estoy sugiriendo nada... Sólo estoy siendo honesto con usted. En cuatro meses puede que hayamos conseguido el antídoto, o puede que no; no tengo forma alguna de conocer el futuro.

-La droga -señaló Eric- permite a algunos de sus usuarios trasladarse al futuro.

Hazeltine y la señorita Bachis intercambiaron una mirada.

-Cierto -asintió Hazeltine-. Esto es información altamente clasificada, como sin duda sabrá. Supongo que lo supo a través de su esposa. ¿Es ésa la dirección en que se mueve ella cuando se halla bajo la influencia de la droga? Es relativamente raro; la regla parece ser el retroceso al pasado.

-Kathy y yo hemos hablado de ello -dijo Eric evasivamente.

-Bien -murmuró Hazeltine-; es una posibilidad, lógicamente al menos. Ir al futuro, conseguir el antídoto..., quizá no una cantidad de él, pero al menos la fórmula; memorizarla, y luego regresar al presente, entregar la fórmula a nuestros químicos de la compañía. Eso podría funcionar. Parece casi demasiado fácil, ¿no? Los efectos de la droga contienen el método de conseguir el agente nulificador, la fuente de una nueva molécula desconocida que penetre en el metabolismo del hígado en lugar de la JJ-180... La primera objeción que se me ocurre es que puede que nunca llegue a existir ese antídoto, en cuyo caso resulta inútil ir al futuro. Después de todo, todavía no existe ningún remedio para la adicción a los derivados del opio; la heroína sigue siendo ilegal y peligrosa, como lo era hace un siglo. Pero se me ocurre otra objeción, más profunda. Francamente, y he supervisado personalmente todas las fases de los ensayos con la JJ-180, tengo la sensación de que el período del tiempo al que entra el sujeto bajo la influencia de la droga es falso. No creo que sea el auténtico futuro o el auténtico pasado.

-Entonces, ¿qué es? -preguntó Eric.

-Lo que hemos mantenido desde un principio en la Hazeltine; afirmamos que la JJ-180 es una droga alucinógena, y sólo eso. El hecho de que las alucinaciones parezcan reales no significan nada; la mayoría de las alucinaciones parecen reales, sea cual sea la causa, ya provengan de una droga, de una psicosis, de una lesión cerebral o de una estimulación eléctrica aplicada directamente a zonas específicas del cerebro. Usted debe saberlo, doctor; una persona que experimenta alucinosis no cree simplemente que ve, digamos, un naranjo: lo ve realmente. Para él es una experiencia auténtica, tanto como pueda serlo nuestra presencia aquí en esta sala de estar. Nadie que haya tomado la JJ-180 y haya ido al pasado ha regresado con algo de allí; no desaparece o...

-No estoy de acuerdo, señor Hazeltine -interrumpió la señorita Bachis-. He hablado con un cierto número de adictos a la JJ-180, y me han dado detalles sobre el pasado que he comprobado que no podían conocer a menos que hubieran estado allí. No puedo probarlo, pero lo creo firmemente. Disculpe por haberle interrumpido.

-Recuerdos latentes -dijo irritadamente Hazeltine-. O, Cristo, posiblemente vidas pasadas; quizás exista la reencarnación.

-Si la JJ-180 induce un auténtico viaje temporal -dijo Eric-, quizá no constituya una buena arma para utilizarla contra los reegs. Es mejor que se atenga a la alucinosis, señor Hazeltine. Al menos mientras planee vendérsela al gobierno.

-Un argumento ad homínem -dijo Hazeltine-. Ataca mis motivos, no mi argumentación; me sorprende, doctor. -Su aspecto era lúgubre-. Pero quizá tenga razón. ¿Cómo puedo saberlo? Nunca la he tomado, y no se la hemos administrado a nadie desde el momento en que descubrimos sus propiedades adictivas; nos hemos limitado a los experimentos con animales, nuestros primeros y desafortunados sujetos humanos, y los más recientes como su esposa, convertidos en adictos por los lilistarianos. Y... -Dudó, luego se encogió de hombros y prosiguió-: Y, evidentemente, se la hemos administrado a reegs capturados en los campos de prisioneros; de otro modo no tendríamos ninguna forma de determinar los efectos que causa en ellos. -¿Cómo han respondido? -preguntó Eric.

Librodot

-Más o menos como nosotros. Una completa adicción, un deterioro neurológico, alucinaciones de un grado tal que los han vuelto apáticos hacia su actual situación. -Añadió, medio para sí mismo-: Las cosas que uno tiene que hacer en tiempo de guerra. Y hablan de los nazis.

-Tenemos que ganar la guerra, señor Hazeltine -dijo la señorita Bachis.

-Sí -dijo Hazeltine, apático-. Oh, tiene usted tanta razón, señorita Bachis; cuánta razón tiene. -Contempló el suelo, sin verlo.

-Déle al doctor Sweetscent la provisión de droga -dijo la señorita Bachis.

Hazeltine asintió y buscó algo en su chaqueta.

-Tome. -Tendió una cajita metálica, plana-. Es JJ-180. Legalmente no podemos dársela a su esposa; no podemos proporcionársela a un adicto reconocido. Así que tómela usted..., es una formalidad, por supuesto..., y lo que haga con ella es asunto suyo. De todos modos, hay suficiente en esta caja como para mantener a su esposa con vida hasta el final. -Eludió los ojos de Eric, siguió mirando al suelo.

Eric aceptó la cajita y dijo:

-No parece usted muy feliz con esta invención de su compañía.

-¿Feliz? -hizo eco Hazeltine-. Oh, sí; ¿acaso no lo ve? ¿Sabe?, lo peor fue ver a los prisioneros de guerra después de haberla tomado. Se limitaban a hundirse en sí mismos, como si se marchitaran; no hay remisión para ellos..., viven en la JJ-180, una vez la han tocado. Se sienten felices de estar en ella; las alucinaciones son para ellos, ¿cómo lo diría?..., una distracción. No..., no una distracción. ¿Un acaparamiento? No lo sé, pero actúan como si estuvieran contemplando la realidad definitiva. Pero una realidad que, clínicamente hablando, fisiológicamente hablando, constituye un insidioso infierno.

-La vida es corta -señaló Eric.

-Y embrutecida y odiosa -añadió Hazeltine, citando vagamente, como si respondiera de un modo inconsciente-. No puedo ser fatalista, doctor. Quizás usted sea afortunado o listo, alguna de estas cosas.

-No -dijo Eric-. Difícilmente eso. -Ser un depresivo, evidentemente, no era deseable; el fatalismo no era un talento, sino una larga enfermedad-. ¿Cuánto tardan en aparecer los síntomas de abstinencia después de haber tomado la JJ-180? En otras palabras: ¿cuándo…?

-Pueden transcurrir entre doce y veinticuatro horas entre cada toma -dijo la señorita Bachis-. Luego las exigencias fisiológicas, el colapso del adecuado metabolismo hepático, se dejan sentir. Es desagradable. Por decirla de algún modo.

-Desagradable... -dijo roncamente Hazeltine-. Dios de los cielos, sea. realista: es insoportable. Es una agonía mortal, literalmente. Y el sujeto lo sabe. Lo siente, sin ser capaz de etiquetarlo. Después de todo, ¿cuántos de nosotros hemos sufrido las agonías de la muerte?

-Gino Molinari las ha sufrido -dijo Eric-. Pero es el único. -Se metió la cajita de la JJ-180 en el bolsillo de su chaqueta, pensó: Así que dispongo de veinticuatro horas antes de verme obligado a tomar mi segunda dosis de la droga. Pero los primeros síntomas pueden presentarse incluso esta noche.

De modo que es posible que los reegs posean un antídoto, pensó. ¿Tendré que recurrir a ellos para salvar mi vida? ¿La vida de Kathy? Me lo pregunto. Realmente, él tampoco lo sabe.

Quizá, pensó, lo sepa después de experimentar mis primeros síntomas de abstinencia. Y, de no ser así, después de detectar los primeros síntomas de deterioro neurológico en mi cuerpo.

Todavía seguía sorprendiéndole que su esposa hubiera decidido, deliberadamente, convertirle en un adicto. Qué odio indicaba eso. Qué enorme desprecio hacia los valores de la vida. ¿Pero no sentía él del mismo modo? Recordó su discusión inicial con Gino Molinari; entonces sus sentimientos habían emergido, y les había hecho frente. En un análisis foral, sentía lo mismo que Kathy. Aquél era el gran efecto de la guerra; la supervivencia de un solo individuo parecía algo trivial. Así que quizá pudiera echarle la culpa a la guerra. Eso haría las cosas más fáciles. Pero no se dejaba engañar por eso.

11

De camino a la enfermería para darle a Kathy su provisión de la droga, se encontró de pronto, increíblemente, ante la enferma figura de Gino Molinari. El secretario de las Naciones Unidas estaba derrumbado en su silla de ruedas con su pesada manta de lana sobre las rodillas, agitando los ojos como si fueran dos entidades vivas separadas; inmovilizó a Eric como si fuera una mariposa clavada con un alfiler.

-Había micrófonos ocultos en su apartamento -dijo Molinari-. Su conversación con Hazeltine y Bachis fue escuchada, grabada, y me fue enviada una transcripción escrita.

-¿Tan rápido? -consiguió decir Eric. Gracias a Dios, no había mencionado su propia adicción.

-Sáquela de aquí -gimió Molinari-. Es una secuaz de los lilistarianos; hará cualquier cosa..., lo sé. Ha ocurrido antes. -Estaba temblando-. De hecho, ya está fuera de aquí; mis hombres del servicio secreto se han hecho cargo de ella y la han llevado a un helicóptero. Así que no sé por qué me altero de este modo..., intelectualmente, sé que la situación está controlada.

-Si tiene usted una transcripción, sabrá que la señorita Bachis ya había arreglado las cosas para que Kathy...

-¡Lo sé! De acuerdo. -Molinari jadeó en busca de aliento, el rostro congestionado y ansioso; su piel colgaba en pliegues, oscuras oleadas de carne fláccida-. ¿Ve cómo actúan los lilistarianos? Utilizando nuestra propia droga contra nosotros; es muy propio de esos bastardos, algo que cabría esperar de ellos. Deberíamos inundar con ella todos sus depósitos. Yo le dejo entrar aquí a usted, y luego usted deja entrar a su esposa; para conseguir esa mierda, esa miserable droga, ella serla capaz de hacer cualquier cosa..., de asesinarme si se lo pidieran. Sé todo lo que hay que saber acerca de la frohedadrina; soy el que le dio el nombre. Del alemán Froh, que significa alegría, y el latín héda-, la raíz de placer. Drina, por supuesto... -Se interrumpió, crispando sus hinchados labios-. Estoy demasiado enfermo para agitarme así; se supone que me estoy recuperando de esa operación que me hizo. ¿Intenta usted curarme o matarme, doctor? ¿O acaso no lo sabe?

-No lo sé -dijo Eric. Se sentía confuso, entumecido; todo aquello era demasiado.

-Tiene mal aspecto. Eso es duro para usted, aunque según su dossier de seguridad y sus propias manifestaciones deteste a su esposa..., y ella le deteste a usted. Supongo que piensa usted que si se hubiera quedado con ella no habría caído en la adicción. Escuche: todo el mundo tiene que vivir su propia vida; ella ha de tomar la responsabilidad de sus actos. Usted no la empujó a hacerlo. Ella decidió hacerlo. ¿Le ayuda algo esto? ¿Le hace sentir un poco mejor? -Escrutó el rostro de Eric en busca de una reacción.

-Yo... estaré bien -dijo Eric brevemente.

-Y el culo de un cerdo. Tiene tan mal aspecto como ella; ahora vengo de verla, antes de que se la llevaran; no pude resistirlo. Pobre mujer; ya puede apreciarse en ella la destrucción causada por la sustancia. Y proporcionarle un nuevo hígado y cambiarle toda la sangre no servirá de nada; ya se ha intentado, como le dijeron.

-¿Ha hablado usted con Kathy?

-¿Yo? ¿Hablar con una secuaz de los lilistarianos? -Molinari le miró intensamente-. SI, he hablado un poco con ella. Mientras la sacaban en una silla de ruedas. Sentía curiosidad por ver con qué tipo de mujer se había enredado usted; tiene usted una vertiente masoquista de ocho metros de ancho, y ella es la prueba; es una arpía, Sweetscent, un monstruo. Como usted me indicó. ¿Sabe lo que me dijo? -Sonrió-. Me dijo que usted también es adicto. Cualquier cosa con tal de crear dificultades, ¿correcto?

-Correcto -dijo rígidamente Eric.

-¿Por qué me mira usted de este modo? -Molinari le devolvió la mirada, mostrando su recuperado control en sus negros e hinchados ojos-. Le altera oír todo esto, ¿verdad? Saber que ella está haciendo todo lo posible por destruir su carrera aquí. Eric, si yo pensara que estaba usted enganchado con esa sustancia, tendría que patearle fuera de aquí; tendría que matarle. En tiempo de guerra ejecuto a la gente; es mi trabajo. Como usted sabe y yo sé también, porque lo hemos hablado, puede que llegue un momento, quizá ya no muy lejano, en que sea necesario que usted... -Dudó-. Lo que acordamos. Matarme incluso a mi. ¿Correcto, doctor?

-Tengo que llevarle la provisión de la droga -dijo Eric-. ¿Puedo marcharme, secretario? Antes de que el helicóptero despegue.

-No -dijo Molinari-. No puede irse porque hay algo que quiero preguntarle. El ministro Freneksy sigue aún aquí; usted lo sabe. Con su séquito, en el Ala Este, en aislamiento. -Tendió una mano-. Quiero una cápsula de JJ-180, doctor. Démela, y luego olvide lo que hemos hablado.

Eric pensó para sí mismo: Sé lo que pretendes hacer. O mejor, intentas hacer. Pero no tienes ninguna posibilidad, esto no es el Renacimiento.

-Voy a administrársela yo personalmente -dijo Molinari-, Para asegurarme que llega a su destino y no es bebida por ningún estúpido a lo largo del camino.

-No -dijo Eric-. Me niego absolutamente.

-¿Por qué? -Molinari inclinó la cabeza hacia un lado.

-Es suicida. Para todo el mundo en la Tierra.

-¿Sabe usted cómo se libraron los rusos de Beria? Beria introdujo una pistola en el Kremlin, lo cual estaba contra la ley; la llevaba en su maletín, y le robaron el maletín y le dispararon con su propia pistola. ¿Cree usted que los asuntos tienen que ser complejos en la cumbre? Hay soluciones sencillas que la gente normal siempre olvida; ése es el principal defecto de la masa... -Molinari se interrumpió, se llevó repentinamente una mano al pecho-. Mi corazón. Creo que se ha detenido. Ahora vuelve a funcionar, pero por un segundo no hubo nada. -Había palidecido, y su voz se convirtió ahora en un susurro.

-Le llevaré de vuelta a su habitación. -Eric se situó detrás de la silla de ruedas de Molinari y empezó a empujar. La Mole no protestó; se quedó sentado medio derrumbado en su silla, masajeándose el carnoso pecho, explorándolo, tocándolo, con el asomo de un miedo abrumador. Todo lo demás había quedado olvidado; no percibía nada excepto su enfermo y deteriorado cuerpo. Se había convertido en su universo.

Con la ayuda de dos enfermeras, Eric consiguió volver a meter a Molinari en la cama.

-Escuche, Sweetscent -susurró Molinari, apoyando blandamente la cabeza contra la almohada-. No necesito obtener de usted esta sustancia; puedo presionar a Hazeltine, y él me la entregará directamente. Virgil Ackerman es amigo mío; Virgil se ocupará de que Hazeltine lo haga. Y no intente decirme cuál es mi trabajo; usted haga el suyo y yo haré el mío. -Cerró los ojos y gimió-. Dios, sé que una arteria cerca de mi corazón acaba de estallar; puedo sentir la sangre esparciéndose. Diga a Teagarden que venga. -Gimió de nuevo, y luego se volvió de cara a la pared-. Vaya día. Pero me libraré de ese Freneksy. -De pronto abrió los ojos y dijo-: Sabía que era una idea estúpida. Pero ése es el tipo de ideas que tengo últimamente, ideas estúpidas como ésa. ¿Y qué otra cosa puedo hacer excepto eso? ¿Es capaz de pensar usted en alguna otra cosa? -Aguardó-. No. Porque no hay nada más, por eso. -Cerró de nuevo los ojos-. Me siento terriblemente mal. Creo que esta vez me estoy muriendo realmente, y ustedes no van a poder salvarme.

-Traeré al doctor Teagarden -dijo Eric, y se dirigió hacia la puerta.

-Sé que es usted un adicto, doctor -dijo Molinari. Se alzó ligeramente-. Casi invariablemente puedo decir cuándo alguien está mintiendo, y su esposa no estaba mintiendo. Tan pronto como le vi a usted lo comprendí; ni usted mismo se da cuenta de lo mucho que ha cambiado.

Tras una pausa, Eric dijo:

-¿Qué piensa hacer usted?

-Ya veremos, doctor -murmuró Molinari, y se volvió de nuevo cara a la pared.

Tan pronto como hubo terminado la tarea de entregar la provisión de JJ-180 a Kathy, abordó la nave exprés a Detroit. Cuarenta y cinco minutos más tarde estaba en el campo de aterrizaje de Detroit y seguía su camino en taxi hasta la compañía Hazeltine. Gino Molinari, no la droga, lo habían obligado a moverse tan rápido; ni siquiera podía aguardar a la tarde.

-Ya hemos llegado, señor -dijo respetuosamente el circuito del taxi autónomo. Abrió la portezuela para que pudiera salir-. Ese edificio gris de una planta con el seto de flores de cálices rosados y brácteas verdes en la base..., es la compañía Hazeltine. -Eric miró y vio el edificio, el césped y el seto de brezos. No era una estructura tan grande como cabría suponer de una instalación industrial. Así que aquél era el punto por el cual la JJ-180 había penetrado en el mundo.

-Espera -indicó al taxi-. ¿Tienes un vaso de agua?

-Por supuesto. -Un vaso de papel lleno de agua se deslizó por la ranura frente a Eric, golpeó suavemente el borde con un ero bamboleo, y se inmovilizó. Sentado en el taxi, Eric tragó la cápsula de JJ-180 que había llevado consigo. Extraída de la provisión de Kathy. Transcurrieron varios minutos.

-¿No va a salir, señor? -preguntó educadamente el taxi-. ¿He cometido algún error?

Eric aguardó. Cuando sintió que la droga empezaba a hacer efecto pagó al taxi, salió y caminó lentamente por el sendero ascendente bordeado de secoyas hacia las oficinas de la compañía Hazeltine.

El edificio relampagueó como si hubiera sido alcanzado por el látigo de un rayo. Y, sobre su cabeza, el cielo azul se retorció lateralmente. Alzó la vista y vio que el claro azul del día se estremecía, como si intentara mantenerse, luego se hundía; cerró los ojos porque el aturdimiento era demasiado intenso, los puntos de referencia de los objetos exteriores se habían hecho demasiado tenues, y avanzó paso a paso, tanteando su camino, ligeramente inclinado, motivado por alguna razón a seguir andando, aunque más lentamente.

Dolía. Esta vez, al contrario que su primera experiencia, el reajuste de la estructura de la realidad que le rodeaba era brutal. Observó que sus pasos no ocasionaban ningún sonido; se había desviado hacia el césped, pero seguía manteniendo los ojos cerrados. La alucinación de otro mundo, pensó. ¿Tiene razón Hazeltine? Quizá, por una paradoja, yo pueda responder a eso dentro de la propia alucinación..., si eso es lo que es. No lo creía; Hazeltine estaba equivocado.

Cuando una rama de brezo arañó su brazo se decidió a abrir los ojos. Uno de sus pies se había hundido en el oscuro y blando suelo de un macizo de flores; se apoyaba en una tuberosa y medio aplastada begonia. Más allá del seto de brezos el costado gris del edificio de la compañía Hazeltine se alzaba exactamente igual que antes y, encima, el cielo tenía un color azul descolorido con nubes irregulares derivando hacia el norte, el mismo cielo que antes, por todo lo que podía decir. ¿Qué era lo que había cambiado? Se volvió hacia el sendero flanqueado de secoyas. ¿Debe entrar?, se preguntó. Observó la calle. El taxi había desaparecido. Detroit, los edificios y rampas de la ciudad, parecían como ligeramente sofisticados. Pero no conocía aquella zona.

Cuando alcanzó la entrada la puerta se abrió automáticamente ante él, y contempló un acogedor vestíbulo con relajantes sillones de piel, revistas, una mullida moqueta cuyo dibujo cambiaba constantemente..., vio, a través de la puerta abierta, una zona comercial: máquinas de contabilidad y un ordenador de un tipo más bien normal, y al mismo tiempo oyó el zumbar de la actividad más allá de eso, en los propios laboratorios.

Cuando iba a sentarse, un reeg entró con sus cuatro brazos en la estancia, su rostro azul y quitinoso completamente inexpresivo, sus alas vestigiales apretadas contra su curvada espalda, lisa y reluciente como una bala. Silbó una bienvenida hacia él -eso le sorprendió-, y cruzó la puerta. Otro reeg, agitando vigorosamente todos sus brazos doblemente articulados, apareció, avanzó hacia él, se detuvo, y extrajo una pequeña caja cuadrada.

En un lado de la caja aparecieron y desaparecieron unas palabras en inglés; despertó al hecho de que tenía que prestarles atención. El reeg estaba comunicándose con él.

BIENVENIDO A LA COMPAÑÍA HAZELTINE

Leyó las palabras, pero no supo qué hacer con ellas. Se trataba de un recepcionista; vio que el reeg era una hembra. ¿Cómo responder? El reeg aguardaba, zumbando; su estructura se agitaba constantemente, como si fuera incapaz de permanecer completamente inmóvil; sus ojos multifacetados se retraían y emergían a intervalos regulares, como si fueran parcialmente absorbidos al interior del cráneo y luego expulsados como aplastados corchos. Si no hubiera estado mejor informado sobre ello, hubiera jurado que era ciego. Luego se dio cuenta de que aquéllos eran sus falsos ojos; los auténticos, compuestos también, se hallaban en los codos de su par superior de brazos.

-¿Puedo hablar con alguno de sus químicos? -dijo. Y pensó: Así que perdimos la guerra. Ante estas cosas. Y ahora la Tierra ha sido ocupada. Y sus industrias son llevadas por ellos. Pero, pensó, los seres humanos aún existen, puesto que este reeg no se ha sorprendido al verme; ha aceptado mi presencia como algo natural. Así que tampoco podemos ser simples esclavos.

¿SOBRE QUÉ ASUNTO?

Dudó, luego dijo:

-Sobre una droga. Producida aquí en el pasado. Llamada o bien frohedadrina o JJ-180; ambos nombres se refieren al mismo producto.

UN MOMENTO, POR FAVOR

El reeg hembra se dirigió a la puerta interior que conducía a la oficina y desapareció tras ella. Eric aguardó de pie, pensando para sí mismo que si aquello era una alucinación no era, evidentemente, una alucinación voluntaria.

Un reeg más voluminoso, un macho, apareció por la puerta; sus articulaciones parecían un tanto rígidas, y Eric se dio cuenta de que era viejo. La vida de los reegs solía ser corta, y se media en términos de meses, no de años. Este había llegado casi al final de la suya.

Utilizando la caja traductora, el viejo macho reeg preguntó:

¿QUÉ QUIERE SABER SOBRE LA JJ-180? POR FAVOR, SEA BREVE

Eric se inclinó y tomó una revista que había sobre una mesita cercana. No estaba en inglés; la portada mostraba una foto de dos reegs, y el texto estaba formado por la enrevesada escritura pictórica reeg. De alguna forma, le impresionó más que la vista del propio enemigo.

POR FAVOR

El viejo reeg se agitó impaciente

-Quiero comprar un antídoto a la droga adictiva JJ-180 -dijo Eric-. Para terminar con mi adicción.

NO ME NECESITA A MÍ PARA ESTO;

LA RECEPCIONISTA HUBIERA PODIDO ATENDERLE

El viejo reeg se dio la vuelta y se alejó altaneramente, ansioso de regresar a su trabajo. Eric se quedó de nuevo solo.

La recepcionista regresó con una pequeña bolsa de papel marrón; se la tendió, no con un brazo articulado sino con una mandíbula. Eric la aceptó, la abrió y miró dentro. Una botellita de pastillas. Esto era; no necesitaba nada más.

SERÁN CUATRO CON TREINTA Y CINCO, SEÑOR

La recepcionista miró mientras Eric sacaba su cartera; extrajo un billete de cinco dólares y se lo tendió.

LO SIENTO, SEÑOR, ESTE DINERO ES DE LA GUERRA

Y ESTÁ FUERA DE CIRCULACIÓN

-¿No puede usted aceptarlo? -preguntó Eric.

LO TENEMOS EXPRESAMENTE PROHIBIDO

-Entiendo -dijo torpemente, y se preguntó qué hacer. Podía tragar el contenido de la botella antes de que el reeg hembra pudiera impedírselo. Pero entonces probablemente sería

arrestado, y podía visualizar el resto en un instante; una vez la policía hubiera examinado su identificación, sabrían que procedía del pasado. Y sabrían también que podía volver a su presente con información que podía afectar el resultado -que evidentemente había sido favorable para ellos- de la guerra. Y no podían permitirlo. Lo matarían. Aunque las dos razas vivieran ahora en concordia.

-Mi reloj -dijo. Se lo quitó de la muñeca, se lo pasó al reeg hembra-. Diecisiete rubíes, pila para setenta años. -Con una repentina inspiración, añadió-: Y antiguo, perfectamente conservado. De los días de antes de la guerra.

UN MOMENTO, SEÑOR

La recepcionista aceptó el reloj y se encaminó sobre sus largas y flexibles piernas hacia la oficina, conferenció con alguien invisible para Eric; éste aguardó, sin hacer ningún intento de tragar las pastillas..., se sentía atrapado en una membrana de aplastante densidad, incapaz de actuar o de escapar a cualquier acción, atrapado en una tierra intermedia.

De la oficina emergió algo. Alzó la vista.

Era un humano. Un hombre, joven, con el pelo muy corto, vestido con una bata manchada y arrugada.

-¿Cuál es el problema, amigo? -preguntó el hombre. Tras él estaba la recepcionista reeg, haciendo resonar sus articulaciones. -Lamento molestarle -dijo rápidamente Eric-. ¿Podemos hablar en privado usted y yo?

El hombre se encogió de hombros.

-Por supuesto. -Condujo a Eric a lo que parecía ser un cuarto de almacenaje; cerró la puerta, se volvió plácidamente hacia él y dijo-: Este reloj vale trescientos dólares; ella no sabe qué hacer con él..., sólo tiene un cerebro tipo 600; ya sabe como son los reegs de clase D. -Encendió un cigarrillo, le ofreció el paquete, Camel, a Eric.

-Soy un viajero temporal -dijo Eric mientras tomaba un cigarrillo.

-Por supuesto que lo es -rió el hombre. Le ofreció a Eric el encendedor.

-¿Sabe usted cómo actúa la JJ-180? Fue elaborada precisamente aquí.

Tras una pensativa pausa, el hombre dijo:

-Pero no desde hace años. Debido a sus cualidades adictivas y su toxicidad. De hecho, no existe desde la guerra.

-¿Ellos ganaron la guerra?

-¿«Ellas»? ¿Quiénes son ellos?

-Los reegs -dijo Eric.

-Los reegs -dijo el hombre- somos nosotros. No ellos. Ellos eran los lilistarianos. Si usted es un viajero temporal, tendría que saberlo mejor que yo.

-El Pacto de Paz..

-No hubo ningún «Pacto de Paz». Escuche, amigo, me gradué en historia universal en la universidad; iba a dedicarme a la enseñanza. Lo sé todo respecto a la última guerra; era mi especialidad. Gimo Molinari, era el secretario de las Naciones Unidas antes de que empezaran las hostilidades, firmó los Protocolos de la Era del Entendimiento Común con los reegs, y luego los reegs y los lilistarianos iniciaron las hostilidades, y Molinari nos metió en ellas, del lado de los reegs, a causa de los protocolos, y ganamos. -Sonrió-. Y esta sustancia a la que dice usted que está enganchado era un arma que desarrolló la Hazeltine en 2055, durante la guerra, para utilizarla contra Lilistar, y no funcionó debido a que los freneksytas estaban más adelantados aún que nosotros en farmacología y desarrollaron rápidamente un antídoto..., ese antídoto que ahora está intentando comprar usted. Dios, tenían que desarrollarlo; habíamos echado JJ-180 en todos sus depósitos de agua potable; eso fue idea de la Mole en persona. Ése era el apodo con el que conocíamos a Molinari -explicó.

-De acuerdo -dijo Eric-. Dejémoslo así. Quiero comprar el antídoto. Quiero cambiarlo por el reloj. ¿Es suficiente? -Seguía sujetando entre sus manos la bolsa de papel marrón; metió la mano en ella y sacó la botellita-. Déme un poco de agua y déjeme tomarlo, y luego me iré de aquí; no sé cuánto tiempo falta para que vuelva a mi propio tiempo. ¿Hay alguna

objeción a ello?- Tenía dificultades en controlar su voz; intentaba escapar a su control. Y estaba temblando, pero no se daba cuenta de ello. Rabia, posiblemente miedo..., con toda seguridad asombro y desconcierto. En aquel punto ni siquiera sabía si era desconcierto.

-Tranquilícese. -Con el cigarrillo colgando de sus labios, el hombre salió el cuarto, evidentemente en busca de agua-. ¿Puede tomarlo con una coca?

-Sí -dijo Eric.

El hombre regresó con una botella medio llena de Coca-Cola, y miró mientras Eric luchaba por tragar las pastillas, una tras otra. El reeg hembra apareció en la puerta.

¿ALGÚN PROBLEMA?

-No -dijo el hombre, mientras Eric conseguía tragar la última pastilla.

¿SE HARÁ USTED CARGO DEL RELOJ?

El hombre tomó el reloj de manos de la recepcionista.

-Por supuesto, ahora es propiedad de la compañía; no es necesario ni decirlo. -Salió del cuarto.

-¿Hubo hacia el final de la guerra un secretario de las Naciones Unidas llamado Donald Festenburg? -preguntó Eric.

-No -respondió el hombre.

DEBERÍAMOS DARLE ALGO DE DINERO EN EFECTIVO POR EL RELOJ. ADEMÁS DEL MEDICAMENTO.

El mensaje, llameando en el costado de la caja, iba dirigido al hombre; éste se detuvo, frunció el ceño, luego se encogió de hombros.

-Cien dólares en efectivo -le dijo a Eric-. Tómelos o déjelos; para mí es lo mismo.

-Los tomaré -dijo Eric, y le siguió hacia la oficina. Mientras el hombre contaba el dinero, en viejos y sucios billetes completamente desconocidos para Eric, a éste se le ocurrió otra pregunta:

-¿Cómo cesó en su cargo Gino Molinari?

El hombre alzó la vista.

-Fue asesinada.

-¿A tiros?

-Si; con una antigua metralleta, con balas pasadas de moda. Por un fanático. Debido a su relajada política de inmigración, al hecho de dejar que los reegs se instalaran aquí en la Tierra. Se trataba de una facción racista, temerosa de contaminar nuestra sangre..., como si reegs y humanos pudieran unirse y procrear. -Se echó a reír.

Entonces, pensó Eric, éste puede que sea el mundo del que Molinari obtuvo ese cadáver acribillado de balas que Festenburg me mostró. El Gino Molinari muerto, crispado y manchado de sangre en el ataúd lleno de helio.

A sus espaldas, una voz seca y átona dijo:

-¿Está usted intentando, doctor Sweetscent, llevarle el antídoto de la JJ-180 a su esposa?

Era un organismo enteramente sin ojos, y pensó, al verle, en las frutas que recordaba de su niñez, las peras demasiado maduras caídas entre la hierba, cubiertas por una agitada capa de amarillentos insectos atraídos por el dulzón olor de la podredumbre. La criatura era vagamente esférica, y estaba encajada en una especie de arnés que apretaba tortuosamente su blando cuerpo, sin duda para poder moverse en un ambiente terrestre. Pero se preguntó para qué le serviría.

-Entonces, ¿es realmente un viajero temporal? -preguntó el hombre en la caja registradora, alzando repentinamente la vista hacia Eric.

El organismo esférico, encajado en su arnés de plástico, dijo a través de su sistema audio mecánico:

-Sí, señor Taubman, lo es. -Flotó hacia Eric, luego se detuvo, inmóvil a unos treinta centímetros del suelo, produciendo un ruido indistinto como de succión, como si estuviera sorbiendo fluidos a través de sus tubos artificiales.

-Procede de Betelgeuse -dijo Taubman a Eric, señalando al organismo esférico-. Se llama Willy K. Es uno de nuestros mejores químicos. -Cerró la caja registradora-. Es telépata; todos ellos lo son. Les encanta sondear nuestras mentes y las de los reegs, pero son inofensivos. A nosotros nos encantan. -Se dirigió hacia Willy K, se inclinó hacia él y dijo-: Escuche, si es un viajero temporal..., quiero decir, no podemos dejar que salga de aquí; ¿no es peligroso o valioso o algo? ¿No deberíamos llamar a la policía urbana? Creí que estaba loco o que me estaba tomando el pelo.

Willy K flotó un poco más cerca de Eric, luego retrocedió.

-No hay forma alguna de que podamos retenerlo aquí, señor Taubman. Cuando desaparezcan los efectos de la droga regresará a su propio período. Sin embargo, me gustaría interrogarle con una cierta profundidad mientras aún está aquí. -Dirigiéndose a Eric, añadió-: A menos que usted ponga alguna objeción, señor.

-No sé -dijo Eric, frotándose la frente. Todo aquello había sido demasiado inesperado, oír a Willy K hablar de Kathy; lo había desorientado por completo, y todo lo que deseaba ahora era marcharse..., no sentía curiosidad, ningún interés por la situación.

-Comprendo su postura -dijo Willy K-. En cualquier caso, el hecho de interrogarle es puro formulismo; puedo averiguar todo lo que desee de usted sin ninguna necesidad de hacerle ninguna pregunta. Lo que esperaba conseguir era responder, si podía, a alguna de sus propias preguntas por la forma en que yo formulara las mías. Su esposa, por ejemplo. Siente usted una serie de emociones tremendamente conflictivas respecto a ella, en su mayor parte miedo, luego odio, y también una buena cantidad de no distorsionado amor.

-Dios, cómo les gusta a los betels ser psicólogos -murmuró Taubman-. Debe ser algo natural en los telépatas; no creo que puedan evitarlo. -Se acercó, evidentemente interesado en el sondeo de Willy K.

-¿Puedo llevarle el antídoto a Kathy?

-No, pero puede usted memorizar la fórmula -dijo Willy K-. De modo que la compañía Hazeltine, en su tiempo, pueda reproducirla. Pero no creo que usted lo desee. No voy a animarle a hacerlo..., y por supuesto no puedo obligarle.

-¿Quiere decir que su esposa está enganchada también a la JJ-180 -exclamó Taubman-, y él no piensa intentar ayudarla?

-Usted no está casado -respondió Willy K-. En el matrimonio puede generarse el odio más complejo capaz de producirse entre dos seres humanos, quizá debido a la proximidad constante, quizá debida a lo que antes fue amor. La intimidad sigue allí, aun después de que el elemento amor haya desaparecido. De modo que es sustituido por una voluntad de dominación, una lucha por ocupar el primer lugar. Fue su esposa Kathy quien le convirtió en adicto, de modo que es fácil comprender sus sentimientos.

-Espero no establecer nunca una relación así -murmuró Taubman-. Odiar a alguien a quien alguna vez amé.

El reeg hembra se había acercado a escuchar también, siguiendo la conversación a medida que era reproducida en la superficie de su caja traductora. Añadió su propio comentario:

AMOR Y ODIO ESTÁN ESTRECHAMENTE RELACIONADOS,
MUCHO MÁS DE LO QUE CREEN LOS TERRESTRES

-¿Tiene usted otro cigarrillo? -pidió Eric a Taubman.

-Por supuesto. -Taubman le pasó el paquete.

-Lo que encuentro más interesante -dijo Willy K- es que el doctor Sweetscent procede de un universo en el que existe un pacto entre la Tierra y Lilistar. Y que en su año, 2055, hay una guerra en la que ellos están perdiendo, lenta pero inflexiblemente. A todas luces no se trata de nuestro pasado, sino de otro pasado completamente distinto. Y descubro en su mente el muy interesante pensamiento de que el en otro tiempo señor de la guerra de la Tierra, Gino Molinari, ha descubierto ya esa hilera de universos paralelos, y los ha utilizado en su inmediato beneficio político. -Willy K guardó unos instantes de silencio y luego declaró-: No,

doctor Sweetscent, después de haber visualizado sus recuerdos del cadáver de Molinari estoy bastante seguro de que no fue obtenido de nuestro mundo; cierto, Molinari murió asesinado aquí, pero recuerdo los impactos en su cuerpo, y hay algunas diferencias pequeñas pero cruciales. En nuestro mundo el secretario fue alcanzado repetidamente en la zona facial; sus rasgos resultaron destruidos. El cuerpo que usted vio no estaba tan dañado, y supongo que procede a otro mundo en el que fue asesinado de una forma similar, pero no idéntica, a la de éste.

-Esto debe explicar el porqué tan pocos viajeros temporales han aparecido por aquí -dijo Taubman-. Deben estar dispersos por todos los distintos futuros posibles.

-En cuanto al Molinari viril -dijo pensativamente Willy K-, supongo que él también es una configuración alternativa. Por supuesto, doctor, usted se da cuenta de que todo esto indica que su secretario ha tomado también la 11-180; en consecuencia, es un elemento de cruel hipocresía su amenaza de matarle si usted se convertía en un adicto. Pero supongo igualmente, por diversos indicios que he hallado en su mente, que él posee también el antídoto manufacturado por los lilistarianos que usted acaba de tomar. Así que no tiene miedo y puede moverse libremente por entre los mundos.

La Mole, se dio cuenta de pronto Eric, podría habernos proporcionado en cualquier momento el antídoto a mí y a Kathy. Le resultaba duro aceptar aquello de Gino Molinari, que había parecido mucho más humano que eso. Se dio cuenta de que simplemente había estado jugando con ellos. Como Willy K decía, con un elemento de cruel hipocresía.

-Pero espere -advirtió Willy K-. No sabemos lo que pretendía hacer; apenas acababa de descubrir su adicción, y estaba como siempre sufriendo un espasmo de su cuadro clínico crónico. Puede que se lo hubiera proporcionado a su debido tiempo. Antes de que ya dejara de importar.

¿PUEDEN EXPLICARME ESTA CONVERSACIÓN?

La recepcionista reeg, y también Taubman, habían perdido el hilo de sus palabras.

-¿Le importaría iniciar el laborioso proceso de memorizar la fórmula? -preguntó Willy K a Eric-. Tomará todo el tiempo que le queda.

-De acuerdo -dijo Eric, y escuchó intensamente.

ESPEREN

Willy K se interrumpió, giró inquisitivamente su mecanismo de apoyo.

EL DOCTOR HA AVERIGUADO ALGO MÁS IMPORTANTE QUE CUALQUIER FÓRMULA QUÍMICA

-¿Qué? -preguntó Eric.

EN SU UNIVERSO NOSOTROS SOMOS SU ENEMIGO, PERO AQUÍ HA VISTO A TERRESTRES Y REEGS VIVIR JUNTOS. USTED SABE QUE LA GUERRA CONTRA NOSOTROS ES INNECESARIA. Y ESO ES MÁS IMPORTANTE, Y SU LÍDER TAMBIÉN LO SABE

Eso era cierto. No resultaba extraño que Molinari no se sintiera arrastrado a la guerra; no se trataba sólo de una sospecha por su parte de que aquélla era una guerra equivocada con un enemigo equivocado y un aliado equivocado; era un hecho que había experimentado por sí mismo, quizá muchas veces. Y todo ello debido a la JJ-180.

Pera no sólo eso. Había algo más, algo tan ominoso que se preguntó por qué las barreras inhibidoras de su mente habían permitido que el pensamiento brotara de su subconsciente. La JJ-180 había llegado a Lilistar..., y en respetables cantidades. Seguro que los lilistarianos habían estado experimentando con ella. De modo que ellos también conocían la posibilidad alternativa, sabían que las mayores esperanzas de la Tierra residían en la cooperación con los reegs. Lo habían experimentado por sí mismos.

En ambos ramales de posibilidad, los lilistarianos habían perdido la guerra. Con o sin la Tierra a su lado. Sin embargo... ¿Había una tercera alternativa, una en la cual Lilistar y los reegs se hubieran unido contra la Tierra?

-Un pacto entre Lilistar y los reegs es improbable -dijo Willy K-. Han sido antagonistas durante demasiados años. Creo que sólo es el planeta de ustedes, en el que estamos ahora, el que está en la balanza; Lilistar será derrotado por los reegs en cualquier eventualidad.

-Pero eso -dijo Eric- significa que los lilistarianos no tienen nada que perder; si saben que no pueden ganar... -Podía imaginar la reacción de Freneksy ante aquella información. El nihilismo, la destructiva violencia de los lilistarianos, podía ser inconcebible.

-Cierto -admitió Willy K-. Así que su secretario obra juiciosamente yendo de puntillas. Ahora quizá pueda comprender usted por qué su cuadro general mórbido debe ser tan extenso, por qué debe estar empujándose constantemente más allá del límite, muriendo una y otra vez, para servir a su pueblo. Y por qué duda en proporcionarle a usted el antídoto a la JJ-180; si los agentes de la inteligencia lilistariana, y su esposa puede ser uno de ellos, supieran que obra en su poder, tal vez... -Willy K guardó silencio-. Es difícil, como usted mismo puede darse cuenta, predecir el comportamiento de los psicópatas. Pero una cosa sí está clara: ellos no ignorarían la situación.

-Encontrarían una manera de arrebatarle el antídoto -dijo Eric.

-Olvida usted un detalle. Su actitud sería punitiva; sabrían que Molinari posee demasiado poder, que habiendo usado sin restricción la JJ-180, sin la posibilidad de adicción o deterioro neural, no puede ser controlado por ellos. Es por eso por lo que, sobre una profunda base psicosomática, Molinari puede desafiar al ministro Freneksy. No se halla enteramente impotente.

-Todo esto se me escapa -murmuró Taubman-. Discúlpenme. -Se alejó.

La recepcionista reeg se quedó.

DIGA A SU SECRETARIO QUE CONTACTE CON LAS AUTORIDADES REEGS. NOSOTROS PODEMOS AYUDARLE A PROTEGER LA TIERRA DE LA VENGANZA LILISTARIANA, ESTOY SEGURA

El mensaje que le había lanzado la criatura de muchos brazos a través de su caja traductora era más bien nostálgico, pensó Eric. Era posible que los reegs desearan ayudar, pero los lilistarianos ya estaban en la Tierra, ocupando posiciones clave. A la primera sospecha de que la Tierra estaba negociando con los reegs, los lilistarianos pasarían a la acción; debían tener ya planes preparados. Podían apoderarse del planeta de la noche a la mañana.

Un minúsculo estado controlado por los terrestres podía seguir funcionando durante un tiempo limitado en las inmediaciones de Cheyenne, bombardeado día y noche por las lilistarianos. Pero, finalmente, también tendría que capitular. Su escudo protector de compuestos rexeroides obtenidos de Júpiter no lo protegería eternamente..., y Molinari lo sabía. La Tierra se convertiría en un estado conquistado, proporcionando material de guerra y mano de obra esclava a Lilistar. Y la guerra proseguiría.

Y ésta era la ironía: como estado esclavo, la Tierra contribuiría más al esfuerzo de guerra de lo que estaba haciéndolo ahora como entidad casi independiente. Y nadie sabía esto mejor que la Mole. De ahí toda su política exterior; esto explicaba todas sus acciones.

-Por cierto -dijo Willy K, y hubo un rastro de regocijo en su voz-. Su anterior patrón, Virga Ackerman, sigue vivo; sigue dirigiendo la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana. Ha cumplido ya los doscientos treinta años, y mantiene un equipo de veinte cirujanos trasplorg constantemente a su lado. Creo haber leído que ha usado ya cuatro pares de riñones, cinco hígados, bazos, y un número indeterminado de corazones...

-Me siento mareado -dijo Eric, tambaleándose hacia delante y hacia atrás.

-Los efectos de la droga están pasando. -Willy K flotó hacia una silla-. ¡Señorita Ceeg, ayúdele, por favor!

-Estoy bien -dijo tensamente Eric. Le dolía la cabeza y sentía unas irreprimibles náuseas. La silla parecía irreal debajo de él, y de pronto, bruscamente, cayó al suelo de costado.

-La transición es difícil -dijo Willy K-. Al parecer no podemos ayudarle, señorita Ceeg. Buena suerte para su secretario, doctor. Puedo apreciar el gran servicio que ha realizado a su pueblo. Quizá me decida a escribir una carta al New York Times, para que eso sea del dominio público.

Un prisma de colores primarios golpeó a Eric como un viento iluminado; eran, pensó, los vientos de la vida soplando sobre él, barriéndole hacia donde querían sin tener en cuenta sus pequeños deseos. Y luego los vientos se volvieron negros; ya no eran los vientos de la vida sino el opaco humo de la muerte.

Vio, proyectada como un pseudoentorno a su alrededor, una imitación de su dañado sistema nervioso; los múltiples conductos estaban visiblemente corrompidos, se habían vuelto negruzcos a medida que los daños causados por la droga se extendían por todo su organismo y establecían su propia identidad. Un pájaro sin voz, algún carroñero de la tormenta, se posó sobre su pecho y croó en el silencio que había quedado atrás mientras los vientos retrocedían, alejándose de él. El pájaro se quedó, y 61 permitió que sus garras como estiércol penetraran en sus pulmones, su cavidad pectoral, y luego su cavidad abdominal. Nada dentro de él quedó sin tocar; todo resultó desfigurado, y ni siquiera el antídoto detuvo el proceso. Por mucho que viviera, nunca podría recuperar la pureza del organismo original.

Aquél era el precio que le exigían las fuerzas decisorias. Consiguió adoptar una posición agazapada, miró a su alrededor, vio que se hallaba en una vacía sala de espera. Nadie le había visto, podía ponerse en pie y marcharse. Se levantó, se apoyó en una silla de acero y piel para estabilizarse.

Las revistas, en el revistero a su lado, eran en inglés. En sus portadas había sonrientes terrestres. No reegs.

-¿Desea usted algo? -Una voz masculina, algo ceceante. Un empleado de la Hazeltine con un traje floreado, a la moda.

-No -dijo Eric. Estaba en su propio tiempo; reconoció los detalles típicos de 2055-. Gracias de todos modos.

Un momento más tarde salía al exterior, sintiendo dolores en todo el cuerpo, y echaba a andar por el camino bordeado de secoyas.

Lo que deseaba era un taxi, un lugar donde sentarse y descansar. Mientras regresaba a Cheyenne. Había conseguido, lo que quería; presumiblemente ya no era un adicto a la JJ-180 y, si podía, liberaría también a su esposa de ello. Y, además, había visto un mundo sobre el que no planeaba la sombra de Lilistar.

-¿Le llevo a alguna parte, señor? -Un taxi autónomo derivó hasta él.

-Sí -dijo, y subió.

Supongamos que todo un planeta tomara la droga, pensó mientras se acomodaba en su interior. Una fuga en masa lejos de nuestro deprimente y cada vez más angosto mundo real. Supongamos que la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana diera la orden de producir la droga en enormes cantidades, y la distribuyera, con ayuda del gobierno, a todo el mundo. ¿Sería eso una solución moral? ¿Tendríamos derecho a hacerlo?

De todos modos, era imposible. Los lilistarianos actuarían primero.

-¿Adónde, señor? -preguntaron los circuitos del taxi. Decidió utilizarlo para todo el viaje; sólo le tomaría unos minutos más.

-A Cheyenne.

-No puedo, señor. No ahí. -Sonó nervioso-. Pida otro...

-¿Por qué no? -Se despejó instantáneamente.

-Porque es bien sabido que Cheyenne les pertenece a ellos. Al enemigo. -Añadió-: Y el tráfico al interior de las áreas enemigas es ilegal, ya sabe.

-¿Qué enemigo?

-El traidor Gino Molinari -respondió el taxi-. Que intentó traicionar el esfuerzo de guerra, ya sabe, señor. El antiguo secretario de las Naciones Unidas que conspiró con los agentes reegs para...

-¿Qué día es hoy? -preguntó Eric. -15 de junio de 2056.

No había vuelto a su propio tiempo..., posiblemente a causa del antídoto; se hallaba un año después, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Y no había guardado para sí ninguna cantidad de la droga; el resto se lo había dado a Kathy en el campo de aterrizaje, de modo que estaba anclado allí en aquel territorio evidentemente dominado por los lilistarianos. Como la mayor parte de la Tierra.

¡Y, sin embargo, Gino Molinari estaba vivo! Aún seguía resistiendo; Cheyenne no había caído en un día o en una semana..., quizá los reegs habían conseguido enviar refuerzos para ayudar al servicio secreto.

Podía averiguarlo a través del taxi. Mientras efectuaban el trayecto.

Y Don Festanburg hubiera podido decírmelo también, se dio cuenta, puesto que éste es exactamente el período de tiempo en que le vi en su oficina con el homeoperiódico falso y el uniforme de pacotilla de secretario de las Naciones Unidas.

-Dirígete al este -indicó al taxi. Tengo que volver a Cheyenne, se dijo. De alguna manera, por algún camino.

-Sí, señor -respondió el taxi-. Y por cierto, señor, no me ha mostrado usted su permiso de circulación. ¿Puedo verlo ahora? Es sólo una formalidad, por supuesto.

-¿Qué permiso de circulación? -Pero sabía a qué se refería; el gobierno de ocupación lilistariano debía haber emitido pases de libre circulación, sin los cuales ningún terrestre podía ir de un lado a otro. Éste era un planeta conquistado, y muy probablemente aún en guerra.

-Por favor, señor -dijo el taxi. Había empezado a descender de nuevo-. O de otro modo tendré que llevarle al puesto más cercano a la policía militar lilistariana; está sólo a un par de kilómetros al este. Es sólo un momento desde aquí.

-Apuesto a que sí -admitió Eric-. Desde cualquier punto, no sólo desde aquí. Apuesto a que están por todas partes. El taxi descendía más y más.

-Tiene razón, señor -respondió el taxi autónomo-. Tienen un espíritu muy práctico. -Cortó el motor, y el aparato se posó planeando.

12

-Escúchame -dijo Eric cuando las ruedas del taxi tocaron el suelo; se deslizó unos momentos antes de detenerse junto a la acera y vio, allí delante, una ominosa estructura con guardias armados a la entrada. Los guardias llevaban el uniforme gris de Lilistar-. Haré un trato contigo.

-¿Qué trato? -dijo el taxi, suspicaz.

-Mi permiso de circulación está en la compañía Hazeltine..., donde me has recogido, ¿recuerdas? Junto con mi cartera. Y también mi dinero. Si me entregas a la policía militar lilistariana, mi dinero no me va a servir de nada; ya sabes lo que harán ellos.

-Sí, señor -admitió el taxi-. Lo ejecutarán. Es la nueva ley, dictada por decreto el 10 de mayo. Viaje no autorizado por parte... -Así que, ¿por qué no darte a ti ese dinero? Como propina. Tú me llevas de vuelta a la Hazeltine. Recojo mi cartera, y te muestro mi permiso de circulación para que no tengas que volver a traerme aquí. Y tú puedes quedarte con el dinero. Puedes ver que los dos vamos a salir beneficiados del trato.

-Los dos saldremos ganando -admitió el taxi. Su circuito autónomo cliqueteó rápidamente mientras calculaba-. ¿Cuánto dinero tiene usted, señor?

-Soy mensajero de la Hazeltine. En mi cartera debe haber como unos veinticinco mil dólares.

-¡Entiendo! ¿En billetes de la ocupación o de las Naciones Unidas?

-De esos últimos, por supuesto.

-¡Trato hecho! -decidió ansiosamente el taxi. Despegó de inmediato-. En un sentido estricto del término, no puede decirse que usted haya viajado a ninguna parte, puesto que el

destino que me dio es territorio enemigo, y en consecuencia en ningún momento me orienté hacia esa dirección. No se ha infringido ninguna ley. -Puso rumbo a Detroit, codicioso.

Cuando se posó de nuevo en el aparcamiento de la compañía Hazeltine, Eric salió apresuradamente.

-Vuelvo en seguida. -Subió el camino flanqueado de secoyas hacia la puerta principal del edificio; un momento más tarde estaba dentro. Un inmenso laboratorio de control se abrió ante él.

Cuando encontró a un empleado de la Hazeltine le dijo:

-Me llamo Eric Sweetscent; pertenezco al equipo personal de Virgil Ackerman, y he sufrido un accidente. ¿Puede ponerme en contacto con el señor Ackerman en la CPTT, por favor? El empleado dudó.

-Tengo entendido... -Bajó temeroso la voz-. ¿No está el señor Virgil Ackerman en Wash-35, en Marte? El señor Jonas Ackerman está a cargo de la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana, y sé que el señor Virgil Ackerman se halla en la lista del Boletín Semanal de Seguridad como criminal de guerra porque huyó cuando empezó la ocupación.

-¿Puede ponerme en contacto con Wash-35?

-¿Con territorio enemigo?

-Entonces consígame a Jonas al videófono. -No había mucho más que pudiera hacer. Siguió al empleado a una oficina, abrumado por la futilidad.

Una vez establecida la comunicación, los rasgos de Jonas se formaron en la pantalla; cuando vio a Eric, parpadeó y tartamudeó:

-Pero..., ¿también le han cogido a usted? ¿Por qué abandonó Wash-35? Dios mío, estaba seguro allí con Virgil. Voy a colgar; esto es alguna especie de trampa. La policía militar va a... -La pantalla se apagó. Jonas había cortado a toda prisa la comunicación.

Así que su otro yo, el que se hallaba en fase en aquel tiempo, su yo de un año después, había ido a Wash-35 con Virgil; esto era terriblemente tranquilizador... y casi increíble. Sin duda los reegs habían conseguido...

Su yo de un año después.

Eso significaba que, de alguna forma, había regresado a 2055. De otro modo no podría estar en 2056 para huir con Virgil. Y la única forma que podía alcanzar 2055 era a través de la JJ-180.

Y la única fuente de la droga estaba allí. Se hallaba en el lugar preciso, por accidente, debido al truco que había conseguido ingeniar a expensas de un taxi autónomo idiota.

Eric localizó de nuevo al empleado y dijo:

-Estoy aquí para hacerme caso de una provisión de la droga frohedadrirta. Cien miligramos. Y tengo prisa. ¿Desea ver mi identificación? Puedo demostrar que trabajo para la CPTT. -Y entonces se le ocurrió-: Llame a Bert Hazeltine; él me identificará. -Indudablemente Hazeltine le recordaría de su encuentro en Cheyenne.

-Pero fusilaron al señor Hazeltine -murmuró el empleado-. Usted tiene que saberlo; ¿cómo no lo recuerda? Cuando ocuparon este lugar en enero.

La expresión en el rostro de Eric debió reflejar su impresión. Porque inmediatamente la actitud del empleado cambió.

-Supongo que era usted amigo suyo -dijo.

-Sí -asintió Eric; era todo lo que podía decir.

-Era agradable trabajar con Bert -murmuró el hombre-. No como con esos bastardos lilistarianos. -Tomó una decisión-. No sé por qué está usted aquí ni qué le ha ocurrido, pero le daré los cien miligramos de JJ-180; sé dónde la guardan.

-Gracias.

El empleado se fue apresuradamente. Transcurrió el tiempo. Eric se interrogó acerca del taxi: ¿estarla aún esperando fuera en el aparcamiento? Si tardaba demasiado, ¿podía llegar a intentar entrar en el edificio tras él? Un pensamiento absurdo, y, sin embargo,

intranquilizador: el taxi autónomo abriéndose camino dentro de la Hazeltine, pasando -o intentando pasar- a través de la pared de cemento.

El empleado regresó y le tendió a Eric un puñado de cápsulas. Eric tomó un vaso de un distribuidor de agua cercano, lo llenó, se metió una cápsula en la boca y alzó el vaso de papel.

-Se trata de la fórmula de la JJ-180 recientemente alterada -dijo el empleado, observándole atentamente-. Será mejor que se lo diga, ahora que veo que es para usted. -De pronto se había puesto pálido.

Eric escupió la cápsula, bajó el vaso de agua y dijo:

-¿Alterada cómo?

-Retiene las propiedades adictivas y tóxicas para el hígado, pero las alucinaciones liberadoras del tiempo han desaparecido -explicó el empleado-. Cuando los lilistarianos entraron aquí ordenaron a nuestros químicos que reelaboraran la fórmula; fue idea de ellos, no nuestra.

-¿Qué? -En el nombre de Dios, ¿de qué le servía una droga que no poseía más que propiedades adictivas y tóxicas?

-Para convertirla en un arma de guerra contra los reegs. Y... -El empleado dudó-. También para convertir en adictos a los rebeldes terrestres que se han pasado al enemigo. -No parecía muy feliz respecto a aquella última parte.

Eric depositó las restantes cápsulas de JJ-180 sobre un banco cercano.

-Renuncio -murmuró. Y entonces tuvo otra idea, ésta nebulosa-. Si consigo la aprobación de Jonas, ¿puede facilitarme una nave de la compañía? Le llamaré de nuevo; Jonas es un viejo amigo mío. -Se dirigió al videófono, con el empleado pisándole los talones. Si podía conseguir que Jonas escuchara...

Dos policías militares lilistarianos entraron en el laboratorio; tras ellos, en el aparcamiento, Eric vio una nave patrulla lilistariana estacionada junto a su taxi autónomo.

-Queda usted arrestado -dijo uno de los policías militares, apuntando en dirección a Eric con una especie de bastón de extraña forma-. Por viajar sin autorización y por intento de fraude. Su taxi se cansó de esperar y presentó una denuncia.

-¿Qué fraude? -dijo Eric. El empleado había desaparecido discretamente-. Soy un miembro del personal de la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana; estoy aquí por asuntos de negocios.

El bastón de extraña forma brilló, y Eric sintió como si algo tocara su cerebro; avanzó sin vacilar hacia la puerta del laboratorio, frotándose la frente con la mano derecha, en un gesto inútil. De acuerdo, pensó; ya vengo. Había perdido cualquier idea de resistirse a los policías militares lilistarianos, incluso de discutir con ellos; sentía deseos de subir a su nave patrulla.

Un momento más tarde habían despegado; la nave se deslizó sobre los techos de Detroit, en dirección al ominoso edificio a tres kilómetros de distancia.

-Matémoslo ahora -dijo uno de los dos policías militares a su compañero-. Y tiremos abajo su cuerpo. ¿Para qué llevarlo al puesto?

-Demonios, simplemente podemos empujarle fuera -dijo el otro policía militar-. La caída lo matará. -Pulsó un botón en el panel de control de la nave, y la escotilla vertical se deslizó y se abrió; Eric vio los edificios a sus pies, las calles y las casas de la ciudad-. Que tengas felices pensamientos -dijo el policía militar a Eric- en tu viaje hacia abajo. -Sujetó a Eric por el brazo, con una llave que lo inmovilizo, y lo arrastró hacia la escotilla. Era un experto, enteramente profesional; Eric trastabilló en la escotilla, y el policía militar lo soltó para evitar caer él también.

Detrás de la nave patrulla apareció de pronto, desde abajo, una segunda nave, más grande, abollada y llena de cicatrices, una nave militar interplanetaria erizada de cañones como espinas, flotando como una criatura rapaz acuática. Disparo con precisión un micro-rayo contra la abierta escotilla, alcanzando al policía militar que estaba junto a Eric, y luego uno de sus cañones más grandes abrió fuego, y la parte frontal de la nave patrulla estalló y

voló hacia arriba, derribando a Eric y al policía militar que quedaba por entre restos medio fundidos.

La nave patrulla cayó como una piedra hacia la ciudad allá abajo.

El policía militar superviviente despertó de su impresionada sorpresa y corrió hacia la pared de la nave para accionar el sistema de guía de emergencia operado manualmente. La nave dejó de caer; se deslizó, como empujada por el viento, en espiral, hasta que finalmente alcanzó el suelo con un golpe sordo y un rebote y se deslizó unos metros a lo largo de una calle, evitando a duras penas taxis y ruedas, giró hacia un bordillo, alzó la cola en el aire y se detuvo.

El policía militar dio unos pasos tambaleantes, aferró su pistola; y de alguna forma llegó hasta la escotilla; se agachó de lado y empezó a disparar. Tras el tercer disparo retrocedió bruscamente; su pistola cayó de sus manos y golpeó el suelo de la nave, y se retorció en una bola que rodó impotente, como un animal que se ha agotado corriendo, hasta golpear finalmente contra el casco. Allí se detuvo, desenroscándose gradualmente hasta adquirir de nuevo la forma de un hombre.

La desvencijada nave militar se había posado cerca de ellos en la calle, y ahora su escotilla lateral delantera se estaba abriendo, y un hombre bajó de un salto. Cuando Eric salió de la nave patrulla, el hombre corrió hacia él.

-Hey -jadeó-. Soy yo.

-¿Quién es usted? -dijo Eric; el hombre que había derribado con la suya la nave de la policía militar le parecía ciertamente familiar. Eric confrontó su rostro con el que había visto muchas veces antes, y, sin embargo, ahora parecía distorsionado, como si lo estuviera viendo desde un ángulo extraño, como vuelto del revés. Su pelo estaba peinado de una forma equivocada, de tal modo que su cabeza parecía como ladeada, con todos sus rasgos deformados. Lo que más le sorprendió fue su poco atractiva apariencia. Era demasiado grueso y un poco demasiado viejo. Desagradablemente canoso. Fue un auténtico shock versé a sí mismo así, sin ninguna preparación; ¿es éste realmente mi aspecto?, se preguntó ociosamente. ¿Qué se ha hecho del agradable joven cuya mirada seguía viendo, en su espejo cada vez que se afeitaba por las mañanas? ¿Quién la había sustituido por este hombre bordeando la madurez?

-Bien, he engordado, ¿y qué? -dijo su yo de 2056-. Cristo, te salvé la vida; iban a arrojarte fuera.

-Lo sé -dijo irritado Eric. Echó a andar apresuradamente al lado del hombre que era él; entraron en la nave interplanetaria, y su yo de 2056 cerró inmediatamente la escotilla y lanzó la nave hacia el cielo, fuera del alcance de cualquier posibilidad de interferencia por parte de la policía militar lilistariana. Se trataba evidentemente de una nave de avanzado diseño; su aspecto exterior era engañoso.

-Sin pretender insultar tu inteligencia -dijo su yo de 2056-, la cual tengo personalmente en alta estima, me gustaría revisar en tu propio beneficio algunos aspectos idiotas de lo que tienes en mente. En primer lugar, si hubieras conseguido obtener el tipo original de JJ-180, te hubiera lanzado al futuro, no atrás a 2055, y hubieras vuelto a caer en la adicción. Lo que necesitas, cosa que por un momento pareciste considerar, no es más JJ-180, sino algo para equilibrar los efectos del antídoto. -Su yo de 2056 hizo un gesto con la cabeza-. Ahí, en mi chaqueta. -La chaqueta colgaba de una percha magnética en la pared de la nave-. La Hazeltine ha tenido un año para desarrollarla. A cambio de que tú les trajeras la fórmula del antídoto..., para hacerlo tenías que regresar a 2055. Y sabes que lo has hecho. O mejor dicho, que lo harás.

-¿Qué nave es ésta? -Se sentía impresionado. Podía cruzar libremente las líneas lilistarianos, penetrar las defensas de la Tierra con toda facilidad.

-Es reeg. Puesta a disposición de Virgil en Wash-35. Para el caso de que algo fuera mal. Vamos a llevar a Molinari a Wash-35 cuando caiga Cheyenne, lo cual ocurrirá finalmente, con toda probabilidad dentro de otro mes.

-¿Cómo va su salud?

-Mucho mejor. Ahora está haciendo lo que desea, lo que sabe que debe hacerse. Y hay más..., pero ya lo descubrirás. Tómate el antídoto del antídoto lilistariano.

Eric rebuscó en los bolsillos de la chaqueta, encontró las tabletas, las tomó sin agua.

-Escucha -dijo-, ¿qué pasa con Kathy? Tenemos que hablar. -Era bueno tener a alguien con quien poder hablar de aquel enorme y obsesivo problema, aunque sólo fuera él mismo; al menos se conseguía la ilusión de una colaboración.

-Bien, la libraste..., la librarás, de la JJ-180. Pero no antes de que sufriera importantes daños físicos. Nunca volverá a ser hermosa, ni siquiera con cirugía reconstructora, cosa que intentará varias veces antes de resignarse. Hay más, pero será mejor que no te lo diga; sólo hará que tus dificultades sean peores. Sólo te diré esto. ¿Has oído hablar del síndrome de Korsakow?

-No -dijo Eric. Pero por supuesto que había oído hablar de él. Era su trabajo.

-Tradicionalmente es una psicosis que se produce en los alcohólicos; consiste en una auténtica destrucción patológica del tejido cortical del cerebro debido a largos períodos de intoxicación. Pero también puede producirse a través del uso continuado de drogas narcóticas.

-¿Estás diciendo que Kathy lo sufre?

-¿Recuerdas esos períodos en los que no quería comer nada durante tres días seguidos? Y sus violentos y destructivas ataques de ira..., y sus ideas de que todo el mundo estaba contra ella. Es el síndrome de Korsakow; y no a causa de la JJ-180, sino de todas las drogas que tomó antes de ésa. Los médicos de Cheyenne, mientras la preparaban para devolverla a San Diego, la sometieron a un electroencefalograma y lo descubrieron. Te lo dirán muy pronto después de tu regreso a 2055. Así que prepárate. -Dudó unos momentos, luego añadió-: Es irreversible. No hace falta que te lo diga. El eliminar los agentes tóxicos no es suficiente. Ambos guardaron silencio.

-Es duro -dijo finalmente su yo de 2056- estar casado con una mujer con rasgos psicópatas. Que muestra al mismo tiempo señales de deterioro físico. Pero sigue siendo mi mujer. Nuestra mujer. De todos modos, con sedación de fenotiacina, permanece tranquila. ¿Sabes?, resulta curioso que yo..., nosotros, no nos diéramos cuenta de ello, fuéramos incapaces de diagnosticar un caso con el que estábamos viviendo día tras día. Una prueba más de los aspectos cegadores de la subjetividad y el exceso de familiaridad. El proceso se fue desarrollando lentamente, por supuesto; eso tendía a ocultar su identidad. Creo que al fin va a tener que ser hospitalizada, aunque lo estoy retrasando todo lo posible. Posiblemente hasta después de que hayamos ganado la guerra. Cosa que es segura.

-¿Tienes pruebas? ¿A través de la JJ-180?

-Nadie utiliza ya la JJ-180 excepto los lilistarianos, y ya sabes que ellos lo hacen sólo por sus propiedades tóxicas y adictivas. Se han abierto tantos futuros alternos que la tarea de relacionarlos a nuestro mundo ha tenido que ser dejada de lado hasta después de la guerra. Se necesitan literalmente años para probar a fondo una nueva droga; ambos lo sabemos. Pero por supuesto ganaremos la guerra; los reegs han invadido la mitad del Imperio de Lilistar. Ahora escúchame. Tengo instrucciones para ti, y debes cumplirlas al pie de la letra; de otro modo se escindirá otro futuro alterno, y eso puede cancelar el salvamento por mí parte de tu persona de manos de la policía militar lilistariana.

-Comprendo -dijo Eric.

-En Arizona, en el campo de prisioneros número 29, hay un mayor reeg del servicio de inteligencia reegiano. Su nombre de código es Deg Del Il; puedes contactarlo a través de ese nombre, porque es el código de la Tierra, no el suyo. Las autoridades del campo lo han puesto a estudiar las reclamaciones de las compañías de seguros contra el gobierno a fin de detectar fraudes, por increíble que te parezca. Así que no deja de enviar datos a sus superiores, incluso a través de nuestro propio campo de prisioneros. Es él quien pondrá en contacto a Molinari con los reegs.

-¿Qué debo hacer con él? ¿Llevarlo a Cheyenne?

-A Tijuana. A las oficinas centrales de la CPTT. Lo comprarás a las autoridades del campo; como un trabajador esclavo. Supongo que no sabes que las grandes compañías industriales pueden comprar mano de obra gratuita en los campos de concentración. Bien, cuando te presentes en el campo 29 y les digas que perteneces a la CPTT y que quieres un reeg listo, ellos entenderán.

-Cada día de la semana se aprende algo nuevo -dijo Eric. -Pero tu principal problema es Molinari. Te corresponde a ti persuadirle de que visite Tijuana para conferenciar con Deg Del Il y establecer así el primer eslabón de la cadena de circunstancias que permitirán a la Tierra librarse de Lilistar y acudir a los reegs sin resultar destruida en el proceso. Te diré por qué va a ser difícil. Molinari tiene un plan. Está implicado en una lucha personal, hombre contra hombre, con Freneksy; es su virilidad lo que cree que está en juego. Para él no es algo abstracto, es algo inmediato y físico. Y tú mismo viste al viril Molinari exhibiéndose en la videocinta. Ésa es su arma secreta, su V-2. Está empezando a traer duplicados sanos de sí mismo de los mundos paralelos, y sabe que tiene mucho donde elegir. Toda su psicología, su punto de orientación, es enfrentarse a la muerte y de alguna forma superarlo. Ahora es el momento para él de demostrar que tiene razón. En su confrontación con el ministro Freneksy, al que teme, puede morir un millar de veces y volver a la lucha. El proceso de deterioro, la invasión de su proceso mórbido psicosomático, cesará tan pronto como introduzca al primer Molinari sano. Y cuando regreses a Cheyenne llegarás justo a tiempo para ser testigo de ello; las videocintas estarán en todas las redes de televisión esa noche. En hora punta.

-Así que en estos momentos está tan enfermo como siempre -dijo Eric pensativamente.

-Y eso significa enormemente enfermo, doctor.

-Sí, doctor. -Eric miró a su yo de 2056-. Estamos de acuerdo con su diagnóstico.

-A última hora de esta noche, según tu tiempo, no el mío, el ministro Freneksy exigirá, y obtendrá, otra conferencia cara a cara con Molinari. Y el sustituto sano, viril, será el que se encuentre en aquella habitación..., mientras el enfermo, el nuestro, se recupera en sus habitaciones privadas de arriba, custodiado por su servicio secreto, contemplando las videocintas en la televisión y gozando para sí mismo con el pensamiento de lo fácilmente que ha hallado una forma de eludir al ministro Freneksy y sus crecientes y excesivas demandas.

-Supongo que el Molinari viril de la otra Tierra se habrá prestado voluntariamente al juego.

-Encantado. Todos ellos lo están. Todos ellos consideran el mayor logro de sus vidas ganarle a Freneksy en todas las batallas. Molinari es un político y vive como tal..., vive para la política, al mismo tiempo que la política le mata. El sano, tras su conferencia con Freneksy, sufrirá su primer ataque de espasmos en el píloro; las dolencias empezarán a devorarle también a él. Y así a lo largo de toda la hilera, hasta que finalmente Freneksy muera, como tiene que ocurrir algún día, y esperemos que antes de Molinari.

-Vencer a Molinari de esta forma va a resultar un tanto difícil -dijo Eric.

-Pero esto no es mórbido; es algo salido directamente de la Edad Media, el resonar de armados caballeros. Molinari es Arturo con la espada enfundada a su lado; supongo que Freneksy también. Y lo más interesante, para mí, es que puesto que Lilistar no ha conocido un período de caballerías, Freneksy no acaba de comprender el asunto. Simplemente lo ve en términos de una lucha por la dominación económica; quién gobierna cuáles factorías y puede agenciarse unas determinadas fuerzas de trabajo. -Nada de romanticismo -murmuró Eric-. ¿Qué hay de los reegs? ¿Comprenderán ellos a la Mole? ¿Han tenido un período de caballerías en su pasado?

-Con cuatro brazos y un cascaron quitinoso -respondió su sosias de 2056-, sería todo un espectáculo ver a alguno de ellos en acción. No lo sé, porque ni tú ni yo ni ningún otro terrestre al que haya conocido se ha preocupado nunca de aprender tanto como hubiera sido necesario sobre la civilización reeg. ¿Tienes el nombre del mayor de la inteligencia reeg?

-Deg algo.

-Deg Del Il. Recuerda: Degenerados Daltónicos Ilusas.

-Cristo -dijo Eric.

-Te doy náuseas, ¿verdad? Bien, tú también me das náuseas a mí; te veo flojo y grasiento y tu postura es terrible. No me sorprende que hayas dado con una esposa como Kathy; has recibido lo que te merecías. Durante el próximo año, ¿por qué no reúnes un poco de valor y te buscas alguna otra mujer, de modo que cuando las cosas lleguen a mí, en 2056, no sean tan terriblemente asquerosas? Me lo debes; te he salvado la vida, te he arrancado de las manos de la policía lilistariana. -Su yo de 2056 le miró fijamente.

-¿Qué mujer sugieres? -preguntó Eric, poniéndose en guardia.

-Mary Reineke. -Estás loco.

-Escucha; Mary y Molinari tuvieron una pelea hace aproximadamente un mes, tiempo tuyo. Puedes explotarla. Yo no lo hice, pero eso puede cambiarse; puedes establecer un futuro ligeramente distinto, todo igual excepto tu situación marital. Divórciate de Kathy y cásate con Mary Reineke o con alguien..., cualquiera. -De pronto había desesperación en la voz de su sosías-. Dios mío, veo el futuro que se abre ante mí, el tener que internarla, y para el resto de su vida... No deseo hacerlo, no quiero enfrentarme a ello.

-Con o sin nosotros...

-Lo sé. Terminará igual de todos modos. ¿Pero tengo que ser yo? Tú y yo, juntos, podríamos ayudarnos mutuamente. Será duro; Kathy luchará contra el divorcio como una loca. Pero traslada la acción a Tijuana; las leyes mexicanas de divorcio son más flexibles que las de los Estados Unidos. Consigue un buen abogado. Ya he elegido uno; está en Ensenada. Jesús Guadarala. ¿Lo recordarás? Yo no pude conseguir iniciar los trámites a través suyo, pero maldita sea, tú puedes. -Miró esperanzado a Eric.. -Lo intentaré -dijo al fin Eric.

-Ahora tengo que dejarte. La medicación que has tomado empezará a hacer efecto en ti dentro de pocos minutos, y no quiero que tengas que bajar un escalón de ocho kilómetros hasta la superficie del planeta. -La nave empezó a descender-. Te dejaré en Salt Lake City; es un lugar grande, nadie reparará en ti. Y cuando estés de vuelta a 2055 puedes tomar un taxi hasta Arizona.

-No tengo dinero de 2055 -recordó Eric-. ¿O sí? -Se sentía confuso; habían ocurrido demasiadas cosas. Buscó su cartera-. Me entró el pánico después de ese intento por mi parte de comprar el antídoto de la Hazeltine...

-No te molestes en contarme los detalles. Ya los conozco. Completaron el vuelo hasta la superficie de la Tierra en silencio, cada uno inhibido por su lúgubre desdén hacia el otro. Aquello, decidió Eric, era una demostración gráfica de la necesidad de respeto hacia uno mismo. Y esto le proporcionó, por primera vez, un atisbo de sus inclinaciones fatalistas, casi suicidas..., indudablemente se basaban en el mismo defecto. Sobrevivir significaría aprender a ver a si mismo y sus realizaciones de un modo distinto.

-Estás malgastando tu tiempo -dijo su contrapartida una vez la nave hubo aterrizado en unos pastos irrigados en las afueras de Salt Lake City-. No vas a cambiar.

Mientras bajaba a la húmeda y esponjosa alfalfa, Eric dijo:

-Según tú, al menos. Pero veremos.

Sin más palabra, su yo de 2056 cerró la compuerta y despegó; la nave se elevó como una bala hacia el cielo y desapareció. Eric echó a andar torpemente hacia la cercana carretera asfaltada.

En Salt Lake City cogió un taxi. El taxi no le pidió su permiso de circulación, y se dio cuenta de que, sin darse cuenta, probablemente mientras se dirigía a la ciudad por la carretera asfaltada, había retrocedido un año y se hallaba ahora en su propio tiempo. Sin embargo, decidió asegurarse.

-Dame la fecha de hoy -pidió al taxi.

-15 de junio, señor -dijo el taxi mientras zumbaba hacia el sur, por encima de verdes valles y montañas.

-¿De qué año?

-¿Es usted el señor Rip Van Winkle o algo así, señor? De 2055, por supuesto. Y espero que la respuesta le satisfaga. -El taxi era viejo y algo destartalado, necesitaba reparaciones; su irritabilidad era patente en la actividad de sus circuitos automáticos.

-Me satisface -dijo Eric.

Utilizando el videófono del taxi, averiguó a través del centro de información de Phoenix la localización del campo de prisioneros de guerra; no era una información clasificada. Poco después el taxi sobrevolaba una sucesión de llanuras desérticas y monótonas colinas de roca y cuencas vacías que en otros tiempos habían sido lagos. Y luego, en medio de aquella no explotada desolación, el coche descendió; habían llegado al campo 29 de prisioneros de guerra, y estaba exactamente allá donde había esperado que estuviera: en el lugar más inhabitable que era posible concebir. Para él, las grandes extensiones desérticas de Nevada y Arizona eran como un deprimente planeta alienígena, en absoluto la Tierra; francamente, prefería las partes de Marte que había visto cerca de Wash-35.

-Mucha suerte, señor -dijo el taxi. Pagó y lo contempló alejarse ruidosamente, toda su estructura vibrando.

-Gracias -dijo Eric. Se dirigió hacia el puesto de guardia a la entrada del campo; le explicó al soldado que había dentro que había sido enviado por la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana para comprar un prisionero de guerra para un trabajo administrativo que debía ser efectuado con absoluta precisión.

-¿Sólo uno? -preguntó el soldado mientras le conducía a la oficina de su superior-. Podemos proporcionarle cincuenta reegs. Doscientos. En este momento nos sobran por todas partes. En la última batalla apresamos seis de sus transportes.

En la oficina del coronel llenó los correspondientes formularios, firmó por orden de la CPTT. El pago, explicó, sería efectuado por los canales normales a finales de mes, una vez recibida la factura correspondiente.

-Elija usted mismo -le dijo el coronel, mortalmente aburrido-. Mire a su alrededor; puede llevarse el que quiera..., todos son iguales.

-Veo a un reeg rellenando formularios ahí en la habitación de al lado -dijo Eric-. Parece... eficiente.

-Es el viejo Deg -dijo el coronel-. Deg es una institución aquí; fue capturado la primera semana de la guerra. Incluso, se ha construido una de esas cajas traductoras para poder ayudarnos mejor. Me gustaría que todo el mundo fuera tan cooperativo como Deg.

-Me lo llevaré -dijo Eric.

-Tendremos que efectuarle un considerable cargo adicional -dijo taimadamente el coronel-. Debido a la cantidad de entrenamiento que ha recibido de nosotros aquí. -Tomó nota de ello-. Y otro cargo por la caja traductora.

-Ha dicho usted que él la construyó. -Nosotros le proporcionamos los materiales.

Finalmente llegaron a un acuerdo en el precio, y Eric se dirigió a la habitación contigua y se acercó al reeg, que agitaba atareado sus cuatro brazos sobre las demandas de las compañías aseguradoras.

-Ahora pertenece usted a la CPTT -le informó Eric-. Así que venga conmigo. -Y dirigiéndose al coronel-: ¿Intentará escapar o atacarme?

-Nunca lo hacen -dijo el coronel, encendiendo un puro y apoyándose contra la pared de su oficina con cansado aburrimiento-. No tienen mentalidad para ello; sólo son bichos. Enormes y brillantes bichos.

Poco después estaba de vuelta bajo el ardiente sol, aguardando un taxi llamado de la cercana Phoenix. Si hubiera sabido que iba a tomarle tan poco tiempo, se dijo, hubiera dicho al cacharro que lo había traído hasta allí que aguardara. Se sentía incómodo, de pie al lado del silencioso reeg; después de todo, era su enemigo formal. Los reegs luchaban contra la Tierra y mataban terrestres, y éste había sido y aún seguía siendo un oficial en funciones.

El reeg se aseaba como una mosca, peinando sus alas, sus antenas sensoras, luego su par inferior de extremidades. Llevaba su caja traductora bajo un brazo de quebradizo aspecto, sin soltarla ni un momento.

-¿Está contento de salir del campo de prisioneros? -le preguntó Eric.

Las palabras, pálidas al fuerte sol del desierto, aparecieron en la caja:

NO PARTICULARMENTE

El taxi llegó, y Eric, junte con Deg Del Il, subió a él. Pronto estaban en el aire y enfilaban en dirección a Tijuana.

-Sé que es usted un oficial de la inteligencia reeg -dijo Eric-. Por eso lo compré.

La pantalla permaneció vacía. Pero el reeg se estremeció. Sus opacos ojos compuestos se empañaron ligeramente, y los falsos le miraron vacíos.

-Correré el riesgo de decirle esto ahora -siguió Eric-. Soy un intermediario con la misión de ponerle en contacto con alguien de las altas esferas del círculo de las Naciones Unidas. Es de su interés, el suyo y el de su pueblo, que coopere conmigo. Le dejaré en mi empresa...

La caja cobró vida.

DEVUÉLVAME AL CAMPO

-De acuerdo -dijo Eric-. Sé que tiene que actuar usted de acuerdo con el camuflaje que ha estado manteniendo durante tanto tiempo. Aunque ya no es necesario. Sé que sigue usted en contacto con su gobierno. Por eso puede ser útil al personaje con el que debe encontrarse en Tijuana. A través de usted, él puede establecer relaciones con su gobierno... -Hizo una pausa, luego se lanzó de cabeza-: Sin que los lilistarianos lo sepan. -Aquello era decir mucho; sobre todo teniendo en cuenta lo pequeño que era su papel allí.

Tras una pausa, la caja se iluminó de nuevo.

SIEMPRE HE COOPERADO

-Pero esto es diferente. -Y dejó el tema allí. Durante el resto del viaje no intentó comunicarse con Deg Del Il; evidentemente, no era lo más adecuado en aquellos momentos. Deg Del Il lo sabía, y él también. El resto correspondía a otros.

Cuando llegaron a Tijuana, Eric alquiló una habitación en el hotel Caesar, en la calle principal de la ciudad; el recepcionista, un mexicano, miró fijamente al reeg, pero no hizo preguntas. Aquello era Tijuana, reflexionó Eric mientras él y Deg subían a su piso. Todo el mundo se ocupaba de sus propios asuntos; siempre había sido así, e incluso ahora, en tiempo de guerra, Tijuana seguía sin cambiar. Podías conseguir cualquier cosa, hacer cualquier cosa, que desearas. Siempre que no lo hicieras ostensiblemente en la calle principal. Y más especialmente si era consumado de noche. Porque por la noche Tijuana se convertía en una ciudad distinta en la que todo, incluso lo más inimaginable, era posible. Hubo un tiempo en que era abortos, narcóticos, mujeres y juego. Ahora era relaciones con el enemigo.

En la habitación del hotel le entregó una copia de los papeles de propiedad a Deg Dal II; si se producía algún problema durante su ausencia, aquellos papeles demostrarían que el reeg no había escapado de un campo de prisioneros ni era un espía. Además, Eric le proporcionó dinero. Y le dio instrucciones de que contactara con la CPTT en caso de que se produjera alguna dificultad..., especialmente la aparición de agentes de la inteligencia lilistariana. El reeg debía permanecer todo el tiempo en la habitación del hotel, haría sus comidas allí, podía ver la televisión si quería, no dejaría entrar a nadie si podía, y si de alguna forma los agentes lilistarianos llegaban hasta él, no debía revelarles nada. Aunque aquello significara su muerte.

-Creo que debo decirle esto -terminó Eric-, no por falta de respeto hacia la vida reeg o porque crea que los terrestres deben decirle a un reeg cuándo debe morir y cuándo no, sino simplemente porque conozco la situación y usted no. Lo único que debe hacer es aceptar mi palabra de que esto es importante. -Aguardó a que la caja se iluminara, pero no lo hizo-. ¿Ningún comentario? -preguntó, vagamente decepcionado. Había habido tan poco contacto real entre él y el reeg; de algún modo parecía un mal presagio.

Finalmente, reluctante, la caja se iluminó.

ADIÓS

-¿No tiene nada más que decir? -preguntó Eric, incrédulo.

¿CÓMO SE LLAMA USTED?

-Está en los papeles que le he entregado -señaló Eric, y abandonó la habitación del hotel, cerrando ruidosamente la puerta a sus espaldas.

Fuera, en la acera, llamó a un destartalado taxi de superficie y dijo a su conductor humano que lo llevara a la CPTT

Cinco minutos más tarde entraba una vez más en el atractivo edificio en forma de apterix iluminado en gris y se dirigía hacia el pasillo familiar que conducía a su propia oficina. O lo que había sido su oficina hasta hacia poco.

La señorita Perth, su secretaria, parpadeó asombrada.

-¡Oh, doctor Sweetscent..., creí que estaba usted en Cheyenne!

-¿Está por ahí Jack Blair? -Miró hacia los contenedores de partes desechadas, pero no vio a su ayudante de departamento. Bruce Himmel, sin embargo, estaba junto a la última hilera, inclinado, con un inventario y una tablilla en una mano-. ¿Cómo le fue con el asunto de la biblioteca pública de San Diego? -le preguntó.

Sorprendido, Himmel se irguió.

-He apelado, doctor. No pienso ceder. ¿Cómo es que ha vuelto a Tijuana?

-Jack está arriba, en conferencia con el señor Virgil Ackerman, doctor -dijo Til Perth-. Parece usted cansado. Hay mucho trabajo ahí en Cheyenne, ¿verdad? Y tanta responsabilidad. -Sus ojos azules de largas pestañas mostraron simpatía, y sus generosos pechos parecieron hincharse un poco más, de una forma casi maternal-. ¿Quiere que le prepare una taza de café?

-Por supuesto. Gracias. -Se sentó a su escritorio y descansó unos instantes, pensando en los acontecimientos del día. Era extraño que todas aquellas cosas hubieran ocurrido en una secuencia que le había hecho regresar finalmente a aquel lugar, a su propia silla. ¿No era aquello en cierto sentido el final? ¿Había representado ya su pequeño, o quizá no tan pequeño, papel en la disputa que implicaba a tres razas de la galaxia? Cuatro, si había que incluir a las criaturas con forma de pera podrida de Betelgeuse... Quizás había conseguido librarse ya de todo aquel peso. Una videollamada a Cheyenne, a Molinari; una vez hecho esto, podría volver a ser el médico de Virgil Ackerman, reemplazando órgano tras órgano a medida que fueran fallando. Pero también estaba Kathy. ¿Estaba allí, en la enfermería de la CPTT? ¿O en un hospital de San Diego? Quizás estuviera intentando reanudar su vida, pese a la adicción, trabajando para Virgil. No era una cobarde; seguiría empujando hasta el final.

-¿Está Kathy aquí en el edificio? -preguntó a Til Perth. -Lo comprobaré por usted, doctor. -Pulsó el botón del videocom en su escritorio-. Aquí tiene su café, junto a usted. -Gracias. -Bebió agradecido el café. Era casi como en los viejos tiempos; su oficina siempre había sido para él un oasis donde las cosas eran racionales, a buen recaudo de la furia de su desgraciada vida doméstica. Allí podía fingir que la gente era considerada la una con la otra, que las relaciones entre las personas podían ser simplemente amistosas, simplemente casuales. Y sin embargo..., eso no era suficiente. También tenía que haber intimidad. Incluso con la amenaza de convertirse en una fuerza destructiva.

Tomó estilo y papel, y escribió para no olvidarla la fórmula del antídoto de la JJ-180.

-Está en la enfermería del cuarto piso -le informó la señorita Perth-. No sabía que estuviera enferma; ¿es algo serio? Eric le tendió el papel, doblado.

-Llévele esto a Jonas. Él sabrá qué es y lo que tiene que hacer con ello. -Se preguntó si debía subir a ver a Kathy, decirle que pronto habría un antídoto. Estaba moralmente obligado a ello, por la más simple decencia-. De acuerdo -dijo-. Iré a verla.

-Transmítale mis saludos y mis deseos de que se recupere -le dijo Til Perth a sus espaldas, mientras salía al pasillo. -Lo haré -murmuró.

Cuando alcanzó la enfermería del cuarto piso encontró a Kathy, vestida con una bata de algodón blanco, sentada en una silla reclinable, las piernas cruzadas, descalza. Estaba leyendo una revista. Parecía vieja y arrugada, y obviamente bajo fuerte sedación.

-Saludos de Til -le dijo.

Lentamente, con clara dificultad, Kathy alzó la vista, enfocó sus ojos en él.

-¿Algunas... noticias para mí?

-Tenemos el antídoto. O pronto lo tendremos. Todo lo que tiene que hacer la Hazeltine es preparar un lote y enviarlo rápidamente aquí. Calculo que unas seis horas. -Hizo un intento de sonreír animosamente; fracasó-. ¿Cómo te encuentras?

-Ahora bien. Desde que me has traído la noticia. -Parecía sorprendentemente lúcida en sus palabras, incluso teniendo en cuenta sus tendencias esquizoides. Sin duda la sedación tenía mucho que ver con ello-. Lo hiciste, ¿verdad? Lo encontraste por mí. -Luego, como recordando de pronto, añadió-: Oh, sí. Y por ti también. Pero hubieras podido guardártelo, no decirme nada. Gracias, querido.

-«Querido» -Le dolió escuchar de sus labios esa palabra dirigida a él.

-Puedo ver -dijo cuidadosamente Kathy- que en el fondo me sigues queriendo realmente, pese a todo lo que te he hecho. De otro modo no hubieras...

-Claro que lo hubiera hecho; ¿crees que soy un monstruo moral? El remedio debería ser del dominio público, disponible para cualquiera que hubiera tomado la maldita sustancia. Incluso los lilistarianos. Por lo que a mí respecta, las drogas deliberadamente adictivas son una abominación, un crimen contra la vida. -Guardó silencio, pensando para sí mismo: Y alguien que convierte a otro en un adicto es un criminal, y debería ser colgado o fusilado-. Me voy -dijo-. Regreso a Cheyenne. Ya nos veremos. Buena suerte con tu terapia. -Intentando parecer que no sonara deliberadamente duro, añadió-: Ya sabes que eso no va a anular los daños físicos ya sufridos; lo comprendes, ¿verdad, Kathy?

-¿Parezco muy vieja? -preguntó de pronto ella.

-Aparentas la edad que tienes, treinta y cinco años.

-No. -Kathy negó con la cabeza-. Me he mirado al espejo.

-¿Querrás encargarte de que todos los que tomaron la droga aquella noche contigo, aquella primera vez, reciban el antídoto? -dijo Eric-. Confío en ti para ello. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. Son amigos míos. -Jugueteó con una esquina de su revista-. Eric, no puedo esperar que te quedes conmigo ahora, de la forma que estoy físicamente. Toda llena de arrugas y... -Se interrumpió, guardó silencio.

¿Era ésta su oportunidad? Dijo; lentamente:

-¿Quieres el divorcio, Kathy? Si lo quieres, no hay ningún problema. Pero personalmente... -Dudó. ¿Hasta cuán lejos podía llegar la hipocresía? ¿Qué se le exigía realmente ahora? Su futuro yo, su compatriota de 2056, le había suplicado que lo librara de ella. ¿Acaso todos los aspectos de la razón no le dictaban que lo hiciera, y a ser posible ahora?

Con voz muy baja, Kathy dijo:

-Todavía te quiero. No quiero separarme de ti. Intentaré tratarte mejor; lo haré, honestamente. Te lo prometo.

-¿Debo ser honesto yo también?

-Si -dijo ella-. Siempre deberías ser honesto. -Devuélveme la libertad.

Ella alzó lentamente los ojos hacia él. Algo de su antiguo espíritu, el veneno que había marchitado hasta la última fibra de su relación, resplandeció en sus ojos. Pero ahora estaba viciado. Su adicción, más la sedación, la habían debilitado; el poder que antes había ejercido sobre él, atrapándole y reteniéndole junto a ella, había desaparecido. Se encogió de hombros y murmuró:

-Bien, te pedí que fueras honesto, y eso es lo que has sido. Supongo que debería alegrarme.

-¿Estás de acuerdo entonces? ¿Podemos iniciar los trámites?

-Con una condición -dijo lentamente ella-. Que no haya otra mujer.

-No la hay. -Pensó en Phyllis Ackerman; eso seguramente no contaba. Ni siquiera en el mundo de Kathy, atormentado por las sospechas.

-Si descubro que la hay -afirmó ella-, lucharé contra el divorcio; no cooperaré. Nunca te librarás de mí: eso es una promesa también.

-Entonces de acuerdo. -Sintió que un gran peso se deslizaba al abismo del infinito, dejándole con sólo un mero peso terrestre, uno que cualquier ser humano normal podía soportar-. Gracias -dijo.

-Gracias a ti, Eric, por el antídoto -murmuró ella-. Mira lo que mi adicción a las drogas, mis años de usarlas, ha significado al fin. Ha hecho posible que tú escaparas. Hizo algo bueno, después de todo.

Fue incapaz de descubrir si había algo sardónico en sus palabras. Decidió preguntar sobre otro tema.

-Cuando te sientas mejor, ¿piensas reanudar tu trabajo aquí en la CPTT?

-Eric, puede que haya algo distinto para mí. Cuando estaba bajo la influencia de la droga, allá en el pasado... -Se detuvo, luego prosiguió dolorosamente, hablando ahora con dificultad-. Envié por correo un componente electrónico a Virgil. Mediados los años 30. Con una nota diciéndole lo que tenía que hacer con él y también quién era yo. Para que me recordara luego. Ahora, de hecho.

-Pero... -dijo Eric. Se interrumpió.

-¿Sí? -Consiguió fijar su atención en él, en lo que estaba diciendo-. ¿Hice algo equivocado? ¿Alteré el pasado y enredé las cosas?

Era casi imposible, descubrió, decírselo. Pero lo descubriría de todos modos, apenas empezara a hacer averiguaciones. Virgil no habría recibido ningún componente, porque tan pronto como ella había abandonado el pasado el componente lo había abandonado también; Virgil niño habría recibido un sobre vacío o ningún sobre en absoluto. Consideró todo aquello como algo terriblemente triste.

-¿De qué se trata? -estaba preguntando trabajosamente ella-. Puedo decir por tu expresión..., te conozco tan bien..., que hice algo malo.

-Sólo estoy sorprendido -murmuró Eric-. Por tu ingeniosidad. Escucha. -Se inclinó a su lado, apoyó una mano en su hombro-. No cuentes con que esto signifique una gran diferencia; tu trabajo aquí con Virgil no puede ser mejorado de ningún modo, y, además, Virgil no es del tipo agradecido.

-Pero valla la pena intentarlo, ¿no crees?

-Sí -dijo, volviendo a ponerse en pie. Le alegró dejar las cosas tal cual.

Le dijo adiós, le dio una nueva e inútil palmada en el hombro, y se dirigió al ascensor y de él a la oficina de Virgil Ackerman. Virgil alzó la vista al verle entrar, cloqueó:

-Oí que estaba usted de vuelta, Eric. Siéntese y cuénteme cómo van las cosas; Kathy tiene mal aspecto, ¿verdad? Hazeltine no ha podido...

-Escuche -interrumpió Eric, cerrando la puerta. Estaban los dos solos-. Virgil, ¿puede usted hacer venir a Molinari aquí a la CPTT?

-¿Por qué? -Virgil le miró con expresión alerta, como un pájaro.

Eric se lo contó.

Cuando lo hubo oído todo, Virgil dijo:

-Llamaré a Gino. Puedo darle algunos indicios y, puesto que nos conocemos mutuamente, él comprenderá a un nivel intuitivo. Vendrá. Es probable que inmediatamente; cuando actúa, lo hace rápido.

-Entonces me quedaré aquí -decidió Eric-. No regresaré a Cheyenne. De hecho, quizá será mejor que vuelva al Caesar y me quede con Deg.

-Y llévese consigo una pistola -indicó Virgil. Tomó el receptor del videófono y dijo-: Póngame con la Casa Blanca en Cheyenne. -Luego, dirigiéndose a Eric-: Si tienen esta línea intervenida no les va a servir de nada; serán incapaces de decir de qué estamos hablando. -Y al receptor-: Quiero hablar con el secretario Molinari; aquí Virgil Ackerman llamando en persona.

Eric se reclinó en su silla y escuchó. Finalmente, todo iba bien ahora. Podía tomarse aquel momento de descanso. Convertirse en un simple espectador.

Una voz en el videófono, la de la operadora de la Casa Blanca, chilló con frenética histeria:

-Señor Ackerman, ¿está aquí el doctor Sweetscent? No podemos localizarle, y Molinari, el señor Molinari, quiero decir, está muerto, y no puede ser revivido.

Virgil alzó los ojos y miró fijamente a Eric.

-Voy de camino -dijo Eric. Sólo sentía aturdimiento. Nada más.

-Apuesto a que es demasiado tarde -señaló Virgil. La operadora chilló:

-Señor Ackerman, ya lleva muerto dos horas; el doctor Teagarden no puede hacer nada con él, y...

-Pregúntele qué órgano ha fallado -indicó Eric. La operadora le oyó.

-El corazón. ¿Es usted, doctor Sweetscent? El doctor Teagarden dijo que la vena aorta se rompió...

-Llevaré un corazón orgtif conmigo -dijo Eric a Virgil. Y a la operadora de la Casa Blanca-: Indíquele a Teagarden que mantenga su temperatura corporal tan baja como le sea posible; estoy seguro que ya lo está haciendo, de todos modos.

-Hay una nave de gran velocidad en el campo del tejado -señaló Virgil-. Es la nave con la que volamos a Wash-35; indudablemente es la mejor que hay por aquí.

-Iré a buscar yo mismo el corazón -decidió Eric-. Así que volveré a mi oficina; ¿por qué no hace que preparen la nave mientras tanto? -De pronto se sentía calmado. O era demasiado tarde, o no lo era. O llegaría a tiempo, o no llegaría. El correr, precisamente ahora, tenía muy poco valor.

Virgil, mientras tecleaba en el videófono para pedir la centralita de la CPTT, dijo:

-El 2056 donde estuvo usted no es el conectado con nuestro mundo.

-Evidentemente no -admitió Eric. Y echó a correr hacia el ascensor.

13

Don Festenburg se reunió con él en el tejado de la Casa Blanca, pálido y tartamudeante por la tensión.

-¿D-dónde estaba usted, doctor? No notificó a nadie que abandonaba Cheyenne; creímos que estaba aquí. -Echó a andar delante de Eric, hacia la cinta rodante más cercana al campo. Sujetando la caja con el orgtif, Eric le siguió.

Teagarden apareció en la puerta del dormitorio del secretario, con el rostro crispado por la fatiga.

-Por todos los infiernos, ¿dónde estaba usted, doctor? Estaba intentando terminar con la guerra, pensó Eric. Se limitó a decir:

-¿Cuál es su temperatura corporal?

-Ningún metabolismo apreciable; ¿cree usted que no sé cómo llevar este aspecto del asunto? Tengo aquí instrucciones escritas que entran automáticamente en acción en el momento mismo en que cae inconsciente o muerto y no puede ser revivido. -Tendió las hojas a Eric.

Eric sólo necesitó una ojeada para ver el párrafo vital. Nada de orgtifs. Bajo ninguna circunstancia. Ni siquiera aunque ésta fuera la única posibilidad de supervivencia para Molinari.

-¿Esto es irrevocable? -preguntó.

-Hemos consultado con el fiscal general -dijo el doctor Teagarden-. Lo es. Usted debería saberlo. Cualquier orgtif, en cualquier caso, sólo puede ser insertado con una autorización previa del sujeto.

-¿Por qué lo quiere él de este modo? -preguntó Eric.

-No lo sé -admitió Teagarden-. ¿Hará usted algún intento de revivirle sin utilizar el corazón orgtif que veo que ha traído? Esto es lo único que nos queda. -Su tono se cubrió de

amargura y derrota-: Nada. Se quejó de su corazón antes de que usted se fuera; se lo dijo, yo lo oí..., que creía que su arteria había reventado. Y usted se marchó. -Miró fijamente a Eric.

-Éste es el problema con los hipocondríacos -dijo Eric-. Nunca sabes.

-Bien -suspiró entrecortadamente Teagarden-. De acuerdo..., yo tampoco le di importancia.

Eric se volvió hacia Don Festenburg y preguntó:

-¿Qué hay de Freneksy? ¿Lo sabe él?

Festenburg sufría un débil y tembloroso acceso de nerviosismo.

-Por supuesto.

-¿Alguna reacción por su parte?

-Preocupación.

-Supongo que no estará usted dejando aterrizar más naves lilistarianas aquí.

-Doctor -dijo secamente Festenburg-, su trabajo es curar al paciente, no dictar nuestra política.

-Me ayudaría a curar al paciente si supiera...

-Cheyenne está cerrado -admitió finalmente Festenburg-. Ninguna nave excepto la suya ha recibido autorización para aterrizar desde que ocurrió.

Eric se dirigió a la cama y contempló a Gino Molinari, hundido en medio de una maraña de aparatos que mantenían baja su temperatura y medían un millar de condiciones de su cuerpo. Apenas podía verse la regordeta y baja figura; el rostro estaba completamente oscurecido por un nuevo dispositivo, apenas utilizado hasta entonces, cuya misión era captar las más extremadamente delicadas alteraciones del cerebro. Era el cerebro, por encima de todo lo demás, lo que tenía que ser protegido. Todo lo demás era desechable excepto el cerebro.

Todo lo demás era desechable..., pero Molinari había prohibido utilizar un corazón orgtif. Y así estaban las cosas. Médicamente hablando, el reloj había retrocedido un siglo a causa de aquella neurótica prohibición autodestructiva.

Sin examinar el ahora abierto pecho del hombre, Eric sabía ya que era inútil. Fuera del campo de los trasplorgs, probablemente él no era un cirujano más competente que Teagarden. Toda su carrera se había basado en la posibilidad de reemplazar el órgano deteriorado.

-Déjeme ver de nuevo ese documento. -Tomó otra vez el papel de manos de Teagarden, lo estudió con mayor detenimiento: Seguro que un hombre tan hábil y lleno de recursos como Molinari había imaginado alguna alternativa viable a los trasplorgs. La cosa no podía terminar allí.

-Prindle ha sido notificado, por supuesto -dijo Festenb-. Está aguardando, preparado para hablar por televisión cuando y si se llega a la conclusión de que no podemos revivir a Molinari. -Su voz era desacostumbradamente llana; Eric le miró, preguntándose qué sentía realmente.

-¿Qué hay acerca de este párrafo? -dijo, mostrándole el documento al doctor Teagarden-. Sobre la activación del simulacro robant de la ERGD, el que Molinari utilizó en la videocinta. Para ser transmitida por televisión esta noche.

-¿Qué hay con ello? -dijo Teagarden, volviendo a leer el párrafo-. La difusión de la cinta será anulada, por supuesto. En lo que al robant en sí se refiere, no sé absolutamente nada. Quizá Festenburg lo sepa. -Se volvió interrogador a Don Festenburg.

-Ese párrafo -dijo Festenburg- no tiene sentido. Literalmente. Por ejemplo, ¿de qué sirve mantener un robant en hipotermia? No podemos comprender el razonamiento de Molinari, y de todos modos ya tenemos las manos llenas. Hay cuarenta y tres párrafos en este maldito documento; no podemos llevarlos a la práctica todos simultáneamente, ¿no?

-Pero usted sabe dónde... -dijo Eric.

-Por supuesto -dijo Festenburg-. Sí, sé dónde está el simulacro.

-Sáquelo de la hipotermia -dijo Eric-. Actívelo según las instrucciones de este documento. Que, como ha dicho usted muy bien, es legalmente irrevocable.

-¿Activarlo, y luego qué?

-El mismo se hará cargo a partir de entonces. -dijo Erie. Y en los años futuros, se dijo a sí mismo. Porque éste es el punto clave del documento. No habrá ningún anuncio público de que Gino Molinari ha muerto, porque tan pronto como el llamado robant sea activado ya no lo estará.

Y, pensó, creo que tú lo sabes, Festenburg. Se miraron el uno al otro en silencio.

Dirigiéndose al hombre del servicio secreto, Eric dijo:

-Quiero que cuatro de ustedes le acompañen mientras efectúa la operación. Es sólo una sugerencia, pero creo que estará usted de acuerdo.

El hombre asintió, hizo una seña a un grupo de sus compañeros; se situaron detrás de Festenburg, que ahora parecía confuso y asustado y en absoluto seguro de sí mismo. Partió reluctante a cumplir con su misión, con el grupo de hombres del servicio secreto pisándole los telones.

-¿Qué hay acerca de otro intento de reparar la arteria aorta rota? -preguntó el doctor Teagarden-. ¿No va usted a intentarlo? Una sección de plástico tal vez pueda...

-El Molinari de esta secuencia temporal -dijo Eric- ya ha sufrido suficiente. ¿No está de acuerdo? Este es el momento de retirarlo; eso es lo que él desea.

-Vamos a tener que enfrentarnos a un hecho, se dio cuenta, al que ninguno de nosotros desea enfrentarse porque significa que avanzamos hacia un tipo de régimen, en realidad tenemos ya un tipo de régimen, que no está de acuerdo con nuestras ideas teóricas.

Molinari había fundado una dinastía consistente en él mismo.

-Ese simulacro no puede gobernar en lugar de Gino -protestó Teagarden-. Es una construcción, y la ley prohíbe...

-Es por eso por lo que Gino se negaba a la utilización de órganos artificiales. Él no puede hacer lo que ha hecho Virgil, irlos reemplazando uno tras otro, porque si lo hace se enfrenta a un problema legal. Pero eso no tiene importancia.

-No ahora, al menos. Prindle no es el heredero de la Mole, y tampoco lo es Don Festenburg, por mucho que a él pueda gustarle. Dudo que la dinastía sea interminable, pero al menos sobrevivirá a este golpe. Y eso ya es mucho.

Tras una pausa, Teagarden dijo:

-Por eso está en hipotermia. Entiendo.

-Y pasará con éxito cualquier prueba a la que usted quiera someterle.

-Usted, el ministro Freneksy, cualquiera, incluido Don Festenburg, que probablemente lo imaginó antes que yo, aunque no pudo hacer nada al respecto-. Eso es lo que distingue esta solución; que aunque usted sepa de qué se trata no puede detenerla. -Esto ampliaba el concepto de maniobra política. ¿Se sentía horrorizado por ello? ¿O impresionado? Para ser honesto, todavía no lo sabía. Era una solución demasiado nueva, esa colusión de Gino Molinari consigo mismo, entre bastidores. Su manipulación de la colosal entidad del renacimiento a su propia manera inimitable, más rápida que el ojo.

-Pero -protestó Teagarden-, eso deja otro continuo temporal sin secretario de las Naciones Unidas. Así que, ¿qué es lo que se gana si...?

-El que Don Festenburg ha ido a activar -dijo Eric- procede indudablemente de un mundo en el que la Mole no fue elegido. -En el que sufrió una derrota política y otro ocupó el cargo de secretario de las Naciones Unidas. No había duda de que tenía que existir un cierto número de esos mundos, teniendo en cuenta el margen de votos conseguido originalmente en éste. En aquel otro mundo, la ausencia de la Mole no tendría ningún significado, puesto que simplemente sería otra figura política derrotada, quizá incluso retirada. Y por lo tanto en una posición completamente descansada y fresca. Lista para enfrentarse al ministro Freneksy.

-Es admirable -decidió Eric-. De todos modos, pienso... -La Mole había sabido que pronto o más tarde su deteriorado cuerpo iba a morir más allá de toda posibilidad de reconstrucción excepto mediante orgtifs. ¿Y de qué servía un estratega político que no podía

tomar en consideración su propia muerte? Sin eso hubiera sido simplemente otro Hitler, que no deseaba que su país le sobreviviera.

Eric miró una vez más el documento que Molinari les había presentado. Realmente lo había previsto todo. Legalmente, el siguiente Molinari tenía que ser activado sin ninguna excusa.

Y éste, á su vez, haría lo necesario para proporcionarse él también un reemplazo. Como cualquier buen equipo de luchadores, aquello podía proseguir teóricamente hasta el infinito. ¿Podía?

Todos los Molinari, en todos los continuos temporales, estaban envejeciendo al mismo ritmo. Aquello sólo podría seguir durante otros treinta o cuarenta años. Como máximo.

Pero eso podía ser suficiente para sacar a la Tierra de la guerra. Y eso era todo lo que le importaba a la Mole.

No estaba intentando ser inmortal, un dios. Estaba interesado simplemente en servir durante su período de mandato. Lo que le había ocurrido a Franklin D. Roosevelt en otra guerra importante anterior no iba a ocurrirle a él. Y había actuado en consecuencia, en el más puro estilo piamontés. Había hallado una sorprendente y colorísticamente idiosincrática solución a su problema político.

Esto explicaba por qué el uniforme de secretario de las Naciones Unidas y el homeoperiódico mostrados a Eric dentro de un año por Don Festenburg estaban falseados.

Sin esto, hubieran podido ser concebiblemente reales. Sólo eso justificaba lo que Molinari había hecho.

Una hora más tarde, Gino Molinari lo llamó a su oficina privada.

Con el rostro enrojecido, resplandeciendo buen humor, la Mole se reclinó en su asiento, enfundado en su reluciente uniforme nuevo, y observó larga y atentamente a Eric.

-Así que esos estúpidos no querían ponerme en marcha -tronó. Luego, bruscamente, se echó a reír-. Sabía que usted iba a presionarles, Sweetscent; lo tenía todo calculado. Nada se ha producido por accidente. ¿Me cree usted? ¿O piensa que había una brecha, que hubieran podido seguir adelante con sus ideas, especialmente ese Festenburg...? Es terriblemente listo, ¿sabe? Lo admiro. -Eructó-. Créame. Bien, tanto peor por Don.

-Creo que casi lo consiguieron -dijo Eric.

-Sí -admitió Molinari, sombrío ahora-. Estuvo muy cerca. Pero todo está muy cerca en política; eso es lo que hace que valga la pena el esfuerzo. ¿Quién quiere algo seguro? No yo. Por cierto: esa videocinta va a salir al aire tal como estaba planeado; envié al pobre Prindle de vuelta a la caja fuerte o donde demonios sea que se mantiene en conserva. -Molinari rió de nuevo estruendosamente.

-¿Estoy en lo cierto acerca de que, en su mundo...? -empezó Eric.

-Éste es mi mundo -interrumpió Molinari; se llevó las manos detrás de la cabeza y se balanceó hacia delante y hacia atrás, mirando fijamente a Eric.

Eric dijo:

-En el mundo paralelo del que procede...

-¡Basura!

-...usted fue derrotado en su intento de convertirse en secretario de las Naciones Unidas; ¿correcto? Sólo es curiosidad. No tengo intención de comentarlo con nadie.

-Si lo hace -indicó Molinari-, haré que los hombres del servicio secreto lo agarren y lo ahoguen en el Atlántico. O lo envíen al espacio profundo. -Guardó silencio unos instantes-. Salí elegido, Sweetscent, pero los muy jodidos me echaron del cargo con una moción de censura que maquinaron entre ellos. Con relación al Pacto de Paz. Tenían razón, por supuesto; no hubiera debido meterme en él. ¿Pera quién desea hacer tratos con esos bichos de cuatro brazos y brillante caparazón que ni siquiera pueden hablar, que tienen que ir de un lado para otro llevando constantemente sus cajas traductoras?

-Usted sabe ahora que tiene que hacerlo -dijo Eric cautamente-. Llegar a un acuerdo con los reeg.

-Por supuesto. Pero ahora es fácil verlo. -Los ojos de la Mole eran oscuros e intensos, diseccionando aquello con su enorme inteligencia natal-. ¿Qué es lo que tiene usted en mente, doctor? Echémosle una mirada. ¿Qué acostumbraban a decir el siglo pasado? Colguemos la pelota en el tejado y veamos si..., algo así.

-Un contacto le está esperando en Tijuana.

-Inflemos, no pienso ir a Tijuana; es una ciudad sucia..., allí es donde acudes en busca de una puta de trece años. Más joven aún que Mary.

-Entonces, ¿conoce usted a Mary? ¿Era también su amante en el mundo alternativo?

-Él nos presentó -dijo blandamente Molinari-. Mi mejor amigo; el que me trajo aquí. El que están enterrando o lo que sea que estén haciendo ahora con su cadáver. No me importa en absoluto, con tal que se libren de él. Ya tengo uno, ése acribillado de balas, en el ataúd. Ése que usted vio. Uno es suficiente: me ponen nervioso.

-¿Qué va a hacer usted con el asesinado? Molinari exhibió los dientes en una amplia sonrisa.

-Usted todavía no lo ha comprendido, ¿verdad? Ése fue el primero. El que vino antes del que acaba de morir. Yo no soy el segundo; soy el tercero. -Se llevó una mano al oído-. Está bien, oigamos lo que tiene usted que decir; estoy esperando.

-Hum -dijo Eric-, tiene que ir usted a la CPTT, a visitar a Virgil Ackerman. Eso no despertará sospechas. Mi trabajo es establecer el contacto en la fábrica a fin de que el reeg pueda conferenciar con usted. Creo que puedo hacerlo. A menos...

-A menos que Corning, el agente principal lilistariano en Tijuana, llegue primero hasta su reeg. Escuche, daré órdenes al servicio secreto de que lo persigan un poco, eso mantendrá a los lilistsrianos ocupados por un tiempo, nos los sacaremos de encima. Podemos argumentar sus actividades con su esposa, el hecho de que la convirtieron en una adicta a la JJ-180; ésa será la tapadera. ¿Está de acuerdo? ¿Sí? ¿No?

-Sí. -Se sentía cansado de nuevo, más aún que antes. Era un día, decidió, que parecía que no fuera a terminar nunca; el enorme peso de antes había vuelto a gravitar sobre sus hombros. -Parece que no le impresiono mucho -dijo Molinari.

-Al contrario. Simplemente, me siento agotado, -Y aún tenía que volver a Tijuana y llevar a Deg Dal Il a la CPTT desde su habitación del Caesar; todavía no había terminado todo.

-Cualquier otro puede encargarse de recoger a su reeg y llevarlo a la CPTT -dijo Molinari-. Dígame dónde está y veré que las cosas se hagan de una forma adecuada. Usted no tiene que hacer nada más; vaya a emborracharse o búsquese alguna chica. O tome un poco más de JJ-180, visite otro período temporal. Cualquier cosa para divertirse. ¿Cómo va su adicción? ¿Todavía no la ha roto, como le dije que hiciera?

-Sí.

Molinari alzó sus densas cejas.

-Que me condene. Sorprendente; no creía que pudiera hacerse. ¿Obtuvo el antídoto de su contacto reeg?

-No. Del futuro.

Los ojos de Molinari se iluminaron.

-¿Cómo terminará la guerra? Yo no voy hacia delante, como usted; sólo me muevo lateralmente, a los presentes paralelos.

-Va a ser dura -dijo Eric.

-¿Ocupación?

-Para la mayor parte de la Tierra.

-¿Qué hay de mí?

-Aparentemente conseguirá escapar a Wash-35. Después de resistir aquí lo suficiente como para permitir que los reegs lleguen con todas sus fuerzas.

-No me gusta eso -decidió Molinari-. Pero supongo que tendré que pasar por ello. ¿Cómo están las cosas con su esposa Katherine?

-El antídoto...

-Quiero decir su relación.

-Vamos a separarnos. Ya está decidido.

-De acuerdo. -Molinari asintió secamente-. Escríbame la dirección que tiene para mí y a cambio yo le escribiré un nombre y una dirección para usted. -Tomó un estilo y papel, escribió rápidamente-. Es familia de Mary. Una prima. Ha actuado en algunas series de televisión, vive en Pasadena. Diecinueve años. ¿Demasiado joven?

-Ilegal.

-Yo le sacaré de cualquier apuro. -Le tendió a Eric el papel. Eric no lo cogió-. ¿Qué ocurre? -exclamó Molinari-. ¿El uso de esa droga temporal le ha embrollado los sesos, acaso no sabe que sólo tiene una pequeña vida, y que ésa se extiende hacia delante de usted, no hacia atrás o hacia los lados? ¿Está aguardando a que vuelva el año pasado o algo así?

Eric adelantó una mano y tomó el papel.

-Eso es exactamente. Durante mucho tiempo he estado aguardando el año pasado. Pero sospecho que no va a volver.

-No olvide decir que le envío yo -indicó Molinari, y sonrió ampliamente cuando Eric se metió el papel con la dirección en su cartera.

Era de noche y Eric caminaba por la oscura calle lateral, las manos en los bolsillos, preguntándose si iba en la dirección correcta. Hacía años que no había estado en Pasadena, California.

Delante de él, un enorme edificio de apartamentos se alzaba cuadrado contra el cielo, más denso que la atmósfera tras él, con las ventanas iluminadas como los ojos de una enorme calabaza cúbica sintética. Los ojos, pensó Eric, son las ventanas del alma, pero un apartamento es un apartamento. ¿Qué es lo que hay ahí dentro? Una dominante -o quizá no tan dominante- muchacha de pelo negro cuya mayor ambición es aparecer en un anuncio de un minuto de cervezas o cigarrillos en la televisión o lo que fuera que había dicho Molinari. Alguien para volver a ponerte en pie cuando estás hecho polvo, una imitación de los votos matrimoniales de ayuda mutua y protección.

Pensó en Phyllis Ackerman, en su conversación en Wash-35, no hacía tanto tiempo. Si realmente deseo repetir el esquema grabado en la matriz de mi vida, pensó, no necesito más que buscarla; Phyllis tiene para mí exactamente el mismo atractivo que Kathy. Como ambos comprendemos muy bien. Siendo al mismo tiempo lo suficientemente distintas como para que me dé la ilusión -he dicho ilusión- de que es algo nuevo en mi vida. Pero inmediatamente pensó: esta muchacha aquí en Pasadena; no la he escogido yo. Fue Gino Molinari quien lo hizo. Así que quizá la matriz se rompa en este lugar. Y pueda ser echada a un lado. Y tal vez me encuentre con algo que no solamente parezca nuevo, sino que sea nuevo.

Localizó la entrada principal del edificio de apartamentos, sacó el pedazo de papel, memorizó de nuevo el nombre, luego halló el botón correspondiente entre las hileras de botones idénticos en la gran placa de latón y lo pulsó con la vigorosa energía de un Gino Molinari.

Una voz fantasmal brotó del altavoz, y una imagen microscópica se formó en la pantalla monitora encajada en la placa encima de los botones.

-¿Sí? ¿Quién es? -La imagen de la muchacha no podrá ser descifrada en aquella absurda miniatura; no pudo decir nada sobre ella. La voz, sin embargo, era intensa y gutural y, aunque teñida con la típica cautela de la muchacha sin lazos de ninguna clase que vive sola, tenía una cierta calidez.

-Gino Molinari me dijo que viniera a verla -señaló Eric, apoyando la carga de su peso en la roca de la que todos dependían en aquel viaje colectivo.

-¡Oh! -sonó confusa-. ¿A verme? ¿Está seguro de que no se equivoca de persona? Sólo le he visto una vez, y fue por casualidad.

-¿Puedo subir un momento, señorita Garibaldi? -preguntó Eric.

-Garibaldi es mi antiguo nombre -dijo rápidamente ella-. Mi nombre actual, el nombre con el que trabajo en la televisión, es Garry. Patricia Garry.

-Sólo déjeme entrar -dijo Eric, y aguardó-. Por favor. La puerta zumbó; la abrió y entró en el vestíbulo. Un momento más tarde había subido con el ascensor hasta el piso quince y estaba delante de su puerta, preparado para llamar pero encontrándola sorprendentemente entreabierta, esperándole.

Patricia Garry salió a recibirle con un delantal floreado, su largo pelo oscuro colgando sobre su espalda en dos trenzas gemelas, sonriendo; tenía un rostro afilado, rematado por una perfecta barbilla, y unos labios tan oscuros que parecían negros. Cada uno de sus rasgos parecía tallado con una precisión tan delicada que sugería un nuevo orden de perfección en la simetría y equilibrio humanos. Podía ver por qué había entrado en el mundo de la televisión; rasgos como aquéllos, cuando prendían con el entusiasmo artificial de un brindis con cerveza en una playa californiana, podían empalar a cualquier espectador. No era simplemente hermosa; era sorprendentemente, lujuriosamente única, y tuvo la precognición, mientras la miraba, de una larga y vital carrera ante ella, si la guerra no la atrapaba con su tragedia.

-Hola -dijo ella alegremente-. ¿Quién es usted?

-Eric Sweetscent. Pertenezco al equipo médico del secretario. -O pertenecía, pensó. Hasta hacía poco, hoy mismo-. ¿Podríamos tomar una taza de café juntos y charlar? Significaría mucho para mí.

-Ésa es una extraña proposición -dijo Patricia Garry-. ¿Pero por qué no? -Se volvió, con un amplio revuelo de su falda mexicana, y se dirigió al salón de su apartamento, con él detrás, luego a la cocina-. De hecho, en estos momentos estoy haciendo una cafetera. ¿Por qué le dijo el señor Molinari que viniera a venme? ¿Por alguna razón especial?

¿Podía una muchacha con su aspecto no ser consciente de la abrumadora razón especial que constituía?

-Bien -dijo-, yo vivo aquí en California, en San Diego. -Y pensó: Y supongo que trabajo en Tijuana. De nuevo-. Soy cirujano trasplorg, señorita Garry. O Pat. ¿Le importa que la llame Pat? -Halló un sitio en el banco junto a la mesa de la cocina, unió las manos ante él, los codos sobre la áspera e irregular superficie de madera de secoya.

-Si es usted cirujano trasplorg -dijo Patricia Garry mientras sacaba las tazas de la alacena encima de la fregadera-, ¿por qué no está usted en los satélites militares o en los hospitales del frente?

Sintió que el mundo se hundía bajo sus pies.

-No lo sé -dijo.

-Estamos en guerra, ¿se ha dado cuenta? -Estaba de espaldas a él. Continuó-: El muchacho con el que salía resultó herido cuando una bomba reeg alcanzó su crucero. Todavía está en el hospital.

-No sé qué decir -murmuró él-, excepto que quizás haya puesto usted el dedo en la gran llaga central de mi vida. El porqué esta vida no tiene el significado que debería tener.

-Bien, ¿a quién le culpa de ello? ¿A alguien más?

-Hubo un tiempo al menos -murmuró- en el que me pareció que mantener con vida a Gino Molinari contribuía de algún modo al esfuerzo de guerra.

-Pero, después de todo, llevaba muy poco tiempo haciendo eso, y había conseguido aquel puesto no por sus esfuerzos sino gracias a Virgil Ackerman.

-Sólo sentía curiosidad -dijo Patricia-. Simplemente pensaba que un buen cirujano trasplorg desearía estar en el frente, donde se halla el auténtico trabajo. -Sirvió café en dos tazas de plástico.

-Sí, es cierto -dijo él, y se sintió inútil. Ella tenía diecinueve años, apenas la mitad de su edad, y ya comprendía mejor que él lo que había que hacer, lo que era correcto. Con una visión tan directa de las cosas, seguro que había trazado su carrera hasta el último detalle-. ¿Quiere que me vaya? -preguntó-. Simplemente dígalo, si quiere.

-Usted vino hasta aquí; por supuesto que no quiero que se vaya. El señor Molinari no le hubiera enviado si no tuviera una buena razón. -Le miró críticamente mientras se sentaba frente a él-. Soy la prima de Mary Reineke, supongo que ya lo sabe.

-Sí -asintió. Y es tan dura como ella, pensó-. Pat -murmuró-, créame si le digo que hoy he conseguido algo que nos afecta a todos, aunque no esté conectado con mis tareas médicas. ¿Puede aceptarlo? Si lo acepta, entonces podremos empezar a partir de ahí.

-Lo que usted diga -murmuró ella, con la intrascendencia de los diecinueve años.

-¿Ha visto usted la intervención de Molinari por la televisión esta noche?

-Hace un momento. Fue interesante; parecía mucho más grande.

-«Grande». -Sí, pensó; eso lo describía.

-Es bueno ver que ha recuperado su vieja forma. Pero tengo que admitir..., todas esas proclamas políticas, ya sabe cómo son, esos discursos febriles, con los ojos llameantes; es demasiado pesado para mí. Lo corté y puse el tocadiscos. -Apoyó la barbilla en la palma abierta de su mano-. ¿Sabe una cosa? Todo eso me aburre mortalmente.

El videófono del salón sonó.

-Disculpe. -Pat Garry se levantó y salió de la cocina. Eric permaneció sentado en silencio, sin ningún pensamiento en particular en su mente, sólo algo del antiguo cansancio gravitando sobre él, y luego, de pronto, ella estuvo de vuelta-. Es para usted, doctor Sweetscent; ése es su nombre, ¿no?

-¿Quién es? -Luchó por ponerse en pie, sintiendo un extraño peso en su corazón.

-La Casa Blanca en Cheyenne. Se dirigió al videófono.

-¿Sí? Aquí Sweetscent.

-Un momento, por favor. -La pantalla quedó vacía por unos instantes. La siguiente imagen que se formó en ella fue la de Gino Molinari.

-Bien, doctor -dijo Molinari-; atraparon a su reeg.

-Jesús -murmuró Eric.

-Cuando llegamos allí, todo lo que descubrimos fue a un enorme bicho lleno de golpes y heridas y muerto. Alguien, uno de ellos, debió verle entrar a usted. Es una lástima que no lo llevara directamente a la CPTT. En vez de a ese hotel.

-Ahora me doy cuenta.

-Escuche -dijo vivamente Molinari-. Llamé para decírselo porque supuse que querría saberlo. Pero no se culpe por ello; esos lilistarianos son profesionales. Le hubiera podido ocurrir a cualquiera. -Se acercó a la pantalla, hablando con énfasis-. No es tan importante; hay otras formas de contactar con los reegs, tres o cuatro..., estamos estudiando cuál podemos emplear mejor en estos momentos.

-¿Es seguro decir esto por videófono?

-Freneksy y su séquito acaban de partir hacia Lilistar, tan aprisa como han podido -dijo Molinari-. Créame, Sweetscent, ellos lo saben. Así que nuestro problema es que tenemos que movernos aprisa. Confiamos entrar en contacto con el gobierno reeg en un plazo de un par de horas; si es necesario efectuaremos nuestras negociaciones a través de un canal abierto, con los lilistarianos escuchando. -Miró su reloj de pulsera-. Tengo que colgar; le mantendré informado. -La pantalla quedó en blanco. Molinari, con su rapidez habitual, estaba enfrascado ya en su siguiente tarea. No podía perder el tiempo chismorreando. Y luego, bruscamente, la pantalla volvió a iluminarse; Molinari le miró de nuevo-. Recuérdelo, doctor: usted hizo su trabajo; les obligó a cumplir con el testamento que les dejé, ese documento de diez páginas que se estaban pasando de mano en mano cuando usted llegó. Ahora yo no estaría aquí de no ser por usted; ya se lo dije una vez, y quiero que no lo olvide..., no tengo tiempo de repetírselo una y otra vez. -Sonrió brevemente, y la imagen sé desvaneció de nuevo. Esta vez la pantalla siguió vacía.

Pero fracasar es fracasar, se dijo Eric. Regresó a la cocina de Pat Garry y volvió a sentarse delante de su taza de café. Ninguno de los dos habló. Se dio cuenta de que había enredado las cosas, y de que gracias a ello ahora los lilistarianos disponían de todo el tiempo

necesario para caer sobre la Tierra con todos sus efectivos. Millones de vidas humanas, quizás años de ocupación..., ése es el precio que vamos a pagar colectivamente. Porque antes, aquel mismo día, había parecido una buena idea mantener a Deg Dal Il en una habitación del hotel Caesar en vez de llevarlo directamente a la CPTT. Pero luego pensó: seguro que tienen al menos un agente en la CPTT también; lo hubieran atrapado igualmente allí.

¿Y ahora qué?, se dijo a sí mismo.

-Quizá tenga usted razón, Pat -murmuró-. Quizá hubiera debido convertirme en un cirujano militar e ir a un hospital cerca del frente.

-Sí, ¿por qué no? -dijo ella.

-Pero dentro de poco -siguió murmurando él-, aunque usted no lo sepa todavía, el frente estará en la Tierra.

Ella palideció, intentó sonreír. -No comprendo...

-Política. Las mareas de la guerra. La fragilidad de las alianzas. El aliado de hoy es el enemigo de mañana. Y a la inversa. -Apuró su café y se levantó-. Buena suerte, Pat, en su carrera en la televisión y en todos los demás aspectos de su resplandeciente y apenas iniciada vida. Espero que la guerra no la afecte demasiado profundamente. -La guerra que he ayudado a traer hasta aquí, se dijo-. Hasta otra.

Ella siguió sentada junto a la mesa de la cocina, bebiendo su café sin decir nada, mientras él se dirigía al salón y luego a la puerta, la abría, y luego la cerraba a sus espaldas. Ni siquiera le hizo un gesto de adiós; estaba demasiado asustada, demasiado desconcertada por lo que él había dicho.

Gracias de todos modos, Gino, se dijo Eric mientras bajaba a la calle. Fue una buena idea; no es culpa tuya que no surgiera nada de ella. Nada excepto una mayor conciencia por mi parte del poco bien que he hecho y del mucho mal -por comisión u omisión- del que soy responsable en mi tiempo.

Recorrió la oscura calle de Pasadena hasta que localizó un taxi; lo llamó y subió, luego se preguntó dónde se suponía que debía ir.

-¿Quiere decir que no sabe usted donde vive, señor? -preguntó el taxi.

-Lléveme a Tijuana -indicó de pronto.

-Sí, señor -respondió el taxi, y giró hacia el sur a gran velocidad.

14

Era de noche en Tijuana.

Caminó sin rumbo fijo, arrastrando los pies sobre el pavimento, pasando uno tras otro junto a los carteles de neón de las tiendas angostas como cabinas, escuchando el clamor de los vendedores mexicanos y gozando como siempre con el fluir ininterrumpido de los bocinazos de las ruedas y los taxis autónomos y los anticuados coches de superficie a turbina fabricados en los Estados Unidos, que de alguna forma, en su última decrepitud, habían sido traídos a través de la frontera.

-¿Quiere una chica, mister? -Un muchacho de no más de once años agarró a Eric por el brazo y se colgó a él, obligándole a detenerse-. Es mi hermana; sólo tiene siete años, y nunca se ha acostado con un hombre en su vida; se lo garantizo ante Dios, usted será el primero.

-¿Cuánto? -preguntó Eric.

-Diez dólares, más la habitación; en nombre de Dios, tiene que ser en una habitación. La acera convierte el amor en algo sórdido; usted no puede hacerlo ahí y luego respetarse a sí mismo.

-Eso tiene su sabiduría -admitió Eric. Pero siguió su camino. Por la noche, los vendedores robant, con sus enormes e inútiles alfombras y sus cestos hechos a máquina y sus carritos de tamales, solían desaparecer; la gente diurna de Tijuana desaparecía también junto con los maduros turistas americanos para dejar paso a la gente nocturna. Los hombres pasaban

Librodot

apresurados por su lado, empujándole; una muchacha con una falda tan estrecha que debía estar destrozándole las caderas y un suéter varias tallas demasiado pequeño pasó junto a él, se apretó un momento contra él..., como si, pensó, tuviéramos alguna relación duradera que penetrara en nuestras vidas y aquel repentino intercambio de calor a través del contacto corporal expresara la comprensión más profunda posible entre nosotros dos. La muchacha siguió su camino y desapareció. Un pequeño grupo de mexicanos, jóvenes con camisas de piel de cuello muy abierto, se dirigieron directamente hacia él, la boca muy abierta como si se estuvieran asfixiando. Se apartó prudentemente hacia un lado, dejándoles la vía libre.

En una ciudad donde todo es legal, pensó, y nada tiene valor, te ves empujado de vuelta a la infancia. Situada entre tus rompecabezas y tus juegos de construcción, con todo tu universo al alcance de la mano. El precio de esa licencia es alto: consiste en renunciar a tu status de adulto. Y sin embarga, le encantaba el lugar. El ruido y la agitación representaban la auténtica vida. Algunas personas encontraban todo aquello detestable; él no. La gente que creía aquello estaba equivocada. Las inquietas y merodeadoras bandas de hombres que buscaban a Dios sabían, aunque ellos mismos lo ignoraran, que su agitación era la genuina ansia primaria del material protoplásmico en sí. Su irritable movimiento incesante había arrastrado en su mente a la vida fuera del mar y a tierra firme; ahora, criaturas de tierra firme ya, seguían agitándose inquietas, subiendo por una calle y bajando por otra. Y él seguía sus pasos.

Allá delante había una tienda de tatuajes, moderna y eficiente, iluminada con una fachada de resplandeciente energía; el propietario, dentro, manejaba su aguja eléctrica que no tocaba la piel, sólo la rozaba mientras entretejía un alambricado dibujo. ¿Y por qué no?, se preguntó Eric. ¿Qué podría tatuarme, qué lema o dibujo que me proporcionara consuelo en esos duros tiempos de privación? Mientras aguardamos la llegada y la dominación de los lilistarianos. Asustados e impotentes, todos nosotros nos volvemos esencialmente cobardes.

Entró en la tienda de tatuajes, se sentó y dijo:

-¿Puede escribir en mi pecho algo así como…? -Dudó. El propietario siguió con su anterior cliente, un robusto saldado de las Naciones Unidas que miraba fijamente hacia delante-. Quiero un tatuaje -decidió Eric.

-Mire el catálogo. -El hombre le tendió un voluminoso libro de hojas intercambiables; Eric lo abrió al azar. Una mujer con cuatro pechos, y una frase completa brotando de cada uno de ellos. No eso; volvió la página. Una nave cohete con los gases de escape formando un penacho en su cola. No. Le recordaba a su yo de 2056 al que le había fallado. Lo mío son los reegs, decidió. Eso es lo que debo tatuarme, para que los policías militares lilistarianos puedan descubrirlo. Y no tenga que tomar más decisiones.

Siento piedad de mí mismo, decidió. Aunque, ¿existe realmente eso que llaman autocompasión? No es algo que suela mencionarse mucho.

-¿Ha hecho ya su elección, amigo? -le preguntó el propietario, terminado su anterior cliente.

-Quiero que escriba en mi pecho: «Kathy está muerta» -dijo Eric-. ¿De acuerdo? ¿Cuánto me va a cobrar?

-«Kathy está muerta» -dijo el propietario-. ¿Muerta de qué?

-Del síndrome de Korsakow.

-¿Quiere que le ponga eso también? Kathy está muerta del... ¿cómo se deletrea? -El propietario tomó un estilo y papel-. No querría equivocarme.

-¿Dónde puedo encontrar drogas por aquí? -preguntó Eric-. Ya sabe, auténticas drogas.

-Al otro lado de la calle, en la farmacia. Es su especialidad. Salió de la tienda de tatuajes, cruzó por en medio del denso organismo vivo del tráfico. La farmacia parecía antigua, con el escaparate lleno de modelas de yeso de pies deformados por innumerables enfermedades y cinturones para hernias y botellas de colonia. Eric abrió la puerta, operada manualmente, y se dirigió al mostrador del fondo.

-¿Sí, señor? -Un hombre respetable, de pelo gris y aspecto profesional, enfundado en una bata blanca, le miró y aguardó. -JJ-180 -dijo Eric. Depositó un billete de cincuenta dólares estadounidenses sobre el mostrador-. Tres c cuatro cápsulas. -Cien dólares estadounidenses. -De un modo absolutamente profesional. Sin el menor sentimiento.

Añadió dos billetes de veintidós de cinco. El farmacéutico desapareció. Cuando regresó llevaba un frasco de cristal, que colocó delante de Eric; tomó los billetes y los guardó en la antigua caja registradora, que resonó y campanilleó estrepitosamente.

-Gracias -dijo Eric. Se guardó el frasco y salió de la farmacia. Siguió andando hasta que, más o menos por azar, localizó el hotel Caesar. Entró y se acercó al recepcionista. Parecía ser el mismo hombre que les había recibido a él y a Deg Dal Il aquel mismo día. Un día, pensó Eric, hecho de años.

-¿Recuerda usted al reeg con el que vine? -preguntó al recepcionista.

El hombre le miró en silencio.

¿Sigue aún aquí? -preguntó Eric-. ¿Fue realmente hecho pedazos por Corning, el agente lilistariano en esta zona? Muéstreme la habitación. Quiero la misma habitación.

-El pago es por anticipado, señor.

Pagó, recibió la llave, tomó el ascensor hasta el piso; recorrió el vacío pasillo de oscura moqueta hasta la puerta de la habitación, la abrió, y entro, buscando a tientas el interruptor de la luz.

La habitación se iluminó, y vio que no había ninguna señal de nada; la habitación, simplemente, estaba vacía. Como si el reeg se hubiera marchado. Como si hubiera salido a dar una vuelta. Tenía razón, decidió Eric, cuando me pidió que lo devolviera al campo de prisioneros de guerra; tuvo razón todo el tiempo. Sabía cómo iba a terminar.

De pie allí, inmóvil, se dio cuenta de que la habitación le horrorizaba.

Abrió el frasco de cristal, sacó una cápsula de JJ-180, la depositó sobre la mesilla de noche, y la cortó con una moneda en tres partes. En la mesilla había una jarra con agua; engulló una tercera parte de la cápsula y luego se dirigió a la ventana, miró fuera y espero.

La noche se convirtió en día. Estaba aún en la misma habitación del hotel Caesar, pero era más tarde; no podía decir cuánto. ¿Meses? ¿Años? La habitación parecía idéntica; pero probablemente siempre había sido así; era eterna y estática. Abandonó la habitación, bajó al vestíbulo, pidió un homeoperiódico en el puesto de revistas al lado del mostrador de reservas. La vendedora, una regordeta mujer mexicana, le tendió un diario de Los Ángeles; lo examinó y vio que había avanzado diez años. La fecha era 15 de junio de 2065.

Así que había acertado con la cantidad de JJ-180 necesaria. Se sentó en una cabina videofónica de pago, insertó una moneda y tecleó el número de la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana. Calculó que era mediodía.

-Quiero hablar con el señor Virgil Ackerman.

-¿Quién le llama, por favor?

-El doctor Eric Sweetscent.

-Sí, por supuesto, doctor Sweetscent. Un momento. -La pantalla osciló, y luego el rostro de Virgil, tan seco y marchito como siempre, sin ningún cambio básico, apareció.

-¡Bien, que me condene! ¡Eric Sweetscent! ¿Cómo demonios se encuentra, muchacho? Dios mío, han sido..., ¿cuánto tiempo ha sido? ¿Tres años? ¿Cuatro? ¿Cómo es que...?

-Háble me de Kathy -dijo.

-¿Perdón?

-Quiero saber acerca de mi esposa -dijo Eric-. ¿Cuáles son ahora sus condiciones médicas? ¿Dónde está?

-Su ex esposa.

-De acuerdo -dijo razonablemente-. Mi ex esposa.

-¿Cómo quiere que lo sepa, Eric? No la he visto desde que abandonó su trabajo, y eso fue hace al menos..., bien, usted lo recordará, seis años. Inmediatamente después de que reconstruyéramos. Inmediatamente después de la guerra.

-Cuénteme todo lo que pueda ayudarme a encontrarla. Virgil meditó.

-Bien, Cristo, Eric; usted recuerda lo enferma que estaba. Esos accesos psicopáticos.

-No lo recuerdo.

Virgil alzó las cejas y dijo:

-Fue usted quien firmó los papeles de internamiento.

-¿Quiere decir que ahora está internada? ¿Todavía?

-Como usted mismo me explicó, los daños cerebrales eran irreversibles. A causa de esas drogas tóxicas que había estado tomando. Así que supongo que aún sigue internada. Posiblemente en San Diego. Creo recordar que Simon Ild me dijo algo al respecto un día, no hace mucho; ¿quiere que lo compruebe con él? Me dijo que se había encontrado con alguien que teñía un amigo en un hospital psiquiátrico al norte de San Diego y...

-Compruébelo. -Aguardó mientras la pantalla quedaba en blanco, mientras Virgil conferenciaba en el circuito interdepartamental con Simon.

Finalmente, el alargado y taciturno rostro de su anterior controlador de inventarios apareció.

-Quiere saber usted algo acerca de Kathy -dijo Simon-. Le diré lo que me contó ese amigo. La encontró en el Hospital Neuropsiquiátrico Edmund G. Brown; sufría una depresión nerviosa, como usted decía siempre.

-Yo nunca dije nada parecido -murmuró Eric-. Pero siga. -No podía controlarse, no podía controlar sus accesos, esos ataques destructivos en los que lo rompía todo; le ocurrían cada día, a veces cuatro veces en un mismo día. La mantenían sedada con fenotiacina y eso ayudaba..., ella misma se lo dijo…, pero finalmente, por mucha fenotiacina que tomara, no le servía de nada. Supongo que a causa de los daños sufridos en el lóbulo frontal. Y tenía dificultades en recordar las cosas. Y en referenciarlas; creía que todo el mundo estaba contra ella, intentaba hacerle daño..., no se trataba de una paranoia muy grande, por supuesto, sino más bien de una irritación constante, acusando a todo el mundo como si la estuvieran engañando, ocultándole cosas..., culpaba a todos de ello. -Tras una pausa añadió-: Seguía hablando de usted.

-¿Diciendo qué?

-Culpándole a usted y a ese psiquiatra..., ¿cómo se llama?, de haberla metido en aquel hospital y luego no dejarla salir de él.

-¿Tiene ella alguna idea de por qué lo hicimos?

-De por qué tuvimos que hacerlo, pensó.

-Dijo que ella le amaba a usted, pero que usted deseaba librarse de ella para poder casarse con otra. Y que usted le había jurado, cuando se divorciaron, que no había ninguna otra.

-De acuerdo -dijo Eric-. Gracias, Simon. -Cortó la comunicación, y llamó al Hospital Neuropsiquiátrico Edmund G. Brown en San Diego.

-Hospital Neuropsiquiátrico Edmund G. Brown -dijo una telefonista de mediana edad del hospital, rápida y atareada.

-Quiero saber el estado actual de la señora Katherine Sweetscent -dijo Eric.

-Un momento, señor. -La mujer consultó sus registros, luego pasó su llamada a una de las plantas; se halló frente a una mujer más joven, no con uniforme blanco sino con un traje normal de algodón con un estampado de flores.

-Soy el doctor Eric Sweetscent. ¿Qué puede decirme del estado de Katherine Sweetscent? ¿Hace algún progreso?

-No ha habido ningún cambio desde que usted llamó la última vez, doctor, hace dos semanas. De todos modos, consultaré su historial. -La mujer desapareció de la pantalla.

Buen Dios, pensó Eric. Todavía estoy preocupándome por ella diez años después; ¿estoy atrapado en esto, de una y otra forma, durante el resto de mi vida?

La mujer regresó a la pantalla.

-Ya sabe usted que el doctor Bramelman está probando la nueva unidad Gloser-Litúe con la señora Sweetscent. A fin de inducir al tejido cerebral a que se repare por sí mismo. Pero hasta ahora -hojeó algunas páginas- los resultados han sido escasos. Le sugiero que contacte de nuevo con nosotros dentro de un mes, o posiblemente dos. No habrá ningún cambio antes de eso.

-Pero podría funcionar -murmuró Eric-. Esta nueva unidad que acaba de mencionar.

-Nunca había oído hablar de ella; obviamente era algo del futuro-. Quiero decir, aún hay esperanzas.

-Oh, sí, doctor. Hay bastantes esperanzas. -Lo dijo en un tono que indicaba claramente que su respuesta era meramente filosófica; siempre había esperanzas, en lo que a ella se refería. Así que aquello no significaba nada.

-Gracias. -Y luego añadió-: Compruebe sus archivos, por favor, y dígame si en ellos consta mi actual lugar de trabajo. Recientemente he cambiado varias veces de ocupación, así que tal vez no tengan el último.

Tras una pausa, la mujer dijo:

-Consta usted como cirujano jefe trasplorg de la Fundación Kaiser en Oakland.

-Correcto -dijo Eric. Colgó.

Consiguió el número en información, y tecleó la Fundación Kaiser en Oakland.

-Quiero hablar con el doctor Sweetscent.

-¿Quién le llama, por favor?

Aquello le detuvo unos instantes.

-Dígale que soy su hermano menor.

-Sí, señor. Un momento, por favor. Su rostro, más viejo y canoso, apareció en la pantalla.

-Hola.

-Hola -dijo Eric. No estaba seguro de qué debía decir-. ¿Te molesto, estás ocupado? -No tenía mal aspecto, diez años después. Parecía digno.

-No, adelante. Estaba esperando la llamada; recordaba la fecha aproximada. Acabas de llamar al Hospital Neuropsiquiátrico Edmund G. Brown y has sabido lo de la unidad Gloser-Little. Te diré algo que no te dijo la encargada de planta. La unidad Gloser-Little constituye el único orgtif cerebral que hemos conseguido desarrollar. Reemplaza porciones del lóbulo frontal; una vez instalada, permanece allí durante todo el resto de la vida del paciente. Si ayuda en algo. Si he de serte sincero, ya debería haber mostrado algún resultado.

-De modo que no crees que funcione.

-No -admitió el Eric Sweetscent más viejo.

-¿Crees que si no me hubiera divorciado de ella...?

-La diferencia hubiera sido nula. Las pruebas actuales... Créeme.

Entonces, ni siquiera eso serviría de nada, comprendió Eric. Quedarme junto a ella, incluso todo el resto de mi vida.

-Agradezco tu ayuda -dijo-. Y considero interesante..., supongo que ésta es la palabra..., el que aún sigas preocupándote por ella.

-La conciencia es la conciencia. En algunos aspectos, el divorcio nos cargó con la responsabilidad de velar por su bienestar. Porque empeoró de una forma terrible inmediatamente después.

-¿Hay alguna salida? -preguntó Eric.

El Eric Sweetscent más viejo, el del año 2065, agitó apesadumbrado la cabeza.

-De acuerdo -dijo Eric-. Gracias por ser honesto conmigo. -Como tú mismo dices, uno siempre tiene que ser honesto consigo mismo. -Añadió-: Buena suerte con el proceso del divorcio; no va a ser fácil. Pero todavía te queda un tiempo de respiro.

-¿Qué hay del resto de la guerra, en particular la dominación de la Tierra por parte de los lilistarianos?

El Eric Sweetscent más viejo sonrió.

-Demonios, estás tan preocupado con tus problemas personales que ni siquiera te has dado cuenta. ¿La guerra? ¿Qué guerra?

-Hasta otra -dijo Eric, y colgó.

Abandonó la cabina videofónica. Acaba de anotarse un punto, se admitió a sí mismo. Si yo fuera racional..., pero no lo soy. Probablemente los lilistarianos estén elaborando un plan de emergencia en estos momentos, preparándose para el asalto; lo sé, y, sin embargo, no siento nada; siento...

La necesidad de la muerte, pensó.

¿Por qué no? Gino Molinari hizo de su muerte un instrumento de estrategia política; venció a sus oponentes con ella, y probablemente volverá a hacerlo. Por supuesto, pensó, no es eso lo que tengo en mente. Yo no estoy venciendo a nadie. Mucha gente morirá en esta invasión; ¿por qué no uno más? ¿Quién perderá algo con ello? ¿Con quién me siento unido? Esos futuros Sweetscent van a lamentarlo terriblemente, pensó, pero eso no importa. En realidad no me preocupan en absoluto. Y, excepto que sus existencias dependen de la mía, sienten lo mismo con respecto a mí. Quizá, decidió, ése sea el problema. No mi relación con Kathy, sino mi relación conmigo mismo.

Cruzó el vestíbulo del hotel Caesar, salió a la ajetreada calle diurna de la Tijuana de diez años en el futuro.

La luz del sol lo cegó; se detuvo, parpadeando y ajustando los ojos. Los vehículos de superficie, incluso allí, habían cambiado. Eran más estilizados, más atractivos. La calle, ahora, estaba adecuadamente pavimentada. Ahí estaban los vendedores de tamales y de alfombras, excepto que ahora ya no eran robants; eran, vio con sorpresa, reegs. Evidentemente habían penetrado en la sociedad terrestre por el fondo, tendrían que sudar su camino hacia la igualdad de la que había sido testigo un siglo después de su propio tiempo, noventa años después del ahora. No le pareció justo, pero así eran las cosas.

Con las manos en los bolsillos, caminó siguiendo la marea de la gente que ocupaba las aceras de Tijuana en todas las épocas, hasta que llegó a la farmacia donde había comprado las cápsulas de JJ-180. Como siempre, estaba abierta. No había cambiado en una década, excepto que ahora los cinturones para las hernias habían desaparecido. En su lugar vio un dispositivo que le resultaba desconocido. Se detuvo y examinó el cartel en español que había junto a él. Evidentemente aquello incrementaba la potencia sexual, decidió. Permitía, tradujo del español, una infinidad de orgasmos, uno inmediatamente después del otro. Regocijado, entró en la farmacia y se dirigió al mostrador del fondo.

Un farmacéutico distinto, una mujer ya mayor, de pelo negro, devolvió su saludo.

-¿Sí? -dijo en español, exhibiendo unos dientes baratos de cromo.

-¿Tiene usted un producto de la Alemania Occidental, g-Totex blau? -preguntó.

-Voy a ver. ¿Espera un momento? -La mujer desapareció entre las estanterías de productos farmacéuticos. Eric miró a su alrededor, sin ver realmente nada-. El g-Totex blau es un terrible veneno -dijo la mujer en su terrible inglés-. Tiene que firmar en el libro para comprarlo, ¿sí?

-Sí -dijo Eric.

El producto, en su cajita negra, fue depositado ante él sobre el mostrador.

-Dos dólares y medio. Estadounidenses -dijo la mujer. Sacó el libro de control, lo colocó donde él pudiera alcanzarlo, al lado del estilo sujeto con una cadenita. Mientras firmaba, metió la cajita negra en una bolsa pequeña de papel-. ¿Piensa suicidarse, señor? -preguntó con voz aguda-. Sí, puedo verlo. Este producto no le dolerá; lo sé. Nada de dolor, sólo el corazón se para de repente.

-Sí -admitió él-. Es un buen producto.

-De la A. G. Chemie. De confianza. -Irradió lo que parecía una aprobación.

Pagó -sus billetes con diez años de antigüedad fueron aceptados sin ningún comentario-, y salió de la farmacia con la bolsa de papel. Es extraño, pensó, que Tijuana siga siendo como siempre fue. Y siempre lo seguirá siendo. A nadie le preocupa que quieras destruirte a ti

mismo; es sorprendente que no haya tiendas por la noche donde lo hagan por ti, a cambio de diez pesos. Quizás ahora sí las haya.

Se estremeció un poco ante la evidente aprobación de la mujer..., y ella no sabía nada de él, ni siquiera quién era. La guerra ha hecho esto, se dijo. No sé por qué dejo que me sorprenda.

Cuando regresó al hotel Caesar y fue a subir a su habitación, el recepcionista -desconocido para él- le detuvo.

-Señor, usted no está registrado aquí. -Salió rápidamente en su dirección de detrás del mostrador-. ¿Desea una habitación?

-Tengo una -dijo Eric, y entonces recordó que eso era diez años en el pasado; su ocupación había terminado hacía mucho. -Nueve dólares estadounidenses por noche -dijo el recepcionista-. Por anticipado, puesto que no lleva usted equipaje. Eric sacó su cartera, le tendió un billete de diez dólares. El recepcionista inspeccionó el billete con profesional incredulidad y creciente sospecha.

-Estos billetes han sido retirados de la circulación -le informó-. Resultan difíciles de cambiar ahora, porque ya no son legales. -Alzó la cabeza y observó a Eric con desconfianza-. Veinte. Dos de diez. Y aun así no sé si aceptarlos. -Aguardó, desprovisto de entusiasmo; evidentemente no le gustaba ser pagado con aquel tipo de moneda. Probablemente le recordaba los viejos días, los tiempos difíciles de la guerra.

Sólo tenía otro billete en su cartera, y era de cinco dólares. E, increíblemente, quizá por alguna misteriosa confusión temporal, tal vez porque había cambiado su reloj por ellos, el inútil papel moneda de dentro de noventa años; extendió los billetes sobre el mostrador, contemplando su intrincado y multicolor dibujo. Así pues, pensó, quizás el componente electrónico de Kathy hubiera llegado a manos de Virgil Ackerman a mediados de los años treinta, después de todo; al menos había una posibilidad. Aquello le alegró.

El recepcionista tomó uno de los billetes de 2155.

-¿Qué es esto? -Lo alzó a contraluz-. Nunca los había visto antes. ¿Los fabrica usted?

-No -dijo Eric.

-No puedo aceptarlos -decidió el recepcionista-. Váyase antes de que llame a la policía; los ha hecho usted mismo, lo sé. -Arrojó el billete junto a los demás con un gesto de repugnancia-. Vaya dinero curioso. Márchese.

Dejando los billetes de 2155 sobre el mostrador pero recuperando el de cinco, Eric se volvió y se dirigió a la puerta del hotel, sujetando la bolsa de papel con el g-Totex blau.

Había muchos callejones tortuosos en Tijuana, incluso ahora después de la guerra; encontró uno estrecho y oscuro entre dos edificios de ladrillo, lleno de porquería y casi cegado por dos enormes bidones de gasolina convertidos en cubos para la basura. Se sentó en el callejón, en los escalones de madera de una entrada tapiada, y encendió un cigarrillo; fumó, y pensó. Nadie podía verle desde la calle; la gente que pasaba por la acera no le prestaba atención, y centró su propia atención a estudiarla, en particular a las muchachas. Esto también era igual a como lo recordaba de la década anterior. Durante el día, las muchachas que pasaban por las calles de Tijuana vestían con una incomprensible elegancia: tacones altos, jerséis de angora, brillantes bolsos, guantes, una chaqueta echada sobre los hombros, todo ello precedido por unos agresivos pechos retenidos por sujetadores a la última moda. ¿Cómo se ganaban la vida aquellas muchachas? ¿Dónde habían aprendido a vestirse tan bien, sin mencionar el problema de financiar su guardarropa? Se había preguntado aquello en su propio tiempo, y seguía preguntándoselo.

La respuesta, especuló, podía ser parar a una de aquellas muchachas diurnas de Tijuana en pleno vuelo, preguntarle dónde vivía y si compraba su ropa allí o al otro lado de la frontera. Se preguntó si aquellas chicas habrían estado alguna vez en los Estados Unidos, si tenían amigos en Los Ángeles, si eran tan buenas en la cama como parecían. Algo, alguna fuerza invisible, hacía posible sus vidas. Esperaba que al mismo tiempo no las volviera frígidas; hubiera sido una pobre imitación de la vida, del poder de las criaturas naturales.

El problema con estas chicas, pensó, es que envejecen demasiado aprisa. Lo que oyes es cierto; a los treinta años están gastadas, gordas, el sujetador y la chaqueta y el bolso y los guantes han desaparecido; todo lo que queda son los negros y ardientes ojos mirando desde el fondo de las colgantes cejas, la esbelta criatura original aprisionada aún en alguna parte dentro de ellas pero incapaz de hablar, divertirse, hacer el amor o correr. El cliquetear de los tacones contra el pavimento, la carrera precipitada a la vida; todo eso ha desaparecido, y detrás sólo queda un arrastrante sonido. El sonido más horrible del mundo, el de una vez fue: vivas en el pasado, muriendo en el presente, un cuerpo hecho de polvo en el futuro. Nada cambia en Tijuana, y, sin embargo, nada vive según sus expectativas normales. El tiempo se mueve demasiado aprisa aquí, y también demasiado despacio. Por ejemplo, pensó, mira mi situación. Voy a suicidarme diez años en el futuro, o mejor dicho borraré toda una vida diez años en el pasado. Si hago eso, ¿qué será del Eric Sweetscent que trabaja ahora para la Kaiser en Oakland? Y los diez años que ha pasado preocupándose por Kathy..., ¿cómo le afectará esto a ella?

Quizás ésta sea mi mezquina forma de hacerle daño. Otro castigo por estar enferma.

Mi retorcida visión debajo del racionalismo, pensó. Nunca puedes conseguir castigar lo suficiente a los enfermos. ¿Es eso así? Cristo, pensó. No es extraño que sienta odio hacia mí mismo.

Sosteniendo la bolsa de papel con el g-Totex blau en la palma de la mano, la sopesó, palpó su masa. Sintió la atracción de la Tierra sobre ella. Sí, pensó, a la Tierra le gusta incluso eso. Lo acepta todo.

Algo cruzó por encima de su zapato.

Vio, deslizándose furtivamente a la seguridad de las sombras y montones de basura, un pequeño carrito sobre ruedas.

El carrito fue seguido por otro semejante. Se unieron, en la maraña de periódicos y botellas, y entonces la basura tembló y volaron fragmentos hacia todos lados cuando los carritos iniciaron una lucha, golpeándose furiosamente, intentando alcanzar la unidad encefálica montada en el centro de cada uno. Intentando inutilizar el Perezoso Perro Pardo.

¿Todavía vivían?, se preguntó, incrédulo. ¿Diez años después? Pero posiblemente Bruce Himmel aún seguía fabricándolos. A estas alturas Tijuana debía estar llena de ellos, si era así. Era difícil saber cómo enfocar una cosa así. Siguió observando los dos carritos mientras luchaban hasta el final; ahora uno de ellos había conseguido desprender el Perezoso Perro Pardo de su contrincante, parecía triunfar sobre él. Retrocedió ligeramente y, como un macho cabrío, maniobró para lanzar el golpe de gracia Mientras se preparaba, el carrito dañado, en un último arranque de innata astucia, se lanzó al refugio de un desechado cubo de cinc galvanizado, retirándose de la refriega. Así protegido, quedó inerte, como dispuesto a esperar a que mejoraran las cosas, eternamente si era necesario.

Eric se puso en pie, se inclinó y agarró el carrito más fuerte; sus ruedas giraron fútilmente, y luego, de alguna forma, consiguió liberarse de su presa. Rebotó cliqueteando contra el pavimento, retrocedió, maniobró, y luego se lanzó a toda velocidad contra su pie. Sorprendido, Eric retrocedió. El carrito hizo otro movimiento amenazador hacia él, y Eric retrocedió de nuevo. Satisfecho, el carrito trazó un círculo a su alrededor y luego se alejó hasta desaparecer de su vista.

En el cubo podía verse aún al vencido. Aguardando.

-No voy a hacerte daño -le dijo Eric, agachándose junto a él a fin de examinarlo mejor. El dañado objeto no se movió-. De acuerdo -dijo, y volvió a alzarse-. He comprendido-. Sabía lo que quería. No servía de nada molestarlo.

Incluso esas cosas, se dijo, están decididas a vivir. Bruce tenía razón. Se merecen una oportunidad, su minúsculo lugar bajo el cielo y bajo el sol. Eso es todo lo que piden, y no es mucho. Y yo ni siquiera puedo hacer lo que ellas, pensó, guardar mis posiciones, utilizar mi ingenio en sobrevivir en un callejón lleno de basura en Tijuana; esa cosa que ha buscado refugio aquí en este cubo de cinc, sin una esposa, una carrera, un apartamento o dinero o la

posibilidad de encontrar nada de ello, sigue persistiendo. Por razones que me son desconocidas, su deseo a seguir existiendo es mayor que el mío.

El g-Totex blau ya no le parecía tan atractivo.

Aunque lo haga, pensó, ¿de qué servirá ahora? Como todo lo demás podía ser pospuesto..., en su caso debía ser pospuesto. Y, además, no se sentía bien; se notaba mareado, y cerró los ojos, aunque haciéndolo invitaba a otro ataque del feroz carrito que Himmel había construido para el Perezoso Perro Pardo.

El leve peso en su mano desapareció por completo. Abrió los ojos, vio que la bolsa de papel con la caja de g-Totex blau dentro había desaparecido. Y la acumulación de basura en el callejón no parecía tan grande. Por las largas sombras arrojadas por el sol supo que era última hora de la tarde, y eso significaba que los efectos de la JJ-180 habían cesado y que había vuelto -más o menos- a su tiempo. Pero había tomado el tercio de cápsula por la noche, en la oscuridad, y ahora parecía más bien que eran las cinco de la tarde. Así que, como antes, el regreso no era exacto, y se preguntó cuál sería en este caso la diferencia. Después de todo, los lilistarianos estaban ya en camino.

De hecho, vio, ya habían llegado.

Sobre su cabeza, una enorme, oscura y fea masa colgaba en el cielo, como algo que hubiera descendido a su mundo procedente de una tierra sin luz, hecha de hierro y sorpresa y terrible y definitivo silencio. Era lo bastante enorme, pensó, como para autoalimentarse eternamente; incluso desde el lugar donde él se hallaba, al menos a un par de kilómetros de distancia, podía ver que consistía en una voraz e ilimitada entidad que podía empezar en cualquier momento a engullir todo lo que se hallara ante su vista. No producía ningún sonido. Sus motores estaban desconectados. Aquella nave había recorrido un largo camino desde las líneas, allá en lo más profundo del espacio intersistemas. Era una terrible aparición, traída hasta allá por extrañes necesidades de su lugar normal de residencia.

Me pregunto lo fácil que va a resultarles, se dijo Eric. Para ellos, simplemente, dejarse caer sobre la superficie y penetrar en los edificios clave y hacerse cargo de todo. Probablemente más fácil de lo que yo creo, de lo que nadie aquí en la Tierra cree.

Salió del callejón a la calle, pensando para sí mismo: me gustaría tener un arma.

Extraño, pensó, que en el centro mismo de la mayor abominación de nuestro tiempo, esta guerra, encuentre algo que tenga significado. Un deseo que me anime igual que animaba al Perezoso Perro Pardo oculto en el cubo de cinc diez años en el futuro. Quizás, al fin, yo sea su compatriota. Capaz de ocupar mi lugar en el mundo a su lado, hacer lo que él hace, luchar como él lucha; porque es necesario y luego, en un cierto sentido, por el simple placer de ello. Por la alegría. Tal como estaba previsto desde un principio, más allá de todo tiempo o condición que pudiera comprender o en el que pudiera introducirme.

El tráfico casi se había detenido en toda la calle. Todo el mundo, en los vehículos y a pie, contemplaba la nave lilistariana.

-¡Taxi! -Saltó a la calzada y subió a un taxi autónomo aéreo-. Llévame a la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana -ordenó-. Hazlo tan rápido como puedas, y no prestes ninguna atención a esa nave que hay ahí arriba, incluida cualquier instrucción que pueda radiarte.

El taxi se estremeció, se alzó ligeramente del asfalto, y flotó estacionario.

-Se nos ha prohibido despegar, señor. El mando militar lilistariano para esta zona nos ha enviado órdenes de...

-Estoy al mando supremo de esta situación -le dio Eric al taxi-. Mis órdenes pasan por encima de las del mando militar lililistariano; son polvo comparadas con las mías. Tengo que estar en la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana inmediatamente..., el esfuerzo de guerra depende de que yo llegue allí.

-Sí, señor -dijo el taxi, y se elevó en el aire-. Y es un honor, señor; créame, un extraordinario honor, llevarle.

-Mi presencia aquí -dijo Eric- es de una incomparable importancia estratégica. -En la fábrica acabaré de centrarme, se dijo. Con la gente a la que conozco. Y, cuando Virgil

Ackerman escape a Wash-35, iré con él; es el principio del desarrollo de todas las cosas, tal como lo presenció dentro de un año.

Y, pensó de pronto, en la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana, me encontraré de forma irremediable con Kathy. Preguntó bruscamente al taxi:

-Si tu esposa estuviera enferma...

-No tenemos esposa, señor -dijo el taxi-. Los mecanismos autónomos no se casan nunca; todo el mundo lo sabe.

-De acuerdo -admitió Eric-. Si tú fueras yo, y tu esposa estuviera enferma, desesperadamente enferma, sin ninguna esperanza de recuperarse, ¿la abandonarías? ¿O te quedarías junto a ella, aunque hubieras viajado diez años al futuro y supieras con una absoluta seguridad que los daños en su cerebro eran irreversibles? ¿Y que quedarte con ella significaría..

-Entiendo lo que quiere decir, señor -interrumpió el taxi-. Que no habría ninguna vida para usted más allá de cuidar de ella.

-Exacto -dijo Eric.

-Me quedaría con ella, señor -dijo el taxi.

-¿Por qué?

-Porque -dijo el taxi- la vida está compuesta de configuraciones de realidad así constituidas. Abandonarla significara decir que no puedo soportar la realidad tal como es. Necesito condiciones especiales y únicas que me sean más favorables.

-Creo que estoy de acuerdo contigo -dijo Eric al cabo de un tiempo-. Creo que me quedaré junto a ella.

-Dios le bendiga, señor -dijo el taxi-. Puedo ver que es usted un buen hombre.

-Gracias -dijo Eric.

El taxi empezó a descender, planeando, sobre la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana.

FIN